EL BANDOLERISMO

TOMO X

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado
y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE SEGUNDA

NARRACIONES

TOMO IV

RIMERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1880

NARRACION V.

HISTORIA DE TRES SECUESTROS.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL MARUSO.

Sin duda no dejará de admitirse, áun por los más optimistas, que haya hombres naturalmente propensos al mal; pero tambien es forzoso convenir en que nadie aspira á ser malvado sin algun móvil de interés, que se aparece á la conciencia bajo un aspecto de bien relativo; áun cuando para concebirlo así, haya error en la mente, y aunque para obtenerlo, consienta el sujeto en la trasgresion, no sólo de las leyes morales, sino tambien de las leyes positivas.

Es seguro que se disminuiría notablemente el número de crímenes, si en la balanza de las probabilidades el agente viese que en todo caso pesaba siempre la seguridad del castigo más que la eventualidad del éxito, supuesto que entónces el bien aparente y transitorio, porque es mundanal y no definitivo, del lucro, de la venganza y de otras malas pasiones, quedaría tan superiormente contrabalanceado por la íntima conviccion del fracaso inevitable, que, áun dado el utilitarismo más

feroz, ansioso y desatentado, y precisamente por ésto mismo, ninguno se atrevería á labrar su propia desventura, pérdida y ruina.

Tal vez en alguna ocasion me haya manifestado severo contra la falta de celo y tino de las autoridades para garantizar con eficacia práctica la vida y hacienda de los ciudadanos; pero á fuer de imparcial y justo, debo decir tambien, que muchas veces la autoridad pública en nuestro país se encuentra poco ménos que imposibilitada de cumplir satisfactoriamente con su alta mision, á causa del aislamiento en que se halla, no ya para perseguir y castigar los crímenes, sino hasta para descubrirlos.

La autoridad, en efecto, sin agentes aptos, ni bien retribuidos, áun suponiendo que sean probos, siente en torno suyo un vacío inmenso cuando los ciudadanos se apartan de élla, dejándola sin apoyo, informes ni auxilio, para que desempeñe acertadamente su cometido, y en este caso, dicho se está que hasta parece injusto el exigirle, en tales condiciones, que haga imposibles.

No se comprende bien en nuestro país, á causa de pasadas opresiones, que la autoridad pública es y debe ser completamente solidaria con los ciudadanos, en cuyo concurso y accion debe encontrar aquélla su más constante, eficaz y saludable complemento.

En vano la ley concede á todos el derecho de perseguir y detener á los criminales, pues que el ins-

tinto general de los españoles, aparte alguna rara excepcion, los lleva frecuentemente á abrir calle y paso para que los delincuentes consigan sustraerse á la accion de la justicia, llegando la perversion de ideas en este punto hasta el extremo de creerse que así se liberta una víctima de un verdugo, un oprimido de la tiranía de su opresor; consecuencias desastrosas que ha producido en nuestro país la gestion insensata de los Gobiernos, que siempre han considerado el poder como instrumento de odiosa tiranía, en vez de considerarlo como el medio que la sociedad pone en sus manos para conseguir los altísimos fines de la prosperidad pública, del bien general, del progreso y de la justicia.

Resulta de aquí un obstáculo de incalculable fuerza para la autoridad, y al mismo tiempo un estímulo poderoso para los malhechores, á quienes, con razon, se califica de enemigos de la sociedad, por más que luégo estos mismos sócios se apresuren por una parte, á darles abrigo y proteccion, miéntras que por otra, se niegan á decir lo que saben, y áun preguntados, rehusan el suministrar los informes que se les piden, y que, en infinito número de casos, podian ser de eficacia decisiva para la más pronta captura y justo castigo de los facinerosos más renombrados, y, por consiguiente, más repugnantes y temibles.

Tales costumbres son por desdicha generales en nuestro país; pero en algunas provincias de Andalucía llegan hasta el extremo inconcebible de que

pueden vivir y pasearse muy seguros y bien mirados de todos, no ya los malhechores que aún no han caido en manos de la justicia, sino aquellos que, famosos por sus fechorías y sentenciados por los tribunales, consiguen escaparse de los presidios y se presentan en sus pueblos con inexplicable descaro, y sin tomar otras precauciones que las estrictamente necesarias para sustraerse á la Guardia civil.

Uno de estos desgraciados, y á la vez odiosos tipos, era José Carrascoso Gamboa, natural y vecino del pueblo del Arahal, provincia de Sevilla, y generalmente conocido en aquella comarca por el mote del *Maruso*, y al cual ya mis lectores conocen, por haber tomado parte en varios secuestros, y principalmente en el del jóven Reina, segun queda referido en la NARRACION precedente.

Contaba el *Maruso* á la sazon, es decir, en 1870, unos treinta y ocho años de edad, y era mediano de estatura, redondo de cara, moreno claro de color, robusto y muy fornido. Su nariz, hundida en su nacimiento, era gruesa y ancha, y denotaba instintos sensuales; su boca regular, cuyos lábios replegábanse con frecuencia, revelaban penetracion y astucia, y sus ojos grandes, negros y saltones indicaban á la vez la vivacidad de su imaginacion y la constante inquietud de su ánimo. Su barba era poblada y negra, como sus cabellos, y toda su persona inspiraba más bien simpatía que repulsion, á las gentes campesinas de la comarca,

las cuales veian en el *Maruso*, no tanto un criminal, como una especie de héroe, lleno de bravura, generosidad y rumbo, y además, como allí se dice, con muy buena sombra.

Así, pues, el *Maruso* era el rey en la taberna y en el campo, convidando con largueza á todo el que se presentaba, y dando generosamente á todo el que le pedia, añadiendo á todo ésto esa graciosa é insinuante familiaridad, que basta y áun sobra, para atraerse la afeccion de gentes rústicas, sin sentido moral, sin instruccion ninguna, dotados de imaginacion ardiente y vanidad inexplicable, pues que se lisonjeaban y áun engreian porque el escapado de presidio los llamase por sus propios nombres, apellidos ó apodos.

Con tales condiciones el *Maruso*, además de sus compañeros de crímen, contaba con el concurso y ayuda de todos los campesinos, á quienes les daba órdenes y encargos, que aquéllos cumplian con admirable fidelidad y con una solicitud, gusto y eficacia, que de seguro no habrian desplegado para hacer cosas buenas ó mandadas por sus amos.

Es verdad que el *Maruso* no perdonaba medio alguno para atraerse á los moradores de los campos, entre los que solia reclutar algunos de sus cómplices, á los cuales convidaba en los cortijos y chozas de pastores, celebrando allí grandes merendonas, llevando mozas del partido y divirtiéndose á sus anchas, despues de lo cual, llamaba aparte á cada uno y les comunicaba sus encargos, con ar-

reglo á su capacidad respectiva, ignorando muchas veces éllos mismos los fines y propósitos del que les daba sus órdenes, entre convites y obsequios.

Resultaba de aquí, que el *Maruso*, no sólo encontraba en cada campesino un criado suyo que de mil diferentes modos le ayudaba para la perpetracion de sus delitos, sino tambien un agente eficaz que en muchas ocasiones le prestaba grandes servicios, áun sin él saberlo, para sustraerse á la persecucion de que fué objeto, pues que extraviaban á la Guardia civil con falsos informes y señalándole una direccion inversa á la que seguia el desertor de presidio.

El *Maruso*, despues de su fuga, se habia puesto en relacion con los diversos jefes de malhechores de las provincias de Andalucía, manteniendo constantemente inteligencias con ciertos farautes de Benamejí, Casariche, Campillos, Alameda, Sierra de Yegua, Málaga, Sevilla, Jerez de la Frontera y otros puntos, los cuales, así lo utilizaban á él para llevar á cabo sus criminales empresas en sus respectivas comarcas, como tambien le suministraban agentes, cómplices y noticias para que él, á su turno, diese en su terreno buenos golpes.

En virtud de tales medios y auxiliares, el *Maruso*, desde su evasion de presidio, se habia hecho uno de los más temibles secuestradores.

A la sazon meditaba el apoderarse de un hijo de don Manuel Rubio, vecino del Arahal y labrador

del cortijo denominado del Pilar, sito á media legua de dicho pueblo.

Para conseguir su propósito, anduvo algunos dias tomando informes y preparando el negocio, así en el pueblo del Arahal, como en el campo, es decir, *poniéndole los espartos* á uno de los hijos de dicho señor Rubio.

Es de advertir que el *Maruso* entraba y salia cuando le agradaba en el Arahal, esto es, en el pueblo de su naturaleza, donde vivia su mujer, María del Cármen Martin y Minguet, con su hijo Antonio, de edad de once años, y del cual me ocuparé más adelante con el debido detenimiento, pues que el tal Antonio desempeña un papel harto interesante en la NARRACION presente.

En las primeras horas de la noche del 7 de Julio de 1870, el *Maruso* y otros dos malhechores, cada uno en su caballo, vagaban por las cercanías del cortijo del Pilar, haciendo sus observaciones para llevar á cabo su intento.

De vez en cuando, el *Maruso* se adelantaba algunos pasos de sus compañeros para inspeccionar el terreno y determinados sitios, en donde ya él de antemano habia dispuesto se colocasen sus espías.

Unas veces pasaba de largo, y otras deteníase para cambiar algunas palabras en voz baja y misteriosa con el vigía, que súbitamente se presentaba, saliendo, ya detrás de un paredon, ya de un barranco, ya de entre unos árboles, como un fantasma evocado por un conjuro.

Entre tanto, los compañeros del *Maruso* hablaban entre sí muy recatadamente, y manifestando uno de éllos no poca desconfianza de que el golpe que meditaban les saliese á medida de su deseo.

—No tengas duda en que saldrá bien; decia uno de los bandidos, que era pequeño de estatura, moreno y hoyoso de viruelas.

—Es menester no olvidar que hay allí una caterva de hombres, y que en un instante se puede armar la de Dios es Cristo; replicó el otro, que era alto, cenceño, algo canoso y con los ojos azules.

—¿Y qué remedio? Para éso tienen los hombres las asaduras.

—Te digo que tres hombres somos muy poca gente.

—Cuantos ménos bultos más claridad; y, por otra parte, ya lo tendrá bien arreglado el que lo dirige.

—En fin, Dios quiera que orégano sea.

—Además, que la gente que hay allí no tiene armas; que los podemos sorprender fácilmente, y que éllos, al ver á tres, no saben si detrás tendrémos treinta.

Estas razones parecieron convencer al desconfiado, que por otra parte, no pudo insistir en manifestar sus dudas, porque en aquel momento volvió á incorporárseles el *Maruso*, diciéndoles:

—Dentro de poco tendrémos la pieza en el zurron.

—¿Y has pensado en que hay allí una turba de

ereros? preguntó el hoyoso de viruelas, aprovechando la ocasion que el *Maruso* le ofrecia para manifestarle su desconfianza.

—Lo tengo muy bien pensado. Hay una docena de hombres.

—¿Y no te parece que somos pocos?

—No; porque en aciguatando al guarda de la era, que es el único que tiene escopeta, lo demás es liso como la palma de la mano. En fin, cuando yo os diga el pretexto con que vamos á entrar y lo que hemos de hacer con los trabajadores de la era, lo que ahora se os antoja un monte, os parecerá la cosa más llana del mundo.

—Entónces no digo nada.

—Aquí sabemos encontrar el coco á la *jaba;* pues para éso estamos de *retorno;* tenemos las espaldas bien guardadas y todo está preparado á pedir de boca.

Y mirando á las estrellas, añadió:

—Ya se acerca la hora; estarán durmiendo como lirones; y para que os convenzais de que mi plan no tiene falencia, escuchad lo que tenemos que hacer con mucha decision y brío.

El *Maruso*, metiendo su caballo en medio de los de sus compañeros, comenzó á caminar á paso muy lento, refiriéndoles en voz muy baja el modo y forma en que debian dar el golpe.

Cuando hubo terminado su relato, el hoyoso de viruelas exclamó:

—Te digo que eres un mozo avisado de veras, de

pelo en pecho y además con mucho caletre y que merecias ser capitan general de todos los *caballistas* de la tierra de María Santísima.

—¿No te lo decia yo, escamon? Dejálo tú marinear, añadió el otro bandido, que ya él nos sacará avante.

—Pues qué, ¿desconfiaba éste? preguntó el *Maruso*.

—Creia que éramos pocos, respondió el alto.

—Qué tontería; donde yo echo las redes no se escapa ningun pez. ¡Vamos!

Y así diciendo, el *Maruso* picó á su caballo y los tres se dirigieron resueltamente y á buen paso hácia el cortijo del Pilar.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO EJECUTARON SU PLAN EL MARUSO Y SUS COMPAÑEROS.

El hijo de don Manuel Rubio, que en la citada noche del 7 de Julio de 1870 se hallaba en el cortijo del Pilar, era un jóven de diez y ocho años, llamado Enrique, y que á la sazon dormia tranquilamente en la parva, rodeado de los trabajadores, los cuales, como es costumbre, hacen de la mies su lecho.

Serian como las once de la noche, cuando llegaron hasta la misma era tres hombres á caballo, los cuales dirigiéndose á los carreteros, que aprovechaban el fresco de la noche para la barcina, preguntaron:

—¿Dónde está el guarda de la era?

—Por ahí anda, respondió uno de los carreteros.

—Pues avísale, que le esperan los guardas rurales.

Pocos momentos despues presentóse el guarda de la era, que se llamaba Antonio Lozano Ruiz, el cual armado con su escopeta, se acercó á los tres

recien venidos, que ya habian echado pié á tierra, y le preguntaron:

—¿Ha visto usted pasar por aquí dos hombres con capas ó mantas al hombro?

—No, señor.

—¿Conque usted tambien, dijo uno de los tres, se niega á darnos noticias de esos tunantes?

—Caballeros, no los he visto.

—Pues entónces, ¿qué es lo que usted guarda aquí? preguntó en tono de reconvencion otro de los recien llegados.

—De manera es, respondió el guarda confuso, que miéntras uno va por un lado, no puede ver la gente que pasa por otro; pues sólo Dios dicen que puede estar en todas partes.

—¡Gandules! exclamó el tercero de los recien llegados, que aproximándose mucho al guarda, como ya lo habian hecho sus dos compañeros, añadió:

—¿De qué le sirve á usted esa escopeta?

Y así diciendo, se la cogió briosamente por la culata, miéntras que los otros dos, poniéndole las bocas de sus revólvers sobre el pecho, le dijeron:

—Suelta la escopeta, si no quieres arder.

El pobre guarda intentó forcejear para valerse de su arma; pero dos manos de hierro le arrancaron la escopeta, y cogiendo uno de éllos una horca de la era, le dió por añadidura una gran paliza, sin que á todo ésto dejasen los gañanes de dormir y roncar de lo lindo.

En seguida, el *Maruso* y sus compañeros, pues facilmente habrá reconocido el lector que éllos eran los fingidos guardas rurales, mandaron echar boca abajo al desarmado guarda, quedándose uno para custodiarlo, miéntras que los otros dos bandidos, apuntando con sus retacos á los gañanes de la era, á quienes despertaron á puntapiés, los antecogieron y encerraron en un cuarto de la casa, así como á los carreteros, al apaleado guarda, y al jóven don Enrique Rubio.

Verificada esta operacion, con tanta facilidad como presteza, los bandidos mandaron salir luégo al hijo del amo, el cual se presentó solo, y ya fuera, el *Maruso* echó la llave en la puerta de la habitacion, dejando allí encerrada á toda la gente del cortijo.

Los bandidos le pidieron á Rubio, cebada para los caballos, y habiéndoles aquél dicho en dónde la encontrarían, hicieron provision de élla.

Inmediatamente le vendaron los ojos y montándole á las ancas del caballo del *Maruso*, los bandidos desaparecieron al galope con el secuestrado.

Toda la noche marcharon al trote y á la carrera, sin prestar atencion á las quejas y lamentos del jóven Enrique Rubio, que se creía víctima de una espantosa pesadilla.

En efecto, el jóven se hallaba profundamente dormido, cuando tan bruscamente fué despertado, y despues apénas tenía clara conciencia de lo que acababa de sucederle.

Con los ojos vendados, en medio de las tinieblas de la noche y arrebatado en vertiginosa carrera por aquellos desconocidos, la confusion de sus ideas se aumentaba, y el estado de su ánimo era tan indeciso, angustioso y fantasmagórico, que tenía en él tanta parte la inquietud, el temor y la fatiga, como el delirio y la fascinacion fantástica de aquellas figuras siniestras, que apénas habia entrevisto, y que se lo llevaban en incesante y frenético galope.

Por fin, poco despues de amanecer se detuvieron en su marcha, y lo bajaron, entrándolo en un caserío, en el que subió unas escaleras hasta un aposento, en donde lo dejaron algunas horas, sin destaparle los ojos.

A eso de las diez de la mañana le quitaron la venda, ordenándole que escribiese una carta á su padre, pidiéndole por su rescate diez mil duros, cuya carta escribió sentado en un celemin, miéntras que detrás del secuestrado uno de los ladrones con puñal en mano, le amenazaba de muerte si volvia la cabeza.

En esta disposicion, el bandido le dictó la carta, que el jóven Enrique escribió impasible y sin hacer objecion alguna.

Terminada esta operacion, volvieron á vendarle los ojos, dándole de comer pan y queso, y en seguida le obligaron á que se acostase en un jergon, dejándole solo y cerrando la puerta con llave.

Entónces el secuestrado, aprovechando la oca-

sion de que nadie lo vigilase, bajóse un poco el pañuelo que le cubria los ojos, y vió que se hallaba en un granero de unas seis varas de largo y tres de ancho, bajo de techo y medio ruinoso, pues que se hallaba apuntalado.

En un rincon de dicha estancia habia una poca de cebada, y en una de las paredes veíase una ventanilla de las dimensiones como de dos ladrillos puestos de plano, á la que no se atrevió á asomarse, porque en el momento en que pensó hacerlo, se oyeron pasos junto á la puerta, que abrieron inmediatamente, habiendo tenido apénas lugar para subirse otra vez el pañuelo.

Ya desde entónces no se apartó el vigilante del lado del cautivo, permaneciendo así todo el dia, hasta que, al oscurecer, volvieron á bajarlo, apretándole el pañuelo que le vendaba los ojos, y colocándole sobre una jaca matalona con una albarda por demás incómoda.

Uno de los bandidos iba delante, llevando el ronzal de la jaca del secuestrado, miéntras que los otros dos malhechores cerraban la marcha, yendo todos á caballo.

Así caminaron como unas dos horas al paso y trote por montes y valles, hasta que se detuvieron, porque la jaca que conducia al secuestrado andaba muy poco y hacía muy mala reata.

Entónces le entregaron el ronzal de la jaca que montaba al jóven Enrique, á fin de que éste pudiera arrear con él á su cabalgadura.

Por último, poco ántes de amanecer llegaron á un espeso monte, en donde los bandidos bajaron al cautivo, é hicieron allí su rancho.

El jóven Enrique se quedó tendido en el suelo, casi exánime de fatiga; mas no por ésto dejó de apercibirse que á sus tres conductores se reunieron otros varios compañeros, con los cuales estuvieron departiendo largamente á cierta distancia, sin duda para que él no se enterase de la conversacion, quedándose uno vigilándolo.

Al fin, oyó el cautivo pisadas de caballos que se alejaban en distintas direcciones.

Despues de un rato, el bandido que le custodiaba, le dijo:

—Ponte de pié.

El jóven obedeció en silencio, sintiendo en seguida que el bandido le rodeaba la cintura con su faja, hecho lo cual, le mandó que se acostase.

Así lo hizo Enrique, sin replicar palabra.

Luégo el bandido se tendió junto al secuestrado, el cual sintió que tiraban de él por la cintura.

La causa de aquella traccion era que el bandido se ataba á su cuerpo fuertemente las dos puntas de su faja, con objeto de que el cautivo no pudiera hacer movimiento alguno sin que él al punto lo sintiese.

En esta forma, se entregaron al descanso.

CAPÍTULO III.

EL GUARDA DEL PAGO.

Como ya el lector sabe, toda la gente del cortijo del Pilar se quedó encerrada por los bandidos, los cuales hicieron á los presos las más terribles amenazas, para que permaneciesen allí encerrados y sin moverse.

Sucedió, pues, que durante largo rato ninguno se atrevió á romper el sepulcral silencio que guardaban, porque, en efecto, no sabian si los bandidos se habian ausentado ó aún permanecian en el cortijo.

Poco á poco fuéronse disipando las impresiones del miedo y entablándose algunos diálogos en voz baja, respecto al inesperado lance y á la prolongada encerrona que habian tenido á bien recetar á toda aquella gente los fingidos guardas rurales.

Cada uno, con este motivo, decia su opinion y su chiste, conviniendo todos en que aquellos guardas rurales no eran ni podian ser otra cosa que ladrones de tomo y lomo.

Tal vez se extrañe que tres hombres consiguie-

sen tan fácilmente encerrar á tantos trabajadores sin resistencia alguna, y sin que se les ocurriese siquiera salir ni en defensa de su amo, ni ménos en la suya propia.

Este hecho y otros análogos podrán parecer muy singulares al observador superficial; pero si atentamente se consideran no podrá ménos de reconocerse que existen sobrados motivos para que se verifiquen allí con lastimosa frecuencia.

Desde luégo hay que conceder mucho á la súbita impresion de gente dormida, que se despierta azorada por un suceso que no se espera; y en este sentido, el triunfo de los agresores es tanto más seguro, cuanto es mayor su audacia.

Pero tambien es necesario conceder aún más á la absoluta indiferencia del pobre jornalero, que puede temerlo todo ménos que lo roben, á lo cual debe añadirse otra consideracion de la más alta importancia social, como es la que se refiere á los vínculos y relaciones que median allí entre los propietarios y los trabajadores.

Creo firmemente que existen vicios y virtudes en todas las clases de la sociedad, y que los pobres, por serlo, no dejan de ser muy capaces de la más respetable honradez; así como tambien entiendo que los ricos, por el mero hecho de serlo, no presentan una demostracion indiscutible de virtud acendrada.

Sin embargo, fuerza es convenir en que las relaciones establecidas en Andalucía entre los hacen-

dados y los jornaleros no están basadas ni en la estricta justicia, ni en aquellos miramientos de afecto recíproco y desinteresado que deben existir entre todas las clases sociales, sin que por ésto se entienda de ningun modo que yo no sea el primero en reconocer y lamentar los muchos defectos y preocupaciones que aquejan en nuestro país á las clases indigentes y desvalidas.

Esto no obstante, debe tenerse muy en cuenta que la culpa no es toda de los indigentes y desvalidos, cuya primera pobreza y principal desdicha consiste en la ignorancia lamentable en que yacen; ignorancia que las clases superiores debian tener el interés más vivo y humanitario en que desapareciese por todos los medios que la sociedad tiene en su mano, entre los cuales debo contar predominantemente la instruccion pública, en el sentido colectivo de la palabra, y el buen ejemplo y la generosa y recta conducta de los superiores, en el sentido particular del concepto.

Quéjanse con mucha frecuencia los individuos de las clases más elevadas, lanzando censuras, no siempre injustificadas, contra las clases inferiores; pero tales gentes privilegiadas desconocen por completo el poderoso influjo que pueden tener los particulares en la vida social, enseñando con la elocuencia más irresistiblé, que es la del ejemplo, que la pobreza no es una deshonra y que la virtud ni es un nombre vano, ni deja de estar al alcance de los más humildes y desgraciados.

Pretenden, por el contrario, los que así piensan y proceden, que todo debe exigirse á la accion de los Gobiernos, sin advertir que nada hay comparable en eficacia regeneradora como la accion de los individuos en su trato diario y en sus relaciones privadas con las clases indigentes y trabajadoras.

Estas y otras causas que sería muy prolijo enumerar, suministran la explicacion de la absoluta indiferencia y desvío que los jornaleros manifiestan para con sus amos, los cuales recogen así el obligado fruto de su insensata conducta, por el desvío é indiferencia que éllos, á su turno, demuestran tambien á sus servidores.

Volviendo ahora á mi relato, diré que cuando los trabajadores encerrados en el cortijo iban gradualmente perdiendo el miedo y animándose en su conversacion, comentando el percance á su modo, volvieron súbitamente á guardar silencio, á consecuencia de haber oido pasos junto á la puerta.

Los pobres cortijeros se imaginaron que de nuevo tornaban sus encerradores para jugarles alguna otra mala pasada ó para imponerles silencio á garrotazos.

Pero léjos de suceder lo que se imaginaban, oyeron con sorpresa indecible que daban golpes en la puerta, á la par que una voz conocida preguntaba:

—¿Dónde se ha metido esta gente?

Los gañanes conocieron al punto que el recien llegado era el guarda del pago, que, habiéndose

ido, como de costumbre, á hacer su ronda, solia regresar al romper del alba.

—Aquí estamos; pero no por nuestro gusto, respondió uno de los carreteros.

—Pues ¿qué ha pasado?

—Un estrupicio muy grande, repuso el guarda de la era; pero dínos si estás solo y si hay por ahí todavía alguna *pantasma*.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo, digo.

—Pues tú te entenderás.

—No; que me entienden muy bien todos éstos que están aquí conmigo. Dínos de una vez si no hay por ahí nadie.

—Hombre, yo acabo de llegar y no he barruntado por estos alrededores bicho viviente.

—Pues anda y mira, y vé con cuidado, no sea que te vayan á quitar la escopeta, y te den encima una paliza.

—¡A mí! exclamó furioso el guarda del pago.

—A tí; porque á otros tan bravos como tú les ha pasado esta noche lo que te digo, respondió el guarda de la era, que en breves palabras le refirió á su compañero todo lo acaecido.

—Pues me has dejado como caldo de pata; pero en seguida vuelvo, que voy á dar un vistazo, no sea que estemos vendidos.

Y así diciendo, el guarda del pago, montando su escopeta, salió de la casa é inspeccionó con gran recato y esmero todos los alrededores del cor-

tijo; pero no habiendo visto á nadie, regresó diciendo:

—Pues esa gente se ha ido.

—¿No has visto por ahí al hijo del amo?

—Repito que no se ve por aquí ni un alma.

—Pues entónces se lo habrán llevado.

—¡Demonio! Eso es ya cosa muy gorda.

—Sabe Dios lo que habrán hecho con él; pero abre la puerta.

—Sí, sí, busque usted la llave y abra la puerta, añadieron á la par una porcion de voces adentro.

—Amigos, lo que me habeis contado puede traer muchos dimes y dirétes con la justicia, y yo no quiero nada con escribanos, porque no quiero que me armen un alzapié que me tronchen.

—Abre, y déjate de escribanos y de justicia, replicó el guarda de la era.

—¡La justicia! exclamaron por lo bajo los gañanes, que aunque estaban encerrados y deseosos de salir de su reclusion, no dejaron de comprender toda la fuerza del argumento, que se le habia ocurrido al guarda del pago.

En efecto, la palabra *justicia*, que por su concepto debia ser el ideal más bello y la permanente aspiracion de todos los hombres, produce todavía en España una especie de terror, análogo al que ántes producia el tribunal del Santo Oficio, de donde vino aquel antiguo refran, que dice: *Con la justicia y la Inquisicion*, *chiton*.

—Os digo que no ábro.

—Pero busca la llave, que estará por ahí.

—Aunque la encontrára, no abriria.

—¿Nos vas á dejar aquí enchiquerados?

—Yo no quiero responsabilidad, y lo que voy á hacer es ir al pueblo y avisarle al alcalde y á la Guardia civil y al amo lo que pasa. ¡Hasta la vuelta!

Y sin hablar más palabra, se alejó del cortijo en direccion al pueblo del Arahal.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA DE LA CRÍTICA SITUACION EN QUE SE HALLABA EL PADRE DEL SECUESTRADO.

A consecuencia del aviso del guarda, presentóse nmediatamente en el cortijo del Pilar la Guardia civil, que habiendo buscado en vano la llave de la estancia, derribó la puerta para poner en libertad á los reclusos, á quienes tomó las declaraciones correspondientes, para extender las oportunas diligencias, que en tales casos se acostumbran.

Los trabajadores del cortijo declararon el hecho que habia tenido lugar la noche precedente, en los términos que ya queda relatado.

La Guardia civil no dejó de sorprenderse de la extraordinaria é incomprensible audacia de los criminales, precisamente en los mismos dias en que la persecucion se habia extremado hasta el último límite de la posibilidad humana, contra los malhechores de la misma provincia.

Respecto á don Manuel Rubio, padre del secuestrado, diré, que nada supo hasta que el referido guarda del pago le dió cuenta del lamentable suceso.

Desde luégo comprenderá el lector la dolorosa impresion que tal noticia produjo en el ánimo del desdichado padre.

Era don Manuel Rubio un hombre de muy buenas costumbres, entregado exclusivamente á cuidar de sus labores, de estado viudo, de edad de sesenta y un años, y que vivía pacífica y sosegadamente en el dicho pueblo del Arahal, con sus cinco hijos, tres hembras y dos varones.

Al dia siguiente, el señor Rubio recibió la carta que su hijo le habia escrito en el granero, segun ya el lector sabe, en la que se le exigian diez mil duros por el rescate del cautivo.

Aquella carta vino á sacarle de la cruel incertidumbre que le abrumaba, respecto á la suerte de su hijo; pero á la incertidumbre, por sí misma tan dolorosa y aflictiva, siguió la evidencia terrible de su espantosa situacion, tanto más triste para el afligido padre, cuanto que se hallaba en la imposibilidad absoluta de reunir la importante suma que los bandidos le reclamaban.

En el indescribible tumulto de ideas y sentimientos desgarradores y contradictorios, que asaltaban á la vez el corazon y la mente del viejo labrador, decidióse al fin por marchar á Moron, en donde tenía familia, para consultar con élla con gran reserva y sigilo el medio más asequible de salir de aquel conflicto.

Una vez resuelto, partió inmediatamente para Moron, y despues de haber conferenciado con sus

parientes, al regresar á su pueblo, se encontró al gobernador de Sevilla y al comandante de la Guardia civil de la misma provincia, con los cuales habló y se puso de acuerdo, respecto al modo de conducirse en aquel triste negocio, quedando concertados en comunicarse recíprocamente y de la manera más reservada, cuantas noticias se adquiriesen por una y otra parte.

Cuando el señor Rubio se halló en su casa, mandó llamar á un tal Rodrigo, hombre muy conocedor de todos los terrenos de aquella comarca, dotado de cierta discrecion y seso y persona de la más íntima confianza del padre del secuestrado.

Habiéndose presentado Rodrigo, don Manuel Rubio encerróse con él en una habitacion y le dijo:

—Ya sabes lo que me pasa.

—Sí, señor, ya sé lo que se dice por el pueblo. ¡Pobre chico!

—¿Y serás tú hombre que sabrás desempeñar un encargo muy delicado?

—Ya sabe usted que siempre le he querido á usted bien y á toda la familia, y que haré cuanto me mande con buena voluntad y conforme á mis alcances.

—Ninguno es más á propósito que tú para el caso, y además de nadie me fío, tanto como de tí. Oye esta carta, y retén bien en la memoria las señas del terreno, que tú debes conocer, como los dedos de tus manos, y todas las demás advertencias que en élla se hacen.

Y en seguida, el señor Rubio leyó á Rodrigo la carta que habia recibido de su hijo, en la que los secuestradores le pedian diez mil duros, indicando la clase de bestia en que habia de ir el encargado de llevar el dinero, la ruta que habia de seguir, las paradas que habia de hacer y las contraseñas á que habia de atenerse.

Terminada la lectura de la carta, Rubio preguntó:

—¿Te has enterado bien?

—Sí, señor; pero no tengo la ropa á propósito, como ahí se pide.

Es de advertir, que en la carta del secuestrado habia una nota de los bandidos, en la que se ordenaba que el portador del rescate, llevàse una mula roja y aparejada con una albarda, y que aquél fuese vestido con pantalon, chaleco y chaqueta de lienzo aplomado, sombrero calañés, zapatos blancos, y en lugar de faja, un pañuelo encarnado, ceñido á la cintura y otro blanco en el bolsillo de la chaqueta, de modo que se viese.

—No te ocupes de éso, Rodrigo, que ya está todo previsto y arreglado.

—Pues bien, don Manuel, cuando usted quiera, estoy dispuesto.

—Ya sabes las contraseñas con que te han de salir al camino, para que entregues el dinero.

—Descuide usted, que no se me irá de la memoria nada de lo que usted me ha leido, y que no le daré un real, sino á quien deba entregarlo.

—El caso es, que yo he consultado con la familia

y con otros personajes y todos me aconsejan que es menester ésto, lo otro y lo de más allá, y todo se vuelven consejos, cuando lo que yo necesito es otra cosa.

—En estos lances, ya se sabe, don Manuel, todos dan consejos, pero nadie dineros.

—Justamente, hombre, has puesto el dedo en la llaga; porque ya ves que con los años tan malos que han venido, con tanta familia como tengo, y tantos gastos como pesan sobre mí, es un disparate pensar que yo pueda tener diez mil duros disponibles para entregarlos así, á toca teja, como quien no dice nada.

—¡Ya lo creo!

—Por otra parte, ya ves que áun cuando vendiera los ganados y todo lo que tengo para reunir lo que piden por el rescate de mi hijo Enrique, un padre tiene que pensar tambien en la suerte de los otros cuatro hijos, mayormente cuando hay tres hembras y cuando además gran parte de lo que tengo pertenece á su difunta madre....Y no debo, ni puedo disponer de lo que no es mio....Y luégo, considera qué cosa tan triste y tan cruel, es dejar á una familia por puertas, despues de haber pasado la vida trabajando como un moro, y que en un santiamén le arrebaten á uno todo el fruto de sus fatigas.....En fin, te digo que estoy mareado con este endiablado negocio, y que no sé qué rumbo tomar, ni qué decirte.

—Tiene usted razon, don Manuel, porque el lance es apretadillo de véras.

—Ya comprenderás, si yo tendré ganas de ver libre á mi pobre hijo; pero tambien los otros... ¿qué dedo me cortaré que no me duela? Pero lo cierto es que yo no puedo contestar á esa carta más que la verdad, y es, que no tengo esa suma, ni mucho ménos.

—Nada, yo diré lo que usted me mande.

—Pues mira, Rodrigo, fíjate bien en mis palabras; lo que tú vás á decir á esa gente es ésto: que lo que yo poseo es en su mayor parte de mis hijos, que no tengo metálico y que aunque maten mil veces á mi pobre Enrique, éllos nada conseguirán, porque el dinero no se puede sacar de dónde no lo hay; y por último, les dices, que todo lo que yo podria reunir, arañando de un lado y de otro, serán unos seis mil reales y que se les entregarán tan pronto como dejen libre á mi hijo.

—Descuide usted, que ya estoy al cabo de la calle, y diré al pié de la letra, todo lo que usted me ha explicado, y tambien todo aquéllo que yo crea que conviene, conforme éllos se presenten.

—Eso es, Rodrigo; tú ya sabes la situacion tan triste en que me véo, porque por atender á mi hijo Enrique, no he de perjudicar tampoco á los otros, aunque éllos sean entre sí muy buenos hermanos, porque así los he criado yo y mi hija Encarnacion, que les ha servido á todos de madre.

—Es verdad, que es más buena que el pan y muy dispuesta para el manejo de una casa.

—La pobrecilla está que se la ahoga con un ca-

bello, desde que se ha enterado de lo que pasa con su hermano; pero yo como padre debo atender á todos. Mira, Rodrigo, nada tengo ya que decirte, en tus manos dejo este doloroso asunto, y yo confio en que tú me lo has de arreglar del mejor modo posible.

—Por falta de buen deseo, no ha de quedar; y por lo ménos darémos largas y ganarémos tiempo, y... ¿quién sabe lo que puede suceder en una hora?

—Es verdad, Rodrigo, lo importante es que te avistes con esa gente y veas de sacar el mejor partido.

Terminado este diálogo, y prévia la recíproca promesa de proceder en todo con el mayor sigilo, don Manuel Rubio proveyó oportunamente á Rodrigo de cuanto necesitaba para llenar las indicaciones de los secuestradores, y en el dia que éstos prefijaban salió del Arahal para cumplir fielmente la delicada mision que se le habia confiado.

CAPÍTULO V.

DONDE SE RELATAN LAS PENALIDADES DEL JÓVEN CAUTIVO.

Cuando se verificó el secuestro de Enrique Rubio, era ya tan incansable la persecucion contra los bandidos de Andalucía, que si bien no cesaban en la perpetracion de sus crímenes, tampoco se atrevian á llevarlos á cabo, sino con las más exquisitas precauciones, y valiéndose de nuevos procedimientos, para contrarestar las perseverantes y enérgicas medidas de las autoridades.

Sin duda, ésta fué la causa de que los secuestradores no tuviesen á Rubio en el granero más que algunas horas, y de que despues lo llevasen á donde ya sabe el lector que lo dejaron, es decir, en un espeso monte.

Allí lo tuvieron, durante tres dias, á la intempérie y expuesto á los rayos de un sol abrasador, de cuyo influjo no les podian libertar los jarales y monte bajo de que estaba poblado el terreno en donde se habian instalado, si bien les servian admirablemente para ocultarlos.

Fácilmente se comprenderán las penalidades del

infeliz secuestrado; pues además de aquella insolacion inaguantable, el alimento era escaso, y con frecuencia le faltaba el agua, supuesto que tenian que ir á buscarla bastante léjos, y áun teniéndola, no era potable, pues que á una temperatura de cuarenta grados, solia ponerse poco ménos que hirviendo.

A tales tormentos, se añadian el que le causaba el pañuelo que constantemente le cubria los ojos, las picadas insoportables de los tábanos, las molestias de las moscas y hormigas, la incomodidad, el asco y el riesgo de ser mordido por alacranes, víboras y todas las infinitas sabandijas que en aquel país y en aquella estacion parecen surgir por miríadas del seno de la tierra, como otras tantas plagas insufribles y peligrosas.

El malaventurado Enrique, durante las horas de la siesta, sentíase á pique de asfixiarse, respirando un aire inflamado y ardiente, como el *simum* del desierto; de suerte, que aguardaba con indecible impaciencia la venida de la noche para que sus fatigados pulmones pudieran respirar de una manera algo ménos penosa.

En tal situacion, al oscurecer del dia tercero presentáronse en el rancho dos de los bandidos con tres caballos, diciendo que era menester ausentarse de aquel sitio.

El que custodiaba á Enrique hizo señas á sus compañeros para que se alejasen un trecho de donde estaba el secuestrado, y en seguida entabló con éllos el diálogo siguiente:

—Me alegro que hayais venido para largarnos de aquí, porque he tenido tentaciones de dejar á ese hombre y buscar por ahí un refugio contra el calor, porque aquí, al medio dia, los pájaros se caen ahogados. ¿Qué no les sucederá á las criaturas humanas?

—Pues no hay más remedio que aguantarse hasta que el padre suelte la pringue; dijo el *Maruso.*

—¿Y por qué no me releva uno de vosotros? preguntó el guardian de Rubio, que era el más alto de los tres, á quien ya el lector conoce.

—Hoy no puede ser, porque cada uno tiene su taréa; pero dentro de poco, te relevará éste, para que descanses; respondió el *Maruso,* señalando á su compañero, que era el hoyoso de viruelas, el cual, á su vez, replicó:

—¡Yo! Mejor quiero batirme con una compañía de Guardias civiles, que pasar por estos andurriales una siesta en que diga el *mozo rubio* allá voy, echando rayos, que son capaces de achicharrar á las piedras.

—Es menester repartir la carga entre todos y andar con mucho cuidado, dijo el *Maruso;* que luégo despues tendrémos lugar de llevarnos buena vida; pero ahora no tenemos tiempo que perder; conque á subir á ese hombre á las ancas de mi caballo, y al avío.

El *Maruso* pronunció estas palabras con una entonacion que no daba lugar á réplicas, por lo cual,

el picoso de viruelas y el guardian se dirigieron adonde estaba el cautivo, y ayudándole á levantarse, lo llevaron al sitio en que ya el *Maruso* aguardaba, montado en su caballo.

Tan luégo como los dos bandidos le apretaron el pañuelo que cubria los ojos á Enrique, lo subieron á las ancas del caballo de su jefe, y éllos en seguida cabalgaron tambien, y se pusieron en marcha.

El infeliz cautivo, en el estado de abatimiento físico y moral en que se hallaba, estremecíase sólo al imaginar los padecimientos que le aguardaban, caminando al trote y al galope.

Afortunadamente para él, la marcha, aunque rápida y enojosa, no duró más que dos horas y media, al cabo de las cuales hicieron alto en otro espeso matorral, en donde bajaron al prisionero, que se quedó solo con su guardian, cuyo caballo se llevaron los otros dos, no sin haber tenido ántes, á la distancia conveniente para no ser oidos de Rubio, la conversacion que sigue:

—¿Y cuándo volveréis? preguntó el alto.

—En cuanto veamos lo que resulta de la cita; pues si llevan el dinero, poco tendrás que penar aquí; respondió el *Maruso*.

—Mira que si tardais mucho, ese muchacho se vá á morir ahí de calor, y yo voy á dejar el pellejo, porque ya el sol me ha desollado toda la cara, el pescuezo, los brazos y las manos. ¿Por qué hemos de estar aquí á campo raso? ¿No era mejor buscar

un chiscon por ahí donde meternos, como otras veces?

—Allá verémos, todo tiene sus inconvenientes; pero ya nadie se fía de nadie, porque hay mucha gente que se berréa, y más vale andar á salto de mata, que no meterse en una ratonera.

—En éso tienes razon; pero hace un calor que no se puede resistir.

—Desengáñate, dijo el picoso de viruelas; la mejor hacienda es la que uno mismo se hace, y más vale que nos las compongamos nosotros solos como mejor se pueda, que no fiarnos de otras personas que nos puedan vender.

—Esa es la mia, añadió el *Maruso*; la cosa anda muy mala, y es menester estar en un pié como las grullas.

—En fin, paciencia, dijo el guardian; pero si ahora no rematais el negocio, conviene que veais al *Tio Martin* para que lo tenga.

—Ya sabes que cuando tratamos de recoger á este muchacho, le hablé para que nos lo guardára; pero se sacudió las pulgas, y la verdad es que el viejo está muy escamado. En fin, adios y hasta la vuelta, que entónces verémos lo que debe hacerse.

—Pues á la paz de Dios, que no tardeis, y que todo salga á pedir de boca.

Y en seguida, el *Maruso* y su compañero se alejaron, llevándose de reata el caballo del guardian, y éste se aproximó al cautivo, invitándole á que comiese pan, queso, huevos duros y aceitunas.

El jóven, aunque muy cansado, no se hizo sordo á la invitacion, pues que tenía muy buen apetito, y además le pareció casi opípara la cena anunciada, en comparacion con la de otros dias.

—Hoy parece que hay nuevas provisiones; dijo el prisionero, incorporándose con cierta presteza.

—Sí, hombre, hoy tenemos el pan tierno y algunas otras cosillas; pero aquí hay que aviarse á lo pobre. En tu casa comerías mejor. ¿No es verdad?

—Sí, señor, y en estos dias me he acordado mucho de la diferencia.

—Pues ahora conocerás las fatigas que pasan los que no son ricos como tu padre.

—¿Y qué culpa tiene mi padre de que haya pobres? Si todos los que tienen algo lo dieran, todos se quedarian iguales, es decir, pobres.

El guardian lanzó una especie de rugido, vivamente contrariado por la ingénua observacion del mozuelo.

Durante algunos momentos, ninguno de los dos se ocupó de hablar, sino de comer, con tanta gana como presura.

Al fin, el guardian, como respondiendo al jóven, aunque un poco tarde, exclamó:

—¡Hay ricos muy malos!

—Tambien éso es verdad.

—Pues si les quitáran lo que tienen robado y lo repartieran, entónces sí que esos ricos serian peores mil veces que los que se crian trabajando y pasando fatigas en la pobreza.

—Así lo creo.

—Yo conozco algunos que están podridos de dinero, y en vez de hacer un favor á un desdichado, siempre que cogen por su banda á un pobre, lo revientan y lo baldan. ¡Cuanto más tienen, más quieren!

—Pero al fin y á la postre, Dios los castiga.

—¿Dónde y cuándo?

—En la otra vida.

—¡Toma! ¡Toma!... ¡Qué ocurrencia! ¿Y quién te ha enseñado á tí éso?

—Mi padre, la doctrina cristiana y los curas...

—Déjame á mí de curas, interrumpió vivamente el guardian.

—¿Cree usted que son malos?

—Más malos que un dolor.

—Yo no lo creo.

—Muchacho, tú no conoces el mundo. ¿Qué pensarias tú de esos *curianas*, si yo te dijéra, que algunos de éllos se llevan la mejor parte de lo que nosotros nos agenciamos con tantos sudores y penas?

—¡De véras!

—Como te lo estoy diciendo.

—Pues bien, tampoco Dios dejará de castigarlos, porque Dios es justo y hay otra vida.

El guardian exhaló un suspiro, y guardó silencio.

Terminada la cena, recogió los restos de las provisiones, y en seguida tendióse junto al cautivo, despues de haberle atado con su faja, como de costumbre.

El prisionero no tardó en dormir profundamente, porque no hay colchon mejor mullido que una buena conciencia.

El bandolero permaneció largo rato confuso, desvelado é inquieto, por aquella idea tan sencilla y tan terrible que el jóven, repetidamente y de una manera candorosa y natural, le habia manifestado respecto á su firme creencia en un Dios justo y en otra vida.

CAPÍTULO VI.

EN EL QUE SE REFIERE CÓMO RODRIGO DESEMPEÑÓ SU ENCARGO.

El llamado Rodrigo salió del Arahal, siguiendo escrupulosamente el itinerario marcado por los secuestradores, y con arreglo á él dirigióse hácia Moron, y al atravesar por la dehesa denominada de la Encarnacion se le presentaron dos hombres, los cuales, despues de cambiar con el emisario de Rubio las contraseñas concertadas, le pidieron el dinero.

—Yo no traigo más que un recado de mi amo, respondió Rodrigo.

—¿Pero no traes los diez mil duros del rescate? preguntó el *Maruso*.

—No, señor.

—Pues entónces, ¿ á qué vienes?

—Ya lo he dicho; á dar un recado.

El *Maruso* cambió con su compañero una mirada de ira y sorpresa, y despues preguntó:

—¿Y qué recado es ése?

—Mi amo es viudo y tiene muchos hijos, y aunque la gente piensa que tiene mucho dinero, se equivoca, porque no es oro todo lo que reluce...

—Pues que venda lo que tiene y haga dinero.

—Esa es la cuestion, porque aunque él quiera vender lo que tiene, casi la mayor parte pertenece á la legítima de sus hijos, de modo que repito, que no puede vender aunque quisiera.

—Pero ¿á qué me vienes á mí con todas esas retrónicas? preguntó el *Maruso*, lanzando una mirada colérica á Rodrigo, el cual impasible continuó:

—Y aunque la ley le consintiera vender, no por éso se reunen tan ainas diez mil duros. Pues qué ¿le parece á usted esa cantidad moco de pavo?

—¡Ay qué hombre éste! ¡Vaya un abogado de sequero que nos envian aquí para convencernos de que ese perro viejo no tiene los diez mil duros!

—Yo no digo más que la verdad, y que es trabajo perdido el pedir á los hombres imposibles.

—Pues bueno, le cortarémos la cabeza al muchacho.

Rodrigo quedóse mirando fijamente al iracundo bandido, y despues de algunos instantes de reflexion y silencio, repuso:

—Pero venga usted acá, hombre de Dios; si ahora me pide usted á mí, es un suponer, mil duros bajo la pena de cortarme la cabeza, si no se los doy ¿qué conseguirá usted con degollarme? Ensuciarse las manos, perder el tiempo, exponerse á mucho y sobre todo no sacar lo que usted quiere, porque yo en el pescuezo no tengo más que la nuez, y una vez cortado chorreará sangre; pero no monedas de á cinco duros.

—¿Pero tú has visto á un hombre por este estilo? preguntó el *Maruso*, entre risueño y enojado, dirigiéndose á su compañero, que respondió:

—En mi vida he visto yo un tio *Candonga* con más letra menuda; pero vamos á zurrarle el barandel y verás cómo cambia de tono.

—Pues se equivoca usted, amigo, que seguiré diciendo lo mismo, y que es una tontera el tomarse ese trabajo que usted quiere, cuando de éllo no le ha de resultar beneficio ninguno. ¿Qué pesos duros ván á sacar ustedes de darme á mí una paliza? ¡Vamos á ver!

Al oir las razones de Rodrigo, cuyo buen sentido no podian desconocer los secuestradores, éstos le miraron con ojos flameantes de ira; pero el emisario con aire muy tranquilo y calma imperturbable sostuvo aquella iracunda mirada, hasta que los dos bandidos, sin saber qué hacer, se echaron á reir y entónces el *Maruso* dijo:

—A este hombre hay que matarlo ó dejarlo.

—Eso último será lo mejor, respondió Rodrigo con mucha pachorra.

—Ea, dejémonos de habladurías y de bromitas tontas; dijo el *Maruso*, tomando un aire muy fosco y sério. ¿Qué es lo que te ha dicho el señor Rubio?

—Tiene usted razon; hablemos con toda la formalidad que el caso requiere. Pues señor, me ha dicho, que no tiene dinero, que tengan ustedes compasion de él y que todo lo más que podrá entregarles, si sueltan al chico, será seis mil reales.

La sorpresa de los bandidos, al oir estas palabras, llegó á su colmo, de tal suerte, que ni siquiera encontraron voces para expresar la inmensidad de su indignacion y de su rabia.

Rodrigo añadió:

—Este es el recado, sin quitar ni poner una letra.

—¡Vaya un recadito! exclamó el *Maruso*, con voz reconcentrada por la cólera. ¡Seis mil reales! ¡Pues si ya tenemos nosotros gastados más que éso en este negocio!

—Ese hombre es un animal que lo que quiere es que su hijo muera; añadió el compañero del *Maruso*.

—Y morirá; repitió éste con voz terrible.

Ambos bandidos prorumpieron en las más horrorosas blasfemias y amenazas; pero el sesudo Rodrigo dejó pasar la tormenta, guardando el más profundo silencio.

Al fin el *Maruso*, dirigiéndose al emisario, le dijo:

—Ese hombre no tiene sangre en las venas, ni entrañas en el cuerpo. ¿Qué padre manda un recado como el que has traido, cuando la contestacion que debe aguardar, es que le pongan la cabeza de su hijo, colgada en la puerta de su casa? Vamos, está visto, no hay arreglo posible; ese hombre lo que quiere es ser asesino de su misma sangre.

—Es que no puede; dijo tímidamente Rodrigo.

—¡Que no puede! exclamó furioso el *Maruso*. ¿Qué padre no hace imposibles por salvar á su hijo?

—Póngase usted en su lugar.....

—Pues por éso, interrumpió vivamente el *Ma-*

ruso, porque me pongo en su lugar, es por lo que no comprendo, ni su conducta, ni el recado que traes, ni creo que ese infame, vil y malvado viejo es criatura humana, sino un tigre y un avariento, que por guardar un puñado de oro, es capaz de asesinar á su hijo.

—Un padre siempre es un padre.

—Te digo que ese padre es el que asesina á su hijo con su tacañería, porque nosotros no somos más que la cuchilla; él es el verdugo.

—Yo soy mandado, respondió Rodrigo, y cumplo con referir lo que se me dice. ¿Qué respuesta llevo?

—Ninguna, pues ya verá ese mal padre lo que le aguarda.

—¿No tiene usted más que mandarme?

—Sí, respondió el *Maruso*; desde aquí tomas el camino de Pruna, y despues sigues hácia Villanueva.

—Está muy bien, haré lo que usted manda.

—En el camino te encontrarás otros compañeros y éllos te dirán lo que has de hacer.

Rodrigo permaneció callado algunos momentos y rascándose detrás de la oreja, con ademan profundamente pensativo.

Luégo preguntó:

—¿Y diga usted, nuestramo, ¿qué piensa usted que harán conmigo esos compañeros, si les doy el mismo recado?

Los bandidos quedáronse mirando á Rodrigo, con

una expresion equívoca é indefinible; pero que no era malévola, porque en su interior no habia dejado de hacerles gracia la pregunta.

Sin embargo, el *Maruso*, afectando enojo, le respondió:

—En cuanto les dés el recado, te despanzurran de seguro.

—Pues entónces, si le parece á usted, les diré que ya usted sabe lo que pasa. ¿No es éso?

—Largo de aquí pronto, tio *Camándulas*, que tienes tantas escamas como el que te envía.

—Pues, ea, con Dios, y tengan ustedes lástima del chico, que no tiene culpa de nada. ¡Pobrecillo!

—¡Anda véte con dos mil demonios de á caballo que te lleven! exclamaron furiosos los bandidos.

—¡Arre, corcita! gritó Rodrigo, espoleando su mula hácia el camino que le habian señalado.

El *Maruso* y su compañero aguijaron sus caballos en direccion opuesta, y muy pronto desaparecieron al galope entre las revueltas de un ancho sendero, que serpenteaba por aquellos matorrales.

CAPÍTULO VII.

DEL COLOQUIO HABIDO ENTRE EL GUARDIAN Y EL PRISIONERO.

La noche habia tendido su manto de estrellas sobre el horizonte, al calor sofocante del dia siguió la brisa más respirable; pero sin que dejára de sentirse una temperatura siempre alta en demasía.

El canto monótono de las cigarras se confundia á intervalos con el agorero grito de la vividora corneja; y más léjos, en una frondosa alameda, se escuchaban los melodiosos trinos del amante ruiseñor, que hacian singular contraste con los gemidos lúgubres del buho, con la voz compasada del cuclillo, con el sonante aletéo y grito del mochuelo y con el canto interminable del grillo, alegría del hogar y regocijo de la infancia.

Y toda la naturaleza parecia recobrar á esta hora su dominio sobre sí misma y su voz magnífica y múltiple, compuesta de infinitos ruidos, que se exhalaban de los montes, de los valles, de los arroyos y de los vientos, como el himno eterno de gratitud de la creacion á su Creador.

A esta hora tambien el corazon y la mente de los

mortales parece recobrar su frescura y espontaneidad nativa, despues de los ardores fatigantes del sol abrasador de los dias de julio en Andalucía.

Así sucedió al infeliz secuestrado y á su constante guardian, que habian permanecido durante el dia tendidos boca abajo, jadeantes y poco ménos que asfixiados por el calor, sin cambiar entre sí ni una palabra, y sin tener la actividad suficiente para formular un pensamiento.

Pero cuando vino la noche y la refrigerante brisa, experimentaron una sensacion tan grata y vivificadora como si resucitasen.

En tal estado, sintieron tambien la necesidad de comunicarse, porque el hombre está formado de manera, que el instinto de la sociabilidad es tan enérgico, por lo ménos, como el de la inteligencia.

En efecto, el hombre no puede ser indiferente y mudo en presencia del hombre, cuya opinion desea conocer, cuyo juicio le interesa, cuya aprobacion irresistiblemente solicita, cuyos pensamientos enriquecen su conciencia y cuya voz y manifestaciones, por impulso natural, le agradan.

Así, pues, incorporándose en el suelo el cautivo y el guardian, convidados de la soledad en que se hallaban y por la apacibilidad de la tranquila noche, entablaron el diálogo siguiente:

—¿Y andarémos así mucho tiempo? preguntó el jóven cautivo.

—Ya vés la mala vida que traemos, porque hoy creí que nos ahogábamos de calor durante la siesta;

pero todo depende de tu padre; contestó el bandido.

—Yo creo que ya estaríamos libres de pasar tantos trabajos, si se le hubiera pedido ménos dinero á mi padre.

—¿Crees tú que no tiene diez mil duros?

—Me parece que no tiene disponible tanta cantidad.

—¿Y cómo sabes tú el dinero que tiene tu padre, que por cierto es muy cucarron y muy reservado?

—Hombre, yo le he visto guardar dinero, y áun cuando yo no pueda calcular lo que tiene, me parece que hubiera podido dar con más ó ménos fatigas tres ó cuatro mil duros; pero la cantidad que le han pedido, es seguro que no la tiene.

—¿Y qué sabes tú, muchacho?

—Yo me fundo en que un padre siempre quiere á su hijo, y que no estaria yo aquí pasando tantas penalidades, si mi padre hubiera podido libertarme en seguida.

—Los viejos son muy tunantes, y muy cazurros y muy avaros, y nada tiene de particular en que se haga el muerto y el pobreton, aunque tenga la cantidad necesaria para sacarte de nuestras manos.

—Desde luégo le digo á usted que mi padre no es capaz de éso.

—Tú no conoces el mundo todavía, y no sabes lo que es un viejo apegado á sus onzas.

—Usted dirá lo que quiera; pero yo estoy firmemente persuadido de que si le hubieran reclamado

la cantidad que he dicho, no estaría yo aquí ya pasando tan malos ratos, porque un padre podrá querer mucho su dinero, sobre todo cuando le cuesta mucho trabajo y grandes fatigas el ganarlo; pero siempre quiere más á un hijo.

—De todo tiene la viña del Señor, porque hay hombres que prefieren guardar *su gato*, á que le degüellen toda su familia.

—Yo no niego que haya hombres así; pero de fijo que mi padre no pertenece á ese número que usted dice.

Aquí llegaban nuestros dos interlocutores, cuando el guardian, tomando la actitud de escuchar atentamente, despues de algunos momentos, dijo:

—¡Alguien viene! ¿No has oido?

—Me parece que suenan pisadas de caballos, aunque muy lejanas.

—Esa es la fija; probablemente serán los compañeros.

El ruido de los caballos se aproximaba cada vez más, y muy pronto el guardian conoció que al venir á campo travieso y por entre los matorrales, no podian ser otros que sus camaradas.

En esta inteligencia, permaneció tranquilo, y reanudando el diálogo interrumpido con el prisionero, le preguntó:

—¿Conque tú crees que tu padre hubiera podido dar desde luégo tres ó cuatro mil duros?

—Sí, señor.

—Pues más valiera haberlo hecho así desde el

principio, y no estaríamos aquí sudando la gota gorda y mudando el pellejo.

—Claro está; pero cuando se piden imposibles, ésto es lo que pasa.

—Tienes razon, muchacho.

Ya en ésto, llegaron los jinetes tan cerca, que fácilmente reconoció el guardian al *Maruso* y su compañero, que traian un caballo del diestro.

Inmediatamente se desató la faja, y despues de registrar si el cautivo tenía el pañuelo, que le cubria los ojos, bien puesto, salió con presteza al encuentro de sus amigos.

—¡Hola, perillan! ¿Ha ocurrido por aquí algo de nuevo? preguntó el *Maruso*.

—Nada de particular, sino que los pájaros se frien de calor; respondió el guardian.

—¿Y quién le teme al sol?

—Eso está muy bueno para el que anda de acá para allá; pero el que desde que amanece hasta que anochece está aquí parado y aguantando el pujo, tiene razon para temer que los sesos se le derritan. Como sigamos mucho tiempo así, el mejor dia nos vais á encontrar ahogados; pero gracias á Dios, ésto se acabará pronto, dijo el guardian, aludiendo al buen resultado que él suponia hubiese tenido la entrevista con el emisario del padre del prisionero.

—Sí, sí; trazas lleva el negocio de acabarse pronto; replicó el *Maruso* con una entonacion particular de ira y despecho.

Estas palabras pusieron de mal humor y llenaron de confusion al guardian, quien desde luégo comprendió que nuevas y enojosas dificultades habian sobrevenido.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó.

—Ahora te lo dirémos.

Los dos bandidos echaron pié á tierra, y el *Maruso*, alargando la bota al guardian, le dijo:

—Toma, y ya que tienes tanto calor, échate un buen trago para apagar la sed.

No dijo tal el *Maruso* á sordo ni á manco, porque el guardian, dando tregua á su curiosidad, empinó la bota, y abrazado con élla, quedóse mirando al cielo un valiente rato, abriendo en toda su extension el pasa-pan, que durante más de tres credos se convirtió en pasa-vino.

Viendo el *Maruso* el prolongado éxtasis del guardian, le dijo al hoyoso de viruelas:

—Me parece que éste vá á contar todas las estrellitas del cielo.

—¡Cuánta sed debia tener el pobrecito!

—Me parece que vá á dejar la bota tiritando.

Cuando el guardian acabó de consumir, exclamó:

—¡Buen caldo! De Montilla y con tres años de madera.

—Se conoce que lo entiendes, mosquito, dijo el hoyoso de viruelas; y por ahora te habrás apagado la sed por un rato.

—No lo niego; y en cuanto á paladar, no se

pueden poner conmigo todos los catadores de Jerez.

En seguida, los recien llegados y el guardian se apartaron algunos pasos de donde yacía tendido el cautivo, y despues de ponerle su apéa á cada caballo, sentáronse á comer como gentes que tenian además que hablar muy despacio y de asuntos para éllos harto importantes.

CAPÍTULO VIII.

DE CÓMO LOS SECUESTRADORES NO ENCUENTRAN YA DE QUIÉN FIARSE.

En vista de las indicaciones de mal agüero que habia hecho el *Maruso*, y despues de haber medio devorado un buen tasajo de carne fiambre, no se le cocia el pan en el horno, como suele decirse, al guardador del cautivo, y, por lo tanto, ansioso de saber cuanto ántes el resultado de la expedicion de sus compañeros, se apresuró á preguntar:

—¿Y qué hay de bueno?

—De bueno, nada; respondió el *Maruso*.

—¿Qué ha contestado ese hombre?

—Cuando pienso en la contestacion, me dan ganas de dejar ahí atado á ese muchacho y que se lo coman los lobos.

—O darle un tiro en la frente y saltarle la tapa de los sesos; añadió el hoyoso de viruelas.

—¡Demonio! exclamó el guardian. Y yo que creí que veníais tan contentos.

—Como si nos arrancasen las muelas; respondió el *Maruso*. No parece sino que todos los demonios del infierno se han desencadenado contra nosotros.

—Pero, vamos á ver, ¿qué ha sucedido? preguntó el guardian.

—Ni siquiera te lo puedes ìmaginar. Ese tio tuno, perro y tacaño ha contestado que no tiene dinero, y que si lo soltamos, todo lo que puede dar son seis mil reales.

—¡De véras! ¡Ay qué tio pillo! Y eso que el muchacho me ha estado diciendo hace poco, que no creia que su padre pudiera tener diez mil duros; pero que sí podria dar muy bien tres ó cuatro mil.

—Ese mozalvete es un lila y no conoce á su padre.

—Eso mismo le he dicho yo. ¡Vaya una salida de gallo inglés! ¡Cuidado con ofrecer seis mil reales, como si nosotros fuéramos algunos raterillos de pañuelos!

—Pues no hay más, sino lo que te he dicho.

—¡Calla, hombre, que me has dejado hecho una estátua! ¿Y qué pensais que hagamos?

—Yo no veo más medio qne escribirle otra carta al alma, diciéndole que vamos á degollar al hijo, sin que lo salve Jesucristo.

—No sólo decirlo, sino hacerlo; añadió el hoyoso de viruelas.

—¡Pues claro está! respondió el *Maruso*.

—Pero entónces ésto se prolonga mucho, respondió el guardian; y supongo que ya habreis visto al *Tio Martin*, para que lo tenga, porque así, á campo raso, no podemos estar más tiempo.

—Cuando te digo que todo viene mal, yo sé lo

que me digo; respondió el *Maruso*. Despues de hablar con el hombre que envió don Manuel Rubio, fuimos á ver al *Tio Martin;* pero échale un galgo.

—Pues qué, ¿no estaba en la huerta?

—Ni por soñazon. La casa estaba cerrada, un hijo suyo está preso en Archidona, y se conoce que el hombre anda tambien amontado.

—¡Cuánto contratiempo! Pero el *Tio Martin* tiene muy buenas aldabas, porque ha sido y es todavía muy arriscado y mujeriego, pues ya recordarás las aventuras que nos contaba con ciertas señoronas que él cameló en otro tiempo, y que siempre han continuado protegiéndole.

—Sí, él se jactaba de que no habian sido solos *Castilleja* y *Pacheco* los que habian tenido relaciones con señoras encopetadas, porque esas madamas son muy caprichosas, como todas las mujeres, y les gustan los hombres de nombradía y de pelo en pecho; pero se conoce que la cosa anda muy mala y que la Guardia civil aprieta de lo lindo, porque lo cierto es que el viejo, con toda su experiencia, y á pesar de todos sus padrinos y madrinas, ha abandonado su nido.

—Pues entónces conviene trasponer á este muchacho á los montes de San Miguel, porque allí lo metemos en cualquiera de aquellas cuevas y Dios no *julna* el fregado.

—Parece que no te haces cargo de cómo andan estos negocios. Figúrate tú lo que pasará por aquella tierra, cuando hasta el *Niño* de Benamejí, y

toda su gente, han tenido que hacerse noche y salir á uña de caballo.

—Pero ¿qué demonios ha pasado?

—Nada, que el Gobernador y la Guardia civil de Córdoba no dejan parar á nadie en aquel territorio.

—¿Y no hay quien le pegue un tiro á ese Gobernador? dijo el hoyoso de viruelas.

—Por hoy, más nos convenia que le abrasasen los hígados al Gobernador de esta provincia, que tambien aprieta más que un dolor; respondió el *Maruso*.

—Pero... ¡Esto es una epidemia! exclamó el guardian.

—Sí; empezó por Córdoba, y se vá extendiendo por toda Andalucía.

—¿Y en dónde vamos á encerrar á ese pájaro?

—En ninguna parte; no hay más remedio que vivir al raso y mudando lugares.

—Mira que éso no se puede resistir.

—Ahora descansarás unos dias, y miéntras, te relevará éste; dijo el *Maruso*, señalando al otro compañero.

—No creas tú tampoco que estamos así tan seguros, porque en el campo, además de los pastores, guardas y mucha gente pasajera, que pueden vernos, no deja tambien de vigilar la Guardia civil, y en un instante puede suceder una diablura.

—Ya sabemos que en todo hay inconvenientes; pero en estos casos, es menester elegir lo ménos

malo, y claro está, que es mejor andar á salto de mata, porque al ménos, aquí no tenemos que fiarnos de nadie, que nos pueda vender por una propina; pero ¿qué es éso? ¿Habeis oido?

La voz humana que es tan consoladora y simpática para los hombres de bien, así en la soledad de los campos, como en el tumulto de las ciudades, suele ser, por el contratrio, para las gentes de mal vivir un motivo harto fundado de temor y alarma.

En efecto, el *Maruso* habia oido á lo léjos algunos gritos y aplicando el oido á tierra, añadió:

—Alguna gente á caballo se acerca.

En seguida se levantó rápidamente y dijo:

—Anda véte al lado de ese muchacho y si vés que alguien se acerca...

—¿Le doy un tiro?

—No; porque el tiro suena; pero le dás una puñalada que le partas el corazon, y en seguida te echas á gatas por entre el monte y vás á buscarnos á ese barranco, á donde nos vamos éste y yo con los caballos.

El guardian con no vista presteza plantóse de un salto junto al cautivo, con su puñal desnudo en la mano, miéntras que sus compañeros lleváronse los caballos á una hondonada próxima, en la cual no era posible verlos entre la mancha general del monte.

Miéntras que tales precauciones tomaban los bandidos, acercábase á más andar el ruido de las

voces y el tropel de una porcion de bestias que hacía retemblar la tierra.

La inquietud y el susto de los malhechores llegó á su colmo, imaginándose que á tiro hecho y sin topar en rama, se acercaba un regimiento de caballería al sitio en donde se hallaban ocultos.

Al mismo paso y compás, que el alarmante rumor y estrépito se acercaba, crecia en los malhechores el temor de ser sorprendidos; pues que llegaron á creer que don Manuel Rubio, valiéndose de espías, con mucha reserva, tal vez habia conseguido averiguar su paradero, dando parte á la autoridad para que procediese á su prision y castigo.

Esta creencia llegó á apoderarse de tal modo del ánimo de los malhechores, que el guardian con el puñal levantado en alto, aguardaba el momento crítico de que alguien se acercase al rancho, para descargar sobre el pecho del cautivo el golpe mortal, que el *Maruso* le habia ordenado.

El infeliz Enrique, si bien es cierto que sentia junto á sí la presencia de su perpétuo vigilante, se hallaba muy léjos de pensar el inminente peligro que corria, supuesto que la venda que le tapaba los ojos le impedia ver la actitud terriblemente amenazadora del bandido.

Entre tanto, el ruido de las voces y el galope de los caballos se oia cada vez más claro, más distinto y más cercano, si bien el estrépito sonaba en la llanura, á campo travieso y á no poca distancia de la mancha y espesura del monte.

Esta circunstancia tranquilizó á los bandidos, que en sus respectivos puestos miraban atentamente por entre las jaras y coscojas hácia el sitio en que sonaba el tropel, y entónces pudieron convencerse de que todo aquel ruido de voces de hombres, pisadas de caballos y sonantes cencerros, provenia de muchedumbre de vaqueros que conducian de una dehesa á otra, una torada.

Cuando los secuestradores se hubieron convencido de la verdadera causa de su temor y susto, volvieron rápidamente á reunirse, reanudando el interrumpido curso de su merienda ó cena, burlándose de sí mismos, con mucho donaire y chiste, y celebrando el dichoso desenlace, con sendos tragos del montillano.

—Pues no hay más remedio que andar á la intempérie y no fiarse de nadie; dijo el *Maruso*.

—Sí, pero no conviene permanecer mucho tiempo en el mismo sitio; replicó el guardian.

—Por eso mismo nos vamos á ir ahora á otro rancho.

—¡Cuántas fatigas para reunir cuatro cuartos, miéntras que otros se hacen ricos, sentados! exclamó el hoyoso de viruelas.

—¿Qué quieres? Los ladrones de bufete roban más y con ménos trabajo y peligros, respondió el *Maruso*.

—Lo cual no quita que luégo la echen de hombres de bien, y nos llamen á nosotros trastornadores de la sociedad, y esas otras cosas que dicen de

los pobretes que roban, exponiendo su pellejo, y no escribaneando y perdiendo infelices; replicó el picoso de viruelas.

—Eso vá en el síno de las criaturas; dijo el guardian.

—Pues ahora es menester que ese mozo escriba una carta que arda en un candil; indicó el *Maruso*.

—¿Traeis avíos? preguntó el guardian.

—Sí; pero es mejor que la escriba en el otro rancho.

En efecto, una vez terminada la comida, los bandidos subieron al secuestrado á las ancas del caballo del *Maruso*, y montando éllos despues en sus cabalgaduras, emprendieron su marcha por entre matorrales y barrancos á favor de las tinieblas de la noche.

CAPÍTULO IX.

PARALELISMO ENTRE EL ALMA Y LA NATURALEZA.

Los bandidos caminaron con el secuestrado algunas horas hasta llegar al sitio, que de antemano habian elegido para su nueva mansion entre la espesura del monte.

Cuando los caminantes se apearon en su nuevo rancho, ya la rosada aurora cubria de mágicos arreboles los dilatados espacios del Oriente, y el canto matinal de las aves saludaba la venida del próximo dia.

Bello es, sin duda, el espectáculo que la naturaleza ofrece á la contemplacion humana en semejantes horas; pero aquellos infelices malhechores, abrumados bajo el peso de la tosca animalidad y del repugnante crímen, permanecian de todo punto insensibles é indiferentes á tales maravillas y bellezas.

Existe un paralelismo inevitable entre el estado de la conciencia y la impresion que la naturaleza produce en el alma del hombre.

La tranquila noche, llena á un mismo tiempo de

majestad sublime y dulce melancolía, es la imágen de una conciencia inocente, serena y límpida, como la superficie del lago que no riza ni el más leve soplo de las auras, y que en sus trasparentes cristales refleja el azulado espejo de los cielos.

Pero esa misma noche tan augusta y tan solemne, ya resplandeciente de estrellas, ya majestuosa de tinieblas, léjos de evocar profundos y morales pensamientos en el espíritu del malvado, solamente la encuentra útil, como encubridora de sus crímenes; y cuando el esplendente sol lanza á torrentes de su vívido seno la luminosa belleza del dia, sólo se imagina ver en la luz, el ojo escrutador de la sociedad indignada, que con razon le persigue como á su más implacable y mortal enemigo.

Así, el estado de la conciencia esparce sobre el mundo exterior un velo de luz y de colores ó un manto de sangrientas sombras, segun el alma vive y se goza en las purísimas regiones de la verdad, de la belleza y de la virtud, ó se agita y sumerge en las hondas tinieblas del error, de la deformidad y del crímen; de suerte que el espíritu del hombre en las recónditas interioridades de su sér, lleva consigo, segun el uso que hace de su propia libertad, un paraiso de inefables delicias, ó un infierno de tremendas torturas.

Esta luz interna, este cielo, esta fuente de agua viva y fecunda se encuentra tan al alcance de cada sér humano, que le basta sólo querer, para conse-

guir la propia redencion y la felicidad asequible sobre la tierra.

Desdichadamente la injusticia de los hombres, por un lado, y su obcecacion é ignorancia por otro, desconciertan de la manera más lastimosa la vida de innumerables millones de individuos, apartando así las almas de su centro luminoso y de su benéfica finalidad, en su tránsito por las regiones del tiempo y del espacio.

No hay, pues, un absurdo, una blasfemia, una desventura y un horror comparables al que excitan en un hombre, dotado de rectitud y honradez, esas desviaciones, esas monstruosidades, esos precipicios tenebrosos de las conciencias deformes y pervertidas, que sólo miran en la tranquila noche, en el resplandeciente dia, en el respetuoso bosque, en la fértil llanura, en el alto monte, en la escarpada roca, en el florido valle, en el espumoso torrente, en el fecundante rio, en la fresca gruta y en todas las magnificencias de la naturaleza, otros tantos medios de perpetrar delitos y ocultarlos.

Estas desventuradas gentes se hallan tan distantes de la verdadera humanidad, que en vez de admirar y sentir la hermosura infinita de la naturaleza, se afanan sólo, en medio de su espantosa perturbacion moral, por hacerla cómplice y depositaria de sus criminales atentados.

Así, pues, los bandidos saludaron gozosos la espléndida luz del sol, porque ésta les proporcionaba la facilidad de escribir, sin pérdida de tiempo, la

exigente y amenazadora carta, cuyo aterrador contenido habian ya entre sí concertado durante la cena.

Tan luégo como hubieron dejado tendido al infeliz cautivo, siempre con los ojos cubiertos con un pañuelo, sacó el *Maruso* de lás alforjas un tintero de cuerno, papel y una pluma de acero, y extendiendo en el suelo una manta, echóse boca abajo, y, en esta forma, púsose á escribir la terrible carta que pensaba enviar á don Manuel Rubio, es decir, al padre del secuestrado.

Cuando terminó su taréa, llamó á sus compañeros para leerles la epístola, cuyo contenido aprobaron éstos desde la cruz á la fecha.

En seguida, el *Maruso* dijo:

—Ahora es menester que el muchacho escriba tambien á continuacion lo que yo le diga.

—Antes convendrá que le demos un bocadillo; dijo el alto de los ojos azules, ó sea el guardian.

—Despues que escriba comerá; replicó bruscamente el *Maruso*. Acércalo aquí para que escriba como yo lo he hecho.

El guardian condujo á Enrique junto á la manta, y haciéndole hincar de rodillas sobre élla, el *Maruso* le dijo:

—Yo he escrito aquí boca abajo, y de la misma manera vás á escribir tú, diciéndole á tu padre lo que hace al caso.

—Está muy bien; contestó con doliente acento el jóven Enrique.

—Aquí tienes la carta que yo he escrito, y al pié de élla irás escribiendo lo que yo te mande.

Y dirigiéndose al guardian, el *Maruso* añadió:

—Quítale por detrás la venda, saca tu puñal, y clávamelo ahí, si vuelve la *fila*.

El guardian le aflojó el pañuelo, empujándole para que cayese de bruces, y despues se lo quitó, permaneciendo todos los bandidos á espaldas del secuestrado, que cubrióse los ojos con ambas manos, á causa de la viva y áun dolorosa impresion que la luz le produjo.

—¿Qué es éso? preguntó el *Maruso*.

—Que no veo nada.

—Dentro de un rato verás bien. No te apures.

El secuestrado exhaló un suspiro, restregándose los ojos y creyendo que tal vez se habia quedado ciego.

Los bandidos continuaron un rato hablando entre sí, miéntras que el jóven se habituaba á la luz y se hallaba en estado de hacer lo que se le exgía.

Al fin, Enrique dijo:

—Me parece que ya podré escribir.

—Pues vamos allá.

Y el *Maruso* comenzó á dictarle la carta más feroz y aflictiva para un padre, que pudiera escribir un hijo en aquellas circunstancias, y anunciándole que probablemente ya no vería más letra suya.

Terminada la carta del secuestrado, volvieron á vendarle los ojos, le dieron de almorzar y lo dejaron en el mismo sitio que ántes lo tenian.

Pocos momentos despues, el *Maruso* y el de los ojos azules montaron á caballo y partieron, llevándose el otro caballo de reata, y dejando por guardian del cautivo al otro compañero.

El jóven Enrique no se apercibió al pronto de aquel relevo; pero muy luégo conoció, por su desdicha, que habia perdido bastante en el cambio.

CAPÍTULO X.

INCERTIDUMBRE.

Por más que el secuestrado y su guardian parecian estar completamente solos en los diferentes lugares que habian recorrido, estaba muy léjos de suceder así; pues que los bandidos buscaban siempre sitios á propósito para mantener constante comunicacion con los demás cómplices y con el cautivo y el que lo guardaba, ya para estar al tanto de cualquier impensado accidente que pudiera sobrevenir, ya tambien para abastecerlos de las provisiones indispensables.

Así, pues, siempre cuidaban de tener disimuladamente algunos de los compañeros no muy léjos del rancho en que se ocultaban el secuestrado y el guardian, con el fin de prestar á éste auxilio en caso necesario, y ya se ha visto en alguna ocasion llegar hasta el mismo rancho á otros individuos de la partida mandada por el *Maruso*.

Sucedió, pues, que ántes de haber andado media legua el jefe y su compañero, saliéronles al encuentro dos jinetes, con los cuales cambiaron al-

gunas palabras, entregándoles despues el caballo que los dos primeros conducian del diestro.

Apartáronse en seguida, y cuando ya habian caminado un buen trecho, al trote y en silencio, el de los ojos azules preguntó al *Maruso:*

—¿Y con quién piensas mandar esa carta?

—Por el correo.

—¿Luego vamos á un pueblo?

—Sí, vamos á Campillos, que allí tengo yo puerto seguro; pero como la cosa se vá poniendo tan mala, darémos de camino un vistazo para saber cómo andan aquellos amigos.

—Me parece buena idea, porque en último caso, el señorito nos dará luz y abrigo si lo necesitamos.

—Tambien convendrá dar un paseo por Sierra de Yegua, y ver al otro padrino, que es un mozo rubio que caza muy largo.

—En las circunstancias que nos rodean, está bien pensada esa revista, por si se ofrece ocupar á esos compadres.

—Además, el pueblo de Campillos es el más á propósito para echar esta carta y que la gente no *julne* de dónde vá el golpe.

—Te digo que cavilas más que un escribano, y que sabes más que un libro.

—Pues ahora lo que hay que hacer es tragarse el camino por los vientos.

—Tienes razon.

Y los dos bandidos espolearon sus caballos, lanzándose al galope.

En resolucion, diré que el *Maruso* y su compañero llegaron á Campillos, pusieron la carta en el correo, visitaron á sus camaradas, y allí supieron que ya el *Tio Martin* se hallaba preso, y que se habia descubierto la guarida de la huerta, y el uso á que frecuentemente la destinaban.

Bajo este aspecto salieron fallidas las esperanzas de los dos bandidos, relativamente á encontrar un asilo en Campillos ó Sierra de Yegua, supuesto que por allí tambien habia llegado la inquietud, la alarma y el espanto.

Dos dias despues de haber echado el *Maruso* la carta en el correo de Campillos, hallábase Rodrigo en casa de don Manuel Rubio, en el Arahal, departiendo mano á mano con el afligido padre, á quien ya dias ántes le habia dado cuenta con toda prolijidad y eficacia de su difícil y doloroso encargo.

Rodrigo, en efecto, siguió el camino indicado por los bandidos, es decir, que se dirigió á Pruna y Villanueva, esperando á cada instante encontrar á los otros compañeros de los secuestradores, segun le habian anunciado; pero no habiendo visto á nadie, continuó su ruta hácia el Arahal, donde llegó con las nuevas que ya el lector conoce.

La circunstancia de no haber encontrado Rodrigo á los compañeros, que le anunciaron le saldrian al camino, fué la que más conturbó al desgraciado padre, porque era indicio seguro de que los bandidos no querian avenencia, ni contestar nada, sien-

do muy de temer, por lo tanto, el que se atreviesen á realizar sus amenazas y bárbaro intento.

Excusado parece decir la tristeza y consternacion que con este motivo habia en el pueblo y en la familia de don Manuel Rubio, cuyos hijos todos lloraban ya por muerto á su desdichado hermano.

La hija mayor del señor Rubio, llamada Encarnacion, y que habia hecho veces de madre para con sus hermanos, estaba inconsolable y no dejaba de preguntar dia y noche á su padre y á Rodrigo si habian recibido algunas noticias de su querido Enrique.

En el momento en que he presentado á Rodrigo hablando con el señor Rubio, éste le manifestaba su inquietud y desesperacion por no haber recibido en tantos dias respuesta alguna de los secuestradores, cuyo silencio interpretaba de la manera más cruel y como de muy mal agüero.

—¿Crees tú, Rodrigo, que habrán sido capaces esos malvados de cumplir sus amenazas? preguntó don Manuel.

—En cuanto á capaces... ¿qué quiere usted que yo le diga?... ¡Es muy mala gente!

—¿Y dices que se enojaron mucho?

—Yo creí que me mataban cuando les solté lo de los seis mil reales.

—¿Y de dónde querian que yo sacára diez mil duros? ¡En qué angústias ponen á un pobre padre!

Rubio, levantando los ojos al cielo, con increible amargura y fuerza, exclamó:

—¡Permita Dios que si alguno de éllos tiene hijos, se vea en la misma afliccion y angústia en que yo me veo!

—Yo todavía no tengo perdida la esperanza; dijo Rodrigo.

—Tambien yo creia al principio que esos hombres, haciéndose cargo de mi situacion, contestarian pidiendo una cantidad más conforme con mis medios; pero ya no lo creo.

—La verdad es, nuestramo, que el recado fué bastante seco, y por más que yo lo remojé como supe, lo cierto es que decir de golpe y zumbido que no se dan más que seis mil reales, es echar la cerradera muy de sopeton. Yo siento afligirlo á usted, diciéndole estas cosas; pero á mí no me gusta sino decir la verdad.

—Haces bien, Rodrigo; pero ¿por qué no me hiciste esas reflexiones cuando te dí él encargo?

—Porque no me gusta meterme nunca en camisa de once varas; pero no dejó de ocurrírseme que ese dinero era muy poco, y no crea usted sino que sentí en el alma el que no me hubiese usted dado facultades para añadir algo más, segun y conforme se presentára esa gente; pues hasta para comprar un jaco nunca se dá el precio tan fijo... En fin, ya no hay más que tener paciencia y aguardar á ver si Dios mejora sus horas.

—Dices bien, Rodrigo, la culpa la he tenido yo mismo, por echar así la cerradera de un modo tan terminante.

—Yo creo que todavía puede ser que contesten, bajando la tara.

—Ya han pasado muchos dias.

—Pues con todo y con éso.

—¿Y en qué te fundas para abrigar esa esperanza?

—Me fundo en lo mismo que yo les dije; que de hacer una barbaridad nada sacarian, y éllos, créame usted, el interés que tienen es sacar lo más que puedan; y si no han dicho nada todavía, quizás tengan la intencion de darle á usted un susto, para sacar despues mejor partido.

—Tal vez hayas acertado, y por lo ménos, quiero creer lo que me dices, porque me consuela mucho el creerte.

—¿Quién sabe si hoy mismo tendrá usted carta?

—¡La Vírgen Santísima te oiga!

—¡Y el Santísimo Cristo de la Misericordia! exclamó una voz vibrante, argentina y con entonacion por extremo devota en la puerta de la estancia.

Era Encarnacion, la hija mayor de Rubio que, atendiendo á los quehaceres de la casa, no dejaba por éso de ocuparse sin cesar de la suerte de su querido hermano y de averiguar todo lo que respecto á él ocurria.

—¡Ah! ¿Estás ahí, Encarnacion?

—Sí, señor, y creo, como Rodrigo, qué todavía no debemos perder la esperanza.

En ésto se oyó una voz en la puerta de la casa, que dijo:

—¡El cartero!

Encarnacion salió inmediatamente y recibió una carta dirigida á su padre; pero llevada de su curiosidad, ó, por mejor decir, por el vivísimo interés que le inspiraba la suerte de su hermano, miró el sello del cuadrado y tosco sobre, pegado con tres rojas obleas, y leyó: CAMPILLOS.—MÁLAGA.—17 JULIO.—70.

La hija de Rubio nada pudo sacar en limpio de semejante lectura, pues que acostumbrada á recibir la mayor parte de las cartas dirigidas á su padre, adivinaba casi siempre las personas de quienes procedian, atendido el punto de donde llegaban; pero tratándose del pueblo de Campillos, nada pudo conjeturar, porque ignoraba las relaciones ó amistades que allí pudiera tener su padre.

Encarnacion, pues, entró en el aposento, entregándole á su anciano padre la epístola, el cual, despues de tomarla y leer el sobrescrito, pareció muy agitado y comenzó á pasearse á grandes pasos; pero sin atreverse á abrir la carta.

CAPÍTULO XI.

DOS CARTAS EN UNA.

Rodrigo y Encarnacion cambiaron una mirada de inteligencia, al ver á don Manuel Rubio tan conmovido y agitado.

Durante algunos minutos, el anciano estuvo paseándose con desatentado ademán, apretando convulsamente la carta y murmurando estas palabras:

—O es una sentencia de muerte, ó es la noticia de que vive. ¿Cuál de las dos cosas será? ¡Dios mio, tened misericordia de un pobre padre!

—¿Qué es éso? se aventuró á preguntar Rodrigo.

—¿Sabe usted quién le escribe de ese pueblo de Campillos? interrogó Encarnacion.

—Conozco la letra.

—¿De quién es? preguntó la hija.

—Lo ignoro; pero conozco muy bien que es la misma letra que traia el sobre de la otra carta, que recibí de Enrique.

—¡Lea usted! ¡Lea usted! exclamaron á la par Encarnacion y Rodrigo.

Don Manuel Rubio abrió el sobre; pero al ir á sacar la carta, se detuvo, diciendo:

—¡No me atrevo! ¿Qué me dirá este papel? ¡Qué horrorosa incertidumbre!

—Pero más vale saber el mal por grande que sea, que vivir en la duda; dijo el sesudo Rodrigo.

—Sí, sí: Rodrigo tiene razon; añadió la hija.

Entónces el afligido padre, reconociendo la exactitud de aquellas observaciones, y deseoso tambien de saber la espantosa verdad que se imaginaba contenia aquella carta fatal, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, sacó resueltamente la epístola y leyó:

«Señor don Manuel Rubio: Hemos visto lo infame, vil y negro que es usted. ¿En dónde ha visto usted mandar un hombre á transigir un negocio como éste sin llevar dinero? Desde hoy le vamos á dar de comer á su hijo con arreglo al dinero que usted ha mandado.

»Esta, ésta es la última carta que se le escribe á usted; en no saliendo el dinero del Arahal el 21, le cortamos á su hijo la cabeza, para colgársela en la ventana una noche y que sirva de ejemplo; y despues, á usted le tenemos que hacer lo mismo por negro y perro.

»Aquí no tiene usted más remedio que soltar el dinero; pues sabemos, por su hijo, que tiene usted mucho dinero guardado.

»No se debia rebajar ni un real de los diez mil duros que se le pidieron; pero á los ruegos de su hijo, se lo dejamos en cuatro mil duros, los mismos que en faltando un céntimo, paga su hijo con la cabeza.

»Dichos ochenta mil reales han de salir del Arahal el dia 21 del corriente, á la una de la noche, por el camino recto de la Puebla; desde allí á Osuna, donde sesteará el que los traiga en la posada de *Gomerita*, y saldrá de allí en cuanto sean las tres en punto de la tarde, por el camino derecho hasta llegar á Sierra de Yegua', donde parará aquella noche en la posada de Frasquito Mancha, y en la mañana del 23, al ser de dia, que salga con direccion para Antequera, y parará allí aquella noche en la posada de la Castaña, y desde que se ponga el sol hasta el toque de Ánimas, que esté en la puerta de la posada; y el dia 24, al amanecer, que salga de Antequera por los mismos pasos que trajo, y vaya á hacer noche á Osuna, y al dia venidero, al amanecer, que salga para el Arahal.

»Don Manuel, cuidado que el que traiga el dinero sepa bien todos los caminos que se le han citado, que no tienen pérdida, y que no haya falta ni entorpecimiento; pues esta cita es un sagrado. Mire usted que le corre la vida á su hijo, y á usted igual.

»El que traiga el dinero, que venga con las mismas señales y vestimenta que trajo el que vino ántes, y la bestia la misma, con la diferencia de que traiga un seron, y en el camino, que venga diciendo á menudo y en voz alta: *¡Jarre, corcita!*

»El dinero que no lo entregue á nadie hasta que le digan: ¿Es usted el tio de los serillos?

»Señor Rubio, en faltando un real de lo que se le ha dicho, no se moleste usted en mandar el dinero, que no lo querémos.

»¿No le dá á usted vergüenza de mandar á decir que enviará seis mil reales, cuando ya tenemos gastado mucho más? Sus marrullerías no le han de servir; mucho, mucho cuidado con lo que se hace, y que no se informe la justicia ni la Guardia civil del camino que lleva el dinero. Mire usted que no adelanta nada, que á nosotros no nos cogen, porque tenemos quien todo lo espíe, y cuando se tome el dinero, vamos seguros.

»No se le dice más; el vestido usted se lo arreglará á su gusto. Páselo usted bien.»

Aquí terminaba la carta de los bandidos, que produjo un efecto inexplicable en el ánimo de Rubio, Encarnacion y Rodrigo.

Por más aflictivo y doloroso que fuese el contenido de la carta, es lo cierto que el acongojado padre y los circunstantes respiraron, con indecible gozo, al saber que el jóven Enrique vivía.

—¿Y no podrá suceder que digan esos infames que mi hermano vive, no siendo verdad, sin más objeto que recoger los cuatro mil duros? preguntó Encarnacion.

—De ménos nos hizo Dios, dijo Rodrigo; porque, repito, que esa gente no es buena.

—No, no lo creo, respondió el padre con acento relativamente gozoso; porque aquí, á renglon seguido, veo letra de mi amado hijo.

—¡De véras! exclamó radiante de júbilo Encarnacion.

—¿Vé usted cómo al fin y al cabo se cumplen mis corazonadas? dijo triunfante Rodrigo.

El padre, más animado, siguió leyendo en voz alta:

«Padre: No sé qué es lo que usted piensa conmigo; pues vá usted á dar lugar á que pase en nuestra familia lo que ya ha pasado con otras, y cuando á mí me maten, hace usted un guiso con su dinero.

»Encarnacion: lo que quiero es que tú no consientas que padre deje de mandar el dinero que piden por mi rescate; y como no tengo más madre que tú, á tí te ruego, y, en igual caso, á los demás hermanos.

»Si no mandais el dinero, echadme todos la bendicion; pues de este modo me es imposible vivir, porque hoy he pasado muy mal dia, y me dicen que desde hoy voy á comer lo que ustedes me han mandado.

»Conque así, querido padre y hermanos, podeis considerar cómo estaré; pues el dia 23 será para mí ó Pascua de Resurreccion, ó el dia del Juicio final.

»Pensad bien lo que me está pasando, sin tener culpa; pues si yo tuviera culpa, en algun tanto, tendria tambien algun consuelo.

»Hoy escribo más despacio, porque Dios sabe si será ésta la última que escriba, pues esta gente dice que ya no escribe más; conque así, querido padre y hermana, recibid un millon de abrazos de

lo íntimo del corazon del desgraciado que aquí vive gimiendo.

ENRIQUE RUBIO.»

Durante la lectura de la precedente carta, la generosa Encarnacion habia prorumpido en amarguísimo llanto, profundamente conmovida al oirse llamar por su hermano menor amorosa y tierna madre.

—¡Hijo de mi alma! exclamó enternecida la hija de Rubio.

Y dirigiéndose resueltamente á su padre, añadió:

—Es necesario salvar á mi hermano Enrique, aunque sea vendiendo todo lo que pertenece á los demás hermanos y á mí, porque jamás consentirémos que esos infames lo sacrifiquen por cuestion de dinero. ¿No es verdad, padre mio, que lo hará usted así? dijo Encarnacion, cumpliendo el encargo y ruego de su infortunado hermano.

El padre inclinó la cabeza sobre el pecho, despues de exhalar un prolongado suspiro, y guardó profundo silencio.

—¿Qué piensa usted hacer, nuestramo? interrogó tambien Rodrigo.

—No hay tiempo que perder, padre; pues ya que la Vírgen Santísima y el Santo Cristo de la Misericordia han querido conservarle hasta hoy la vida, debemos nosotros aprovechar la ocasion para salvarlo en seguida, aunque tengamos que pedir limosna de puerta en puerta.

—Me parece que éso es lo que hay que hacer, nuestramo, dijo Rodrigo, asociándose á las in-

dicaciones de la triste y generosa Encarnacion.

El anciano continuó impasible, silencioso y con actitud meditabunda.

Luégo, sin contestar directamente á Rodrigo, ni á Encarnacion, pero como hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Cuatro mil duros! ¿Cómo reuno yo esa cantidad?... ¿Y voy á dejar á los demás hijos mendigando?... ¡Qué tormento tan cruel!.. Además, yo he contraido ciertos compromisos con las autoridades... ¡Es necesario que lean esas cartas!

Y en seguida se levantó rápidamente, como asaltado por una idea súbita y le dijo á su hija:

—Me voy ahora mismo.

—¿Adónde? preguntó Encarnacion.

—Adonde tengo el compromiso de ir; y tú, Rodrigo, me acompañarás tambien.

—Yo iré con usted hasta la fin del mundo.

—¿Y qué piensa usted hacer, querido padre?

—No me digas nada, hija mia; por Dios te ruego que no redobles mis angústias; yo tengo deberes muy severos y complicados que cumplir y nada puedo resolver hasta no consultar este asunto con las personas que debo hacerlo. ¡Adios, hija mia!

Encarnacion pareció resignarse con la voluntad de su padre, y guardó silencio, por más que las lágrimas corrian hilo á hilo por sus mejillas.

El anciano abrazó á su hija y estampando un beso paternal en su frente, salió en seguida de su casa, acompañado del fiel y sesudo Rodrigo.

CAPÍTULO XII.

DIVERSIDAD DE SITUACIONES.

En virtud del compromiso contraido por don Manuel Rubio de comunicar al Gobernador de Sevilla y al Comandante de la Guardia civil, cuantas noticias recibiese de los secuestradores de su hijo, partió inmediatamente, como ya he dicho, á conferenciar con las referidas autoridades, á las que manifestó la dolorosa y crítica situacion en que se hallaba, exhibiéndoles tambien las cartas últimas que habia recibido.

Dichas autoridades le manifestaron que abrigaban fundadísimas esperanzas de que los secuestradores, capitaneados por el *Maruso*, no tardarian en caer en manos de la Guardia civil, teniendo en cuenta las numerosas y eficaces disposiciones que para conseguirlo se habian adoptado.

Efectivamente, debo decir, en justa alabanza del señor Machado, Gobernador á la sazon de aquella provincia, que desde el punto y hora en que llegó á su conocimiento el secuestro del jóven don Enrique Rubio, no perdonó medio alguno, de cuantos

estaban á su alcance, para perseguir, sin tregua ni descanso, á la partida del *Maruso*, cuya criminal osadía en aquellas circunstancias, indignó á las referidas autoridades, con tanto mayor motivo, cuanto que ya por entónces el bandolerismo había recibido en Córdoba y áun en la misma provincia de Sevilla, los más rudos golpes, que habian quebrantado su audacia y sus fuerzas.

El señor Machado, temeroso de que los secuestradores pudieran intentar refugiarse en las provincias limítrofes, á consecuencia de su activa y tenaz persecucion, telegrafió á los Gobernadores, excitando su celo y previniéndoles la más constante vigilancia para el caso de que se realizasen sus temores; de lo cual yo puedo ser buen testigo, supuesto que los dos estábamos en íntima y permanente correspondencia, mediante la cual pude comprender su inquietud, sus desvelos y sus inauditos esfuerzos por salvar al secuestrado.

Por mi parte, ansiando tambien secundarle en sus generosos propósitos, dispuse que los individuos de la partida de Seguridad, que yo habia creado, vigilasen constantemente los puntos en donde los secuestradores podrian buscar refugio y abrigo.

Mas por grande que fuese la confianza del señor Machado en extirpar brevemente la partida del *Maruso*, es lo cierto, que el anciano y afligido padre miraba la cuestion bajo distinto aspecto, y comprendia la necesidad de seguir manteniendo relaciones con los bandidos, con sujecion á sus

terminantes exigencias, á fin de evitar que en un momento de colérico arrebato, sacrificasen bárbaramente á su hijo.

Así lo comprendió tambien el señor Machado, que limitándose á cumplir los deberes de su cargo, hizo el señor Rubio las indicaciones que creyó pertinentes, lamentando la difícil situacion en que el padre y la familia se hallaban, y quejándose tambien de que el temor á los bandidos y el recelo de que más tarde se vengasen, fuese la causa de que los mismos interesados se manifestasen por extremo remisos en suministrar á las autoridades informes, datos y noticias para continuar la persecucion con acierto.

De esta negativa y aversion de la familia á auxiliar los esfuerzos de la autoridad, resultaba uno de los obstáculos más insuperables para obtener en breve plazo, el éxito más satisfactorio.

Compréndese, sin embargo, esta reserva, por parte de los mismos interesados, porque en efecto, hay situaciones en la vida humana en que los intereses son tan diametralmente contradictorios y opuestos, que es muy difícil adoptar resoluciones que de una manera plausible puedan armonizar todos los antagonismos y contrarias aspiraciones.

¿Cómo la autoridad, por grandes, poderosos y eficaces que fuesen sus medios para aniquilar á los secuestradores, podia garantizarle á un padre la vida de su hijo, que puede ser sacrificado en un segundo? Hé aquí la cuestion que sin cesar se planteaba á sí mismo el señor Rubio, y he aquí tambien

el árduo y difícil problema, que jamás dejaba en sus consultas de presentar á la consideracion de las autoridades.

Esta inevitable divergencia de situaciones, produjo el resultado que era de esperar, es decir, que las autoridades persistiesen con grande ahinco en la persecucion de los criminales, por una parte, y que por otra, don Manuel Rubio continuase sus tratos con los bandidos para entretenerlos y no desesperarlos; pero sin dejar de tener muy en cuenta, por lo útiles que pudieran serle á sus intereses, las advertencias, consejos, instrucciones y seguridades que la autoridad le daba.

Cuando regresó á su casa el señor Rubio, acompañado del leal Rodrigo, le salió al encuentro Encarnacion, afligida y llorosa por la cruel inquietud en que la triste suerte de su hermano la tenía.

—No te acongojes así, Encarnacion; pues no hay motivo para desesperarse; dijo el padre.

—Pero ¿hay alguna esperanza? preguntó la hija clavando los llorosos ojos en su padre, como intentando sorprenderle en su semblante la verdad de lo que ocurría.

—No hay más esperanza que conformarse con hacer lo que ordenan.

—¿Conque está usted dispuesto á dar los cuatro mil duros? preguntó la hija gozosa.

—Sí, mujer; pero es necesario que me dejen tiempo y lugar para reunirlos.

Encarnacion exhaló un suspiro.

El padre continuó:

—Ya comprenderás, que no se reune tan facilmente una cantidad como ésa, y que necesitamos pedirla prestada, ó como se pueda, y ésto no se hace en un dia ni en dos, y más hoy, que todo el mundo necesita su dinero para la recoleccion.

—Eso es verdad; pero el caso es que como esa gente fija los dias, era necesario hacer en seguida lo que éllos dicen.

—Esa es mi opinion, hija mia; y por lo tanto, he resuelto que el buen Rodrigo vaya á entenderse con éllos, asegurándoles que yo me conformo con lo que me dicen en su última carta; pero que necesito algun tiempo para reunir el dinero, porque se equivocan mucho, si piensan que yo lo tengo aquí guardado.

—¿Y cree usted que no se enojarán?

—Yo creo que con esa razon, se les podrá amansar algo; terció Rodrigo.

—Eso creo yo tambien; dijo Rubio.

—¡Dios quiera que así sea! exclamó Encarnacion.

—No hay otro remedio más que ir á verlos siguiendo la ruta, y ateniéndose á las horas que éllos marcan y decirles que cuenten con lo que piden; pero que aguarden.

—Entónces yo tengo que salir de aquí á la una de la noche, si mal no recuerdo; dijo Rodrigo.

—Esa hora señalan; pero yo te sacaré una nota de la carta para que te sirva de gobierno en el camino.

—Dice usted bien, nuestramo, porque en la carta ponen tantas vueltas y revueltas, que no he podido retenerlas en la memoria.

En resolucion diré, que despues de haberle dado Rubio á Rodrigo la nota prometida, y minuciosas instrucciones para que cumpliese su encargo, éste salió del Arahal á la una de la noche del dia veinte y uno, ó hablando con más propiedad ó exactitud, en la primera hora del dia 22 de Julio de 1870, y vestido con su pantalon, chaleco y chaqueta de lienzo aplomado, con un pañuelo rojo á la cintura en lugar de faja, cubierta la cabeza con un sombrero calañés, y con un pañuelo blanco en el bolsillo de la chaqueta, dejando ver los picos, montado sobre su mula roja y aparejada con el seron requerido, y repitiendo de vez en cuando en voz tonante y campanuda, *Jarre, corcita*, emprendió su interesante marcha por los mismos pasos, términos y paradas que los previsores bandidos tan prolijamente habian designado.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO EL PADRE DEL SECUESTRADO PERDIÓ SUS MÁS LISONJERAS ESPERANZAS.

A la mañana siguiente, apénas se hubo levantado el señor Rubio, hallóse rodeado de su familia, á la cual Encarnacion, que era el ángel de aquel hogar, se habia encargado de infundirle consuelo y esperanza en conformidad con las indicaciones de su padre.

Miéntras estuvieron almorzando, la conversacion del padre y de los hijos recayó naturalmente sobre las probabilidades que existian, respecto á la salvacion ó pronta libertad del malaventurado Enrique.

La verdad es, que el anciano padre, teniendo en cuenta las precauciones que habia tomado para la seguridad de su hijo, enviando á Rodrigo con la razon que ya el lector sabe, y contando además con las reservadas y lisonjeras promesas que la autoridad le habia hecho, hallábase más tranquilo y sosegado, de tal manera, que todos sus hijos pudieron conocerlo así en la expresion apacible y casi jovial de su semblante.

El objeto principal que el señor Rubio se habia propuesto al enviar á Rodrigo para entenderse con los secuestradores, era no soltar el cabo y ganar tiempo; pero no debe omitirse, que las seguridades dadas por la autoridad le tenian muy contento y que en éllas fundaba la más cierta esperanza de que tuviera dichoso remate aquel doloroso conflicto.

Bajo esta impresion halagüeña, el anciano labrador recordaba con júbilo inmenso las prisiones, descubrimientos y servicios que por aquellos dias estaba prestando la Guardia civil á la causa del órden y de la sociedad, capturando sin cesar malhechores, y averiguando las guaridas en que anteriormente habian tenido á otros secuestrados y en donde tambien se habian cometido los crímenes más atroces.

Así, pues, la satisfaccion que aquella mañana resplandecia en el rostro del padre, se reflejaba, como en un espejo, en todos los individuos de aquella honrada familia.

Pero con razon se dice, que no hay dicha completa en este miserable mundo; pues que aquel suave rayo de luz y de esperanza, que por un momento habia penetrado en el recinto de aquel hogar, habia de verse muy pronto eclipsado y oscurecido por las sombras de la precedente desesperacion y tristeza.

Sucedió, pues, que cuando hubo terminado el almuerzo, entraron en la casa algunos convecinos

y amigos del señor Rubio, á preguntarle, segun costumbre, noticias del secuestrado.

Uno de los recien llegados de la misma edad que don Manuel, que habian moceado juntos y que desde su primera juventud eran íntimos amigos, le preguntó:

—¿Y qué noticias tienes de Enrique?

—Las mismas que tenía.

—Luego es decir, que el muchacho vive, ¿no es éso?

—Hombre, no creo que haya muerto; pero lo que es en este instante, no te sabré decir lo que habrá sucedido.

—¡Qué gentes más malas cria Dios por estas tierras! Cuidado que es fuerte cosa, que esté un hombre de bien metido en su casa y en sus faenas, y le sobrevengan desgracias y tribulaciones tan grandes.

—Calla, hombre, cuando pienso en éllo, no se lo que me dá. Ya sabes que yo no me meto con nadie, que vivo nada más que pensando en mi labor y en atender á mis pobres hijos, desde que perdí á la parienta, que yo no le hago mal á nadie, y que por lo mismo, debia creer que podia estar seguro de tales asechanzas y malas voluntades.

—Esa es la verdad; pero en este pícaro mundo, cuanto más bueno es un hombre, más desdichas llueven sobre él.

—Así lo creo.

—¿Y no has recibido ninguna carta, ni noticia directa de tu hijo?

—No sé nada.

—¡Qué angústia!

—Eso no lo sabe nadie más que quien lo pasa.

—Dices bien, porque en estos casos no hay más remedio que aguantar maréa y estar atenido á lo que quieran decirle á uno.

—Eso es lo que yo hago.

—Pero se dice por el pueblo, que te habian escrito una carta, pidiéndote, yo no sé cuantos miles de duros por el rescate.

—Es cierto; pero como no tengo la cantidad que me piden, no he podido mandarla. En fin, estoy como ya puedes figurarte, que me pueden ahogar con un cabello.

Antes de proseguir, bueno será que el lector tenga presente, que en los pueblos, en situaciones semejantes, se desarrolla una curiosidad espantosa para husmar y saber todo cuanto ocurre á las familias, á quienes les sobreviene alguna de estas desgracias, que vienen á ser el obligado asunto de todas las conversaciones.

En general, los tales curiosos, al hacer las más impertinentes preguntas, no llevan otra intencion que la de repetir más tarde, corregido y aumentado, lo que han podido averiguar, dándose importancia en la taberna, en el villar ó en los mentideros del pueblo; pero tambien muchas veces ocurre, que los más preguntones, con apariencias de interesarse por las familias, son espías ó echadizos de los mismos criminales, y en más de una ocasion ha suce-

dido, que las confianzas más inocentes ó insignificantes, han dado lugar á interpretaciones torcidas y á terribles venganzas.

Así, pues, cuando una desgracia de esta especie suele ocurrir á una familia en pueblos subalternos, no es uno de los menores inconvenientes, que se ve obligada á experimentar, el que nace de la indiscreta curiosidad de los convecinos que la martirizan y molestan con repetidas é imprudentísimas preguntas, que hechas de buena ó mala fé, pueden acarrear siempre tristes y desastrosas consecuencias.

Teniendo, pues, en cuenta estas y otras razones, el anciano padre de Enrique y Encarnacion, que era hombre de experiencia por sus años, machucho por naturaleza, callado por carácter y que además vivia muy retraido por sus constantes ocupaciones, habia prevenido á su familia, que guardase grandísima é inviolable reserva con todos sus amigos y conocidos, considerando que quien mucho habla, mucho yerra; que en boca cerrada no entran moscas; que al buen callar llaman Sancho; que la palabra que se suelta, no puede recogerse; que por la boca muere el pez, y que muchas veces la lengua produce más perjuicios que ventajas.

No quiere ésto decir, que Rubio desconfiase de su amigo; pero en tales ocasiones cuando un individuo y su familia se imponen cierta norma de conducta, se ven obligados, si no se ha de malograr el fruto de su discrecion y reserva, á llevarla inexorablemente á cabo, sin contemplacion á nada ni á nadie.

Tal era la causa, de que el anciano don Manuel guardase todo linaje de precauciones con cuantos le hablaban del asunto, sin exceptuar á ninguna persona por íntima y amiga que fuese.

Ahora bien, el amigo respondió:

—¡Cuánto siento tu desgracia, Manuel!

—Dios te lo pague, hombre; pero lo cierto es que soy muy desgraciado.

—No eres tú sólo.

—Ya sé que han secuestrado á muchos, y en nuestro mismo pueblo ya vés lo que sucedió con el hijo de mi tocayo Manuel Reina.

—Con agua pasada no muele molino.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no hablo de lances pasados.

—Pues entónces, ¿de qué hablas?

—Pero... ¿no sabes nada, Manuel?

—¿De qué?

—De lo que ha pasado esta madrugada en el pueblo.

—Pues ¿qué ha sucedido? preguntó Rubio alarmado.

—¡Toma! que han hecho otro secuestro.

—¡De véras!

—Como te lo estoy diciendo.

Esta noticia produjo un efecto indescribible en el ánimo del infortunado padre, no sólo por la compasion ó lástima que le inspirase el hecho, sino tambien porque aquel nuevo atentado le demostraba harto claramente, que su omnímoda confianza en

los buenos oficios y consoladoras promesas, y cuentas galanas de la autoridad, carecian por completo de base y fundamento, supuesto que en aquel mismo dia, los secuestradores no habian tenido reparo alguno en perpetrar otro delito semejante.

—¡Qué horror! exclamó el triste padre, cubriéndose el rostro con ambas manos y víctima del más profundo pesar y desaliento.

Sin embargo, el amigo que acababa de darle aquella noticia, no podia comprender la inmensa impresion que habia producido en el ánimo de Rubio, cuya interioridad y mal fundadas esperanzas, de todo punto desconocia.

—Vamos, hombre, dijo el viejo amigo; no te aflijas tanto por lo que no te importa en demasía; pues á tí te sobra con lo tuyo; que cada cual limpie su arroyo; y adios, que tengo mucho qué hacer. ¡Hasta mañana!

El anciano padre de Enrique permaneció algunos momentos abismado en sus dolorosas reflexiones; pero cuando ya su amigo iba saliendo por la puerta de la estancia, le preguntó:

—¿Y quién es ése, á quien han secuestrado esta madrugada?

—Es un niño de nueve á diez años.

—¿Y de quién es hijo?

El amigo volvióse atrás, aproximóse al oido de Rubio, murmuró algunas palabras en voz baja y misteriosa, y en seguida salió del aposento, seguido

de los demás convecinos, que habian ido á visitar á la familia.

El anciano labrador exhaló un profundo suspiro, al saber aquella noticia, que tan claramente le revelaba la impotencia de la autoridad para prevenir tales desmanes; impotencia que venía tambien de rechazo á destruir todo el edificio de sus lisonjeras esperanzas.

Bajo esta impresion, quedóse como anonadado por su temor, por su desconfianza y por su inconsolable tristeza.

CAPÍTULO XIV.

QUE TRATA DEL ÉXITO QUE TUVO LA SEGUNDA COMISION DE RODRIGO.

Rodrigo, entre tanto, caminaba, siguiendo puntualmente las instrucciones de los bandidos.

Llegó á la Puebla; pasó á Osuna, en donde sesteó en la posada de *Gomerita;* y saliendo de allí á las tres en punto de la tarde, se dirigió á Sierra de Yegua.

Excusado parece decir, que muy á menudo iba gritando por el camino: *¡Jarre, corcita!*

Pero nadie se le presentó á Rodrigo, por cuya razon, éste, ateniéndose á las instrucciones que llevaba, paró aquella noche en Sierra de Yegua en la posada de Frasquito Mancha.

A la mañana siguiente, ó sea el dia 23, tomó el camino de Antequera, á donde llegó por la tarde, parando en la posada de la Castaña, y desde que se puso el sol, hasta el toque de Ánimas, permaneció con aire muy disimulado y jovial en la puerta de dicha posada, esperando que alguien le hablase del importante asunto que le llevaba por aquellos lugares.

Durante el tiempo que allí estuvo sentado, Rodrigo no dejó de extrañar, como en los dias anteriores, que nadie se le presentase, pensando para su coleto, que sin duda los secuestradores se habian propuesto hacerle una burla, ó que algun grave incidente ó importantísimos quehaceres les habian impedido salirle al encuentro en su marcha.

En tales reflexiones se hallaba sumergido el emisario de Rubio, cuando, no bien hubo fenecido el toque de Ánimas, sintió que una mano le tocaba en el hombro, y que una voz recatada le preguntó:

—¿Es usted el tio de los serillos?

—Yo soy.

—Pues sígame usted.

Rodrigo se levantó, y siguiendo al desconocido por unas callejuelas que estaban al fin de la poblacion, llegaron al campo, en donde se encontró con otros dos, los cuales le preguntaron si llevaba los cuatro mil duros.

—No los traigo.

—¿Los has dejado tal vez en la posada? preguntó el *Maruso*.

—No, señor; es que el señor Rubio no los tiene.

—Pues entónces, ¿á qué has venido? preguntó cólerico el bandido.

—A decirles á ustedes que el señor Rubio no tenía disponible esa cantidad en el momento de recibir la carta y salir yo de allí...

—No sigas, perro, no sigas, que ya no quiero oirte más; gritó furioso el *Maruso*.

—Pero déjeme usted acabar mi razon; insistió Rodrigo.

—Déjame á mí de razones, que no me hacen falta, sino dineros.

—Pero hombre de Dios, escuche usted lo que le digo.

—Déjalo que hable y que se explique, aunque despues lo mates; dijeron los otros bandidos.

—Habla con dos mil demonios.

—Pues como iba diciendo, el señor Rubio no tenía en aquel instante los dineros, y claro está que él no habia de fabricarlos; pero como era menester salir en seguida cuándo, cómo y por dónde ustedes saben, no habia tiempo que perder, y el hombre me dijo: Anda, vé y díles que yo no me he de volver dinero; mas que estoy conforme con dar lo que me piden, aunque tenga que empeñar y vender; pero que me dejen tiempo para reunir los cuatro mil duros, que no son tierra, que se *jalla* en cualquier parte. Esto es lo que me dijo, y este cura ya cumplió su encargo.

El *Maruso* permaneció fiero, ceñudo y silencioso.

Los demás compañeros, que sin duda al principio aguardaban una contestacion más desagradable ó desesperada, parecieron ménos enojados por aquella respuesta, en que, al fin y al cabo, se prometia entregar los cuatro mil duros reclamados.

Acaso tambien reconocian en su fuero interno que podia suceder muy bien, que el señor Rubio no

tuviese precisamente en el momento de recibir la carta la cantidad que se le pedia.

Los dos bandidos miraron á su jefe con una expresion que podia traducirse por estas palabras:

—«Este hombre no ha dicho ningun disparate. ¿Qué respondes?»

El *Maruso* continuó callado.

Es de advertir que durante su viaje, los secuestradores habian tenido que dar muchos rodéos y tomar infinitas precauciones para no encontrarse con la Guardia civil, que por entónces, con más ahinco que nunca, se multiplicaba y aparecia por todas partes; y este constante peligro, que en otras ocasiones el *Maruso* desafiaba con aire tranquilo y risueño, lo habia puesto de tan mal humor y exasperado de tal manera, que de dos dias atrás estaba inaguantable, hasta para con sus mismos compañeros, á quienes trataba del modo más brusco y con inusitada aspereza.

Viendo, pues, los dos compañeros que el *Maruso* permanecia silencioso, y que allí estaban perdiendo tiempo y en gran peligro, le dijeron:

—¿Qué hacemos?

—Aquí no estamos bien.

—¿No conoceis que lo que ese hombre trata con esos recados es el ganar tiempo, hacer la entretenida y molernos? dijo el *Maruso*, rompiendo su obstinado silencio.

—Ahora parece que está más conforme; respondió el de los ojos azules.

—Y quizás tenga razon en lo que dice; añadió el otro compañero.

—No seais brutos; no me conformo con esa respuesta, y lo que hay que hacer aquí es una que sea sonada, y entónces veréis cómo nos tienen más respeto.

Y dirigiéndose á Rodrigo, añadió:

—Díle á ese viejo infame que te envía, que muy pronto verá la cabeza de su hijo ên la puerta de su casa para que la guarde con su dinero.

—Señores, respondió Rodrigo; me parece que el recado que yo he traido es razonable y justo, y no está bien que yo lleve esa respuesta.

—Pues ésa es la que has de llevar, si es que no te mato ántes, tio *Candongas*, que tan honrado es el conde como los gitanos.

Y así diciendo, el *Maruso*, lleno de ira y de rabia, sacó un enorme cuchillo, amenazando con él al infeliz emisario, que, no obstante, con mucha calma y sangre fria, insistió:

—La razon que yo he traido es una razon; pero el recado que usted me dá no se le lleva á ningun hombre.

—Déjate de argumentos, só tunante; replicó furioso el *Maruso*, alzando el brazo para descargarle una puñalada á Rodrigo, que allí feneciera infaliblemente, si los compañeros del iracundo bandido no le hubieran sujetado á tiempo.

—¡Quítate de mi vista, y lo dicho! exclamó el *Maruso*, con tal acento de resolucion y fiereza, que

sus mismos compañeros le hicieron seña á Rodrigo para que, sin dilacion, se alejase.

El emisario de Rubio conoció que no estaba el alcacer para zampoñas, como suele decirse, y, por lo tanto, convencido de que su buena voluntad y gestion serian inútiles en aquel trance, resolvió tornar al pueblo y encerrarse en la posada, en donde pasó la noche.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO EL MARUSO NO SABE EXPLICAR LA CAUSA DE SU MAL HUMOR.

El *Maruso* y sus compañeros marcharon inmediatamente á recoger sus caballos, que habian dejado en una heredad cercana; y sin detenerse un punto, emprendieron su camino adustos y silenciosos.

Ya he indicado que el carácter del *Maruso* era de ordinario alegre, jovial, franco y generoso para con todo el mundo; pero estas cualidades se manifestaban todavía con más intimidad y expansion con sus amigos y compañeros.

Así, pues, la rudeza intratable, el gesto huraño y la brusquedad en todos sus movimientos y palabras, que de dos dias atrás se advertian en el bandido, habian llamado singularmente la atencion de sus compañeros, que no sabian á qué atribuir aquel perpétuo estado de excitacion y displicencia, cuando ninguna causa exterior lo justificaba, supuesto que todos los negocios que traian entre manos seguian su ordinario y previsto curso, sin graves contratiempos.

En este concepto, los dos compañeros se perdian en las más extravagantes conjeturas respecto al insoportable mal humor de su jefe; pero todas sus sospechas ó suposiciones distaban muchísimo de dar en el blanco de la verdad, por lo que resolvieron abordar francamente la cuestion y saber á qué atenerse.

Con tal propósito, los compañeros del *Maruso*, miéntras que caminaban á buen paso, entablaron con él la conversacion siguiente:

—¿Querrás decirnos qué mil demonios te pasa, Pepe, que hace dos dias que no te se puede aguantar? preguntó el alto de los ojos azules.

—Es verdad que tienes muy mal humor estos dias; añadió el otro bandido.

—Teneis razon; pero ¿sabeis vosotros la causa de mi mal humor? respondió el *Maruso*.

—Porque no la sabemos te la preguntamos; replicaron á la vez los dos compañeros.

—Pues yo mismo no sabré decir lo que me pasa; tengo una desazon y una tristeza y reconcómio, que no me puedo sufrir á mí mismo.

—¿Y por qué es éso? preguntó el alto.

—¿Temes quizás que el *Tio Martin* ó alguno de los compañeros presos te delaten? interrumpió el otro compañero.

—Ni siquiera he pensado en tal cosa.

—Pues entónces, ¿qué mala yerba has pisado?

—No sé; pero lo cierto y verdad es, que pasa en el corazon del hombre como con los vientos en la

tierra. Está uno sentado en lo alto de un cerro, y sopla un airecillo tan agradable, que parece que nos están abanicando con gusto y cariño; pero luégo, de repente, se levanta un huracan que arranca los árboles de cuajo, se oscurece el cielo, se amontonan las nubes, truena y relampaguéa, y se arma una tempestad de dos mil pares de demonios. Y yo digo: ¿de dónde venía el airecillo y por qué despues viene la tormenta? Pues el que sepa ésto, sabrá lo que á mí me pasa.

—Pues éso que has dicho, me ha dado á mí muchas veces en qué pensar, respondió el alto; porque... en fin, no está uno de buen humor cuando quiere, sino cuando puede.

—Esa es la fija. ¿En qué consistirá éso? preguntó el otro bandido.

—Vaya usted á saber lo que el hombre tiene allá dentro, respondió magistralmente el *Maruso;* todas estas cosas son del alma y del síno de las criaturas.

—Todo éso está muy bien, dijo el compañero; mas yo tengo un remedio para esas desazones, que nunca me ha fallado.

—¿Y cuál es ese remedio? preguntaron á la vez el *Maruso* y el de los ojos azules.

—El remedio es tomar una *curda* de *mistó,* se le alegran á uno las pajarillas, duerme uno como un liron, y cuando uno se despabila, se levanta como nuevo.

—No es malota la receta, replicó el alto; pero yo espanto la múrria de otra manera.

—Pues díla, hombre, para que la sepamos; respondió el *Maruso*.

—El remedio es muy sencillo: si estoy en el pueblo, me voy donde haya baile y jaléo; y el ver brincar á las mozas, el sonido de las guitarras, y sobre todo, el oir cantar bien, os digo que me quita de encima todas las penas.

—No está éso mal pensado, respondió el *Maruso* con indescribible sonrisa; y éso que tú dices, viene bien con aquel refran de que «quien canta, sus penas espanta.»

—Justamente; y no habia yo caido en éso.

—Cada uno se las busca como puede, dijo el otro bandido; pero yo repito que con el vino y las mujeres, me quedo completamente curado.

—Pues yo, replicó el *Maruso*, no he hallado mejor receta que echar cuatro ternos, dar cuatro sopapos, y maldecir de toda la Corte celestial y de todos los diablos del infierno para que nadie tenga queja. Así me he curado siempre, como con la mano, sin despreciar tampoco ni un trago, ni un baile, ni una buena moza; pero lo que es en estos dias, os digo con formalidad, compañeros, que ni como, ni duermo, ni tengo un instante de alegría ni sosiego, y me parece que tengo una rueda de molino sobre el corazon.

En estas y otras llegaron al sitio en donde el jóven Enrique se hallaba, en medio del monte, acompañado del hoyoso de viruelas, que, como ya el lector sabe, se habia quedado para custodiarle, y

que por cierto lo habia tratado con más dureza que el antiguo vigilante.

Cuando los bandidos llegaron al rancho, que fué por la mañana, les salió al encuentro el nuevo guardian, que manifestó deseos de saber el resultado de la última carta escrita al padre del cautivo; pero el *Maruso*, con tono breve é imperioso, le dijo:

—Despues de dormir, te lo contarémos todo; pues ahora venimos reventados de andar toda la noche.

—Está bien; contestó el guardian, conociendo el mal humor de su jefe.

—Coge esos caballos y traspónlos á esa cañada, y déjalos allí bien trabados; añadió el *Maruso*.

El hoyoso de viruelas obedeció sin replicar palabra, miéntras que los bandidos, abrumados de cansancio, se tendieron inmediatamente, con el propósito de permanecer allí todo el dia.

CAPÍTULO XVI.

APLAZAMIENTO.

Los bandidos estuvieron descansando hasta la tarde, que se pusieron á comer en amor y compañía.

Durante la comida, el guardian preguntó al *Maruso*.

—¿Estás ya de más buen humor?

—Al contrario; la múrria me come cada vez más.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Nada; que estamos hoy lo mismo que el primer dia.

—¿Conque es decir, que ese tio roñoso no ha mandado el dinero?

—Ni una peseta.

—Pues entónces será preciso hacer un escarmiento.

—Sí, un escarmiento que sea sonado por todo el mundo; respondió el *Maruso*, con aire sombrío y voz reconcentrada por la ira.

—Cuidado que es desvergüenza; respondió el guardian furioso, añadiendo con su enojo leña al fuego de la cólera de su jefe.

—Pues yo te juro que á ese viejo marrullero no le han de valer sus tretas.

—¿Qué piensas hacer?

—Ahora mismo vamos á hacerlo tasajos y á llevarle la cabeza á ese mal padre, y le quemarémos además todas sus fincas y le matarémos sus ganados; y para que sepa el motivo, le dejarémos clavado cada uno de los cuartos en sitio donde pueda verlos.

—Me parece bien, y así escarmentarán esos pícaros ricos y avarientos, que quieren más su dinero que sus hijos.

—Todos esos malvados que tienen tanto dinero, son hasta malos padres.

—Tienes razon. ¿Quién habia de creer que ese tio tuno iba á dar esa respuesta con la carta que se le puso, diciéndole la suerte que le aguardaba á su hijo?

—Eso es lo que me saca de quicio; que ese hombre haya leido aquella carta y se quede tan fresco. Yo creo, que ésos no son hombres sino fieras, porque yo no soy ningun santo, pero me figuro lo que yo haria, viéndome en su lugar. ¿Qué no daría yo por salvar al hijo de mi corazon? Está visto, ese hombre es malo y merece un ejemplar castigo.

Durante este diálogo, los otros dos bandidos habian guardado el más profundo silencio, cambiando entre sí algunas miradas de inteligencia, y lamentando para sus adentros el que su compañero, ignorante de la verdadera respuesta de Rubio,

alentase con sus palabras y aprobacion los sanguinarios propósitos de su jefe.

Terminada la comida, el *Maruso* ceñudo y silencioso sacó su enorme cuchillo y dirigiéndose al hoyoso de viruelas, preguntó:

—¿Estará despierto ese viborezno, que debe ser tan malo, como su padre?

—Es posible que esté durmiendo.

—Pues anda y despiértalo y sin quitarle la venda, que se hinque de rodillas y se encomiende á Dios, porque ya no le queda más tiempo de vida, que el que se tarde en rezar un credo.

El guardian disponíase á obedecer á su jefe, al pié de la letra, cuando los otros dos bandidos creyeron conveniente intervenir para evitar la muerte del secuestrado, que, en su concepto, no estaba todavía justificada, atendiendo al sentido y promesas de la contestacion de su padre.

—¿Qué vais á hacer? preguntó el de los ojos azules.

—Lo dicho; respondió lacónicamente el *Maruso*.

—Hombre, cálmate un poco, siéntate y vamos á tratar este asunto, como se debe hacer entre buenos compañeros, que siempre deben ejecutar de comun acuerdo lo que más convenga; pues que luégo todos hemos de llevar igualmente el peso de las consecuencias.

—Sí, señor, añadió el otro compañero; conviene no precipitarse en hacer lo que luégo no tiene remedio, porque todo puede tener cura y enmienda, ménos una cabeza cortada.

El *Maruso* miró alternativamente á sus camaradas, con una expresion tan feroz é iracunda, que era fácil comprender la contrariedad y enojo, que aquellas objeciones le habian producido.

Sin embargo, pareció hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo, para comprimir la terrible explosion de su cólera, y habiendo logrado á duras penas dominarse, respondió:

—No quiero que se diga, que yo hago en estos negocios lo que me dá la gana, sin oir á los demás. Hablemos, pues, despacio del asunto, que cada uno diga su parecer, y yo soy el primero en comprometerme á ejecutar y cumplir lo que salga de esta audiencia. ¡Ya estoy sentado!

Y en efecto, el *Maruso*, bien que visiblemente dolido é iracundo por aquella contradiccion, sentóse dispuesto á escuchar las razones y advertencias de sus compañeros.

—Yo comienzo por decir, que no creo que haya motivo hasta ahora para usar de tanto rigor, en vista de la contestacion que ha dado ese hombre; dijo el alto.

—Yo soy tambien de la misma opinion; añadió el otro bandido.

—Pero....¿cuál ha sido entónces la respuesta? preguntó el guardian, mirando alternativamente á sus compañeros, con cierta expresion de recelo y desconfianza.

—La respuesta ha sido la siguiente: que don Manuel Rubio se conforma en dar los cuatro mil duros

que se le piden; pero que no teniéndolos disponibles en el momento, deséa que se le deje lugar para reunirlos; respondió el de los ojos azules.

—¡Esa es harina de otro costal! exclamó el hoyoso de viruelas.

—Hay más, continuó el alto; el señor Rubio mandó ese recado en el tiempo, por el camino y de la manera que se le ordenaba en la carta, por no faltar á lo que se le prevenía, pues en las fechas que se le citaba, no era posible que remitiese el dinero, á no tenerlo en la gaveta. ¿No es esta la verdad, Pepe?

—Esa es la verdad de lo que ha pasado; respondió secamente el *Maruso*.

—Pues bien, continuó el de los ojos azules; tú has dicho, que puesto en el lugar de ese padre, nada omitirías para salvar á tu hijo; y yo ahora te pregunto: en el lugar de don Manuel, ¿qué hubieras tú hecho, ni que hubieras podido hacer tampoco, sino lo mismo que él hizo? ¡Responde!

—Cuando acabes, contestaré.

—Pues ya he concluido.

El guardian y el otro compañero parecian estar completamente de acuerdo con la opinion y razones expuestas por el de los ojos azules; pero ya fuese por la confianza que les inspiraba su jefe, ya porque aguardasen saber algun secreto que éllos ignorasen, es lo cierto, que ámbos anhelaban con ánsia oir la repuesta del *Maruso*, que dijo así:

—Cuando manifesté que todo lo que tú has re-

ferido es la verdad de lo que ha pasado, en ninguna manera he querido dar á entender, que todo lo que ha pasado sea verdad. Yo me explicaré: es verdad que don Manuel Rubio ha enviado esa contestacion; pero yo sostengo que es mentira, que no tenga el dinero en su casa y en disposicion de mandarlo en el acto, y en la forma y manera que se le decia en la carta. La verdad es, no lo que ha mandado decir, sino lo que yo sostengo; y al enviar ese recado, lo que ese viejo, marrullero y tacaño busca, es entretener el tiempo, para ver si consigue salvar á su hijo, no soltar un cuarto y que miéntras, la Guardia civil nos reviente. ¡Pues qué! ¿No os dice nada el ver cómo por todas partes la persecucion arrécia; que todas las puertas se nos cierran; que muchos antiguos camaradas están en la trena, y que en estos dias hemos tenido que andar culebreando para no tropezar á cada instante con los tricornios? Repito, que lo que yo digo es la verdad, que estoy seguro de no engañarme, y que vosotros os dejais seducir por las palabritas mansas y por los recaditos suaves de ese viejo socarron, avariento y desalmado.

Es imposible describir hasta qué punto el precedente razonamiento hizo vacilar la opinion de los otros tres bandidos, que durante algunos momentos permanecieron silenciosos y como abrumados bajo el peso de las palabras de su jefe.

Al fin, el de los ojos azules se atrevió á responder:

—¿Y qué razones tenemos para no tener por mejor la verdad de lo que ha pasado, que la verdad que tú imaginas?

—Que así me lo dá el corazon, y el corazon no me engaña nunca; respondió el *Maruso*.

—Esa no es una razon convincente, replicó el alto; porque yo tambien podia decir que á mí tambien me dá el corazon que el recado de don Manuel es leal, y que no tráe la intencion que tú le atribuyes.

El guardian y el otro compañero, al oir estas palabras, hicieron algunos signos de asentimiento, como conformándose con éllas.

El de los ojos azules continuó:

—¿Qué interés puede tener don Manuel Rubio en andar con esas mentiras, que pueden costar la vida á su hijo? Tú dices que él es un viejo marrullero, porque trata de ganar tiempo, confiando en que le será util la tenaz persecucion que se nos hace; pero ¿qué culpa tiene él de que nos persigan, ni de que hayan preso algunos de nuestros camaradas?

—Yo no digo que él tenga directamente la culpa, sino que se aprovecha de estas circunstancias y procura sacar partido de éllas.

—No lo creo; porque si es un marrullero tunante, como tú dices, y yo pienso, no puede ser un bruto; y sería necesario que lo fuera, para pretender salvar á su hijo con esas añagazas y ese teje maneje, pues que demasiado bien se le alcanzará que, haga lo que hiciere, para degollar al mucha-

cho y vengarnos de sus trapacerías, con medio minuto nos basta y sobra.

Esta última observacion le pareció al *Maruso* muy atinada, por lo cual respondió:

—Compañeros, yo no me caso nunca con mi parecer, porque lo que yo quiero es la razon y la verdad, y sobre todo, no perder tiempo con engaños ni truhanerías. Yo os he manifestado con franqueza lo que pienso de la conducta de ese viejo socarron; pero vosotros creeis que yo puedo equivocarme, porque no tengo pruebas, y ésto es verdad. Yo digo lo que me dá el corazon; mas vosotros os dais por satisfechos con el recado de ese hombre, pensando que no miente, y que, por lo tanto, no debemos llegar al último extremo. Pues bien, yo quiero ir ésta noche al Arahal para otros asuntos que sabeis tenemos entre manos; pero de camino, yo procuraré averiguar con toda lealtad y certeza las verdaderas intenciones de don Manuel para con nosotros.

—Eso es lo mejor que puedes hacer; dijeron á una voz todos los bandidos.

—Ya sabeis, continuó el *Maruso*, que tenemos espías y medios suficientes para averiguarlo todo en el pueblo. Si resulta que vosotros teneis razon, aguardarémos á ver si cumple lo prometido; pero si resultan pruebas de que mis sospechas son fundadas, mañana, sin remision, descuartizamos á ese mozuelo y hacemos con él lo que ántes dije.

—Pues no hay más que hablar; respondió el de los ojos azules.

—Esa es la resolucion más acertada; dijo el guardian.

—Ese es el único modo de obrar como hombres, y de no hacer nada á ciegas, y así estarémos tambien seguros de que todos los demás camaradas aprobarán lo hecho; añadió el otro compañero.

Convenidos en esta resolucion, el *Maruso* montó á caballo y partió solo hácia el Arahal, quedando los bandidos en aguardar allí su regreso

CAPÍTULO XVII.

DE CÓMO EL MARUSO NO AVERIGUÓ LO QUE SE PROPONIA Y SUPO LO QUE NO ESPERABA.

Ya era más de media noche cuando el *Maruso* dió vista á su pueblo, que á la sazon yacía sumergido en hondas tinieblas y profundo sueño, sin oirse más ruido que el canto de los gallos en los corrales y el ladrido de algunos perros.

El *Maruso* echó pié á tierra fuera de la poblacion y dejó el caballo en la huerta de un amigo suyo, encaminándose despues muy recatadamente hácia el pueblo.

Internándose, pues, en la poblacion, dando vueltas y adelantándose con lentitud, precaucion y recelo, para evitar algun encuentro enojoso, detúvose al fin en una calle estrecha y solitaria ante una casa de humilde apariencia.

Allí permaneció algunos instantes, paseó en torno su mirada inquieta, aplicó despues atentamente el oido á la puerta de la casa, y, por último, sacó una llave y abrió sin hacer ruido.

El *Maruso* volvió á cerrar con la misma discrecion la puerta, atravesó el zaguan, llegó á un

patio, y dirigióse á una habitacion del piso bajo, levantó un picaporte, y andando de puntillas, penetró en dicha estancia.

El bandido echó en seguida un fósforo y encendió un velon que habia sobre una mesa de pino, y luégo, tomando la luz, encaminóse resueltamente á la inmediata alcoba, en donde una mujer dormia en su lecho.

La jóven, á causa de los pasos del bandido y de la presencia de la luz, despertóse súbitamente, y con voz azorada, exclamó:

—¡Quién anda ahí!

Pero luégo, fijando sus ojos espantados en el recien venido, añadió con más tranquilo acento:

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Yo soy.

—¿Cómo has tardado tanto? preguntó la mujer con una entonacion indescribible de ternura, pena y abatimiento.

Aquella jóven era María del Cármen Martin Minguet, esposa del *Maruso*, con la cual llevaba doce años de casado, y de la que tenía un hijo único, llamado Antonio, de once años, y al que ámbos amaban con idolatría.

—No he venido ántes, porque mi suerte maldita lo quiere así.

—¡Qué vida! exclamó élla, incorporándose en la cama, y procurando reprimir su afliccion y su llanto.

El *Maruso*, imaginándose que la causa principal

de la tristeza de su mujer consistia en su tardanza en haber dado una vuelta por su hogar, con un acento inusitado de ternura, continuó:

—Bien sabes, Mariquita, que si por mí fuera, ninguna noche dejaria de venir á verte y á darle un beso á nuestro querido hijo.

La jóven ahogó un sollozo y cubrió su rostro con ambas manos.

—Pero no parece, prosiguió el bandido, sino que todos los demonios del infierno se han desencadenado contra mí estos dias.

—¡Ya lo creo!

—Ese infame de don Manuel nos trae sin sombra, y cuando ya podíamos haber salido de capa de rajas, no hace con sus cuquerías sino que perdamos tiempo y dar ocasion á que yo haga una que sea sonada.

—¡Por Dios, Pepe, mira lo que haces!

—No hay más remedio que ponerle la cabeza de su hijo en una ventana de su casa.

—¡Vírgen Santísima!

—Desengáñate, María, en este mundo no hay más que tener dinero, porque en presidio no he visto ningun rico. Ahora todo el mundo nos mira mal; pero en cuanto yo tenga buenas onzas, ya verás cómo la gente me estima y á tí te llamarán señora.

Y el bandido, con una expansion verdaderamente conyugal é interesante por la ternura, pero repulsiva y horrorosa por su contenido, comenzó á

contarle á su mujer con generosa confianza y omnímoda franqueza sus proyectos, sus esperanzas, sus recelos y sus desengaños, sin omitir por último, el reciente recado del padre del cautivo, el propósito que habia tenido de hacerlo tasajos y el aplazamiento de su cruel y sangrienta venganza, hasta averiguar con exactitud si Rubio procedia ó nó de buena fé con los secuestradores.

—¿Y vive todavía? preguntó la esposa con voz desatentada y saltando del lecho.

—Ha estado en un tris que no haya muerto; pero lo he dejado hasta saber lo que me importa.

—¡Cuánto me alegro!

—No hay que andar con alegrías ni contemplaciones, Mariquita, sino ser muy hombres y degollarlo sin compasion, para que ese mal padre sepa lo que es perder un hijo.

—¡Tú mismo pronuncias tu sentencia!

—A mí no hay tribunal que me sentencie, porque ya he aprendido mucho y nadie me probará nada.

—¿Y Dios?

El bandido quedóse mirando á su mujer con una sarcástica sonrisa, más cruel y más sacrílega que la más espantosa blasfemia; pero al contemplar la expresion de infinita angústia que revelaba el pálido y triste semblante de la jóven, aquella sonrisa fué desvaneciéndose poco á poco, hasta que sus facciones tomaron un aire sério y sombríamente trágico.

—Dios no se mezcla para nada en los asuntos de los hombres; dijo al fin.

La esposa no respondió una palabra; pero hizo con la cabeza un movimiento negativo de la opinion de su esposo, el cual prosiguió:

—Si así fuera, ¿se cometerian en el mundo tantas injusticias por los ricos, que se comen la sustancia y la sangre de los pobres? ¡Que muera ese hijo, y que llore ese padre!

—Y tú tambien llorarás la muerte de tu hijo.

—¡Yo!... ¿Qué estás diciendo, María?

—Pero... ¿no sabes nada, Pepe mio?

—No sé más sino que es preciso matar y ser un tigre, para que á uno le teman.

—Tambien serán tigres contigo y tendrás grandes temores.

—Yo no le temo á nadie en el mundo.

—Pues cuando te he visto entrar esta noche, creí que ya lo sabías todo.

—¡Ya me figuro lo que puede ser! ¿Que me andan buscando para prenderme? Ya he sabido que está presa la mujer del *Tio Martin* y sus hijos y otros más, y puede ser que alguno se haya berreado. ¿Y qué! ¡Nada de éso me quita á mí el sueño!

—Nada de éso es lo que yo digo.

—Pues luégo me lo contarás; pero ahora voy á darle un beso á mi Antoñito.

Y el bandido tomó la luz y abrió la puerta de un pequeño aposento, en donde tenía la cama su hijo.

—¿A dónde vás? preguntó la madre con una

entonacion imposible de traducirse en palabras.

—¡Vaya una pregunta! exclamó con tono jovial el padre. Como tú estás harta de verlo, piensas que á mí me sucede lo mismo. ¡Hijo de mi corazon! Cuando voy por esos caminos, no pienso en nada ni en nadie más que en él y en buscar los medios para dejarlo rico, y que nadie lo atropelle.

La madre comenzó á llorar con grandísimo desconsuelo.

El padre entró en el cuarto, aproximóse á la cama de su hijo, y lanzó un grito desgarrador.

—¿Dónde está el niño? preguntó con voz de trueno.

—Eso era lo que yo creí que tú ya sabías.

—Conque ¿era éso de lo que me hablabas?

—Claro está, porque yo no pienso, ni hablo más que de mi desgracia.

El bandido permaneció algunos momentos mirando fijamente á su esposa, pálido como el azufre, con la boca entreabierta, la respiracion anhelante y sintiéndose tan desfallecido, que no teniendo fuerzas para mantenerse en pié, dejóse caer sobre una silla con inexplicable abatimiento.

CAPÍTULO XVIII.

PERIPECIA.

La naturaleza humana por lo mismo que es limitada, jamás ofrece tipos de perversidad absoluta, ni tampoco de absoluta perfeccion. Ni la plenitud de la sombra, ni la plenitud de luz, existe nunca en un sér humano.

Así sucede, que las inteligencias más superiores, y los caractéres más elevados, tienen siempre algun defecto, que proviene de sus mismas cualidades, é igualmente las inteligencias más rudas y los corazones más feroces, manifiestan, á su vez, algun relámpago luminoso y algun sentimiento profundo, noble y hasta sublime.

En efecto, el mal absoluto, sin ninguna mezcla de bien, sería una monstruosidad incompatible con las leyes de la vida é irrealizable en la naturaleza.

El *Maruso*, pues, presentaba un ejemplo insigne de esta verdad inconcusa, pues que en medio de sus extravíos, crímenes y perversion moral, estaba dotado de las más poderosas facultades afectivas,

profesando inmensa ternura á su esposa y amor sin límites á su hijo.

Hechas estas indicaciones, se comprenderá fácilmente la honda y abrumadora impresion que en el bandido produjo la fatal noticia.

Cuando se hubo tranquilizado algun tanto, se apresuró á decir:

—Vamos, María, cuéntame lo que ha pasado en esta casa.

—Tu hijo está... como el de don Manuel. ¡Me lo han robado!

—¡Ah! exclamó el bandido, llevándose convulsivamente la mano al pecho. ¡Mis corazonadas no mentian! ¡Qué ratos he pasado de tres dias á esta parte! ¡Bien me anunciaba mi corazon leal, que alguna gran desgracia habia caido sobre mí!... ¡Paciencia!... ¿Y cuándo ha sucedido éso?

—Hace tres dias.

—Justamente... desde que me atacó la múrria... ¿Y quién se lo ha llevado? ¿Y para qué? ¿Acaso piensan que yo tengo dinero para pagar un rescate? ¿Cuánto han pedido? ¿Cómo te lo quitaron? ¡Cuéntamelo todo!

—No me han pedido dinero. Yo estaba durmiendo tranquilamente, cuando á estas horas, como á las dos de la madrugada, sentí ruido en la puerta y pensé que eras tú; pero luégo ví cuando encendieron luz, que eran tres hombres, vestidos de negro y enmascarados, que cogieron al niño y se lo llevaron.

—Y tú ¿qué hiciste?

—¡Yo! ¿qué habia de hacer, sino abalanzarme á éllos como una fiera, para quitarles el hijo de mis entrañas? Pero uno de éllos, que habia cargado con él, salió huyendo, miéntras que los otros dos me sujetaron, y al fin, me dieron tal empellon, que caí atontada, y entónces me dejaron, como puedes figurarte.

—¿Y no pediste auxilio? ¿Y no se enteraron los vecinos? ¿No acudió nadie en tu ayuda?

—¿Y á quien lo habia yo de pedir, Pepe de mi alma? Ya sabes cómo vivo aquí, siempre mal mirada de todos y particularmente de la justicia...

—Es claro, como eres pobre, todo el mundo te desprecia.

—No, no es por éso, Pepe, no es por éso, porque se puede ser muy pobre y estar bien mirada, como hay muchas en el pueblo; es porque...

—Calla, María, calla y vámos á lo que pasó.

—Pues bien, en cuanto á los vecinos, ni los del pueblo ni los de esta casa, pudieron enterarse á aquellas horas; pero luégo por la mañana, me aconsejaron que diera parte al señor Alcalde, y así lo hice.

El relato precedente cayó como una losa de plomo sobre el bandido, que demasiado bien comprendia, que su pobre mujer, afligida, desamparada de todo el mundo, y humillada sin más razon ni motivo, que ser su esposa, no podia en tan tristísima condicion, pedir auxilio á nadie, ni hacer otra

cosa, que llorar y resignarse con su inmensa desventura.

Entónces el *Maruso* perdió súbita y completamente su natural fiereza, y por la primera vez de su vida, se le presentaron sus actos bajo una faz nueva é inversa, comprendiendo, en toda su extension, por los sufrimientos que él experimentaba en aquel instante, la magnitud de las penas, tormentos, angústias y perturbaciones que él mismo tambien tantas veces habia llevado, con impasible ferocidad, al seno de numerosas familias.

Bajo esta impresion, miróse tambien por la primera vez en el espejo entónces fiel de su conciencia y se encontró tan deforme y espantoso, que lanzó un profundo gemido, cubriéndose el rostro con ambas manos, lleno de dolor y de vergüenza, el dolor y la vergüenza punzante y amarga del remordimiento.

Hasta entónces nunca se habia visto en la intimidad de su alma sino como pobre, desheredado, aborrecido de todos y tratado como un perro con rábia en la sociedad y en el presidio, y en su conciencia creia firmemente, que tenía derecho para envidiar á los poderosos, robar á los ricos, secuestrar á los que pudieran satisfacer su rescate, y vengar así á todos sus compañeros de infortunio y de abyeccion, intentando á la vez, labrar su propia dicha con los despojos de los pudientes, á quienes él juzgaba con toda sinceridad, como á los verdugos de los pobres.

Pero en aquella noche comprendió que un padre,

pobre ó rico, no deja de querer á su hijo, y sintió iluminada su conciencia por un rayo de la justicia natural, conociendo instintivamente que su afliccion de padre no era, ni debia ser otra cosa, que la repercusion necesaria, justa y providencial de las infinitas angústias paternales, que él con tan bárbara crueldad, habia producido en otros.

Arrastrado invenciblemente por esta idea, creyó y era natural que lo creyese, aunque no fuese cierto, que el padre del secuestrado habia sido el autor oculto del secuestro de su hijo.

Así, pues, siguiendo el hilo de sus pensamientos, preguntó á su mujer:

—¿Y no has podido rastrear quiénes eran aquellos hombres?

—No he podido descubrir nada, y además, ya te he dicho, que venian enmascarados.

—Precisamente por éso te hago esa pregunta, porque cuando éllos venian con las caras tapadas, claro está, que era porque los podian conocer en el pueblo, y áun quizá tú misma.

Esta observacion pareció impresionar vivamente á la madre, que repuso:

—Tan perdida tengo la cabeza con mi pena, que no habia yo caido en éso, Pepe.

—Lo que yo digo es tan claro como la luz del sol.

—Dices bien, y ahora me fíjo en que casi no hablaron una palabra; pero no puedo sospechar quiénes fuesen.

—¿Eran altos ó bajos?

—Los tres eran bastante altos, y el que se llevó al niño, era más alto y fornido que los otros.

—Tambien éso de vestirse de negro en este tiempo, me indica que esa gente vino disfrazada.

—En éso no hay duda.

El *Maruso* quedóse durante algunos minutos como abismado en profundas reflexiones.

Al fin, preguntó:

—¿Y no crees tú, que el tiro viene de parte de don Manuel?

—Si te he de decir la verdad, yo no creo que el pobre don Manuel se haya metido en éso.

—Mira, María, que es muy socarron.

—Eso dices tú y otros, porque el buen hombre es muy metido en sí, no le gusta tener trato con nadie, y no se ocupa más que de su labor y de su familia; y por más señas, que están lo mismo el padre que los hijos, que se les puede ahogar con un cabello, y la hija mayor, la Encarnacion, que es tan buena, y les ha servido á todos de madre, dicen que no hace más que llorar por su pobre hermano.

El *Maruso* exhaló un hondo suspiro y quedóse mirando fijamente á su mujer con una expresion de indecible ternura.

—¡Eres más buena que el pan! exclamó el bandido con los ojos arrasados en lágrimas.

Las benévolas palabras de su esposa para con Rubio y su familia, le produjeron un efecto singu-

lar é inexplicable, porque á la vez le inspiraban enojo y simpatía.

—Yo creo, añadió la mujer, que como tú tienes tantos enemigos por otras cosas, alguno se habrá querido vengar de tí, robándonos al pobrecito niño.

A este recuerdo, el *Maruso* lanzó un rugido sordo y terrible, como el de una pantera.

—Es posible, dijo luégo, que algun enemigo se haya querido vengar; pero ¿por qué no me busca y cara á cara me mata ó le mato? Mas, ¿qué culpa tiene mi hijo? ¡Eso es una infamia y una cobardía!

—Pepe, si éso es una infamia y una cobardía, pon la mano en tu pecho.

—Mujer, por Dios, no me desesperes. ¿Qué comparacion tiene una cosa con otra? ¿Lo hago yo por venganza, ni sería capaz de matar á ningun hijo por vengarme de su padre?

—Pues, entónces....

—Yo lo hago por vivir, para no morirnos de hambre, lo cual es muy diferente; pero si tengo un resentimiento con alguno, busco al enemigo que me ofende, mas no á sus inocentes hijos... Sin embargo, de lo que tú dices de la familia de Rubio, ¿qué otra persona puede tener interés en quitarme el hijo, solamente por venganza? No tengas duda de que este golpe nos viene de esa familia.

La esposa esta vez no se atrevió á contradecir á su marido, porque llegó á comprender que acaso tenía razon en sus sospechas.

—¿Y qué tenemos que hacer? ¿Adónde recurrir?

¿Cómo averiguar la suerte de mi pobre hijo? ¡Qué desesperacion y qué rabia! exclamó el *Maruso.*

—Ahora comprenderás, Pepe mio, cuántas fatigas habré yo pasado estos dias.

—Es verdad, mujer... Se me parte el corazon de verte y de no verlo. ¡Por vida de Jesucristo! exclamó el bandido, levantándose con el brío y resuelto ademán que le eran peculiares.

La pena, la ira y el amor infundieron de nuevo en aquella naturaleza enérgica, un momento abrumada por un dolor tan inmenso como inesperado, el valor indomable y la sangre fria de que estaba dotada.

—No hay que abatirse, María, nosotros recobrarémos á nuestro hijo, porque no hay remedio: ó me lo han quitado para que no muera el hijo de don Manuel, ó para sacarme algun dinero, ó para matarlo por venganza y ódio contra mí. En ésto, no hay falencia, María, y una de estas tres cosas tiene que ser. Si es para que no muera Enrique, salvarémos á nuestro hijo; y si es por dinero, tampoco te apures, porque yo lo robaré para librarlo; pero en ambos casos nos lo han de decir; mas si lo matan por ódio contra mí, ódio tambien le declararé yo al mundo entero, y entónces ya no verémos más á nuestro hijo, María de mi alma, pero yo te juro que la muerte de nuestro niño hará ruido, por mi venganza.

—¡Dios querrá que no lo maten! exclamó la madre, cruzando las manos con actitud profundamente

religiosa; pero sé tú bueno tambien, querido Pepe, y por ningun motivo mates al hijo de don Manuel, ni consientas que nadie le mortifique, porque si tú tienes misericordia con él, yo creo que la Vírgen Santísima tendrá tambien misericordia de nosotros y de nuestro niño. ¿Me lo prometes así, Pepe?

—Te lo juro, María; respondió el bandido haciendo la señal de la cruz y besándola.

—Pues entónces, me quedo tranquila; repuso la madre.

—Pues vive en esa confianza y además está segura de que no has de tardar en tener noticias de tu hijo y en saber si el tiro viene de donde yo me pienso, ó de algunos que tambien quieren sacar dinero. Si no sucede ésto pronto, entónces... ¡encomiéndalo á Dios!

Al pronunciar estas últimas palabras la voz del bandido, de ordinario tan varonil, vibró trémula y llorosa.

La triste madre guardó silencio; pero profundamente conmovida por el enternecimiento de su marido, se precipitó en sus brazos, reprimiendo su amargo llanto y prolongados sollozos.

El bandido abrazó tambien á su esposa diciéndole:

—Yo volveré tan pronto como pueda para saber lo que hay, pero entre tanto, María, procura consolarte y no te pongas mala, porque nada mata más que las desazones.

—¿Y si hay peligro para tí en que vengas? preguntó la esposa.

—Entónces lo mejor será que avises de lo que haya al amigo de la huerta, en donde sabes que dejo el caballo; pues yo como paso por allí ántes, él me dirá lo que haya, y si puedo llegar hasta aquí, llegaré, y si no te avisaré en dónde y cómo podrémos vernos.

—Eso es lo mejor; pero por Dios, Pepe, no te comprometas luégo, ni te detengas ahora; mira que ya viene el alba y si te cogen, ¿qué será de tu hijo y de mí?

—Tienes razon. ¡Adios! ¡Adios!

—Yo estaré rezando miéntras sales del pueblo, y la Santa Vírgen querrá sacarte con bien de todos los peligros.

—Bueno, mujer, reza, y Dios te lo pague.

El bandido hizo un movimiento como para salir; pero María se le anticipó, diciendo:

—Deja que yo vaya ántes; abriré la puerta y miraré por toda la calle, para que no tengas ningun tropiezo.

—¡Bendita sea la hora en que nos echaron las bendiciones! ¡Anda!

María, en efecto, salió delante de su marido, y habiendo abierto la puerta con mucho sigilo, y registrado toda la calle, volvió al zaguan, en donde la esperaba su esposo, y en voz muy baja, le dijo:

—No hay cuidado.

—Hasta la vuelta. ¡No llores!

—¡Piensa en tu hijo!

—Descuida.

El *Maruso* salió de la casa; la mujer cerró la puerta cuando le perdió de vista, y pocos momentos despues, estaba él á caballo y en marcha, miéntras que élla se hallaba postrada de rodillas en su habitacion, y delante de una imágen del Cristo de la Misericordia, á quien profesan particular devocion en aquel pueblo.

CAPÍTULO XIX.

DIVERSOS ASPECTOS DE UN MISMO CARÁCTER.

El amor es capaz de abnegaciones sublimes.

No habia manifestado el *Maruso* en presencia de su mujer, por no afligirla, todas las ideas y sentimientos que le habia sugerido la noticia fatal del rapto de su amado hijo.

El bandido respetaba el dolor y los sentimientos religiosos de su esposa, y, por lo tanto, en medio de su ira y de su pena, que fuera de su hogar hubieran conducido al *Maruso* á la blasfemia, á las más tremendas imprecaciones y á la más violenta manifestacion de su furor y cólera, guardó allí todos los miramientos debidos á la mujer, é inspirados por el amor y ternura que á élla le profesaba.

Pero cuando se halló en el campo y al aire libre, sus ideas fueron tomando otro rumbo, y desde luégo, la nota predominante en la confusion y tumulto de sus pensamientos, puede decirse que era la de tomar inaudita venganza del raptor ó raptores de su hijo, luchando valientemente contra todos los enemigos que, ocultos ó descubiertos, se le presentasen.

Teniendo en cuenta que, por punto general, nadie comete un crímen sino como condicion y medio de obtener un interés ó ganancia directa, cada vez se afirmó más y más en sus primeras y espontáneas conjeturas, respecto á que don Manuel Rubio, ó gente amiga suya, habian sido la causa de la desaparicion de su hijo Antonio.

Esta creencia casi le consolaba, porque ponía en su mano la salvacion de su hijo, si, en efecto, éste le habia sido arrebatado como garantía de la vida del jóven Enrique, á quien él tenía en su poder; y por consiguiente, si á él le exigian vida por vida, él á su turno tambien podia imponer idéntica exigencia.

En este concepto, apartándose resueltamente de la opinion de su mujer, y persistiendo en el juicio que de antemano habia formado de don Manuel Rubio, considerándole como á un viejo marrullero, astuto, socarron y tacaño, vino á concertar estas ideas con las que anteriormente se le habian ocurrido con respecto al último recado del padre del cautivo, y desde luégo, pensó que él habia juzgado con exactitud incontestable, y que el propósito del viejo labrador no era otro que ganar tiempo y buscar el mejor modo de salvar á su hijo sin soltar dinero.

En esta série de reflexiones, su amor propio salía triunfante contra la opinion de sus compañeros, los cuales se imaginaban que el último aviso de Rubio habia sido enviado con la mejor buena fé, y en virtud de las más plausibles razones.

Este recuerdo hirió vivamente la imaginacion del *Maruso*, que cada vez estaba más convencido de que él no se equivocaba y que sus compañeros eran los engañados por la sagacidad y astucia del padre del prisionero.

Ahora bien; si es cierto que el juicio del *Maruso*, léjos de haber cambiado desde los dias anteriores, habia adquirido, por el contrario, más y más solidez y justificacion, en vista de la terrible noticia que acababa de recibir, tambien es incontestable, que miéntras que su opinion permanecia idéntica y cada vez más fortificada, su situacion, en cambio, se habia trocado de la manera más diametral y para él más triste y dolorosa.

En efecto; en virtud de su dictámen, ántes de separarse de sus cómplices, el secuestrado Enrique debia morir sin dilacion para hacer un escarmiento, miéntras que, segun el parecer de aquellos mismos camaradas, el sacrificarlo así, á meras sospechas, habria sido proceder con precipitacion, crueldad é injusticia.

Resultaba de aquí, que los amigos del *Maruso*, sin pensarlo ni saberlo, defendian lo que á éste más podia agradarle y convenirle ahora, en tanto que él mismo habia sido ántes el tenaz paladin de la solucion que más directamente podia perjudicarle, comprometiendo la vida de su hijo.

Ya el lector sabe que los bandidos habian aplazado la muerte de su prisionero hasta el próximo regreso de su jefe, que debia traer hechas las con-

venientes averiguaciones, para decidir sobre la buena ó mala fé con que el señor Rubio procedia.

Pero dada la tremenda peripecia que habia ocurrido, el *Maruso* tenía intereses completamente contrários, no ya inspirados por su situacion y afecto de padre, sino tambien por el solemne compromiso contraido con su esposa, á la cual le habia jurado con toda sinceridad no consentir en la muerte del cautivo.

Este juramento le ponia en contradiccion consigo mismo y con sus cómplices; pues que al presente, le convenía á él más que á éllos el salvar á todo trance la vida del secuestrado.

A consecuencia de la nueva é inesperada situacion en que se encontraba el *Maruso*, excitado por la pena y por el dolor inmenso de su espantosa desgracia, no ménos que por la cólera y por la ferocidad de su carácter bravo y luchador, hervian en su cabeza mil y mil ideas contradictorias, combatian en su imaginacion de fuego mil y mil planes contrarios, y se disputaban su corazon con encarnizado combate mil y mil sentimientos diversos é incompatibles.

¿Debia decirles á sus compañeros la verdad de lo que le ocurria? Esto era muy peligroso para su amado hijo, por más que fuese muy satisfactorio para sus previsiones, en virtud de las cuales habia calificado como una farsa el recado de Rubio. En este caso, los bandidos podian argüirle diciendo que éllos nada tenian que ver con sus desgracias particulares; que debia atenderse, ante todo, la

bien general de la cuadrilla, y que en vista de aquellas noticias, era necesario sacrificar sin dilacion y sin remedio al cautivo.

¿Debia ocultarles que habia sido secuestrado el hijo de su corazon, como en rehenes de la vida de Enrique? Esto era entregarse sin defensa á sus feroces compañeros, en cuyas manos ponia la existencia de su hijo. En este concepto, el engañar á sus cómplices repugnaba á la altivez y arrogancia de su carácter; pero tambien el decirles la verdad, desgarraba y rompia en pedazos su amoroso corazon de padre.

Con estas dolorosas y sombrías confusiones caminaba el *Maruso* hácia el rancho, donde sus compañeros le aguardaban, sin acertar á resolver ni á decidir lo que habia de decirles, y la conducta que le convenia observar en su situacion tan crítica y congojosa, en la cual, no sólo se interesaba su propia persona, sino tambien la de su esposa querida y la de su hijo idolatrado.

Entre tanto, la dorada luz del sol y las frescas brisas de la mañana infundian en su organizacion y en su mente un aliento vivificante y una lucidez extraordinaria.

Cuanto más se acercaba al término de su camino, más lenta era su marcha, porque no queria presentarse á sus compañeros, sino llevando ya resueltas en su interior todas las graves cuestiones, que tan vivamente le conmovian y tan directamente le interesaban.

Excusado parece decir, que en el múltiple carácter del *Maruso*, encontrábase á la vez un tierno esposo, un padre amantísimo, un hombre feroz y violento, un enemigo de la sociedad, un jefe valeroso y un ladron por extremo perspicaz y astuto.

La conciencia humana en sus inmensos límites, es el teatro único en que pueden presentarse coexistentes y vivos estos contradictorios y admirables conjuntos de luz y tinieblas.

Así, pues, el *Maruso*, á medida que se alejaba del influjo redentor, y por decirlo así, religioso, que su esposa ejercia sobre él, recobraba en proporcion, cada vez más creciente, sus cualidades nativas y picarescas, entre las cuales la reserva, el disimulo y la astucia, ocupaban un lugar predominante.

Ya muy cerca del sitio, en que debia encontrar á sus compañeros, detuvo su caballo, sacó la petaca, encendió un cigarro, comenzó á fumar con aire pensativo, y como recapitulando en su mente sus ideas.

Al fin, hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Ellos tienen la razon; yo me habia equivocado y... *mutis* por mi parte!

Y una franca y truhanesca sonrisa brilló en sus labios, iluminando todo su semblante con una expresion de júbilo indecible.

En seguida, puso al galope su caballo, y pocos minutos despues se halló en compañía de sus camaradas que le aguardaban con la más viva impaciencia.

CAPÍTULO XX.

DE CÓMO LA RISA ES MUCHAS VECES COBERTERA DE LAS PENAS.

No bien el *Maruso* habia echado pié á tierra, cuando todos sus compañeros le rodearon con la más ansiosa curiosidad, procurando leer en su semblante las noticias favorables ó adversas que pudiera traer respecto al punto de su anterior disidencia.

Desde luégo, advirtieron en su porte y en su mirada, que venía muy satisfecho, tranquilo y alegre, lo cual fué para los bandidos, indicio seguro de que muy en breve habian de verse contando en amor y compañía los cuatro mil duros del rescate del secuestrado.

Uno de éllos cogió el caballo del *Maruso* y lo llevó con los otros, que libremente pacian en la inmediata cañada.

En seguida, los cuatro compañeros, tendidos boca abajo sobre sus mantas, en medio del monte, entablaron el diálogo siguiente:

—¡Parece que vienes muy alegre y satisfecho! exclamó el de los ojos azules.

—Estoy más contento que unas páscuas.

—¿Qué has averiguado? preguntó el hoyoso de viruelas.

—Que soy muy malicioso y que no tenía razon en atribuirle tan mala fé al padre de ese pobre muchacho.

—Entónces, dijo el otro compañero, se ha salvado de que lo hagamos hoy más cuartos que tiene un real.

—¡Vaya si se ha salvado! El que desde hoy le toque al pelo de la ropa, debeis hacer cuenta que le toca á las niñas de nuestros ojos.

—¡Toca esos cinco! exclamó el más alto, tendiéndole cordialmente la mano al *Maruso*, que respondió:

—Con mucho gusto; ya sabes que soy tu amigo, lo mismo que de todos vosotros.

—Sí; respondió el alto; pero te he dado la mano, porque me agrada mucho el que seas tan leal y tan amigo de la verdad; aunque sea en contra tuya.

El *Maruso* clavó en su compañero una mirada penetrante, como un puñal; pero convencido de que su interlocutor hablaba con la mayor sencillez, prorumpió en una sonóra carcajada diciendo:

—Veo que os gozais en mi derrota y que le dais demasiado mérito á que yo la confiese; pero ¿qué debo yo hacer, sino deciros la verdad con franqueza? Yo creí que ese viejo tunante, nos quería entretener con palabritas mansas, miéntras que vosotros creíais todo lo contrario. Pues bien, en el pueblo me

han dicho, que toda la familia está muy afligida y que el buen viejo anda buscando de véras el dinero, como quien busca lumbre.

—¡Lo vés, hombre! dijo el alto. Muchas veces el ser desconfiado puede ser causa de que seamos injustos.

—Y además esa desconfianza puede perjudicar en muchas ocasiones; añadió el hoyoso de viruelas.

—No podia ser otra cosa, terció el otro compañero; porque el interés de don Manuel estaba en no andar con paños calientes.

El *Maruso* aguantó aquella descarga con aire resignado y jovial, consintiendo hipócritamente en que sus amigos le tuvieran por ménos previsor y más malicioso que éllos.

—Pues nada, respondió al fin; yo me doy por vencido y confieso que vosotros teníais razon; y léjos de contrariarme el caer de mi borrico, ésto me ha quitado la múrria, porque yo creo que mi mal humor consistia en la rábia que me causaban, no solamente los recados de don Manuel, sino tambien ese tio socarron que nos mandó, y que tiene más conchas que un galápago.

—Verdaderamente que es un tio muy calmoso, y esos hombres así, le queman la sangre á los que tienen un genio tan vivo como el tuyo; pero me parece que no tiene un pelo de tonto; respondió el de los ojos azules.

—Pues ahora lo que más conviene es poner á

ese muchacho en lugar seguro, porque aquí ya ha estado muchos dias; dijo el *Maruso.*

—¿Y traes ya pensado el sitio adonde lo hemos de llevar?

—Ya hace muchos dias que lo tengo pensado, y esta noche lo traspondrémos allí, á fin de darle tiempo á su padre para que reuna esos cuartos.

–Dices bien.

El *Maruso*, pues, manifestóse muy risueño y complaciente con sus compañeros, y éstos á su vez, se alegraron mucho de que su jefe hubiese regresado tan contento y tranquilo y renunciando completamente á su feroz y sangriento propósito de dar muerte al infeliz cautivo.

Concertados en trasladarse de allí aquella noche, los bandidos despues de comer, se echaron á dormir, aguardando la hora de la marcha.

Apénas hubo anochecido, el *Maruso* excitó á sus compañeros para que aviasen cuanto ántes los caballos, anunciándoles que tenian que hacer una buena jornada.

El infeliz secuestrado se hallaba muy distante de pensar en el insoportable martirio que muy en breve le aguardaba, de una caminata larga y penosa para cualquiera; pero más insufrible todavía para quien como él se hallaba muy abatido, física y moralmente, despues de tantos dias de cautiverio sin hacer movimiento alguno, tendido siempre en el duro suelo, abrasado por el sol, aquejado frecuentemente de una sed devoradora, y sobre todo,

sofocado y casi congestionado por los pañuelos que constantemente le cubrian los ojos, oprimiéndole la cabeza y tapándole los oidos.

Esta venda tenáz, perpétua, interminable y fuertemente apretada, hubiera acabado por incrustársele en la frente al cautivo, y privarle de la vista, si en algunas ocasiones no se la hubiera levantado, procurándose así algun descanso, ya cuando sentia algo léjos á los bandidos, durante el dia; ya por la noche, cuando estaba profundamente dormido su inmediato guardian, con el que estaba atado.

Estos breves desahogos, que á primera vista podrán parecer pequeños ó insignificantes, eran para el pobre cautivo indeciblemente deliciosos, porque le proporcionaban un descanso tan saludable como apetecido.

En uno de estos venturosos instantes se hallaba el prisionero, cuando apresuradamente se bajó la venda y fingióse dormido, porque sintió aproximarse á los secuestradores.

En efecto, dos bandidos se acercaron á él, y cogiéndole por debajo de los brazos lo subieron á las ancas del caballo del hoyoso de viruelas, y en seguida el *Maruso* montó en el suyo, acomodándose los otros dos bandidos en la otra cabalgadura que les quedaba.

En esta forma, emprendieron su marcha, yendo el *Maruso* delante, el hoyoso de viruelas con el prisionero en medio, y á retaguardia los otros dos bandidos.

Al principio caminaron lenta y dificultosamente por las fragosidades del terreno; mas despues la marcha fué ménos penosa, durante algunas horas en que la verificaron por tierra llana; pero ya despues de media noche comenzaron nuevas dificultades, á causa de lo escabroso y quebrado del terreno, llegando á ciertos parajes, en que todos tenian que bajarse para poder proseguir su marcha, llevando los bandidos los caballos del diestro, y obligando al infeliz prisionero á que permaneciese en su cabalgadura, asiéndose al aparejo, y sosteniéndose como mejor podia.

En una de las pendientes que tuvieron que bajar, se cayó dos veces el caballo que conducia al secuestrado, dando con éste en tierra; pero en la segunda caida, la caballería arrolló al hoyoso de viruelas, derribándole tambien, de suerte que se levantó furioso, amenazando al cautivo, y diciéndole:

—¡Esta noche te mato! No quisiera más que pillar aquí al viejo tuno y perro que tiene la culpa de ésto, por no querer mandar el dinero.

En resolucion, diré, que estuvieron caminando toda la noche hasta que al amanecer llegaron al sitio designado por el *Maruso*, entre quebraduras y asperezas, poco ménos que inaccesibles.

Allí se instalaron todos, harto cansados y mohinos, por la prolongada y penosa marcha; pero miéntras que los bandoleros estaban mústios y cariacontecidos, su astuto jefe parecia radiante de satisfaccion y contento, como si al depositar al pri-

sionero entre aquellas breñas y riscos, hubiera encontrado un inmenso y preciadísimo tesoro.

En efecto, allí tenía más seguro y más bien guardado que nunca al jóven Enrique Rubio, cuya persona era para él la más firme garantía de la vida de su hijo.

Así, pues, el mal humor del *Maruso* habia desaparecido completamente á los ojos de sus compañeros, que se hallaban muy distantes de sospechar que su jefe tenía un paraiso en el rostro y un cementerio en su alma.

¡Tan cierto es, que en el mundo suele ser la risa, la cobertera de la desesperacion y de las penas!

CAPÍTULO XXI.

ENIGMA INDESCIFRABLE.

El Alcalde del Arahal anunció, en telegrama de 22 de Julio, al Gobernador de Sevilla, la desaparicion ó secuestro del niño Antonio Carrascoso Martin, hijo del *Maruso*.

Este hecho singular é inesperado llamó extraordinariamente la atencion de las autoridades en aquellas críticas circunstancias, en que la persecucion contra el bandolerismo habia llegado en la provincia hasta el último extremo de la energía, diligencia y eficácia.

¿Quiénes podrian ser aquellos nuevos secuestradores, que dirigian sus asechanzas contra el hijo de un criminal, que difícilmente podria satisfacer un crecido rescate? Aquel nuevo crímen, ¿estaba inspirado por la codicia? ¿Era tal vez sugerido por ódio y venganza personal contra el *Maruso?* ¿Tendria parte en aquel atentado la familia del señor Rubio, á la cual le convenia sin duda el tener en rehenes al hijo del secuestrador de Enrique? Y de todas maneras, cualesquiera que fuesen los móvi-

les que los impulsasen, ¿quiénes habian sido los perpetradores de aquel delito? ¿Adónde podrian dirigir las autoridades sus esfuerzos é investigaciones? Hé aquí los difíciles problemas que se presentaban á la solucion del Gobernador de Sevilla y del comandante de la Guardia civil.

Así, pues, excitaron el celo de sus subordinados para averiguar hasta en sus más pequeños detalles el hecho, interrogando á la madre del niño, á los vecinos y cuantas personas pudieran suministrar alguna luz, para venir en conocimiento de quiénes fuesen los autores de aquel nuevo secuestro.

De igual modo procuraron averiguar, con la debida reserva y discrecion, si la familia del señor Rubio habia tenido alguna parte en aquel inesperado suceso; pero bien pronto hubieron de convencerse, por las manifestaciones del anciano labrador, de que, léjos de haber contribuido él y su familia á aquel hecho, por el contrario, le habia impresionado de la manera más dolorosa, como ya el lector sabe, pues que aquella noticia vino á echar por tierra las esperanzas y seguridades de que pronto se salvase su hijo, en virtud de la persecucion activa que la autoridad desplegaba contra los secuestradores, los cuales, bajo aquella presion, podian ceder algo en sus exageradas exigencias, hasta el punto de que no le fuese tan oneroso el rescate de su hijo.

Efectivamente, el secuestro del niño del *Maruso* le habia molestado desde el primer momento de la

manera más ingrata al señor Rubio, porque vaga é instintivamente recelaba, no sólo que la opinion le designaría como autor ó cómplice de aquel hecho, sino tambien que tuviese para su hijo lamentables consecuencias.

En tal situacion de ánimo se hallaba el anciano y afligido padre, cuando se le presentó Rodrigo, que, asustado de la fiereza y terribles amenazas del *Maruso*, habia partido precipitadamente de Antequera.

—¿Qué traes? preguntó con triste acento el señor Rubio.

—Nada bueno; respondió Rodrigo.

—¡Ya me lo figuraba yo!

—No es tan fácil que usted se figure lo que me ha pasado.

—Vamos, cuenta.

—Pues nada, yo salí de aquí, siguiendo el camino que éllos habian señalado; pero nadie me habló una palabra hasta que llegué á Antequera.

Y Rodrigo refirió al señor Rubio todo lo que ya sabe el lector, respecto á su conferencia con el enojado *Maruso* y sus compañeros, sin omitir la importante circunstancia de que el jefe de los bandidos habia sacado para él un enorme cuchillo, y que sin la oportuna intervencion de los otros dos secuestradores, en las puertas de Antequera hubieran tenido fin y remate su existencia y sus recados.

—¿Conque tan furioso estaba ese hombre? preguntó el anciano con aire profundamente pensativo.

—¡Qué si quieres! Yo no he visto en mi vida un basilisco semejante. Cuando le dije que usted estaba conforme, pero que necesitaba tiempo para reunir los cuatro mil duros, comenzó á echar por aquella boca sapos y culebras.

—¡Siempre lo creí; pero ahora ya no tengo duda! exclamó Rubio, como hablando consigo mismo.

Luégo, dirigiéndose á Rodrigo, le preguntó:

—Y por fin, ¿en qué habeis quedado?

—En nada... quiero decir... en que...

—Vamos, ¡explícate!

—En que harian lo que anunciaban en la carta.

—¡Bien me lo temia yo!

—Y como luégo me quiso matar, me mandó que me quitase de su vista, yo así lo hice, y aquí estoy; pero ¿qué tiene usted, nuestramo? Es verdad que mis noticias no son muy buenas; pero á la cuenta, por lo que usted ha dicho, veo que usted quizá tendrá otras peores.

—Todas se salen allá. Tu relato no me ha sorprendido; ántes bien me lo esperaba.

—Pues como la otra vez estuvieron más tratables, yo nunca me esperaba que ahora me recibirian tan mal y me despidieran á cajas destempladas.

—Si yo hubiera sabido lo que habia de pasar el mismo dia que te fuiste, no te habria enviado.

—Pues ¿qué ha sucedido?

El anciano Rubio refirió á Rodrigo todo lo que

de público se decia en el pueblo, respecto al secuestro del hijo del *Maruso*.

Este relato produjo en Rodrigo la más extraordinaria sorpresa.

Ahora bien, añadió el anciano:

—¿Qué piensas tú de todo ésto?

—Pienso que sin falencia el *Maruso* es el que ha hablado conmigo, pues las señas que me han dado de él, son las mismas; pero si alguna duda me quedára, recordando lo furioso que estaba la otra noche cuando me quiso matar, me afirmo y ratifico en que es el mismo que viste y calza.

—Entónces se conoce, que ya lo sabía.

—Sí, señor, y no acierto á explicarme cómo no me despanzurró, porque sabe Dios lo que él habrá pensado de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Rodrigo clavó una mirada escrutadora en el anciano, y al fin, dijo:

—Vamos, don Manuel, ya sabe usted que yo le quiero y que lo que yo sepa cáe en un pozo. ¡Es un golpe maestro!

—No digas disparates, Rodrigo.

—Pero debia usted habérmelo advertido, para no ir yo tan descuidado, porque lo cierto y verdad es, que ha podido costarme la torta un pan.

—¿Acaso te imaginas que yo haya tenido en éso arte ni parte? ¿No te he dicho ya que si hubiera sabido lo que habia de suceder, no te hubiese enviado? Yo que me fio de tí, sin reserva ninguna, no

te hubiera ocultado ese plan, si lo hubiese concebido; pero yo te aseguro que ni siquiera me ha pasado por las mientes.

—Ya que usted me habla con esa formalidad, debo creerlo así; pero no tenga usted duda en que todo el mundo vá á pensar lo mismo que yo he pensado.

—Eso fué lo que yo pensé, cuando lo supe, y si hubieras estado aquí, habrías visto que me quedé como muerto, porque además temblaba de que ese hombre enfurecido, no sólo hiciese una barrabasada con mi pobre Enrique, sino tambien contigo, si llegaba á su noticia el hecho, ántes de que os viéseis; de suerte, que no te puedes imaginar los malos ratos qué he pasado.

—Pues, sin duda, ese lance fué la causa de que no me saliesen al camino hasta el último punto que marcaban.

—Es posible.

—Lo cierto es, que cuando hablaron conmigo, ya tenían tiempo de sóbra para saberlo. ¡De buena me he librado!

—Pero lo que á mí me trae sin sombra, dijo el anciano, es la cavilacion de quién habrá podido concebir y dar ese golpe.

—Cualquiera de los muchos á quien él ha hecho pasar las de Cain, y que hoy no tenga por qué temerle, como le sucede á usted; ¿pero la autoridad no ha averiguado nada?

—La autoridad ha hecho los imposibles por des-

cubrir á los autores de ese secuestro; pero lo cierto es, que la autoridad sabe... lo mismo exactamente que yo.

—Pues ¿sabe usted, nuestramo, que este lance creo yo que tiene muchos entresijos? Y lo mismo puede ser para usted muy bueno, que muy malo, porque si es la venganza de un enemigo que le corta la cabeza á ese chiquillo, entónces... ¡Pobre Enrique!

—¡Hijo mio!

—Por sacarle dinero al *Maruso*, no es fácil que nadie le haya quitado el chico; pero si él cree que usted le ha quitado su hijo para hacer con él, lo que hagan con Enrique, entónces debe usted alegrarse, porque el miedo guarda la viña, y al fin y al cabo, un padre siempre es un padre, y los hijos tiran mucho.

—Pero lo más cruel, es la incertidumbre, y vivir sin saber á qué atenerse, ni lo que será bueno ni malo.

—En éso tiene usted razon, porque éste es el caso más raro que puede haber sucedido en el mundo, y al más pintado le doy yo que atine á desenredar esta madeja.

Largo rato continuaron el anciano y Rodrigo devanándose los sesos por descifrar el enigma de aquel impensado secuestro; pero al fin y al cabo, tuvieron que renunciar á descubrir ningun hilo, que racionalmente los condujese á una explicacion probable ó satisfactoria de aquel extraordinario suceso.

CAPÍTULO XXII.

UN RAPAZ APROVECHADO.

Era, en efecto, problema árduo y difícil el encontrar la causa de haber sido secuestrado el hijo del *Maruso*, precisamente en los críticos momentos en que los secuestradores de Enrique Rubio hacian á su padre, con terribles amenazas, la exigencia del rescate de su hijo.

Esta fatal coincidencia sugirió al público y áun al mismo jefe de los bandidos, la segura creencia de que don Manuel Rubio habia tomado parte en el secuestro del niño del *Maruso* para guardarlo en rehenes de la vida del infortunado Enrique.

El hecho que se atribuyó al interés é iniciativa del anciano labrador, carecia completamente de fundamento; mas no por ésto, dejaba de creerse y decirse así, porque en efecto, ocurren en la vida coincidencias tan extraordinarias y complicadas, que de éllas resulta el que hasta la misma verdad parece inverosímil.

Pero si el secuestro del niño Carrascoso no era obra de Rubio, de su familia, de sus parientes ó de

de sus amigos, ¿quién, entónces, habia podido tener interés en realizar aquel rapto, que podia ser tan funesto como ventajoso al infeliz Enrique? La version de que un enemigo, por ódio al *Maruso*, le hubiese arrebatado su hijo para vengarse, aunque posible, no parecia probable ni desligado de relacion con el secuestro del jóven Enrique Rubio, y en último caso, si ambos sucesos obedecian á distintos móviles, sin conexion intencional entre sí, es lo cierto, que nadie dejaba de suponerla.

Añadia nuevos grados de probabilidad á esta general suposicion, la circunstancia de ser inadmisible la otra creencia de que secuestradores interesados, es decir, rivales en el oficio, le hubiesen quitado el hijo al *Maruso*, sin otra mira ni propósito, que el de hacerle pagar su rescate.

En suma, diré que todas éstas y otras muchas versiones, á cual más peregrinas y extravagantes, corrieron de boca en boca, pero ninguna de éllas era la expresion exacta de la verdad, á la cual ni por asomo se aproximaban.

Todo hecho, aparte de la intención que lo produce, tiene una significacion moral en sí mismo, que puede concertar ó no con el designio del agente.

Así, pues, el hecho del secuestro del niño Carrascoso, cualesquiera que fuesen los móviles que lo dictasen, apareció á los ojos de la opinion general como indisoluble y moralmente relacionado con el anterior secuestro del jóven Enrique Rubio, y nada

ni nadie hubiera podido por entónces privar á este hecho de aquella significacion, que universalmente se le atribuia.

Pero este juicio moral, que por el irresistible impulso de la lógica tambien moral del corazon humano, que formulaban todas las gentes, con motivo de aquel extraordinario suceso, no podia confirmarse por el pronto con la noticia de quiénes fuesen sus autores, de suerte que resultaba un acto moral anónimo, ó sea sin agentes conocidos.

De cualquier modo, la curiosidad y espectacion pública se excitaron hasta el último extremo, tanto por la singularidad del lance, como por el insondable misterio que á sus autores envolvia.

Por lo demás, era poco ménos que imposible, así á la autoridad más diligente y celosa, como á los individuos más discretos y perspicaces, la plausible descifracion de aquel tenebroso enigma, que surgia de los más profundos antros de la sociedad en que se ocultan latentes mil poderosas y no bien conocidas fuerzas é iniciativas, que con frecuencia se escapan á la observacion del filósofo, del legislador y del gobernante.

Es verdad, que el carácter distintivo de estas fuerzas, consiste principalmente en la libre espontaneidad del sér humano, y por lo tanto, es muy difícil que nadie las sorprenda, las prevéa ni áun las sospeche.

Ellas, sin embargo, palpitan en las entrañas de la sociedad con una riqueza, energía y abundancia,

que solamente la naturaleza puede producir de los opulentísimos tesoros de su fecundo é inagotable seno, creando una série de aptitudes para cada finalidad, una série de vocaciones para cada mision y una série de facultades para cada objeto de la ciencia ó de la accion humana.

Tan libres, como eficaces, estas fuerzas, ni pueden caer bajo el influjo directo de la legislacion, ni mucho ménos bajo la gestion inmediata de las autoridades, y por lo mismo, éllas se manifiestan activas y poderosas, cuándo, dónde y cómo pueden y quieren.

Ahora bien, en este órden de ideas y de hechos, fué donde se pudo encontrar la causa misteriosa, y durante algun tiempo desconocida y no sospechada del secuestro inesperado del niño del *Maruso*.

En efecto, personas que nadie conoce; que ninguna obligacion tenian de intervenir en este asunto; que contemplaban con amargura el estado del país, donde sin cesar, se repetian secuestros y crímenes de toda especie; que veian lastimado su sentido moral, por la impunidad en que solian quedarse los delitos más odiosos; que conocian á fondo el carácter del *Maruso* y el vivo afecto que profesaba á su hijo; y que por último, lamentaban en silencio las estériles diligencias, averiguaciones y medidas adoptadas por la autoridad, para salvar al secuestrado Enrique Rubio, resolvieron hacer lo que dicha autoridad no podia ejecutar, dentro de sus atribuciones, y lo que éllas juzgaban que sería infalible-

mente eficaz para conseguir el apetecido resultado sin ofender, vejar, ni afligir á nadie, más que al culpable.

En tal disposicion de ánimo, nacida del espectáculo desconsolador que les rodeaba y de la espontaneidad de sus sentimientos, dichas personas verificaron el secuestro del niño Carrascoso á la hora y con las circunstancias, que ya el lector conoce, por el relato de su propia madre.

Sucedió, pues, que los secuestradores del niño se lo llevaron aquella misma noche con los ojos vendados á una casa, encerrándolo en un aposento, donde habia una buena cama, en la cual el rapaz entregóse al sueño con el descuido propio de los pocos años.

Era el niño muy listo y vivaz, no mal parecido, y por extremo astuto, como el lector comprenderá más adelante, por ciertos rasgos de perspicacia que, en su corta edad, parecerán increibles.

Por lo demás, doloroso es decirlo, el niño pareció muy poco afectado por su cautiverio, supuesto que viviendo en una atmósfera impura de crímen y latrocinio, desde su más tierna edad, hasta los niños de la escuela le hablaban frecuentemente de las fechorías de su padre, y por consiguiente, se hallaba muy familiarizado con las horrorosas palabras de robo, asesinato y secuestro.

Uno de los secuestradores quedó encargado de servirle la comida y vigilarlo constantemente, sin perjuicio de que entrasen los otros siempre que lo

estimaban oportuno, para dirigirle preguntas útiles al fin que se habian propuesto.

Entraba en los própositos de aquellos singulares secuestradores, el captarse la confianza del listo, travieso y agudo muchacho, y al efecto, uno de éllos, el que le servía de guardian, fingióse amigo de su padre, indicándole que, por esta razon, estaba dispuesto á complacerle en todo cuanto le fuese posible.

Así, pues, además de la comida ordinaria, el guardian le daba al niño cuantas golosinas se le antojaban, y éste podia proporcionarle.

Con este motivo, el secuestrado fué poco á poco adquiriendo confianza con el guardian, hablándole frecuentemente sin reserva, y hasta con muestras de afecto.

En una de estas conversaciones, el niño le dijo:

—De manera es, que usted no sabe lo que piensan hacer conmigo, ni si le han escrito á mi padre pidiéndole dinero.

—No lo sé; pero dudo que le hayan escrito.

—Pues si no le piden dinero, mi prision será una venganza.

—Se me figura que no te engañas.

—Es claro, porque yo no he oido decir nunca que se roben los hijos á los pobres y mi padre no es rico; pues si lo fuera, no andaria como anda.

—Yo tengo que andar con mucho cuidado y si uno pudiera hablar..... en fin, ya te he dicho que yo soy amigo de tu padre, y que si puedo ser-

rte en algo, sin que la tierra lo sienta, lo haré con mucho gusto.

—Si aquí me tienen por venganza... ¿cree usted que yo corro algun peligro?

—Más del que tú piensas, y por éso aguanto maréa, para no apartarme de tu véra, porque ya que las circunstancias me han echado de esta parte con los antiguos amigos de tu padre, y que ahora no lo pueden tragar por cosas que entre éllos han sucedido, me alegraria tener ocasion de servirte en algo.

—¿Y no sabe usted quiénes son esos enemigos de mi padre que me tienen aquí?

—Esas cosas son muy delicadas y tú eres un niño, y yo no puedo hablarte de éso.

—Usted puede soltar lo que sepa, porque yo he aprendido bien á oir, ver y callar; pero no necesito que usted me diga nada; pues yo no soy tan tonto que no me cale, quién tiene la culpa de todo ésto.

—Bueno, si tú lo aciertas, no será porque yo te lo haya dicho.

—El que me tiene aquí, respondió el muchacho en voz muy baja, es *Miguelito*, que no puede ver á mi padre porque es más valiente que él.

El guardian, que ni siquiera sabía quién fuese el tal *Miguelito*, sonrióse con aire socarron, dejándole en su creencia.

—Si yo pudiera avisarle á mi padre, él me sacaria de sus gárras, añadió el rapaz.

—¿Y cómo se puede hacer éso?

—Escribiéndole yo una carta á mi padre.

—¿Y quién se la lleva?

—¿No pudiera usted ponerla en manos de quien yo le diga?

—Yo no puedo apartarme de aquí. Además, aun cuando yo hiciera un imposible por servirte, ¿cómo sabria yo el paradero de tu padre?

—El sujeto á quien yo le escriba, lo sabe.

—Eso ya es otra cosa. En ese caso, si yo no puedo llevarla, buscaré quien lleve la carta.

—Pues tráigame avíos de escribir, y yo aprovecharé la ocasion para ponerle cuatro letras á ese amigo de mi padre.

—No es muy fácil lo que me pides, porque si mis compañeros lo descubren, me desollarán vivo; pero de todas maneras, yo me aventuraré á cualquier riesgo por serviros á tí y á tu padre en cuanto pueda.

—Dios se lo pague á usted, y no tenga cuidado, que mi padre no lo desamparará nunca, en cuanto yo le diga que usted ha sido mis piés y mis manos.

—Está bien; pero ahora es preciso ver cómo nos las componemos.

—Yo escribiré la carta en cuanto tenga con qué; pero como aquí suelen entrar otros, y yo tendré los ojos vendados, convendrá que usted me hable, pronunciando muy marcadamente las eses, diciendo cuando usted se presente *buenossss diassss*, *ó buenassss nochessss*, y así yo sabré que no hay quién

estorbe, para que yo le hable con toda confianza.

El guardian, admirado de la notable sagacidad del niño, convino con él en ejecutar al pié de la letra todas sus ingeniosas indicaciones.

Al dia siguiente, el rapaz entregó á su vigilante y protector la consabida carta, cuyo contenido llenó de sorpresa y admiracion á los desconocidos secuestradores.

CAPÍTULO XXIII.

ENTREVISTA Y EXPLICACIONES.

En uno de los últimos dias del mes de Julio de 1870, hallábame en mi despacho en el gobierno civil de Córdoba, cuando, ya despues de media noche, me anunciaron la visita del Gobernador y del comandante de la Guardia civil de Sevilla.

Grata sorpresa me causó la inesperada noticia, y desde luégo comprendí, por la circunstancia misma de no haberme avisado, que se trataba de algun asunto perentorio y de índole reservada.

En efecto, además de una correspondencia epistolar y telegráfica muy sostenida, solíamos tambien con harta frecuencia tener prolongadas entrevistas, con motivo de la persecucion del bandolerismo.

Presentáronse, pues, en mi despacho el señor Machado y su acompañante, á quienes muy de véras reconvine por no haberme dado aviso de su llegada, para salir á recibirlos.

En seguida el señor Machado me manifestó el objeto de su viaje, añadiendo á todo lo que ya sabía

yo respecto al secuestro del jóven Enrique Rubio, los nuevos y extraordinarios incidentes que habian venido á complicar la historia de aquel suceso.

Tambien sabía yo, porque el señor Machado me lo comunicó telegráficamente, el inexplicable secuestro del hijo del *Maruso*, así como su celo, diligencia y medidas adoptadas para averiguar quiénes fuesen los autores de aquel nuevo, singular y atrevido golpe de mano.

Desgraciadamente, el señor Machado, no obstante su actividad incansable, prevision exquisita y enérgicas disposiciones, no consiguió ver sus plausibles esfuerzos coronados con el lisonjero éxito que merecian.

Pero si por el pronto la fortuna no se mostró favorable á su deseo é iniciativa, no tardó en saber todo cuanto era humanamente posible, respecto al orígen, móviles y circunstancias que habian producido aquel suceso tan raro y tan inexplicable.

El Gobernador de Sevilla estaba muy contento, á consecuencia de las noticias y explicaciones que acerca de aquel hecho se le habian suministrado tambien de una manera singular y misteriosa.

Fué el caso, que el señor Machado recibió una relacion anónima, en la que se le daba cuenta de las razones y móviles que habian impulsado á los secuestradores del niño Carrascoso para realizar aquel acto, del que se prometian obtener, entre otras ventajas, la de salvar al infortunado Enrique Rubio.

En dicha relacion, notable por varios conceptos, se mencionaba la insuficiencia de los medios autoritarios en casos tales, anunciándose tambien en élla, que los autores de aquel secuestro estaban íntimamente convencidos de que sólo por aquel medio, impracticable para la autoridad, podia conseguirse el ejercer presion sobre el *Maruso*, que, dotado de ánimo feroz, amaba, sin embargo, tiernamente á su hijo.

Convencidos, pues, de la eficácia infalible de este procedimiento, guiados por un móvil completamente moral, y reconociendo la esterilidad de los inauditos, bien que laudables esfuerzos de la Guardia civil y de la autoridad, habian creido completarla y suplirla en sus medios, apoderándose, como lo hicieron, del hijo del *Maruso*, en la forma que ya en otro lugar he referido.

Los secuestradores del niño limitaban todas sus aspiraciones á salvar á Enrique Rubio, sin perjuicio de hacer de pasada todas cuantas averiguaciones pudieran ser útiles á las autoridades para perseguir y castigar al *Maruso* y su partida.

Ahora bien; ya sabe el lector que el listo rapaz habia escrito á su padre una carta anunciándole la situacion en que se hallaba.

Dicha carta iba dirigida á Francisco Lechuga, vecino de Benamejí, para que la entregase al *Maruso*, y estaba concebida en los términos que siguen:

»Querido papá: Me tienen como á ese del pueblo que tú tienes guardado.

»Si quieres que me suelten, papá mio, mata en seguida á *Miguelito*.—Tu hijo, ANTONIO CARRASCOSO Y MARTIN.»

Recogida la precedente carta por los desconocidos secuestradores, se la remitieron al señor Machado con la mencionada relacion, en la cual le manifestaban, que ni éllos sabian quiénes fuesen *Miguelito* y Lechuga, ni áun cuando lo supiesen, sus propósitos y facultades no se extendian á cierto linaje de investigaciones, que eran exclusivamente de la competencia y dominio de la autoridad; y que, por lo tanto, además de las otras ya expresadas noticias, le comunicaban éstas para que hiciese el uso que tuviera por conveniente.

Por último, la relacion anónima á que me refiero, terminaba diciéndole al Gobernador de Sevilla que no se molestase en hacer más indagaciones respecto á quiénes fuesen los autores del secuestro de aquel niño, indagaciones que, además de ser inútiles, sólo producirian el enojoso efecto de vejar á muchas personas inocentes; y que en cuanto á la vida y buen trato del rapaz secuestrado, que estuviese perfectamente tranquilo, añadiendo que lo dejarian en libertad, tan luégo como lo creyesen oportuno para sus fines.

Tales y tan inesperadas noticias habian motivado la súbita presencia en Córdoba del Gobernador de Sevilla, el cual, deseoso de consultar conmigo el impensado caso, necesitaba tambien los auxilios de mi autoridad para adquirir antecedentes res-

pecto á Lechuga, porque era vecino de Benamejí, pueblo de la provincia de mi mando. Y como además el señor Machado no ignoraba, que yo habia adquirido muchos y minuciosos datos y noticias, no sólo respecto á los bandidos de la provincia de Córdoba, sino también de toda Andalucía, no dejó tampoco de interrogarme acerca del tal *Miguelito*, cuya vaga designacion imposibilitaba el determinar la persona con seguridad suficiente, supuesto que habia vários bandidos de aquel nombre.

No sucedió así, con respecto á la persona, á quien iba dirigida la carta del niño Carrascoso, la cual se designaba con su nombre, apellido y vecindad, y era además harto conocida por sus aventuras y fechorías.

Alegróse mucho el señor Machado, así como el señor Villacampa, comandante de la Guardia civil, de que yo pudiera colmar la medida de sus deseos, respecto á Francisco Lechuga, cuyo singular carácter y numerosas aventuras, llamaron su atencion de la manera más extraordinaria.

Largo rato permanecimos discurriendo sobre la índole y naturaleza del rarísimo hecho y de su relacion anónima, que habia venido á sacar de tantas incertidumbres al Gobernador de Sevilla, quien se encontró, cuando lo ménos lo esperaba, con secretos y poderosos auxiliares.

Por mi parte le manifesté, que yo estaba muy habituado á tales auxilios imprevistos y á semejantes denuncias inesperadas, y que más de una

vez, por anónimas advertencias, habia conseguido descubrir delitos y prender criminales, añadiendo que no hay agentes más sutíles, astutos, previsores y eficaces, que aquéllos á quienes mueven la pasion ó las ingénitas aptitudes que han recibido de la naturaleza, tan múltiple en sus manifestaciones sociales, como en el órden físico, y cuyas fuerzas, de ordinario desconocidas ó eliminadas de la jurisdiccion de las autoridades, pudieran producir prodigios de astucia y eficacia.

En seguida hablamos del mejor modo y forma de sacar partido de las indicaciones contenidas en la carta, y teniendo en cuenta que el pueblo de Benamejí pertenecía á mi jurisdiccion, y además los numerosos antecedentes que yo tenía, respecto á la vida y milagros del tal Lechuga, convinimos en que yo me encargase de remitírsela con persona de mi confianza.

Era nuestro propósito descubrir campo y luz por aquel medio, respecto á las conexiones y paradero del *Maruso* y su partida.

Terminada nuestra conferencia, nos despedimos, quedando el señor Machado y yo en comunicarnos recíprocamente cuanto fuese útil y necesario para conseguir nuestro plan, en cumplimiento de nuestros difíciles y penosos deberes.

CAPÍTULO XXIV.

APUNTES BIOGRÁFICOS DE UN SASTRE.

A fin de que el lector pueda comprender bien las condiciones del nuevo personaje que aparece en esta historia, comenzaré por trazar algunos apuntes biográficos del *Sastre Lechuga*, que así le llamaban en Benamejí, como tambien en todos los pueblos de la comarca.

Era, pues, Francisco Lechuga Martin, natural de Estepa, en donde aprendió el oficio de sastre, cuyo apelativo, más tarde, fué siempre unido á su nombre.

Distinguíase el sastre por su gallardo porte, aseado traje, atentos modales y graciosa conversacion, á cuyas cualidades se añadian otras dotes, que realzaban su persona, supuesto que era muy robusto y erguido, de hermoso rostro, iluminado por ojos muy expresivos, de estatura más bien alta, muy airoso y simpático.

Así, pues, las mozas del pueblo poníanle buena cara; pero él fijó su eleccion en una jóven bien parecida, que pertenecia á una honrada familia.

Aquel primer devanéo amoroso, vino á terminar en la seduccion de dicha jóven por el tal Lechuga, que á consecuencia de este suceso abandonó su nóvia y su pueblo natal, trasladándose á Benamejí, á la sombra de un pariente.

Ocurria ésto en el año de 1824; y Lechuga se estableció en dicho pueblo de Benamejí, ejerciendo su oficio, con buena suerte, logrando captarse por su cortesía y puntualidad la estimacion de sus parroquianos.

Así vivió honradamente algunos años, sin que todavía se descubriesen bastante, la extraordinaria violencia y la irascibilidad de su carácter, que permanecian profundamente veladas por su amabilidad exquisita, y aparente dulzura en su trato.

Sin embargo, nunca dejó de ser muy galanteador y mujeriego; pero esta conducta entónces podia pasar, como propia de un jóven más ó ménos aficionado á los goces y placeres.

Andando el tiempo, enamoróse apasionadamente de una jóven, llamada Cármen Ortiz, alta, esbelta y hermosa por extremo, y con la cual se casó al fin, en el año de 1833.

Parecia que, logrado su ardiente deseo de unirse con aquella hermosa mujer, las pasiones del *Sastre Lechuga* deberian entrar en el cáuce tranquilo y sereno, que su felicidad doméstica y su nuevos deberes le marcaban.

Mas léjos de suceder así, cansado muy pronto de su esposa, sus fuerzas afectivas tomaron otro

rumbo, contrayendo relaciones con una hermana de su mujer, llamada Angela, soltera, y aunque agraciada, no podia compararse ni de muy léjos con su hermana Cármen, en cuanto á hermosura.

No tuvo Lechuga hijos de su esposa; pero no tardó en tener uno de su cuñada, que inhumanamente fué arrojado al Asilo de la Misericordia.

Desde entónces comenzó para la desdichada Cármen, que amaba tiernamente á su ingrato esposo, una vida triste y amargada por crueles y constantes sinsabores.

Herida en su amor fraterno por la desleal conducta de su hermana, lastimada en su ternura conyugal por el cínico y poco ménos que incestuoso adulterio de su marido, la infortunada Cármen, oprimida por su cruel desengaño, abrumada por su tristeza y á mayor abundamiento, ofendida por el mal trato de su marido, vió muy pronto agostarse la flor de su hermosura y desfallecer sus fuerzas, arrastrando una vida lánguida y dolorosa hasta que por último, sucumbió bajo el peso de tantos y tan inmerecidos sufrimientos.

Por una reaccion, á primera vista contradictoria pero en el fondo muy natural, lógica y frecuente, el *Sastre Lechuga*, una vez hallándose viudo, léjos de intimar con nuevo ahinco su afecto con su cuñada, pareció por el contrario, mirarla de reojo, hasta el punto de romper con élla sus relaciones, ya fuese por el roedor remordimiento que le produjese la triste suerte y prematuro fin de su infortu-

nada y bella esposa; ya porque su carácter violento y fogoso, necesitase incesante lucha para acercarse al objeto de sus afecciones.

En tal disposicion de ánimo, su espíritu se volvió hácia los recuerdos de su juventud primera, reapareciendo en su mente con nuevos atractivos la imágen de Dolores Ruiz Fernandez, que así se llamaba la jóven por él seducida y abandonada en Estepa.

Hay una ley en el órden afectivo, poco estudiada y conocida; pero más inexorable y fija que la del órden dialéctico en el entendimiento, y es la ley de la sensibilidad amorosa en el corazon humano, que de igual modo se manifiesta en los caractéres más elevados y cultos, que en las naturalezas más rudas é ignorantes.

Tal es la causa de esa impresion inolvidable que en el sér humano producen esos afectos que se llaman *los primeros amores*, cuyo recuerdo es indeleble en la vida y hasta en el instante mismo de la muerte.

Bajo este impulso irresistible, el *Sastre Lechuga* dirigióse á Estepa, y recordando los dias hermosos y felices de su primera pasion, largos años al parecer sepultada en el olvido, requirió de nuevo á su antigua nóvia, que aún permanecia soltera, triste y muy recogida, á causa del cruel desengaño que habia sufrido; pero ésta, si bien al principio rechazó las proposiciones de su antiguo amante, acabó al fin, por ceder al irresistible prestigio que en

en élla ejercia aquel hombre tan funesto para su reposo, cuanto amado de su corazon, aun á pesar suyo.

En suma, diré que Lechuga regresó á Benamejí, llevando consigo á Dolores, con la cual vivió maritalmente, habiendo tenido de élla tres hijas, llamadas Dolores, Pepa y Rosario y un hijo á quien Lechuga le hizo poner su mismo nombre.

Más tarde, sin duda, por el deseo de legitimar su prole, y acaso tambien porque en él ya se habia disminuido el ardor de sus pasiones, lo cierto es, que contrajo matrimonio con la dicha Dolores Ruiz, y entónces comenzó para el sastre un nuevo período en su vida.

En efecto, aquel hombre tan impetuoso en sus facultades afectivas, conforme sus hijos iban creciendo, abandonó sus hábitos galanteadores, y se dedicó exclusivamente á adquirir recursos, siendo el único afan que le dominaba el prosperar y tener, aun cuando fuese por los medios más reprobados.

En esta época fué á Estepa, y llevado de su creciente codicia se apoderó de unos mulos contra la voluntad de su dueño; mas como todavía era novel en este mal oficio, que habia emprendido, cayó en las gárras de la justicia, y fué condenado á presidio.

Sucedió, pues, que á los pocos dias de haber llegado al Correccional, pasando lista el comandante del establecimiento, se fijó en su nombre, haciéndole poner á su lado; y hablando con él despues á solas, resultaron ser parientes muy cercanos.

Con este motivo, el comandante lo tomó á su servicio, dispensándole la más omnímoda confianza.

Lechuga, pues, una vez libre del trabajo y de las exigencias del Reglamento, no sólo se llevó muy buena vida, sino que tambien aprovechó el tiempo para aprender todo linaje de picardías, y aumentar su pecúlio por todos los medios imaginables.

Consagróse Lechuga á obtener la benevolencia de su amo y pariente por la puntualidad y esmero en su servicio; pero cuando nadie pudiera sospechar sus intenciones aviesas, desapareció de la casa, huyendo en una buena jaca de su protector, que estaba encargado de cuidar, y que sacaba algunas veces de paséo.

Lechuga, pues, desapareció del presidio, presentándose en Benamejí, cuando nadie le esperaba, es decir, ántes de cumplir su condena, bien montado, bien repuesto de fondos y ataviado, sin que nadie se metiese con él, como harto frecuentemente suele ocurrir en nuestro país, y volviendo tranquila y sosegadamente á las antiguas y ordinarias ocupaciones de su oficio.

Entónces comenzó para el sastre una vida, casi apacible, regularizando su taller en que sus cuatro hijos todos de su oficio, formaban el núcleo de las costureras y aprendices, y encontrando un sacerdote de carácter benéfico y confiado, que generosamente le dispensó en aquella época proteccion y ayuda.

El Sastre, á la sazon, hallábase en edad madura

y todos pudieron notar su prudencia exquisita, y su constante silencio, pues no hablaba más que lo estrictamente necesario, permaneciendo siempre muy concentrado y como abstraido en los recónditos pensamientos que le dominaban allá en lo íntimo de su conciencia.

Atribuian unos este porte y conducta del sastre á su edad provecta, miéntras que otros lo achacaban á su incipiente sordera, que más tarde se hizo casi completa.

De cualquier modo, es lo cierto que Lechuga tenía por entónces pocas amistades y casi ningun trato, si bien era muy atento, solícito y afable con sus parroquianos, cultivando sólo la amistad del referido eclesiástico, á quien visitaba ámenudo por los constantes beneficios que le dispensaba éste, juzgando sincero su arrepentimiento.

Pero como dice el refran, el genio y la figura siempre persisten, cualesquiera que sean, por otra parte, las modificaciones que en los individuos se verifiquen, es decir, que por más templadas que ya pareciesen sus pasiones en aquella época, no por éso dejó de volver á su antiguo devanéo con su cuñada Angela Ortiz, que se mantenia soltera, y á la cual visitaba diariamente, si bien por la noche y con recato.

Las fuerzas latentes del carácter humano pueden permanecer ocultas, miéntras que una causa ocasional no provoca su aparicion, que suele ser entónces, tanto más poderosa cuanto ha sido más comprimida.

La violencia y la ira eran el elemento fatal de aquella organizacion, por más que Lechuga se obstinase en cubrirlas con las seductoras apariencias de su afabilidad y cortesía; y hasta pudiera decirse, que llevaba en su organizacion la marca ó el sello de su cruel destino.

En efecto, por debajo de la mandíbula izquierda tenía una mancha de color de castaña, del tamaño y figura de una pequeña sierpe.

Cuando más tranquilo vivia, consagrado á su trabajo y establecimiento, recogido con su familia y sin permitirse otra expansion que la de salir de noche un rato á visitar á su cuñada, sucedió que su esposa le reconvino más ágriamente que de costumbre por sus amoríos, y por los gastos que Angela Ortiz le proporcionaba; pero Lechuga le respondió con no ménos aspereza, viniendo á emponzoñar la reyerta matrimonial su hija Pepa, cuya intervencion, por más que fuese con la mejor buena fé, por parte de la jóven, indignó extraordinariamente á su padre, que lleno de ira y arrebatado por su carácter violento, la hirió con un cuchillo en un brazo, cortándole una arteria, de cuyas resultas la infortunada jóven se desangró, falleciendo á las pocas horas.

Dado el impulso pasional, nadie sabe dónde podrá detenerse, así como es tambien muy difícil saber adónde irá á parar la bala, una vez disparado el tiro.

Aquel desgraciado incidente, nacido de la ira y

de la violencia, llenó aún más y más de tinieblas el alma, ya trágicamente sombría del *Sastre Lechuga*, que desde entónces se manifestaba más taciturno, más irascible y más dispuesto á precipitarse á cierra ojos por la tenebrosa senda del crímen.

Y como si aquel estado febril de su ánimo necesitase nuevos estímulos para llegar al último extremo de su perdicion, la suerte dispuso, que violentamente indignado contra su otra hija Rosario, por causas que no son de este lugar, arrojóla por una escalera con tan feroz impulso, que su caida le ocasionó la muerte.

Aquel hombre, que despues de su primera caida, hubiera podido redimirse por un generoso esfuerzo de su buena voluntad, se hundió para siempre, en el último tércio de su vida, en la profunda sima del crímen, de una manera irresistible y ya irremediable.

Lechuga era verdadera y doblemente filicida, de suerte que aquellos funestos arrebatos, que nadie habia visto, porque se habian verificado en el hogar doméstico, habian decidido últimamente su destino, trazando en su conciencia la línea fatal y divisoria, entre una vida, si no del todo buena é inocente, al ménos todavía enmendable; y otra vida ya sin remision mala, culpable y tenebrosa, sin esperanza de luz, ni de rehabilitacion posible, porque ya él mismo se creia incapaz de ningun virtuoso esfuerzo, llegando á esa desesperacion satánica de la misericordia divina, que constituye en el criminal

un verdadero infierno, que lleva en la realidad íntima de su conciencia.

Así, pues, la cantidad de bien y de luz, que ántes ardia en su alma, se extinguió por completo, experimentando entónces una sed hidrópica y un apetito insaciable de maldad, complaciéndose en su interior con una especie de alegría sin nombre, que sólo regocija á los espíritus infernales, en meditar nuevos crímenes y sonriéndose diabólicamente al pensar, que su astucia, su experiencia y su hipocresía, podian servirle, como poderosas palancas, para realizar sus sanguinarios y sombríos ensueños de bienestar y riqueza, aunque fuese adquirida por el robo y el asesinato.

En tal situacion se hallaba el *Sastre Lechuga*, cuando ya habia llegado á los umbrales de la vejez, llevando en esta edad su perversion hasta el extremo de salir entónces de su retraimiento, buscando con ánsia amistades y conexiones con los numerosos bandidos que pululaban en Benamejí, á la sombra de su famoso protector, conocido con el nombre del *Niño*.

Excusado parece decir, que el sagaz Lechuga, consiguió muy pronto la estimacion de los más audaces y la completa confianza del *Niño*, que al punto conoció las relevantes dotes del sastre para fraguar, dirigir y llevar á feliz cima sus odiosas y criminales empresas.

Así vivió durante algun tiempo, en inteligencias con los bandidos, siendo el alma de sus consejos,

el inventor más fecundo de sus planes, llevando una participacion importante en los negocios; pero guardando mejor que ninguno las apariencias, y consiguiendo, á fuerza de ingenio y de astúcia, que nadie más que sus cómplices indispensables, tuviese conocimiento de sus malas artes.

Mas por aquel tiempo llegué yo á Córdoba, y entablada la lucha contra el bandolerismo, en vista de mis disposiciones y de su pronto y eficaz resultado, Lechuga conoció, desde luégo, que era necesario vivir con mucha precaucion, para escapar á mis pesquisas, supuesto que vió la triste suerte y paradero de sus cómplices, por lo cual se retrajo, sobre todo, cuando advirtió la desaparicion del *Niño*, padrino ántes de todos y ahora fugitivo y reclamado por los tribunales, sin que le valiesen sus ínfulas, alardes y cacareada influencia.

La prevision y astúcia del *Sastre Lechuga* llegó hasta el extremo de solicitar el ingreso en la partida de Seguridad, tan pronto como la hube creado, sin duda con el doble propósito de servir á sus compañeros y cómplices, y á la vez aparecer para con mi autoridad, como un elemento utilísimo para la persecucion, y á la par libertarse de las sospechas que pudieran recaer sobre su persona.

Este rasgo revela muy bien su osadía, su prevision y su experiencia, supuesto que entónces Lechuga contaba sesenta y cuatro años, sin que aparte su sordera, sus facultades intelectuales ni físicas sufriesen detrimento.

Desde luégo comprenderá el lector, que no quise admitirlo en la citada partida de Seguridad, pues que en seguida presumí sus verdaderos intentos; pero esta repulsa hubo de inquietarle mucho, y por lo tanto, redobló sus precauciones, viviendo con las apariencias de un ciudadano inofensivo.

Tales eran los antecedentes que yo tenía del *Sastre Lechuga*, cuando recibí la visita del señor Machado, que me entregó la carta del niño Carrascoso, á fin de que yo hiciera de élla el uso que juzgára más conveniente para descubrir en toda su extension las conexiones entre el sastre y el *Maruso*.

Ahora bien; dado á conocer el carácter de este nuevo personaje, debo decir, que llamé á uno de mis confidentes más expertos, haciéndole vestirse de la manera que para el caso convenia, dándole todas las instrucciones necesarias para que se penetrase bien de la situacion y del papel que debia desempeñar, y previniéndole despues, que llevase al *Sastre Lechuga* la carta del hijo del *Maruso*, del cual le dí las señas más detalladas para que le dijese que iba de su parte.

Penetrado bien mi confidente de la difícil y delicada mision que acababa de confiarle, cerca de un hombre tan astuto, receloso y previsor, como el *Sastre Lechuga*, partió aquél para Benamejí con encargo de avisarme inmediatamente de cualquiera ocurrencia imprevista, que en su concepto, mereciese la pena de que llegase á mi conocimiento.

CAPÍTULO XXV.

ARRIESGADA ENTREVISTA.

Apénas el *Maruso* durmió algunas horas en el nuevo rancho, que entre riscos y breñas inaccesibles habian elegido los secuestradores para tener guardado y oculto á Enrique Rubio, montó á caballo y despidióse de sus compañeros, diciéndoles que permaneciesen allí hasta su regreso, que sería lo más breve posible, supuesto que él tenía que ocuparse de asuntos, que á todos interesaban.

El *Maruso* alejóse de aquel sitio con la mente llena de ideas sombrías y con el corazon abrumado de pesar y sentimiento, encontrando un placer inexplicable al verse libre y solo, para dar á su semblante la expresion genuina del verdadero estado de su alma, que á fuerza de violentarse, de un modo tan extraordinario como doloroso, habia logrado encubrir á las miradas de sus compañeros.

El afligido padre habia concebido el plan de buscar y descubrir á todo trance el paradero de su hijo, á fin de salvarlo por su cuenta y riesgo, imponiendo despues á don Manuel Rubio las más duras condiciones, con la firme resolucion, si éste no las

aceptaba, de sacrificar á Enrique, sin consideracion ni reparo alguno.

Así, pues, revolvió en su imaginacion todas las personas amigas de Rubio y enemigas suyas, que pudieran haber tenido parte en el secuestro de su hijo, así como tambien los sitios en que pudieran tenerlo guardado.

Con este propósito, recorrió vários pueblos y caseríos; preguntó é indagó de la manera más conveniente á su intento; y cuando se hubo convencido de la inutilidad de sus pesquisas, pensó en que acaso su mujer habria recibido algun aviso que pudiera iluminar las tinieblas en que se hallaba, por cuyo motivo, recordando el convénio que habia hecho con su esposa, decidió encaminarse al Arahal, para ver si allí descubria algun rastro de la suerte y paradero de su hijo, y para proceder en su consecuencia y llevar á feliz cima el rencoroso y vengativo plan que habia concebido.

La empresa era por extremo arriesgada; pues que la Guardia civil, noticiosa de sus nocturnas excursiones á su pueblo, estaba muy alerta, vigilando su casa en las altas horas de la noche, en las que el *Maruso* acostumbraba visitar algunas veces á su esposa.

El bandido, despues de media noche, llegó á las inmediaciones del Arahal, para dejar su caballo en la huerta consabida, y el hortelano le dijo:

—¿Y piensas entrar en el pueblo, Pepe?

—Sí; necesito ver á mi esposa á todo trance.

—Mira que te expones á que te coja la Guardia civil.

—Todavía han comido poco pan para echarme el guante.

—Considera que lo que yo te digo, no es sólo por las noticias que corren por el pueblo, sino porque tambien tu mujer ha venido á decirme que la otra noche estuvieron registrando tu casa.

Esta noticia pareció impresionar vivamente al *Maruso*, que despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Pues lo que es esta noche, no puedo dejar de ir á ver á mi María.

—Mira, Pepe, que el diablo las carga, y en un instante puede suceder un desavío de dos mil demonios.

—¿Qué importa? De otros aprietos mayores he salido, y tambien me libraré de esos tunantes.

—¿Y si están rondando tu casa?

—Tengo yo muy buenos *zacais* para *filar* y muy buenos *pinreles* para *najarme* ántes que éllos me *guipen* á mí; pero de todas maneras, échale en seguida un pienso al caballo, y ténlo dispuesto para cuando yo vuelva.

—Así lo haré; pero si mi consejo valiera, Pepe, yo en tu lugar, esta noche no entraria en el pueblo, porque en estos dias hay un Guardia civil detrás de cada piedra, y además los rurales andan tambien á la husma, y yo estoy seguro que todo éso es por tu persona.

—Tienes razon, hombre; pero ¿qué quieres? Es preciso que yo esta noche vea á mi mujer.

—¿Has averiguado algo de tu chico?

—Ni una palabra.

—Pues en el pueblo se dice que te lo han quitado para que entregues al chico de Rubio.

—¡Adios! ¡Adios!

Y el *Maruso* alejóse á paso de lobo hácia el pueblo, registrando en torno suyo con su penetrante mirada todos los sitios en donde pudiera haber gente oculta, hasta que, por último, llegó á su calle y á su casa, sin advertir nada que pudiera inspirarle sospecha.

Abrió, pues, la puerta y dirigióse al aposento de su mujer, que, apénas le hubo reconocido, quedóse pálida y trémula, temiendo que viniese la Guardia civil para prenderlo.

—Mujer, tén un poco de serenidad, pues que si continúas así, no vamos á poder hablar nada de provecho; dijo el *Maruso*, viendo la espantosa turbacion de María.

—Es una locura que hayas venido, Pepe. ¿No te ha dicho nada el amigo de la huerta?

—Me lo ha dicho todo; pero ya se me habia puesto en la mollera el verte, y no he querido dejar de hacerlo por temor á la Guardia civil.

—Pues además de que la otra noche estuvieron aquí registrando, casi todos los dias vienen los civiles á preguntarme si tengo noticias de nuestro hijo.

—Pues esa misma es la pregunta que yo quiero hacerte.

—No he sabido nada más que lo que se dice por el pueblo.

—Ya lo sé.

—¿Sabes lo que dicen?

—Sí; que nos han quitado á nuestro hijo para que aparezca el hijo de don Manuel.

—Justamente; éso es lo que dice todo el mundo.

—Está bien; pero lo que á mí me importa es tener algun rastro para descubrir el paradero de nuestro niño. ¡Si yo lo pudiera salvar!

—¿Por qué no sueltas al hijo de don Manuel? Yo creo que éste es el mejor camino para libertar á nuestro pobre niño.

—¿Y si despues de soltar á ése, matan al mio?

La triste madre, al oir estas palabras, lanzó un profundo gemido, cruzando convulsivamente las manos sobre su pecho, como si elevase al cielo una fervorosa plegaria.

Aquella terrible suposicion del *Maruso* le habia impresionado de una manera inexplicable.

—Desengáñate, María, añadió el bandido; es muy poco seguro el hacer lo que tú dices, y precisamente yo he hecho todo lo contrario.

—¿Qué has hecho?

—Guardar al otro en donde ni las águilas puedan encontrarlo; porque miéntras yo le tenga bajo mi dominio, puedes estar muy segura de que á tu hijo no le pasa nada.

La acongojada madre inclinó tristemente la cabeza, sintiendo la resolucion de su marido, por una parte, y reconociendo, por otra, que acaso tenía razon en proceder como lo hacía.

—Pero ¿esposible, continuó el bandido, que los que se han llevado á tu hijo no te hayan escrito una mala carta, diciéndote su intencion, ó pidiéndote dinero?

—No he sabido nada.

—Este misterio me vá á volver loco, María. ¿Cómo puedo yo saber con seguridad que los que se han llevado á nuestro hijo, ha sido con el propósito de salvar á Enrique Rubio?

—Pues á mí todos me dicen éso.

—Enhorabuena, mujer; pero una cosa es que así se diga, y otra el que así sea.

Aquí llegaban los esposos en su diálogo, cuando se oyeron fuertes golpes á la puerta.

—¡Son culatazos! exclamó tranquilamente el *Maruso*.

—¡La Guardia civil! exclamó á su vez la triste esposa. ¡Dios mio! ¿Qué harémos ahora? ¡Bien me lo daba el corazon!

—Espera que llamen otra vez, y no tengas cuidado.

—¡Dios no se cansa de enviar desgracias sobre nosotros!

—No te aflijas, ni te aturdas, mujer, procura estar serena, llegas á la puerta, preguntas quién llama, y dices que en seguida vuelves, porque vás por la llave. ¿Lo sabrás hacer bien, como yo te lo digo, Mariquita?

—¿Qué no haré yo por salvarte, Pepe mio?

A esta sazon, volvieron á repetirse los golpes con más fuerza que al principio.

—Anda y ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Adios!

Y el bandido se despidió de su mujer, dándola un cariñoso abrazo. . .

En seguida los dos salieron al patio, María para hacer lo que su marido le habia mandado, y el *Maruso* para emprender su fuga.

Ya en el patio, la esposa en voz baja le preguntó al *Maruso:*

—¿Y conseguirás escaparte?

—Haz cuenta que ya estoy á caballo; pero á todo trance te encargo, que tengas serenidad y hagas la entretenida el más tiempo que puedas.

María atravesó el pátio, acercóse á la puerta de la calle, y preguntó quién llamaba, respondiéndole de afuera que la Guardia civil, y que abriese inmediatamente:

—Vuelvo en seguida, pues voy por la llave; respondió María, siguiendo al pié de la letra las instrucciones de su marido.

Cuando la afligida esposa regresó á su habitacion para tomar la llave, una sonrisa dibujóse en sus lábios, su rostro adquirió una expresion de perfecta tranquilidad, y serena y casi risueña dirigióse resueltamente á abrir la puerta, porque habia comprendido que ya no era fácil que prendiesen á su esposo.

En efecto, dos parejas de la Guardia civil penetraron en la casa del *Maruso*, procediendo en seguida á verificar el más minucioso reconocimiento.

CAPÍTULO XXVI.

DE CÓMO INTERPRETAN LOS BANDIDOS LA RESERVA DEL MARUSO.

El infortunado Enrique Rubio arrastraba la vida más triste y dolorosa que puede imaginarse. Trasladado de tiempo en tiempo á un paraje distinto, segun la conveniencia de los secuestradores, tenía que sufrir la molestia de aquellas difíciles y nocturnas marchas, además de los insultos y malos tratamientos de los bandidos; pero el martirio más insoportable para él, como ya he indicado, era la inmovilidad en que constantemente lo tenian, y el permanecer siempre con la venda puesta en los ojos.

Además, viviendo á la intempérie en aquella estacion, y bajo el ardiente sol de Andalucía, pasaba largas horas tendido boca á bajo, respirando penosamente y anhelando por momentos que pasase la siesta, durante la cual sentia abrasarse su cuerpo y derretirse sus sesos, llegando el influjo pernicioso de aquella horrible insolacion diaria hasta el extremo, de anular completamente sus facultades intelectuales, y cayendo en la inércia y en el

marasmo, hasta que ya la noche ofrecia algun refrigerio y descanso á sus fatigados miembros.

A estos padecimientos, solian agregarse tambien la falta de agua y la escasez del alimento, que de ordinario consistia en pan, queso, aceitunas, huevos cocidos y alguna vez puchero de garbanzos y patatas con tocino ráncio, bien que siempre se lo llevaban frio.

Mas no pocos dias sucedió que por no llevarles provisiones á tiempo, tenian que pasarse con pan seco.

En uno de estos dias de penúria, durante la excursion del *Maruso*, se hallaban los bandidos y el prisionero, cuando vieron llegar á la falda del cerro dos de sus camaradas que les traian el hato apetecido.

En efecto, cuando subieron al rancho los dos bandidos, alegráronse mucho los que aguardaban, porque los recien llegados entre otras oportunísimas y necesarias provisiones, llevaban dos grandes botas de vino, cuyo solo aspecto los puso de buen humor, olvidando las privaciones que desde el dia anterior venian sufriendo.

—¡Qué olvidados nos teneis! exclamó el de los ojos azules.

—No lo creais, respondió uno de los recien llegados; pero hemos tardado en venir, por los rodéos que hemos tenido que dar, porque los civiles y los rurales manan por esos caminos, veredas, cañadas, trochas y cerros.

—Segun véo, la cosa se vá poniendo muy mala.

—Cada vez peor.

—Pues ahora, dijo el hoyoso de viruelas, lo mejor que podemos hacer, es aplacar la sed y el hambre, y luégo que suceda lo que quiera.

En seguida, los bandidos descargaron las alforjas, extendieron una manta sobre el suelo y pusiéronse á comer con grande apetito.

Durante la comida, los bandidos entablaron conversacion muy tirada, con tanto mayor motivo, cuanto que los recien llegados traian muchas y estupendas noticias.

—¿Sabeis lo que pasa? preguntó uno de los recien llegados.

—Vamos, cuenta.

—¿No habeis sabido nada del *Tio Martin*?

—¡Noticia fresca! Ya hemos sabido que estaba preso; pero él tiene muy buenas aldabas..

—Pues ni aldabas ni aldabones pueden ya servirle.

Y el bandido refirió á sus compañeros todo lo que ya sabe el lector respecto al descubrimiento de los cadáveres de Alberto y de don Agapito, así como tambien la muerte del *Tio Martin*.

Con tales nuevas, quedáronse muy sorprendidos y desazonados los tres guardadores del cautivo, que desde luégo se convencieron de que ya todos sus negocios habian de ir de mal en peor, supuesto que era de todo punto imposible oponerse con buena fortuna á la creciente maréa, que sobre éllos se habia desencadenado.

—Aquí pasamos los dias como en Bábia; dijo el de los ojos azules.

—¿Y dónde anda el *Maruso?*

—No sabemos, porque despues de arrancharnos aquí, se marchó, diciendo que tenía que hacer y todavía no ha vuelto.

—¿Y estaba muy triste?

—Más alegre que nunca.

—¡De véras!

—Ni más ni ménos que os lo digo; pero ¿por qué os llama éso la atencion?

—Porque el pobre tenía motivos para estar muy abroncado.

—¿Y por qué?

—¡Vaya una pregunta! ¿No sabeis de verdad lo que le pasa?

—Os digo que no sabemos nada. ¿Qué ha sido éllo?

—¡Pues ahí es nada lo del ojo! Que le han secuestrado á su hijo.

Es imposible pintar la profunda impresion que tal y tan inesperada noticia produjo en el ánimo de los tres bandidos.

—Y todo el mundo dice, añadió el narrador, que hijo por hijo, y que si matamos á éste, matan al chico del *Maruso*.

Y el bandido explicó á sus camaradas todo lo que ya el lector sabe, relativamente á lo que de público se decia del secuestro del niño Carrascoso.

Al oir este relato, los tres bandidos miráronse

llenos de asombro, recordando su disidencia con el *Maruso*, respecto á la interpretacion del último recado de don Manuel Rubio.

En seguida, dirigieron algunas preguntas al portador de la irritante y aterradora noticia, para esclarecer sus dudas, las cuales desvanecidas, vinieron en conocimiento de que cuando se hallaba poseido de su múrria y mal humor, nada sabía el *Maruso* de su desgracia, que, sin embargo, ya le anunciaba su corazon leal, conviniendo todos en que sólo pudo saber el suceso, cuando fué á su pueblo, y regresó tan risueño y tranquilo, resolviendo que se trasladasen todos al rancho en que á la sazon se hallaban.

Los tres bandidos refirieron sus observaciones á los recien llegados, y unos y otros extrañaron, sobre manera, el gozo de su jefe, no ménos que su reserva y silencio, respecto á tan inesperada y dolorosa ocurrencia.

Excusado parece decir, que la reserva del *Maruso* fué objeto de los más diversos y encontrados comentarios por parte de los bandidos, atribuyéndole cada cual móviles distintos, si bien todos convinieron en que era hombre de pelo en pecho y tenaz en sus propósitos; pues que ni en lo más mínimo habia cambiado su conducta, en cuanto á llevar adelante el secuestro de Enrique Rubio, con todas sus consecuencias.

Estando en esta animada conversacion, el de los ojos azules, mirando hácia una colina y viendo un

jinete que se adelantaba por entre el monte, exclamó:

—¡Allí viene!

—No puede ser otro, dijeron los demás bandidos; pues nadie más que él se mete por entre aquellas breñas.

—¿Y qué pensais que hagamos, en vista de lo que le sucede? preguntó el hoyoso de viruelas.

—Yo creo que lo mejor es callar, y ver por dónde él rompe; dijo el alto.

—Es muy posible que hoy nos diga lo que le pasa y lo que piensa hacer; respondió uno de los portadores de las provisiones.

—Pues quedamos convenidos en callar y darle cuerda para ver si quiere franquearse; insistió el de los ojos azules.

—De todas maneras, él tiene que valerse de nosotros, ya sea para salvar al pobre Antoñuelo, ya para que hagamos con ése un escarmiento.

—Pues bebamos á su salud, con el firme propósito de ayudarle en todo lo que podamos; dijo el alto.

La bota corrió de mano en mano y cuando hubo dado la vuelta, el hoyoso de viruelas, exclamó:

—¡Qué mala cara tráe! Miradle; ya se le divisa bien, y parece triste y pensativo.

—El lance no es para ménos, repuso uno de los recien llegados; yo que tengo hijos, sé cómo estará ese pobre padre.

Pocos minutos despues, llegó el *Maruso* al ran-

cho, en donde fué recibido y saludado muy afectuosamente por sus compañeros.

El jefe de la partida echó pié á tierra y tomó parte en la comida, que aún no habian terminado los bandidos.

—¿Cómo has tardado tanto? le preguntó el de los ojos azules, que tenía con él gran confianza.

—Han caido muchas cosas que hacer; respondió lacónicamente el *Maruso*.

Los bandidos cambiaron á hurtadillas una mirada de inteligencia que parecia decir:

—«¡Ya pareció aquéllo!»

—Parece que vienes avinagrado. ¿Te ha sucedido algo?

—Y áun algos; pero no perdamos el tiempo en lo que no importa.

—Hombre, somos tus amigos y compañeros y todo lo que te pase á tí, nos importa á nosotros.

—¡Muchas gracias! ¿Y cómo está ese mozo?

—Ahí está, como San Lorenzo, achicharrado.

—Pues que tenga paciencia, porque todos la tenemos; pero es menester que en seguida escriba una carta.

—¿Y cuándo se acabará tanto cartéo?

—Muy pronto, si Dios, ó los demonios quieren.

—¿Y no querrás decirnos lo que te ha pasado?

—Sí, sí, primero eres tú que nadie; añadieron los demás bandidos.

—Pues bien, os lo contaré, compañeros, porque en verdad que es un lance de órdago.

Los bandidos se miraron, imaginándose que ya el *Maruso* cedia para confiarles sus cuitas.

El jefe, pues, se dispuso á comenzar su narracion, miéntras que atentos y silenciosos le rodeaban sus camaradas, ansiando conocer sus penas, miras y planes.

Pero el relato del *Maruso*, contra la espectacion de los bandidos, se redujo á contarles el aprieto en que se habia visto, cuando hallándose la noche anterior en su casa con su mujer, llamó á la puerta la Guardia civil, de cuyas garras logró escaparse, saltando de tejado en tejado, hasta venir á caer á las afueras del pueblo, desde donde se dirigió á donde tenía su caballo, sin el más leve tropiezo.

El *Maruso* terminó su relato con una estrepitosa carcajada, celebrando el chasco de los civiles, que andarian registrando su vivienda, miéntras que él galopaba muy bonitamente hácia el rancho.

Los bandidos, completamente defraudados en sus esperanzas, se miraron unos á otros, muy convencidos de que no era fácil que el *Maruso* diese su brazo á torcer, contándoles el secuestro de su hijo.

—Ya he satisfecho vuestra curiosidad, dijo el jefe; pero ahora os digo, que no hay tiempo que perder para que ese mozuelo escriba á su padre, diciéndole á dónde y cómo han de llevar los dineros que ya debe tener reunidos, porque estas cosas no son juego de niños.

Los bandidos admiraron la entereza y resolucion de su jefe, y sacando los avíos de escribir, obliga-

ron al infortunado Enrique, con las amenazas y precauciones de costumbre, á que escribiese la consabida carta.

Aquella misma noche, despues de haber descansado algunas horas, el *Maruso* partió con la epístola, acompañado de todos los bandidos, ménos del hoyoso de viruelas, que se quedó para guardar al prisionero.

Entre tanto, el *Maruso* dió por el camino sus instrucciones á sus compañeros, designándoles el sitio donde habian de reunirse para ir á recoger el dinero del rescate.

El *Maruso* despidióse de los suyos, y se alejó completamente solo para proseguir sus averiguaciones, respecto al paradero de su hijo.

CAPÍTULO XXVII.

NO HAY PEOR SORDO QUE EL QUE NO QUIERE OIR.

Mi confidente llegó á Benamejí, donde en seguida averiguó que el *Sastre Lechuga* vivia en la calle del Fraile, y dirigiéndose á su casa, preguntó por él, y su esposa le manifestó que no estaba; pero que iría á buscarlo, si lo necesitaba para algun asunto urgente.

El recadero le respondió:

—No sólo tengo que verle con urgencia, sino con mucha reserva.

Dolores Ruiz clavó una mirada escrutadora en el confidente, que iba vestido como un campesino, y despues de algunos momentos, dijo:

—En ese caso, aguárdese usted aquí, miéntras voy á buscarle al Casino.

La mujer salió, y al poco rato regresó, diciendo:

—En seguida viene.

En efecto; pocos momentos despues se presentó el *Sastre Lechuga*, mirando al confidente con aire inquieto y receloso.

Y luégo, dirigiéndose á su mujer, le hizo un signo interrogatorio, que parecia decir:

—«¿Es éste?»

La mujer contestó, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Inmediatamente el sastre asió del brazo al mensajero, conduciéndolo por una escalera á un desván, cuya puerta cerró con gran cuidado.

Entónces, en voz baja y misteriosa, le preguntó:

—¿Qué se ofrece?

—¿Es usted Francisco Lechuga?

—No entiendo; hable usted alto, porque soy un poco sordo, y por éso lo he traido á usted aquí.

—Ya me habian dicho que era usted falto de oido, repuso el confidente, alzando la voz; pero yo queria asegurarme de si era usted á quien yo busco, ántes de decirle nada, porque hay asuntos...

—Puede usted hablarme con toda franqueza y sin cuidado ninguno, porque yo soy el *Sastre Lechuga*, y aquí nadie nos oye.

—Yo traigo una carta de mucho interés para entregársela á usted con gran reserva y sigilo.

—Venga la carta.

El confidente sacó de entre el forro de su chaqueta un papel, que puso en manos del sastre.

La carta iba abierta, doblada como una esquela y con el sobre dirigido á Francisco Lechuga, el cual, despues de haberla leido muy atentamente, se la devolvió al portador, diciéndole:

—Esta carta no es para mí.

—A usted viene dirigida, y para que se la traiga me la han dado.

—Será verdad; pero el contenido es para otra persona.

—Sí, señor; pero me han dicho que usted haria que la carta llegase al *Maruso*, padre del chico que escribe.

—Pues yo no sé quién es ni el padre ni el hijo.

—¿Conque no conoce usted al *Maruso*?

—Lo conozco; pero ¿yo qué tengo que ver con ese hombre?

El confidente creyó entónces oportuno darle algunas explicaciones á Lechuga acerca del secuestro del niño Antonio, diciéndole, entre otras cosas, que él se habia comprometido á que la carta llegase á poder del *Maruso*, pues que de éllo dependia la salvacion de su hijo; añadiendo, que éste habia manifestado que nadie mejor que Francisco Lechuga podia remitirle con seguridad á su padre la carta.

—Pues yo no sé en dónde pára, y me extraña mucho que se hayan acordado del santo de mi nombre para este negocio.

—Considere usted que si esta carta no llega á poder del *Maruso*, esa criatura se encuentra en gran peligro, y que si hacen con él una felonía, usted y yo tendrémos la culpa.

El sastre no dejaba de mirar al confidente con gran fijeza y desconfianza, revelando en su semblante el disgusto que le causaba aquella entrevista.

Despues de algunos momentos de silencio, dijo:

—Yo no tengo ni arte ni parte, ni culpa en éso ni en nada de lo que suceda, y además no me gusta meterme en camisa de once varas, conque así, que cada uno se las componga como pueda, y déjeme usted en paz.

Y así diciendo, Lechuga encaminóse á la puerta, dando á entender que nada más queria oir, ni que le hablasen de aquel asunto.

El confidente, viendo que nada sacaba en limpio de las respuestas del astuto y desconfiado sastre, insistió:

—Ya vé usted que es una lástima dejar á ese pobre chico en los cuernos del toro, cuando él, recordando que usted es amigo verdadero de su padre, le pide su amparo, y no está bien que yo lleve esa respuesta.

—¿Y qué necesidad tengo yo de comprometerme por ese chico ni por nadie?

—Hombre, los amigos son para las ocasiones, y hoy por tí y mañana por mí, porque nadie puede decir de este agua no beberé, y aquí nos conocemos todos, y ya que yo he venido, andando como ando á salto de mata, por ver si se puede libertar á ese pobre niño, no me parece regular que usted se desentienda así de la amistad del *Maruso*, que es tambien muy amigo mio, y además un buen padre que adora en su chiquillo; pues que ha de saber usted, compadrito Lechuga, que hay padres de padres.

Este razonamiento del hábil confidente, que es-

tando por mí en autos de la vida y milagros del sastre, le hizo las significativas alusiones que desde luégo el lector habrá comprendido, produjo un efecto indecible en el maligno sordo, el cual respondió:

—Yo me hago el cargo de cuanto usted dice; pero la verdad es que yo ignoro el paradero del *Maruso;* y ahora es muy difícil y muy comprometido averiguar lo que ántes se sabía con sólo salir á la calle.

—Ya he sabido que aquí anda la gente sin sombra, y que hasta el *Niño* ha tenido que amontarse.

—Es cierto; y éso le probará á usted que tengo razon en lo que digo; respondió el sastre, poniéndole mejor cara al confidente, porque pudo entender que era lobo de la misma camada.

—Sí, señor; usted tiene razon, repuso el recadero; mas siempre queda alguien que sirva para estos casos. Yo creo que es verdad lo que usted me dice, de que en estos momentos no sabe el paradero del *Maruso;* pero tambien comprendo que, si usted se empeña, no le faltarán medios de averiguarlo.

El *Sastre Lechuga* quedóse profundamente pensativo, hasta que al fin, rompió su prolongado silencio, diciendo:

—No crea usted que hay mucha gente hoy de quien valerse; pero, en fin, ahí está la mujer del *Rubio de Palenciana*, y puede ser que élla dé alguna luz; yo tentaré el vado, y vuélvase usted por aquí mañana en la noche.

Mucho contrarió al confidente esta detencion; pero conociendo que no le quedaba más remedio que aguardarse, despidióse de Lechuga, quedando en volver á la hora convenida.

El confidente encerróse en una casa, sin que nadie del pueblo se apercibiera de su presencia, pues que no volvió á salir hasta la hora de la cita.

Recibióle el precavido sastre de igual modo que el dia anterior, conduciéndole al mismo desván, en donde podia hablarse récio, sin temor de que nadie oyese.

—¿Qué tenemos? preguntóle el recadero, cuando ambos interlocutores se hallaron á sólas.

—Nada de provecho, amigo, respondió el sordo.

—¿De verdad? ¿No ha podido usted averiguar nada?

—Ni rastro.

—Pero ¿esa mujer?...

—Ni siquiera sabe en dónde está su marido.

—Pues bien; aunque usted no se encargue de remitir esta carta al *Maruso*, ¿no me podrá usted decir cómo y en dónde podré yo buscarlo?

—No sé una palabra.

—¡Esto es una villanía! exclamó furioso el confidente. ¿Y vá usted á tener valor para dejar que revienten á ese pobre niño?

—¡Que lo revienten! ¿A mí qué me importa?

—¡Vaya unos amigos cobardes!

—Yo tengo más entrañas que usted y toda su casta; dijo colérico el sastre, con voz reconcen-

trada por la ira. ¡A mí no me venga usted con bravatas!

Y el sordo apretaba los puños, como amenazando al confidente, el cual vióse obligado á descubrir el revólver y el cuchillo que debajo de la chaqueta y entre la faja llevaba.

Este oportuno alarde pudo contener al iracundo Lechuga, que indudablemente abrigó intenciones de precipitarse sobre el portador de la carta, que indignado, replicó:

—A usted y á otros más bravos, le echo yo bravatas, porque ustedes si tienen entrañas es para hacer mal; pero no para darle amparo á nadie.

—¡Váyase usted de mi casa!

—Me iré, cuando me lo pida el cuerpo; mas no sin decirle que usted será el responsable de lo que hagan con ese pobre niño, y si estuviera aquí el *Maruso* ya bajaría usted el tono.

—Yo me rio de usted, del chiquillo y del *Maruso;* pues si han hecho éso con él, que se aguante y pague todas las que tiene hechas, que son muchas.

—Tambien puede suceder que las paguen otros.

—¡Largo pronto de aquí! exclamó el sordo con el rostro encendido, los ojos chispeantes de ira y dispuesto á acometer á su interlocutor, que con mucha sorna le dijo:

—Arrieros somos, y ya nos encontrarémos.

—Está muy bien. Tengamos prudencia y no le busque usted cinco piés al gato.

El confidente comprendiendo que ya era imposi-

ble sacarle nada del buche al marrullero y astuto Lechuga, salió del desván, bajó la escalera y tomó la puerta de la calle, sin quitarle el ojo al iracundo sastre.

Sin pérdida de tiempo el confidente salió de Benamejí, encaminándose á Córdoba para darme cuenta del éxito de su comision y devolverme la carta del niño Carrascoso, que no habia querido recibir el sagaz y redomado Lechuga.

CAPÍTULO XXVIII.

UN CHATO PERDIGUERO.

En vista del carácter y antecedentes que yo tenía del *Sastre Lechuga*, no me sorprendió gran cosa la relacion de cuanto habia sucedido entre el recadero y el sordo.

Así, pues, recogí la carta, que ya el lector conoce, despedí al confidente, y púseme á pensar muy de véras, cual sería el más apto y útil, entre cuantos me servian en esta clase de comisiones, para enviárselo al *Maruso*.

Era mi principal propósito, entre las múltiples é innumerables ideas, que con este motivo se me ocurrian, el sacar partido de aquella carta, que habia escrito el niño Carrascoso y en la cual tan espontáneamente se abria un horizonte desconocido á nuevas investigaciones, mediante la franca designacion de los nombres de Lechuga y de *Miguelito*.

Pero todos mis cálculos y aspiraciones, como autoridad, ganosa de cumplir con sus deberes, hubieron de modificarse, á consecuencia de la obsti-

nada reserva del sastre, por más que este mismo desdén por su parte hácia el *Maruso*, me inspirase la sospecha, atendido al carácter de Lechuga, de que éste se hallase en relaciones más íntimas con el llamado *Miguelito*, y que por lo tanto, prefiriese sus intereses á los del padre del niño Antonio.

De todas maneras, yo tenía el imprescindible deber de no omitir diligencia alguna para recorrer todas las séries posibles de averiguacion, respecto á *Miguelito* y Lechuga, únicos datos concretos que arrojaba el contenido de la sobredicha carta; y aun cuando es cierto, que al verificarse mi entrevista con el señor Machado, era muy difícil el determinar quién fuese el tal *Miguelito*, por existir diversos bandidos del mismo nombre, sucedió que á fuerza de indagar antecedentes y combinar datos, logré averiguar quién era el mencionado secuestrador.

Ahora bien; ya que la carta del niño no habia producido por parte del *Sastre Lechuga* el resultado que se deseaba, concebí el proyecto de hacer que la consabida carta llegase á manos del *Maruso* en persona, esperando confiadamente que de las rencillas, animadversiones y celos de los criminales, surgiese alguna luz útil para la autoridad, que á todo trance se proponia salvar al secuestrado Enrique Rubio, y destruir la partida del *Maruso*.

Con tal propósito, recordé que el más dispuesto é idóneo para la comision que pensaba confiarle, era uno llamado el *Chato*, que no solamente era

amigo del *Maruso*, sino que además conocia perfectamente los terrenos, pueblos y guaridas por donde aquél vagaba.

Ciertamente, que yo no me forjaba ilusiones, respecto á la importancia y alcance de los servicios que pudiera prestarme el *Chato* para la captura del *Maruso*, lo cual era muy difícil, pues que áun supuesta la mejor voluntad por parte del citado espía, teniendo éste que ir solo al encuentro del bandido para no hacerse sospechoso, podia hablarle sin dificultad; pero le era poco ménos que imposible dar oportuno aviso á las autoridades de su paradero.

Por esta razon, en el caso presente yo me limitaba á exigir del *Chato*, sólo el que buscase al *Maruso*, y le diese la carta de su hijo, para ver por dónde rompía, bajo la impresion que necesariamente habia de causarle.

Llamé, pues, al *Chato*, que, á la sazon se encontraba en Córdoba, por haber venido á traerme noticias de otros encargos semejantes, que yo anteriormente le habia hecho, y despues de comunicarle mi propósito y las necesarias instrucciones, le dí la carta del niño Carrascoso, con la especial prevencion, de que observase el efecto que le producia su lectura y que recogiese muy atentamente cuantas manifestaciones hiciera, respecto á *Miguelito*, y sobre todo á Lechuga, por no haber querido hacer nada en favor de su hijo.

En suma, diré, que despues de haberle dado las más minuciosas y prolijas instrucciones para todos

los eventos que pudieran ocurrir, el *Chato* partió inmediatamente en busca del *Maruso.*

Excusado parece decir, que dí cuenta al Gobernador de Sevilla de cuanto sucedió en Benamejí con el *Sastre Lechuga*, anunciándole tambien, que no por aquella contrariedad, renunciaba yo á buscar otros medios para no desperdiciar las interesantes insinuaciones contenidas en la carta del niño Carrascoso.

Entre tanto, mi confidente recorrió con solícito afan todos los sitios y pueblos en que pudiera encontrar al *Maruso;* pero siempre llegaba tarde, como suele suceder, es decir, que adquiria noticias exactas de donde habia estado, pero nunca de donde se hallaba; pues sabido es, que las gentes de tan mal oficio, jamás indican el punto adonde se dirigen.

El *Chato* estuvo en Campillos, en donde le dijeron que habia estado recientemente, y entónces dirigióse al pueblo de Sierra de Yegua con la esperanza de que algunos amigos suyos y del *Maruso* le pudieran indicar, en dónde éste se hallaba; pero no habiéndolos encontrado en su casa, entróse en una taberna, no tanto por beber, como para husmar; porque nadie ignora que las tales ermitas de Baco, suelen ser, en muchos pueblos, el ordinario paradero de las gentes de la vida airada.

El *Chato* felicitóse de su oportuna ocurrencia, supuesto que apénas entró en la taberna, uno de los concurrentes se vino á él muy gozoso y le sa-

ludó con inequívocas muestras de satisfaccion y de cariño.

En efecto, el que así trataba al *Chato* era precisamente un amigo íntimo suyo, que pertenecia á la partida del *Maruso*, y que ya el lector conoce por la designacion, bien que vaga de, *el alto* ó *el de los ojos azules*, que tantas veces he usado en el relato presente.

—¿Cómo tú por aquí? preguntó el *Chato*.

—Aquí estoy, porque he venido; respondió el alto.

—Pues hombre, me alegro de verte, porque...

El *Chato* se detuvo paseando en torno suyo una mirada, como si temiese hablar delante de los concurrentes.

—¿Por qué... dices que te alegras?

—Porque deseo hablar contigo á sólas, dijo el *Chato*.

—Cuando quieras.

—Ahora mismo, respondió el *Chato*; haciendo un movimiento como para salir á la calle.

—No es menester irse de aquí; porque podemos entrar en un cuarto y bebiendo mano á mano, habla la gente mejor.

—No puede ser.

—En fin, tú sabrás de lo que se trata.

—Sí, sí, vamos á dar una vuelta.

Y así diciendo, el *Chato* pagó el vino que habia mandado echar, así como tambien el de su amigo, y en seguida los dos saliéronse á la calle.

Cuando hubieron llegado á un sitio solitario, donde podian tener la seguridad de no ser oidos por nadie, el *Chato* dijo:

—Hombre, yo te he traido aquí porque ya sabes que las paredes oyen, y como yo siempre soy amigo de mis amigos, vengo buscando á un sujeto que tú quieres mucho y yo tambien y á quien hoy por hoy puedo prestarle un gran servicio.

—¿Y quién es esa persona?

—Un amigo nuestro á quien le ha sucedido un desavío muy grande.

—Habla claro, y si yo puedo servir de algo, ya sabes que no tienes más que mandar.

—Pues por éso, me he alegrado mucho de verte, porque tú puedes servirme y ayudarme en lo que me propongo.

—¿Y qué es éllo?

—Buscar al *Maruso*, para darle un recado que le interesa.

—¿Y se puede saber de quién?

—Contigo no gasto yo reserva. El recado es nada ménos que de su hijo.

—¡Ah! ¿Estás tú enterado de éso?

—Yo... sé lo bastante para darle luz sobre el asunto, y si pudiera éncontrarlo, está seguro de que me lo agradecería; pero he recorrido la zeca y la meca sin tropezar con él; y acaso tú me sepas decir, dónde podré verlo.

—En tratándose de servir á nuestro amigo Pepe, yo haré todo lo que pueda; pero ahora anda la

gente muy acosada y es menester irse con piés de plomo.

—Tienes razon; pero si yo no véo pronto al *Maruso,* puede sobrevenirle una desgracia muy grande, porque ya se ha perdido mucho tiempo por la mala voluntad de un mal amigo, y sabe Dios lo que será á estas horas del pobre chico.

Y el *Chato* comunicó al de los ojos azules todos los antecedentes que juzgó necesarios para convencerlo de que podía prestarle un gran servicio al *Maruso*.

El bandido permaneció algunos momentos silencioso y pensativo.

Al fin rompió su silencio, preguntando:

—¿Tienes tú inconveniente en venirte conmigo?

—Ninguno.

—Pues entónces, irémos los dos á ver si lo tropezamos.

El bandido encaminóse á recoger su caballo, acompañado del *Chato*, y éste á su vez sin que el alto le perdiese ni un solo instante de vista, fué por el suyo.

Ambos caminaron un buen trecho á pié, llevando las caballerías del diestro.

Luégo, montaron á caballo y apartándose del camino, emprendieron su marcha á campo travieso, por veredas y andurriales en que tenian que caminar al paso, y trotando y galopando siempre que el terreno lo permitia.

CAPÍTULO XXIX.

DE LO QUE SUCEDIÓ EN LAS CERCANÍAS DEL PUEBLO DE LOS CORRALES.

Segun ya sabe el lector, don Manuel Rubio y su familia se hallaban en un mar de confusiones, porque no podian atinar con la causa del secuestro del hijo del *Maruso* , añadiéndose á esta inquietud, la nueva afliccion que en toda la mencionada familia producia el saber que de público se le atribuyese participacion directa en aquel suceso, como un medio de garantizar la vida del secuestrado Enrique.

En la mente del triste padre estaba siempre fijo el recuerdo de la fiereza y el enojo del *Maruso*, que con tan vivos colores le habia pintado el fiel Rodrigo, al cual en definitiva ninguna contestacion le habian dado los bandidos.

Pasaban los dias y cada vez más se aumentaba la cruel incertidumbre del acongojado padre, que no cesaba de lamentar aquel funesto incidente que habia venido á desvanecer por completo sus anteriores esperanzas de un arreglo, que pudiera facilitar el rescate de su hijo.

Ninguna contestacion recibió don Manuel Rubio,

que por entónces no tuvo más noticias de su amado hijo ni de los secuestradores, que las que le habia comunicado Rodrigo, llegando su desolacion y la de toda su familia hasta el extremo de llorar ya por muerto al infortunado Enrique.

En tan triste situacion vino á reanimar de nuevo sus esperanzas la última carta, que ya sabe el lector habia escrito el secuestrado, pidiéndole á su padre, de la manera más apremiante y amenazadora, que mandase en seguida los cuatro mil duros del rescate que ya debia tener reunidos.

En la susodicha carta se le prescribia tambien al señor Rubio la ruta por dónde habia de enviar el dinero, en la inteligencia de que de no verificarlo así, degollarian sin remision á Enrique.

Grande y dolorosa era la incertidumbre en que se hallaba don Manuel Rubio; pero al recibir esta carta, su consuelo fué muy fugaz, porque estaba contrapesado por aquellas terribles amenazas, tanto más pavorosas para el triste padre, cuanto que á la sazon, únicamente podia disponer de mil duros.

Entónces comenzó para el anciano labrador otra lucha, no ménos cruel que las pasadas, pues que si remitia la cantidad reunida, que era la cuarta parte de lo que le reclamaban, podia muy bien suceder que cumpliendo lo que decian en la carta, sacrificasen á su hijo y se quedasen además con el dinero.

En tan inesperada y triste alternativa, el padre de Enrique no sabía qué resolucion adoptar, hasta

que por último, siguiendo el consejo del leal Rodrigo, se decidió á que fuese de nuevo á avistarse con los secuestradores, diciéndoles lisa y llanamente la verdad del caso, es decir, que sólo tenía mil duros disponibles y que al instante se los llevarian, si éllos así lo acordaban.

Rodrigo, pues, cumpliendo todas las indicaciones que se hacian en la carta, partió del Arahal y siguiendo su ruta sin haber encontrado á nadie, llegó al pueblo denominado Los Corrales, en donde fué á parar á la posada del cojo Pineda, segun se le habia prevenido, debiendo aguardar allí á quien se le presentase preguntando por él, y haciéndole una seña de antemano prefijada.

Miéntras que Rodrigo permanecia aguardando en la posada, el *Maruso* se hallaba departiendo en voz baja con otros cuatro compañeros contra las tapias de un huerto.

—Ese hombre está ahí ya, decia uno. ¿Qué hacemos, se le avisa ó no?

—Aguardemos un poco, á ver si viene ése, pues él no faltará, como no le haya sucedido algun percance.

—¿Habrá entendido mal?

—No lo creo, porque yo hablo siempre claro y le dije, que aquí nos reuniríamos ya bien oscurecido.

—¿Y si no sabe al sitio?

—Mejor que nosotros conoce él estos terrenos.

Aquí llegaban los bandidos, cuando todos á una tomaron una actitud de alarma y recelo, porque vie-

ron acercarse á dos jinetes, los cuales á corta distancia se detuvieron echando pié á tierra.

En seguida, uno de éllos se adelantó hácia los bandidos, miéntras que el otro quedóse con los caballos junto á una cerca.

El recelo del *Maruso* y de sus camaradas se fué desvaneciendo á medida que aquel hombre se iba acercando; pues que todos reconocieron en él al compañero que aguardaban; mas si el recelo y la inquietud habian desaparecido, en cambio se habia despertado en éllos la curiosidad más viva.

—Creo que no me habreis aguardado mucho, dijo al llegar el desconocido, que no era otro que el designado por el de los ojos azules.

—No; pero ¿con quién vienes? preguntó el *Maruso*.

—Vengo acompañado, porque deseo servirte, á pesar de que tú eres tan cazurro, que nada les dices á tus amigos de lo que te pasa.

Los bandidos comprendieron perfectamente que el alto aludía al secuestro del hijo del *Maruso*, y por lo tanto, se aumentó su curiosidad.

—¿Y por qué dices que yo no tengo confianza con los amigos? preguntó el jefe.

—Porque sí; pero vamos al caso. En Sierra de Yegua se me ha presentado un amigo tuyo y mio, diciéndome que te andaba buscando, y luégo que comprendí para lo que era, no tuve reparo en decirle que me acompañase, porque yo sabía que te encontrabas aquí. El asunto es de importancia, y

lo único que siento es que el hombre haya perdido un tiempo que no se puede recobrar, porque en un instante cámbia la suerte de las criaturas.

—Pero ¿qué quieres decir con todas esas andróminas? ¿Para qué me quiere ese hombre?

—Para entregarte una carta de tu hijo.

—¿Qué estás diciendo?

—Que tu hijo te escribe, porque el pobre está como tú sabes, y nada nos has dicho.

—¡Es verdad! exclamaron á la vez los demás bandidos.

—¿Y para qué? En estos casos cada uno debe aguantarse sus penas, cuando los amigos de nada pueden servirme.

—¿Quién sabe? Los amigos son para las ocasiones, y tal vez puedan servir más de lo que tú piensas.

—Sí, sí, añadieron los demás; tú no has debido ser tan reservado con nosotros.

—Yo no he querido daros una desazon, cuando nada podíais hacer para quitarme las penas; y porque además, yo tampoco queria perjudicaros en vuestro negocio, porque ya sabeis lo que se dice.

—Segun se cuenta, parece que te han robado á tu hijo para que sueltes al chico de Rubio.

—Por éso precisamente he callado, porque yo queria llevar adelante este negocio, y no me parecia bien que todo se desbaratase para vosotros, y saliéseis perjudicados por mi causa.

Los bandidos entónces manifestaron al *Maruso,*

cada cual á su manera, pero todos en los términos más expresivos, que hacía mal en juzgarlos tan egoistas é interesados, que no los creyese capaces de sacrificar sus propias conveniencias en obsequio suyo y de su hijo.

—Por lo demás, añadió el alto, ¿estás tú seguro de que don Manuel tiene alma para haber secuestrado á tu hijo?

El *Maruso*, recordando la firme persuasion de su mujer de que el señor Rubio no tenía arte ni parte en aquel secuestro, respondió:

—Hombre, si vale decir verdad, lo que es seguro, no lo estoy.

—Fácil es de averiguarlo, replicó uno de los bandidos; porque ahora mismo voy á avisarle á ese criado de don Manuel Rubio, que espera en la posada, y muy ducho ha de ser, si no le sacamos algo del cuerpo.

—Pues anda y avísale; dijo el *Maruso*, queriendo dar á entender que preferia los intereses de sus compañeros á los suyos propios, supuesto que él, como fácilmente se comprende, por su libre impulso, hubiera deseado mejor llamar ántes que á Rodrigo al portador de la carta.

El bandido se apartó inmediatamente del grupo, y dirigióse á la posada del cojo Pineda.

—Pues yo, dijo el de los ojos azules, me he aventurado por mi cuenta y riesgo á traer aquí á ese amigo, porque entiendo que puede servirte de mucho en el asunto de Antoñuelo; pero no he que-

rido presentártelo de sopeton, para que caviles cómo has de navegar. Ahora ya estás advertido, y tú me dirás lo que hago.

—Aguárdate un poco, respondió el *Maruso*, que acabemos con ese hombre, viendo que se acercaba el bandido con el mensajero de don Manuel Rubio.

Presentóse Rodrigo con aire receloso ante el *Maruso*, recordando la última entrevista en Antequera, y bajo esta impresion, resolvió medir sus palabras, limitándose á decirles que don Manuel tenía ya reunidos mil duros, y que estaba dispuesto á entregarlos; pero que en vista de la carta que habia recibido, temió que no los aceptasen, supuesto que de la manera más terminante se le prevenia que no mandase un ochavo ménos de los cuatro mil duros.

El *Maruso* dirigió á Rodrigo algunas intencionadas preguntas con el propósito de indagar, si, en efecto, don Manuel Rubio habia podido tener parte en el secuestro de su hijo; pero las contestaciones del mensajero le parecieron tan sinceras y naturales, que se quedó con las mismas dudas que tenía en un principio.

Por lo demás, Rodrigo le anunció con la más franca seguridad que don Manuel enviaría el dinero que tenía reunido á dónde y cómo le dijesen, oferta que tambien vino á desorientarle en sus conjeturas.

En resúmen, diré que el *Maruso* despidió á Ro-

drigo de mal talante, diciéndole, que de ninguna manera soltarian á Enrique Rubio, miéntras que su padre no enviase la cantidad pedida.

Inmediatamente el *Maruso* y el de los ojos azules dirigiéronse hácia el sitio en que aguardaba el *Chato*, miéntras que los demás bandidos fueron á recoger los caballos.

CAPÍTULO XXX.

EL JURAMENTO DE LOS BANDIDOS.

Al encontrarse el *Maruso* con el *Chato*, éste le abrazó con grandes muestras de alborozo y de cariño, diciéndole:

—¡Gracias á Dios, que al fin te he encontrado!

—Ya sé que me buscas para un negocio que me interesa mucho; respondió el *Maruso* con agradable semblante.

—Esa es la verdad; y lo único que siento es no haberte encontrado ántes.

—Pues ya me tienes aquí.

El *Chato* permaneció en actitud reservada y discreta, al ver que en aquel momento se incorporaban los demás compañeros del *Maruso*, el cual, comprendiendo desde luégo la causa de su repentino silencio, añadió:

—Puedes hablar con toda franqueza, porque todos éstos son amigos mios del corazon, y se interesan en mis cosas como si fuera yo mismo.

—En ese caso, te diré á lo que vengo.

—Pues ya estás diciendo lo que quieras; pero

vamos andando, porque no conviene pararnos aquí.

—Como tú quieras.

Y el *Maruso* montó á caballo, invitando á todos los demás á que hiciesen lo mismo.

En seguida el espía comenzó su relato, diciendole:

—Pues has de saber que estando en Benamejí me ha pasado un lance, que es la causa de que haya venido á buscarte con tantas fatigas.

—¿Y qué es éllo?

—Al salir de una tasca, me tropecé la otra noche con el *Moreno*, á quien tú conoces, y el hombre venía echando espuma por la boca por lo que acababa de sucederle. Yo le pregunté la causa de su desazon y entónces me contó la desgracia de tu hijo y que el pobrecillo le habia dado una carta para que se la llevase al *Sastre Lechuga*...

—Sí, le conozco y es un buen amigo.

—Ya verás si es un amigo de los buenos, replicó el *Chato*, con visible ironía. Así lo hubo de creer tambien tu pobre hijo, pues que la carta era para tí; pero el llevársela á Lechuga, fué con la intencion de que éste, sin pérdida de tiempo, la hiciese llegar á tus manos, para que en seguida tú fueses á libertar á tu Antoñuelo.

—¡Hijo de mi alma!

—Pues volviendo á mi cuento, sucedió que el tunante de Lechuga, despues de hacerle perder dos dias, no quiso recibir la carta, ni encargarse de

enviártela, ni decirle al *Moreno*, en dónde podría encontrarte, y despues de haberse enterado de sus buenas intenciones para contigo, el muy bribon se cerró como una almeja, y lo despidió á cajas destempladas.

—¡De véras! exclamó furioso el *Maruso*.

—Como te lo estoy diciendo; pero volviendo al *Moreno*, me contó que estaba muy escamado con lo que le habia sucedido con Lechuga, y preguntándole yo si era de mucho interés la carta, me dijo toma y léela. Yo la cogí, diciéndole que viniese conmigo á la tasca, que estaba de allí dos pasos, para remojar el garguero, mas él no quiso, porque habia gente y no queria que lo viesen.

—Es claro, cuando hay que hacer no se debe entrar en la taberna; pero sigue tu historia.

—Todo lo que me habia contado el *Moreno* á trompicones y muy á priesa, me habia parecido muy extraño, porque nunca podia sospechar que se metieran con tu hijo, y deseoso de enterarme bien del caso, me colé en la tasca para leer la esquela, que por cierto me causó muchísima sorpresa; pero cuando salí para preguntarle al *Moreno* las mil cosas que se me ocurrieron, me quedé más muerto que vivo.

—¿Pues qué pasó?

—Nada más, sino que ví que se lo llevaban preso.

—¿La Guardia civil?

—No, eran tres tunantes de esos de la Partida

que ha formado el gobernador de Córdoba, que no dejan respirar ni al aire.

—¿Y tú, qué hiciste?

—Me aguanté por la buena y me *jice noche*, porque no quería... que me sucediera lo mismo que al *Moreno*.

—Pues no creia yo que el Lechuga fuera tan mal amigo; dijo con despecho el *Maruso*.

—Pues yo siempre le he tenido por un pícaro redomado de siete suelas; respondió el de los ojos azules.

—Estamos en éso, replicó el *Maruso*; pero aunque los hombres no sean santos, pueden ser amigos unos de otros.

—¿Y no sabes que ese bribon de sastre, solicitó entrar en esa partida? preguntó el alto.

—Sí lo sabía; pero pensé que éso era un artimaña para servir á los amigos.

—O para venderlos.

—Todo pudiera ser.

—Tal vez la intencion del sastre, terció el *Chato*, sería la de salvarse él mismo, al ver el desbarate de féria que se habia armado en Benamejí, cuando hasta el *Niño* tuvo que aburrir el nido.

—No digo que no, repuso el alto; pero á mí no hay quien me quite de la cabeza que el *Sordo Lechuga*, se entiende con los de la Partida y ha sido la causa de que prendan al *Moreno*.

—En cuanto á éso, dijo el *Chato*, me parece que no vás muy descaminado.

—Estoy tan seguro de éllo, como si lo viera; replicó el alto. ¿Y si no cómo se explica, que ese marrajo se aguante allí, sin que nadie se meta con él, cuando todos los demás han tenido que brincar á otra parte?

—¡Eso es verdad! exclamaron en coro los bandidos.

—Vamos al asunto, dijo el jefe, dirigiéndose al *Chato*, que prosiguió:

—Yo me quedé con la carta y en un mar de confusiones, sin saber qué hacer con élla, hasta que por último, comprendiendo la urgencia del negocio, la situacion de tu pobre hijo y cómo estarías tú, que al fin eres su padre, me decidí á venir en tu busca, rompiendo por entre muchas dificultades.

—Gracias, hombre.

—Yo te quiero de verdad y por éso he venido. ¡Aquí tienes la carta!

Y así diciendo el *Chato* se la entregó al *Maruso*, que se apoderó de élla con avidez, y deteniendo su caballo, encendió un fósforo y leyó su contenido, que ya el lector conoce.

La lectura de la esquela de su hijo, produjo en el *Maruso* una emocion inexplicable y una inquietud y enternecimiento tan extraordinarios, que en vano se esforzó por dominar completamente sus afectos de padre.

Durante algunos minutos, guardó silencio para no dejar traslucir por la alteracion de su voz, el profundo sentimiento de que se hallaba poseido.

Al fin, ya más dueño de sí mismo, exclamó:

—¡Cuántos dias perdidos! ¿A quién habia de clamar la infeliz criatura más que á su padre?

Y bajo esta impresion, ahogó un sollozo que espiró en un rugido.

Luégo pasando instantáneamente del enternecimiento paternal al más violento paroxismo de la ira y de la rábia, exclamó con voz de trueno y rechinando los dientes de una manera espantosa:

—¡Yo he de beber de la sangre de Lechuga y de *Miguelito!* ¡Infames! ¿Qué os he hecho yo para que vengais tan cobardemente á quebrarme las álas del corazon? Si me teneis envidia porque tengo más alma que vosotros, ¿por qué no me buscais á mí, cobardes, y no que vais á ensañaros contra un pobre niño? ¡Cobardes!

Y levantando los ojos al cielo, como si jurase en presencia de Dios, profirió lenta y solemnemente estas palabras:

—¡Hijo mio!... ¡Yo te juro por la leche que mamaste, que vivas ó mueras, será terrible la venganza de tu padre!

—¡Tienes razon! exclamaron á una voz todos los bandidos. ¡Piensa tu venganza y para ejecutarla cuenta con nosotros, que estamos dispuestos á derramar por tí hasta la última gota de nuestra sangre, y á seguirte hasta la fin del mundo!

Al oir tales palabras, proferidas con el acento más genuino de sinceridad y adhesion, el rostro del bandido iluminóse con una expresion inexplicable

de feroz alborozo y salvaje ternura, y llorando con la espantable alegría de la fiereza, respondió:

—¡Acepto, camaradas, acepto vuestra promesa, que en este momento estimo más que todos los tesoros de la tierra!... Por mi parte, yo tambien os juro, amigos del alma, que mi sangre y mi vida serán siempre vuestras.

En seguida el *Maruso* rasgó los ijares de su caballo y todos tras él se precipitaron en un frenético galope.

El restallar chispeante de las herraduras, el compasado movimiento de los caballos, el coro extraño y ruidoso de jadeantes resoplidos y los vagos contornos de aquellos jinetes entre las sombras de la noche, formaban una cabalgata fantástica, un tumulto indefinible, un tropel de centauros desprendidos de las confusas y caóticas regiones de las tinieblas y del vértigo.

CAPÍTULO XXXI.

DE LAS PREGUNTAS Y ENCARGO QUE EL MARUSO LE HIZO AL CHATO.

Despues de haber caminado como unas dos leguas en brevísimo espacio de tiempo, el *Maruso* contuvo su caballo, poniéndolo al paso, lo cual le agradecieron los demás jinetes, que comprendian que aquel frenético galopar, era ya insostenible para éllos y para sus cabalgaduras.

En ciertas situaciones de ánimo, la inmovilidad es imposible y además harto peligrosa, pues de seguro la cabeza del afligido é iracundo padre habria estallado, como una bomba, sin el desahogo de aquella rápida carrera, durante la cual el viento de la noche refrigeraba su rostro, templando en algun modo la tempestad interior que le agitaba.

El *Maruso* despues de leer la carta de su hijo, sin poder contenerse rasgó los ijares de su caballo por un impulso instintivo para dar vado y salida, por decirlo así, al tumulto de sus ideas y sentimientos.

Poco á poco se fué sosegando y disponiendo su

plan para tomar venganza de Lechuga, y descubrir á todo trance el paradero de su hijo.

Con este propósito, dirigiéndose al *Chato*, le dijo:

—Vén, amigo mio, y ponte á mi véra.

—Buen jabon le has sacado á mi pobre jaco, respondió el *Chato*, incorporándose al *Maruso*.

—No te apures por ese jamelgo, miéntras haya caballos en esta comarca, pues si ese revienta, se toma otro.

—Todavía éste puede tirar; pero vamos á ver ¿qué quieres? ¿En qué puedo yo servirte?

—Puedes servirme en mucho.

—Cuenta conmigo para todo.

—Ha sido una gran desgracia que no pudieras hablar con el *Moreno* lo bastante, para que te dijera en dónde tenian á mi pobre niño.

—¿Qué quieres? Dios ó el diablo dispone las cosas de manera, que nunca tengamos alegría completa.

—De todas maneras, me he alegrado muchísimo de recibir la esquela de Antoñuelo, y de saber lo que me has contado de ese tunante de Lechuga, que tantos favores me debe.

—Por mi parte, no he podido hacer más que traerte á todo riesgo esa carta y esas noticias.

—Yo te viviré siempre agradecido por éllo.

—Hoy por tí y mañana por mí.

—Es verdad; pero ahora es menester que me hagas otro favor más grande todavía, que el que me has hecho.

—Tú dirás.

—Necesito que sin pérdida de tiempo, vayas en busca del *Moreno* para que á todo trance averigües el sitio en que tienen guardado á mi Antonio.

—¡Vírgen santísima del Cármen! exclamó el astuto *Chato*, haciendo mil aspavientos.

El *Maruso* pareció muy contrariado por la respuesta de su fingido amigo.

—¿Qué dificultades encuentras para hacer lo que te he dicho?

—Pues no es nada lo del ojo, y lo llevaba en la mano. ¿Tú sabes lo que pides?

—Hombre, yo te pido lo que sin falta se necesita, para saber adonde tienen á mi chiquillo. ¿Qué otro medio hay de averiguarlo?

—En éso tienes razon; pero no creas tú que tan ainas se podrá ver al *Moreno*.

—¿En dónde piensas que estará?

—Yo imagino que desde Benamejí lo habrán traspuesto á Córdoba; pero allí no creas tú que se puede ir, sin tener la seguridad de que lo agarren á uno en el aire, y lo pongan á la sombra, si es que no lo revientan de un trancazo.

—¿Quién hace caso de esas tonteras? Un hombre como tú, se cuela por el ojo de una aguja, sin que la tierra lo sienta.

—Te digo que la cosa es más peliaguda, que lo que tú te imaginas.

—No me vengas á mí con esos repáros, hombre, porque yo te aseguro que si no tuviera otros nego-

cios entre manos, yo iría ahora mismo, y no me habia de suceder nada de lo que tú temes.

—No digo que no, Pepe; mas los hombres no son todos iguales.

—En fin, no me repliques, haz lo que yo te mando y toma.

Y el *Maruso* le entregó al *Chato* un bolsillo verde, con algunas monedas de oro.

—¿Y para qué me dás ésto? preguntó el *Chato*.

—Para que te ábras camino hasta llegar al *Moreno* y sacarle del buche lo que yo necesito saber.

—Yo haré todo lo que tú quieras, aunque me maten, respondió el *Chato*, guardándose gozoso el bolsillo.

—¡Así me gusta! exclamó satisfecho el *Maruso*. Excuso decirte, añadió, que me avises al instante de todo lo que averigües.

—Lo mejor y más pronto sería escribirte.

—En éso estamos.

Y el *Maruso* le dió las señas de adónde y cómo podia escribirle en caso urgente.

Despues de algunos momentos de reflexion, el astuto *Chato* dijo:

—Estoy pensando que además de todas las diligencias que yo haga para ver al *Moreno*, tambien pudieras tú descubrir lo que deseas por otro camino.

—Me parece que hemos pensado los dos lo mismo, camarada. ¿Te refieres al marrullero del *Sordo Lechuga*?

—Justamente, porque el *Moreno* me dijo que

despues de contárselo todo, se repuchó como un toro marrajo.

—Pues ésa, ya está acá, respondió el *Maruso,* señalándose con el índice á la frente; pero por todas partes se vá á Roma, y el que tú veas al *Moreno* como te he dicho, no quita el que yo me véa la cara con el sastre y haga con él....lo que ya tengo pensado.

En ésto llegaron á una encrucijada, en donde el *Maruso* se detuvo, imitándole todos los bandidos:

—Echemos aquí un cigarro y un trago, dijo el jefe, cuya órden fué inmediatamente obedecida.

Trascurridos algunos minutos, dirigiéndose al *Chato*, el *Maruso* dijo:

—Nosotros tenemos que andar esta noche todavía mucho terreno; pero nos tenemos que separar aquí; porque este camino es el mejor y más corto para lo que tú tienes que hacer.

—Está bien, Pepe, y descuida y fía en mi amistad, que no todos son sastres, ni Lechugas, ni sordos á la voz de los sentimientos humanos.

—¡Es verdad! exclamaron á una todos los bandidos. ¡Vaya otro trago!

—Pues adios, y lo dicho; dicho, añadió el *Maruso*, estrechándole al *Chato*, afectuosamente la mano.

—¡Adios, Pepe, y lo dicho será hecho! exclamó el *Chato*, despidiéndose muy cariñosamente del *Maruso* y de todos sus compañeros.

El *Chato* partió por el camino que le habia indicado el *Maruso*, miéntras que éste y los suyos se alejaron en direccion opuesta.

CAPÍTULO XXXII.

LAS ÓRDENES DEL MARUSO.

Enrique Rubio se hallaba en el monte, donde lo tenian condenado á eterna inmovilidad; pues casi constantemente permanecia tendido en el duro suelo.

A la sazon, el jóven se hallaba dormido, con la cabeza colocada sobre una peña y con el rostro cubierto con el sombrero, para resguardarse de los rayos abrasadores del sol canicular.

Entre tanto, el bandido que lo custodiaba, siempre ojo avizor, permanecia oculto entre las matas y registrando por entre éllas todo el contorno, para descubrir á larga distancia á cuantos por allí transitásen.

Súbito, el rostro del bandido cubrióse con una densa nube de ira y disgusto y despues de aprestar su retaco y su revólver, comenzó á descargar tan furiosos y fuertes golpes con el puño cerrado sobre la cabeza del infeliz prisionero, que le hicieron perder el sentido.

El guardian, viendo que Enrique Rubio parecia

insensible á la invitacion que en voz baja le habia dirigido, para que deslizase al suelo la cabeza, que tenía reclinada sobre la peña, tiróle bruscamente de los piés, arrastrándole á la parte más baja y mejor cubierta por la espesura del monte.

El jóven, tornando en sí, aventuróse á preguntar:

—¿Por qué me ha dado usted esos golpes?

—¡Silencio! exclamó el guardian en voz muy baja, tapándole la boca.

Enrique permaneció aterrado y mudo, miéntras que el guardian, agazapado entre las matas, seguia con avidez y fijeza inexplicables los movimientos de alguien, que á la sazon pasaba no muy léjos de aquel sitio.

Los ojos del bandido, brillantes como carbunclos, dirigian el rayo visual de su mirada hácia un punto determinado con una expresion indecible de ansiedad, ira y terror, hasta que tomó su retaco y montándolo con gran tiento y cuidado, hizo la puntería entre los claros del matorral, permaneciendo así algunos minutos, tendido boca abajo, con la respiracion comprimida, y presa de la más viva inquietud.

Trascurrido un largo rato, el bandido pareció tranquilizarse y sentóse, dejando su retaco.

Es indudable que acababa de sobrevenir y pasar un gran peligro.

—Ahora ya puedes acostarte más á gusto; dijo el guardian al prisionero.

—¿Y qué le he hecho yo á usted para que me maltrate así? preguntó Enrique.

—No me has hecho nada más, sino que tenías la cabeza muy alta sobre el pedrusco.

—¿Y á quién ofendia yo con éso?

—Á tí mismo, y puedes dar gracias á Dios de que no te haya saltado la tapa de los sesos; respondió el guardian.

—No lo entiendo, porque todos los dias me acuesto de igual manera y no me ha dicho usted nada.

—Es que todos los dias no son iguales.

—Pues ¿qué ha pasado?

—Casi nada, la Guardia civil; y si llegan á verte, habria tenido necesidad de tirarte á tí el primero, para despues entendérmelas con la pareja.

El jóven experimentó una sensacion de terror, al comprender que aquel incidente, que podia haberle salvado, hubiera podido tambien ser la causa de su muerte.

Á su turno, el bandido se hallaba tambien en un estado indescriptible de inquietud y recelo, á causa de la inesperada presencia de la Guardia civil por aquellos vericuetos, circunstancia que por extremo le preocupaba, porque era claro indicio de que la Guardia tenía ya algunas noticias más ó ménos exactas respecto al sitio en que los bandidos guardaban al secuestrado.

De cualquier modo, ya fuese casual ó no la aparicion de la Guardia civil por aquellos parajes tan solitarios, es lo cierto que el guardian reconoció el inminente peligro que allí corria y la necesidad inaplazable de mudar sin dilacion de rancho.

En los primeros momentos de su turbacion y zozobra, el bandido concibió la idea de trasponerse de allí con el cautivo, tan luégo como la noche extendiese su manto de sombras sobre el horizonte.

Así pasó todo el dia con gran desasosiego, recelando á cada instante ver de nuevo les temidos tricornios entre la espesura de los matorrales.

Llegó la noche, pero al ir á poner por obra su propósito, pensó tambien en la inconveniencia de apartarse de allí, precisamente cuando ya no podian tardar en volver sus compañeros, cuya sorpresa é inquietud, al notar su falta, podia ser para todos harto funesta y peligrosa, bajo diferentes conceptos.

En estas vacilaciones permaneció el bandido toda la noche, caviloso y desvelado, sin saber qué resolucion adoptar, que no fuese ocasionada á gravísimos inconvenientes, porque si arriesgado era el quedarse, no lo era ménos el desaparecer de allí, sin conocimiento de sus compañeros.

Al fin decidió no aguardar allí la luz del nuevo dia, para no exponerse otra vez al pasado peligro, remitiendo hasta la madrugada la ejecucion de su proyecto, por si durante aquellas horas sus camaradas llegasen.

Adoptada esta resolucion como definitiva, y cuando ya el guardian se disponia á trasladarse con el prisionero á otro sitio, llegó de pronto á su oido el rumor de gente á caballo que se acercaba, y prestando atencion y teniendo en cuenta las poco mé-

nos que impracticables veredas por donde sonaban las pisadas de los caballos, desechó sus primitivos temores, sospechando, que no la Guardia civil, sino que el *Maruso* y sus compañeros, eran los que á más andar se aproximaban á tiro hecho y como gente muy práctica y conocedora de aquel terreno, montuoso y quebrado.

No se engañaba el guardian, porque en efecto, muy pronto llegó al rancho el *Maruso* con los demás bandidos.

Indecible fué el contento del guardian, al ver la oportuna llegada de la cuadrilla, refiriendo inmediatamente á su jefe lo ocurrido con la Guardia civil, así como tambien las dudas, vacilaciones y proyectos que desde el dia anterior habian cruzado por su mente.

El *Maruso* le tranquilizó, diciéndole:

—No pienses más en éso, porque el peligro ya lo has pasado; pues éste no es sitio de entrevistas, y no habiendo visto éllos hoy nada por estos contornos, ya no hay que temer que vuelvan.

—Estando vosotros aquí, el que vuelvan me tiene sin cuidado.

—Ya verémos lo que se hace, porque hay muchas cosas en qué pensar; replicó el *Maruso.*

En seguida, los bandidos le refirieron al guardian todo cuanto les habia ocurrido en su expedicion, desde el recado de Rodrigo hasta la esquela del niño Antonio, que el *Chato* habia puesto en manos de su jefe, sin omitir la indignacion que les

habia producido la infame conducta del *Sastre Lechuga*, ni su recíproco juramento de tomar la más ruidosa venganza.

El guardian aplaudió sin reserva los sentimientos del *Maruso* y de sus compañeros, y deseoso de acompañarlos, dijo:

—Pues lo mejor es quitarnos de estorbos, renunciar hasta esos veinte mil reales que tiene reunidos, degollar á ese muchacho, y ya me encuentro yo en franquía para seguiros tambien hasta la fin del mundo. ¿Qué te parece mi plan? añadió el hoyoso de viruelas, dirigiéndose al *Maruso*, el cual respondió:

—Tu plan me parece muy bueno, si yo no tuviera otro más acertado, porque no es cosa de perder ese dinero.

—Entónces no hay más que hablar; el que manda, manda.

En estas y otras, se hizo ya de dia claro, y entónces el *Maruso*, encarándose con el guardian, le dijo:

—Despierta á ese muchacho y desvéndale los ojos, que ahora mismo tiene que escribir una carta.

El guardian obedeció, y el *Maruso*, sacando recado de escribir, le dictó una carta al prisionero, que éste escribió con las precauciones de costumbre.

En la mencionada carta le decia á don Manuel Rubio que enviase todo el dinero que tuviese reunido, debiendo pasar el portador de él por la Pue-

bla, Osuna, Sierra de Yegua y Antequera, yendo á parar á Málaga, en cuya capital se hospedaría en la posada del Agujero, en donde se presentaría una persona para recoger la cantidad consabida.

Terminada esta operacion, el *Maruso* guardó la carta, dando inmediatamente sus órdenes á los bandidos con tanta precision como rapidez, en los términos que siguen:

—Vosotros os llevaréis de aquí á ese muchacho, en cuanto llegue la noche.

Y el *Maruso*, de la manera más minuciosa, les designó el sitio al hoyoso de viruelas y á otro bandido, los cuales á una voz respondieron:

—¡Está muy bien!

—Ya habeis oido lo que dice la carta, y por consiguiente, ya sabeis el dia en que llegará el dinero á Málaga. ¿Estamos?

—Comprendido.

Y entónces el *Maruso* les prescribió tambien, con la mayor prolijidad, todo cuanto debian hacer con el secuestrado.

Luégo, dirigiéndose á otros dos, les dijo:

—Vosotros iréis á Málaga para recoger el dinero en la posada que ya sabeis.

—Así lo harémos.

El *Maruso* les dió las instrucciones más minuciosas respecto á lo que cada uno tenía que hacer, durante su ausencia.

El hoyoso de viruelas le preguntó:

—¿Cómo te vás con tan poca gente?

—Ya recogeré algunos compañeros por el camino, si me hacen falta.

—¿Y si además necesitas de nosotros?

—Sí, sí, añadieron á la vez los otros bandidos que se quedaban; es menester que nos digas dónde te podrémos encontrar si retrasas tu vuelta, porque te hemos jurado no abandonarte, y querémos cumplir nuestro juramento.

—¡Muchas gracias, amigos! exclamó muy conmovido el *Maruso*.

Y en seguida les explicó su intento de regresar cuanto ántes; pero que si le ocurria algun obstáculo imprevisto, que fuesen á buscarle á un sitio que les designó, y que todos éllos conocian.

Hechas estas indicaciones, sin temor á nada ni á nadie, en pleno dia, el *Maruso* y sus otros compañeros montaron á caballo y partieron del rancho.

CAPÍTULO XXXIII.

DE LO QUE ACONTECIÓ EN BENAMEJÍ ENTRE EL MARUSO Y EL SASTRE LECHUGA.

Á la caida de la tarde de uno de los primeros dias de Agosto de 1870, hallábanse cinco hombres tendidos en un espeso olivar, situado como á una legua de distancia del pueblo de Benamejí, famoso en los anales del contrabando y del bandolerismo.

Cerca de aquellos hombres veíanse cinco caballos que, bien trabados, comian su pienso en sus morrales correspondientes, y que para estos casos suelen llevar las gentes que andan al camino.

De pronto, levantóse uno de los hombres que yacían en el suelo, y apoyándose en el tronco de un olivo, permaneció allí algunos minutos en actitud profundamente pensativa.

Luégo llamó con voz imperiosa á uno de los que estaban tendidos, el cual, levantándose al punto, restregándose los ojos, aproximóse al que le habia llamado, diciéndole:

—¿Qué se ofrece?

—Ya vá siendo hora de hacer el encargo que te he dicho.

—Cuando usted quiera.

—Ahora mismo es menester que montes á caballo y vayas al pueblo, para que le digas á ese hombre que á las diez de la noche le aguardo para que hablemos.

—Está muy bien.

—Tú irás delante, y yo estaré en el sitio que ya sabes; pero tén mucho ojo y no le pierdas de vista, ni tampoco le digas el punto en que os espero, pues tú no debes apartarte de él hasta traérmelo.

—Descuide usted, que lo haré todo al pié de la letra, como me lo ha mandado.

—Pues á caballo, y que no te vuelvas sin él.

Pocos momentos despues, el que habia recibido el encargo montó á caballo, saliendo del olivar y encaminándose á buen paso á Benamejí.

Ya en ésto, se habian levantado los otros, llamados por el *Maruso*, pues excusado parece decir, que él era el jefe de aquella gente.

En seguida comenzaron á departir acerca de su propósito, en la prevision de que el *Sastre Lechuga* no dejaria de acudir á la cita, ni de manifestar todo cuánto le habia dicho el *Moreno*.

Con tales esperanzas, el *Maruso* y sus compañeros montaron á caballo y alejáronse de aquel sitio, ya bien entrada la noche.

Cerca de una hora habria marchado la cuadrilla, cuando hizo alto en las inmediaciones del pueblo, aguardando con impaciencia al mensajero y al sastre.

Los bandidos pudieron oir las diez en el reloj del pueblo, y ya comenzaban á impacientarse, cuando vieron aparecer á su compañero, que venía solo.

—¿Y ese hombre? preguntó el *Maruso* enojado y sorprendido.

—No hay Dios que le haga venir.

—Pero ¿no le has dicho?...

—Todo lo que usted me dijo, y más, le he puesto en boca; pero se ha negado rotundamente á venir, diciéndome que no quiere lios ni compromisos, que cada uno se las arregle como pueda, y que lo mejor que podíamos hacer era marcharnos de aquí, cuanto más pronto mejor.

El *Maruso,* al oir esta respuesta, permaneció mudo de ira y de pena, durante algunos momentos.

Al fin, preguntó:

—¿Y no le has podido sacar, en resumidas cuentas, nada de lo que me importa?

—Me costó bastante trabajo el verlo; pero en cuanto le dí el recado, comenzó á sacudirse las pulgas, haciéndome señas para que me fuera de su casa. Yo, viendo que no habia medio de convencerlo, me salí del desván en que me habia metido para que le hablára, y cuando ya estaba en la calle, oí que tambien él salia, y entónces me imaginé que quizás habia mudado de parecer y que se venía conmigo, y así anduvimos toda la calle juntos; pero al llegar á la esquina, se apartó de mí, sin decir oste ni moste. Yo al ver que se largaba, le cogí del brazo, diciéndole por señas que me acompañase;

pero él dió un estiron, y alzando el gallo, me despidió con cajas destempladas.

—¿Y tú qué hiciste?

—Bramando de coraje, seguí detrás de él, diciéndole que me siguiese; pero él entónces se detuvo, mirándome con ojos como áscuas, hablándome con muy malos modos, y enviándome á mí, á usted y á todos á escardar cebollinos.

—¡Jesucristo! ¡Que no hubiera estado yo allí!

—No crea usted que yo no tuve las de Caín, porque metí mano á la *cerda*, y de buena gana le hubiera despanzurrado; pero ese tiáco no es ningun gallina, ni manco, porque al ver mi movimiento hizo otro tanto, y me amenazó, diciéndome que me fuera si queria que tuviésemos la fiesta en paz. En fin, le digo á usted que si no hubiera sido porque comprendo que este hombre nos puede servir todavía mejor vivo que muerto, allí se queda él, ó me quedo yo.

—Has hecho bien, porque si esta noche se muriera, creo que me ahorcaba de un árbol.

Y el *Maruso* permaneció algunos momentos silencioso, con los puños crispados y los ojos flameantes de furor por la contrariedad que acababa de sufrir, y que en ningun modo habia recelado.

Luégo, sacudió la cabeza como un leon, y lanzando un rugido de cólera, exclamó:

—¡Ah perro sordo! Yo te hablaré y tú me oirás, ó has de ver para lo que has nacido.

Y volviéndose hácia el mensajero, le preguntó:

—¿Tú lo has dejado en la calle?

—Sí, señor; y á estas horas debe estar en casa de su querida ó en el casino.

—Lo mejor y más seguro será que yo le aceche junto á su casa.

Y echando pié á tierra, le dió á uno las riendas de su caballo y dijo:

—¡Aguardadme aquí!

—¿Adónde vás? preguntó el de los ojos azules.

—Voy á ver yo sólo á ese hombre.

—Mire usted que éso es muy peligroso, terció el mensajero; porque las calles están llenas de gente sentada á las puertas, tomando el fresco.

—Déjame á mí de peligros; he dicho que voy á verme con ese mozo, y no dejaré de hacerlo aunque me dén garrote.

—Está bien, replicó el alto; pero deja que te acompañemos.

—No necesito á nadie.

—¡Piensa en tu hijo!

Esta consideracion y este recuerdo parecieron decisivos en el ánimo del *Maruso*, que respondió:

—No es menester que me acompañeis; pero si me sucede algo, en vosotros confio para que me vengueis.

—Te lo hemos prometido y así lo harémos; pero tambien te hemos jurado seguirte hasta la fin del mundo, y no está bien que tú ahora te opongas á éllo.

—Sí, sí; añadieron los demás compañeros.

—Pues bien, amigos mios, seguidme y yo á mi vez haré todo cuanto querais; replicó el *Maruso*, profundamente conmovido por la fidelidad y adhesion de sus camaradas.

Todos los bandidos se agruparon en torno de su jefe y quedándose allí uno con los caballos, por ser aquél el sitio más á propósito y en donde tambien ántes habia dejado el suyo el mensajero.

En seguida encaminarónse hácia el pueblo; pero ántes de entrar en las calles, el *Maruso* se detuvo diciendo:

—No conviene que entremos todos juntos, para no llamar la atencion.

Y señalando al mensajero, añadió:

—Este puede ir delante, porque sabe á la calle en que vive ese tuno; vosotros podeis seguirle á la deshecha y en donde veais puertas cerradas, os vais tendiendo en las gradillas, como si cada uno estuviera hablando con su nóvia, segun se acostumbra por estos pueblos....

—¡Muy bien pensado! interrumpieron á una los bandidos.

—Yo conozco bien toda la poblacion, y por lo tanto, me iré por otro lado y lo esperaré para hablarle ántes de que se cuele en su casa.

—¿Y si te arma algun escándalo y quiere comprometerte? preguntó el de los ojos azules.

—No lo creo, porque yo pienso presentarme á él de buenas y como un verdadero amigo, para que me cante de plano todo lo que me importa.

—Mira que ese hombre es un perro, que no hay que fiarse de él, y puede hacer lo que digo.

—Entónces.... entónces.... ¡ya verémos lo que se hace!

—Pues bien; estarémos alerta para acudir en tu ayuda.

—Como queráis. Lo que importa es que yo le eche la vista encima; pero no hay tiempo que perder, porque si vuelve á su casa ántes que lleguemos allí, marramos el salto. ¡Ya estais andando!

Pocos minutos despues, los bandidos, siguiendo las instrucciones de su jefe, se hallaban convenientemente apostados en la calle, y muy cerca de la casa del *Sastre Lechuga*.

Por su parte, el *Maruso* apareció muy pronto en la misma calle, apercibiéndose de que ya estaban allí sus compañeros, muy oportunamente situados para cualquier lance que ocurriese.

El *Maruso* no perdia de vista la casa del sastre, sin perjucio de avizorar con gran vigilancia todas las avenidas, para no perder aquella ocasion de ver y hablar á Lechuga.

La calle por momentos se iba quedando más solitaria, pues que los vecinos que estaban tomando el fresco en las puertas, las iban cerrando sucesivamente y recogiéndose en sus casas; de suerte que al dar las doce en el reloj del pueblo, ya habia disminuido mucho la concurrencia de la gente.

Pero el tiempo trascurria y el sastre no se presentaba; de modo que el *Maruso*, devorado por la

fiebre de la impaciencia, comenzó á recelar que todos los riesgos que estaba corriendo para conseguir su propósito podian ser tan inútiles como excusados, supuesto que llegó á pensar que Lechuga no volveria á su casa, ó que tal vez se habia ausentado del pueblo.

Entre el tumulto de las enojosas imaginaciones que le asediaban, se le ocurrió tambien que acaso el sastre habria regresado á su domicilio, miéntras que el mensajero fué á darle noticia de su encargo.

Perder aquella ocasion tan propicia, era para el *Maruso* la mayor de las contrariedades y desventuras, que pudieran sobrevenirle.

Durante aquellos momentos de espera, que para él eran eternidades, el doloroso recuerdo de su amado hijo le perseguia sin cesar con más viveza y ternura que de ordinario, y su corazon de padre se estremecia ante el solo pensamiento de tener que alejarse de Benamejí, sin averiguar lo que tanto le interesaba.

En medio de tan cruel incertidumbre, cuando ya era más de la media noche, el *Maruso* ahogó un ligero grito de alegría.

En efecto, acababa de divisar al sastre, que á paso lento y con aire distraido se dirigia á su casa, muy ajeno sin duda del encuentro que le aguardaba.

El *Maruso*, apénas le hubo reconocido, no vaciló en salirle al paso, adelantándose hácia él con ademan tranquilo y risueño semblante.

No es fácil describir la impresion que en el

ánimo de Lechuga produjo la súbita presencia del *Maruso*, cuando éste, dándole un manotazo en el hombro, en voz alta le dijo:

—¡Buenas noches, amigo! ¿No me conoces? Ya que no ha querido molestarse en ir á verme, yo he venido á verlo.

El sastre, al sentirse tan bruscamente interpelado, se detuvo como si un tigre le saltase de entre los piés, si bien muy luégo se repuso, lanzando al bandido una mirada iracunda y respondiendo:

—¡Ya he dicho que no quiero meterme en lios!

—Pues necesito que me cuentes todo lo que sepas de mi hijo.

—Yo no sé una palabra de lo que me preguntas.

—No seas así, amigo Lechuga; y considera... lo que tira un hijo, y que se trata de salvar su vida.

La entonacion con que el *Maruso* profirió estas palabras era dulce y hasta suplicante; pero el iracundo sordo encogióse de hombros y respondió:

—Ni sé, ni quiero saber, ni quiero hablar, ni quiero que me hablen nada.

Y así diciendo el sastre, le dió un empellon al *Maruso* para apartarlo y proseguir su camino.

—Pues yo quiero hablarte y que me hables y que me cuentes lo que sepas, y vamos á ver cuál de los dos quereres se queda encima; replicó el *Maruso* interceptándole de nuevo el paso.

Durante este diálogo, habido en voz demasiado alta en medio de la calle, los compañeros del *Maruso* se habian levantado y aproximádose por

detrás del sordo, comprendiendo no solamente que la cuestion se agriaba, sino tambien la grande imprudencia de hablar á gritos en la calle de tal asunto.

Pero el sordo, ofuscado por su ira contra el *Maruso,* que intentaba detenerle, no habia advertido la presencia de los otros compañeros, que á su espalda le acechaban.

—Yo siempre hago lo que quiero y no hablo sino cuando me dá la real gana; y lo que ahora quiero es, meterme en mi casa.

Y el sordo, sustrayéndose del *Maruso*, y confiado en la proximidad de su casa que distaba muy pocos pasos, se adelantó rápida y resueltamente hasta la misma puerta, llegando hasta introducir la llave en la cerradura.

El *Maruso*, desconcertado un instante por aquel huraño recibimiento, se recobró de nuevo y ardiendo en viva saña y temeroso de que el sordo se le escapase, dándole, como suele decirse, con la puerta en los hocicos, se abalanzó á él con indecible fúria y apartándole violentamente de la puerta, le dijo:

—Me has de contar lo que sabes, ó mueres.

El sordo metió mano al bolsillo y sacando su revólver, respondió:

—Apártate, ó te mato.

Entónces el de los ojos azules precipitóse sobre el sordo, sujetándole el brazo para quitarle el revólver, miéntras que otro bandido se disponia á partirle el corazon de una puñalada.

—¡Eso no! grito el *Maruso*, sujetándole á la vez el brazo á su compañero.

—Déjame que acabe con ese mal bicho.

—¡Amenazarte á tí!

—¡Pensad en mi hijo!

—¡Hombre muerto no habla!

—Pues por éso, respetad su vida, porque yo necesito á todo trance que este hombre hable.

—¿Y qué hacemos con él? preguntó el de los ojos azules, indignado por los gritos del sordo.

—Tapadle la boca con un pañuelo y cargar con él, que ya le harémos hablar más tarde.

—¡Eso es lo mejor! exclamaron todos los bandidos.

Y en ménos que se dice, ejecutaron la órden de su jefe, llegando en brevísimo espácio adonde tenian los caballos.

CAPÍTULO XXXIV.

UNA EXTRAÑA EXIGENCIA.

El hecho que acabo de referir lo presenciaron muchas personas; pero es necesario conocer á fondo las costumbres de aquel pueblo, para comprender que semejantes actos pudieran verificarse allí con tanta impunidad como frecuencia.

En efecto, segun ya repetidamente he indicado, Benamejí era el centro, donde muy á menudo solian reunirse los bandidos de la comarca y áun de otras provincias, á la sombra y bajo la proteccion del famoso *Niño*.

Sucedia, pues, que entraban los bandidos en el pueblo, sin reparo alguno, á veces en grupos á caballo, aparentando ser contrabandistas, como lo han sido muchos de aquellos vecinos, y dirigíanse á casa de su rumboso protector muy satisfechos; pero cuando en algunas ocasiones suscitábanse entre éllos altercados, riñas, heridas y muertes, los moradores del lugar, segun su inveterada costumbre, permanecian impasibles, encerrándose en sus casas y dejando tranquilamente que el alboroto por sí mismo se disipase, sin que á nadie se le ocurriese

intervenir para nada en semejantes discusiones y reyertas.

Sólo así puede explicarse el que los bandidos consiguiesen apresar al *Sastre Lechuga* en medio de la calle, sin que los vecinos del pueblo se inquietasen en lo más mínimo por aquel suceso, acostumbrados como estaban, á presenciar diariamente y con la mayor indiferencia otros lances análogos, y áun más escandalosos y sangrientos.

Ahora bien; el *Maruso* mandó que subiesen al *Sastre Lechuga* en un caballo, vendándole los ojos y trabándole los piés por debajo de la barriga de la cabalgadura, la cual además encolleraron á otro jaco, en el que iba un bandido vigilando muy cuidadosamente al preso.

Esta pareja ó collera caminaba en el centro de la cabalgata, habiendo tenido necesidad de montar dos bandidos en un solo caballo, á consecuencia del nuevo jinete que conducian.

Pero no bien se habian puesto en marcha el *Maruso* y sus compañeros, cuando llegó á sus oidos la voz de «alto» que les dieron en medio del olivar por donde marchaban.

En efecto, varios individuos de la partida de Seguridad pública qne yo habia formado, hallábanse á la sazon en el pueblo, en virtud de las noticias que me habia traido el *Chato*, y habiéndose apercibido de la presencia de aquellos jinetès en los contornos de Benamejí, les intimaron que se rindiesen, cuando los juzgaron gente sospechosa.

Los bandidos, léjos de obedecer la intimacion que se les hizo, metieron espuelas á los caballos precipitándose en frenético galope.

Entónces los individuos de la Partida hicieron fuego; pero afortunadamente para los bandidos, ningun daño recibieron, y como sus perseguidores se hallaban á pié, no obstante que con gran tenacidad los acosaron durante un buen trecho y largo rato, repitiendo sus descargas, al fin tuvieron que desistir de su empeño, á causa de la oscuridad de la noche y de la incomparable ventaja de ir los bandidos en buenos caballos.

El *Maruso* y sus compañeros, libres ya de sus perseguidores, caminaron toda la noche con increible celeridad, hasta que cerca ya del amanecer, se detuvieron en las ruinas de un antiguo castillo, situado entre ásperos montes y espesos jarales.

Allí echaron pié á tierra, ocultaron los caballos y condujeron al preso á un subterráneo, teniéndole siempre con los ojos vendados y los brazos sujetos á la espalda con una cuerda.

Despues que los bandidos tomaron alguna ligera refaccion, el *Maruso,* muy preocupado por la suerte de su hijo y ansioso de arrancar á Lechuga las revelaciones que tanto le interesaban, dirigióse al subterráneo para celebrar con el sastre su deseada entrevista.

—Vamos á ver, dijo el *Maruso*; ¿qué has sacado de ser tan testarudo?

Lechuga se encogió de hombros y no respondió una palabra.

—Ya has visto, insistió el *Maruso*, que te has engañado de medio á medio, si pensaste que yo habia de renunciar á que me dijéras lo que sabes respecto á mi pobre hijo.

El sastre lanzó una especie de rugido.

—¿No me respondes? preguntó el *Maruso*.

Lechuga permaneció silencioso.

Es imposible describir la inmensa rábia que aquel silencio producia en el ánimo del *Maruso*.

Todo el afan y el interés del bandido consistia en que el sastre saliese de su obstinada reserva; pero éste, ya fuese por la cólera que le causaba el haber caido en manos de su enemigo; ya fuese porque comprendia que su silencio mortificaba indeciblemente al *Maruso*, es lo cierto que se complacia con malignidad en permanecer embozado en la más absoluta reserva.

—Pero... ¿no me responderás, Francisco? preguntó el *Maruso* rechinando los dientes de ira.

Lechuga continuó impasible.

Aquella calma exasperó al bandido de una manera inexplicable, en términos que sin poderse contener, descargó sobre el rostro de Lechuga una furiosa bofetada.

—¡Cobarde! exclamó el colérico sastre. Porque tengo las manos atadas, te atreves á tratarme así. ¡Cobarde!

No bien hubo proferido Lechuga estas palabras,

cuando el *Maruso* con increible presteza, le desató las manos diciéndole:

—¡Ya estás libre! Yo no soy cobarde; pero tú eres un bicho malo al quererme tentar la paciencia, sabiendo el interés tan grande que tengo en averiguar la suerte de mi pobre hijo, y callando lo que tanto me importa que digas, nada más que por mortificarme. ¿Qué daño te he hecho yo, para que con tanto empeño rehuyas decirme una palabra, que puede ser la salvacion de mi pobrecito Antonio?

Al oir la sincera expansion del afligido padre, el feroz Lechuga prorumpió en una burlona carcajada.

—¿Te ries de mi pena?

—Me rio de tu imbecilidad.

—Tienes razon. ¿Cómo has de entender tú las amarguras de un buen padre, cuando por tu mano has dado muerte á tus hijas?

—¿Te has echado á diablo predicador? ¡Qué bien te sienta el echarme á mí sermones, cuando nunca te has cuidado de las penas y martirios que causabas á otros!

—Un hombre puede ser malo y tener buenas entrañas para con sus hijos; pero tú ni siquiera eres bueno para tu familia.

—¿Y qué daño te he hecho yo, para que me hayas traido aquí?

—El no quererme decir lo que sabes.

—Yo no sé nada, ya te lo he dicho.

—¡Tú mientes! Cuéntame lo que te dijo el *Moreno* cuando te llevó la carta de mi hijo.

—Yo no conozco á ese hombre.

—Es imposible que no lo conozcas; pero de todas maneras ¿no es verdad que un hombre te llevó una carta de mi Antonio?

—Es verdad; pero yo no sabía si la carta era de tu hijo, ni si el que la llevaba era un espía del Gobernador. Yo hice lo que pude en tu obsequio, que fué preguntar por tu paradero y no habiéndolo podido averiguar, se lo manifesté así á ese hombre, de quien me hablas. Esta es la verdad, Pepe, y yo no te he ofendido en nada.

El *Maruso* quedóse muy pensativo, y despues de algunos instantes de silencio, respondió:

—Está bien; pero ¿por qué no acudiste á mi cita?

—No acudí, porque tú no sabes cómo está el pueblo con las medidas que ha tomado el Gobernador de Córdoba, que ha hecho ya saltar de Benamejí á todos nuestros amigos, incluso el *Niño*. En fin, yo no quería comprometerme, porque ya soy viejo. ¿Qué delito he cometido yo en ésto, para que así te encones contra mí?

El tono, la actitud y la expresion con que el sastre manifestó al *Maruso* las precedentes razones, produjeron en el bandido una confusion inexplicable.

En efecto, el *Maruso* creia que tal vez Lechuga habia procedido con cautela por los motivos que le habia expuesto; mas por otra parte, la relacion que el *Chato* le habia hecho de la mala voluntad del sastre, le hacía dudar de la veracidad de las razones, que éste aducía en su descargo.

Por lo demás, ya sabe el lector que el *Sastre Lechuga* no engañaba al *Maruso*, pues que aquél nunca llegó á saber el paradero del niño Carrascoso, y por lo tanto, la inquina y enojo de su padre respecto á este punto, carecia completamente de fundamento.

Pero tales son las trágicas combinaciones de la vida humana, en que ya por la fatalidad del destino, ya por disposicion de la Providencia, el error suele hacer las veces de la verdad expiatoria y de la justicia inevitable.

Bajo este tumulto de ideas y sentimientos contradictorios, el *Maruso*, articulando lentamente y con voz reconcentrada por la ira, dijo:

—Mira, Francisco, yo no sé si me engañas ó me dices verdad. Yo creo que mientes; pero yo te juro que te he de matar como á un perro, si no me dices el paradero de mi hijo.

—No te lo puedo decir, porque lo ignoro; repuso Lechuga.

—Tú me lo dirás ó ya sabes la suerte que te aguarda.

—Haz lo que quieras; estoy en tus manos y no puedo escaparme de tu cruel venganza; aunque no la merezca. Sólo un favor te pido, si decides quitarme la vida.

—¿Y qué favor es ése? preguntó con visible curiosidad el *Maruso*.

—No te burles de mí. Cada uno cree....lo que cree..... Yo seré todo lo malo que tú quieras; pero creo en Dios, y....

—¿Qué quieres decir con éso?

—Quiero decir que me mandes matar cuando lo tengas á bien; pero te ruego que no me dejes morir sin confesion. Haz cuenta que estoy en capilla, y que este consuelo jamás se le niega á un réo.

—¡Allá verémos! respondió lacónicamente Carrascoso, en extremo sorprendido y confuso por aquella singular y extraña exigencia.

Y lleno de vacilaciones y dudas, salió del subterráneo y fué á reunirse con sus compañeros, que ya le aguardaban impacientes, y en extremo deseosos de saber el resultado de tan ansiada conferencia.

CAPÍTULO XXXV.

DUDAS Y CONFUSIONES DEL MARUSO.

Cuando el *Maruso* reunióse con sus camaradas, todos pudieron advertir la sombría preocupacion que le dominaba.

Silencioso y adusto, parecia entregado á sus dudas y pensamientos, lamentando la tenacidad de Lechuga en no franquearse con él, y recordando con inmensa pena la triste suerte de su amado hijo.

Así permaneció largo rato, huraño y meditabundo, miéntras que los bandidos le comtemplaban mirándose unos á otros con expresion á la vez curiosa y compasiva.

Al fin, el de los ojos azules se atrevió á preguntarle:

—¿No te podemos nosotros servir en algo?

—Los amigos siempre pueden servir de mucho.

—Pues dinos en qué te podemos ayudar; dijeron á una voz los bandidos.

—Yo no sé qué deciros, ni qué hacer en el trance en que me véo. Lo que á mí me pasa, es para volverme loco. ¡Qué mar de confusiones!

—Vamos á ver, ¿qué te pasa?

—La pena más grande que me aflige, es no saber que será á estas horas de mi pobrecito Antonio; pero cuando yo creia que este maldito sordo me pudiera decir su paradero, sacamos en limpio que no lo sabe, ó al ménos así lo jura él y perjura.

—¡Que no lo sabe! exclamaron todos en el colmo de la ira y de la sorpresa.

—Eso dice.

—Ese hombre es un perro que calla por mortificarte, dijo el de los ojos azules; pero ya sabes lo que nos contó el *Chato*, y lo probable es, que ese tunante esté de parte de *Miguelito*, y por no perjudicarle, es por lo que no se quiere berrear contigo.

Esta indicacion produjo un efecto indescribible en el ánimo del *Maruso*, que clavando sus negros ojos en su compañero, respondió:

—Quizás tengas razon.

—Estoy seguro de éllo; replicó el de los ojos azules.

—Pero el caso es, que el *Sordo* me asegura que el hombre que le llevó la carta, nada le dijo del paradero de mi Antonio, y además dice que no lo conoce.

—Todas esas son marrullerías propias de un sastre.

—Pues con todo y con éso, hay momentos en que dudo si dice verdad ó mentira, no solamente por el tono con que me habla, sino porque sabiendo que soy capaz de matarle, se conforma con morir

y me repite lo mismo, y no puedo lograr que me cante claro.

—Ya cantará, así que véa que la cosa vá de véras.

—Pues éso bien puede ya haberlo conocido; pero os aseguro, compañeros, que tengo dudas. En la situacion en que se encuentra, ¿qué interés puede tener en no decirme la verdad? Y en cuanto á éso que tú dices de *Miguelito*, ¿qué razones tienes para pensar que quiere servirle á él más que á mí? ¿Acaso vale él más que yo?

—Ni por pienso; pero vaya usted á saber lo que puede mediar entre éllos dos.

—De todas maneras, lo que hay aquí de cierto es, que *Miguelito* le ha echado la garra á mi hijo.

—En éso no hay duda; porque ¿de dónde ha de haber sacado el pobre Antoñuelo que es *Miguelito* quien lo tiene?

—Dices bien, y cabalmente por éso mismo envié, como ya sabes, á *Chepilla* á que averiguase los pasos en que *Miguelito* andaba.

—Eso estuvo muy bien pensado.

—Lo que importa es averiguar dónde está mi niño para libertarlo. Yo he hecho por mi parte cuanto he podido, mandando á *Chepilla* para que atisbe á *Miguelito*, y encargándole al *Chato* que me escriba despues de ver al *Moreno;* pero nada de ésto se necesitaria, si este pícaro sordo hablase.

—Tambien es fuerte cosa que estemos aquí como en Bábia, porque á ese tuno le dé la gana de amarrar el mirlo.

Al oir estas palabras, pintóse en el rostro del *Maruso* la expresion del más ciego furor.

—Yo, dijo, le haré hablar ó poco he de poder.

—Estando en nuestras manos, ya verás como habla.

—Lo mejor es no darle de comer hasta que cante de plano; dijo uno de los bandidos.

—Ni tampoco dejarlo dormir, añadió el más viejo; pues no hay cosa que más fatigue á los hombres.

—Y además no sería malo quemarle las plantas de los piés con unos tizones; propuso el más jóven de la cuadrilla.

—Todo se andará, respondió el *Maruso* con aire pensativo; pero suceden unas cosas....

—¿Pues qué sucede? preguntó el de los ojos azules.

—Lo que no podreis adivinar; aunque os volvais micos. ¡Qué bien dicen que cada hombre es un mundo!

—Vamos, dínos lo que pasa.

—Es una cosa que no me hubiera pasado nunca por las mientes, si ese tunante no me lo hubiera dicho con tanta formalidad. Figuráos que despues de jurar y perjurar que no sabe el paradero de mi Antoñuelo, yo le dije que no tenía más remedio que cantar ó morir, y entónces se conformó; respondiéndome que hiciera lo que yo quisiese; pero que sólo me pedia un favor muy grande.

—¡Un favor! exclamó el de los ojos azules. ¡Pues bueno está el alcacer para zampoñas!

—¿Y qué favor era ése? preguntaron los demás bandidos con visible curiosidad.

—Pues me rogó con muchas fatigas que no le dejára morir, sin que ántes lo confiesen.

—¡Tunante!

—¡Hipocriton!

—¡Detrás de la cruz el diablo!

—¡Qué lleno tendrá el saco de los pecados!

Tales fueron las exclamaciones y burlas que arrancó á los bandidos la pretension de Lechuga.

—¿No os dije que nunca lo hubiérais adivinado? Ese hombre, que ha sido capaz de matar á sus hijas, que tiene tantas hechas y tan negra el alma, ese pícaro, me ha hecho esa petícion, imaginándose que quizás así podrá engañarme.

—El que con lobos anda, á aullar se enseña; dijo el de los ojos azules.

—Esa es una salida legítima de cura, añadió el más viejo; pues como él andaba siempre metido con ese clérigo que sabeis, se ha hecho á sus tonadas.

—Todo se pega, ménos lo bonito; dijo el más jóven.

—Y bien, preguntó el *Maruso;* ¿qué opinais de esta salida?

—Yo creo, que éso es una marrullería para convencerte de que está dispuesto á morir y que nada te oculta; respondió el de los ojos azules.

—De seguro que ésa es su intencion; añadieron los demás bandidos.

—Pues conmigo no le han de valer sus marcandades.

—¿Y qué piensas hacer? preguntó el alto.

—Si os he de decir la verdad, compañeros, tengo la cabeza como unas devanaderas, y todavía no sé lo que haré; pero lo que sí os aseguro, es que él ha de cantar ó revienta.

—Eso es verdad, repuso el de los ojos azules; porque no han de valerle sus zorrerías; pues el *Chato* bien claro nos dijo que el *Moreno* se lo habia contado todo.

—Por éso es menester que vaya uno á ver si he tenido carta del *Chato*, y si no la hubiera, que trasponga en seguida á Córdoba y lo busque, para saber lo que le ha dicho aquel hombre.

—Y tambien puede ver al *Moreno* en persona, si no encuentra al *Chato;* respondió el de los ojos azules.

—Tienes razon, y estaba pensando en lo mismo.

—Además, yo tengo confianza en que *Chepilla* lo traerá todo averiguado.

—Dios lo haga; pero entre tanto este pícaro nos está quemando la sangre y haciendo que perdamos el tiempo, sin poder amparar á mi pobrecito Antonio. Vamos, cuando pienso en ésto, me dan soponcios y ganas de coser á ese sastre á puñaladas.

—Sosiégate, hombre, que pronto sabrémos algo bueno, sin perjuicio de ajustarle las cuentas á ese pícaro sordo.

En estas y otras, se hallaban los bandidos esco-

gitando los medios más eficaces para martirizar á Lechuga y hacerle hablar, cuando el *Maruso* mandó al más jóven de la cuadrilla, que marchase á desempeñar la comision anunciada, respecto al *Chato* y al *Moreno*.

El bandido partió inmediatamente, miéntras que sus compañeros, adoptadas las precauciones convenientes para su seguridad, entregáronse al descanso.

CAPÍTULO XXXVI.

EN DONDE EL MARUSO RECIBE DIVERSAS NOTICIAS.

Cuando el *Maruso* recibió las noticias del *Chato*, quien tan mal corazon le puso, con respecto á Lechuga, el afligido padre vaciló entre marchar inmediatamente á Benamejí ó dirigirse en busca de *Miguelito*.

Al fin, revolviendo en su imaginacion el torbellino de ideas y sentimientos que le agitaba, y teniendo en cuenta los más minuciosos datos, que sólo su perspicacia podia apreciar debidamente, el *Maruso* decidióse por encaminarse al rancho donde tenian al jóven Enrique Rubio, y ya el lector sabe las perentorias y múltiples disposiciones que allí comunicó á sus compañeros.

En seguida, imaginándose que la manera más segura de averiguar el paradero de su hijo sería el avistarse con el *Sastre Lechuga*, determinó ir á Benamejí, si bien, no pudiendo acudir á todas partes, resolvió enviar para que espiase los pasos de *Miguelito*, al llamado *Chepilla*, que era uno de los compañeros, que recogió al marchar en busca del sordo.

El *Maruso* procedió así, porque suponia muy fácil y breve la pesquisa que se proponia hacer en Benamejí, pensando partir inmediatamente en busca de *Miguelito*, aprovechando al efecto las noticias é informes que *Chepilla* entre tanto le hubiese facilitado.

En efecto; el *Maruso* tenía la seguridad de que el sastre se hallaba en Benamejí, miéntras que absolutamente ignoraba el punto en que á la sazon *Miguelito* residia, y ésta fué una de las más poderosas causas, que le impulsaron para preferir buscar primero á Lechuga, que al robador de su hijo.

Ahora bien; el sitio en que los bandidos se encontraban era el punto de reunion que el *Maruso* habia designado á sus compañeros, y ya habían trascurrido tres dias desde que tenian allí prisionero á Lechuga, sin que nada de provecho hubieran podido sacarle, á pesar de las amenazas, golpes y torturas con que le habian martirizado.

Acababa de ponerse el sol, cuando los bandidos, despues de comer, departian con grande ahinco acerca de la testarudez inconcebible del sastre y de lo que habian de hacer con él, en castigo de su obstinado silencio.

—Yo, por mi parte, decia el de los ojos azules, no hubiera tenido la paciencia que tú tienes, y ya lo habria reventado de una vez.

—No hay que apresurarse, respondió el *Maruso;* yo necesito, ántes de tomar una resolucion que no tenga cura, saber lo que dicen el *Chato* y el *Moreno.*

—De todas maneras, yo creo que este pillastron no te ha de servir de nada.

—¿Quién sabe? El corazon de un padre atiende á todo. Figuráos que nada se puede averiguar del *Chato*, ni del *Moreno*, ni de *Miguelito*... ¿Qué harémos entónces?... No queda más remedio que hacerle hablar á este hombre por buenas ó por malas; pero si acabamos con él y me cierro todas las puertas, no me queda más esperanza que ahorcarme de un árbol.

—En éso tienes razon; pero dá rábia de ver que á hombres como á nosotros, nos esté potreando ese tio cazurro con sus maulerías.

—Pues no hay más que tener paciencia, que para éso sirve el tener hígados, alma y pecho. Aquí esperarémos á ver qué noticias trae el chaval que ha ido á Córdoba, y despues ya verémos lo que se hace. ¡Buenas noches!

Y el *Maruso*, con aire displicente, se retiró á descansar, miéntras que los demás bandidos hicieron otro tanto, no sin dejar un vigía, que velase su sueño y les diese aviso de cualquier riesgo.

Ya era más de la media noche, cuando el centinela dió la voz de alarma, anunciándoles que se oian pisadas de caballos, y que indudablemente alguien se acercaba.

Levantáronse, pues, los foragidos, requirieron sus armas, y despues de ponerse en actitud defensiva, dieron la voz de alto á dos jinetes que, á más andar, se adelantaban hácia las ruinas del castillo.

Muy pronto la inquietud y alarma trocóse en alegría y contento; pues que los bandidos reconocieron en seguida á dos de sus compañeros, que eran los que se habian quedado en el rancho para custodiar á Enrique Rubio y cumplir las demás órdenes, que respecto á él su jefe les habia dado.

El *Maruso*, despues de saludarlos con muestras de afecto, les preguntó:

—¿Se hizo todo como yo mandé?

—Sí; cuando llegó la hora, lo mudamos al sitio que dijiste, y luégo anoche, lo dejamos en las inmediaciones de la Puebla; respondió el hoyoso de viruelas.

—¿Y los otros compañeros?

—Hicieron lo que les dijiste; se marcharon á verse con el mandadero de Rubio, y anoche habrán tomado los dineros en Málaga, algunas horas ántes de haber puesto nosotros en libertad al mozuelo.

—Pues yo creia que ya estarian aquí; añadió el otro recien llegado.

—No han venido todavía, respondió el *Maruso;* pero no tardarán.

Aquí llegaban los interlocutores, cuando el centinela dió un silbido, anunciando que alguien se aproximaba.

El *Maruso* y sus compañeros se alegraron en extremo al reconocer en el recien llegado al chaval que habia ido á Córdoba, para ver al *Chato* y al *Moreno*.

No bien el *Maruso* le hubo echado la vista encima, cuando una sombría nube de disgusto difundióse por su semblante.

Habia sospechado que las noticias que le traia su emisario no eran muy satisfactorias.

En efecto, el *Maruso* no se habia equivocado, supuesto que el bandido le refirió que el *Chato* no le habia escrito, y que habiéndose acercado á la cárcel para hablar con el *Moreno*, sin duda para cumplir su encargo, habia sido tambien preso, y que él, escarmentado, se habia valido de una segunda persona, la cual habia sacado en limpio que ya ninguno de los dos estaba en la cárcel, y que nadie le habia podido dar razon del punto donde los habian conducido.

—¿Y no has podido averiguar nada más? preguntó con aire sombrío el *Maruso*.

—Sólo me han dicho que una noche los mandó sacar de allí el Gobernador, que los llevaron al gobierno civil y que despues nadie sabe adónde habrán ido á parar.

—Está bien, hombre; parece que los demonios del infierno se han desencadenado contra mí. ¡Todo se me tuerce y nada me sale bien!

—Pues gracias que no me han echado la garra, y que os he encontrado aquí, porque yo no las tenía todas conmigo; pues apénas se puede dar un paso por esos caminos, sin que le muelan á uno á preguntas, y si yo no hubiera llevado mis documentos bien corrientes, á estas horas, es seguro que ya es-

taría en chirona; pero por fortuna en esos terrenos soy desconocido.

—Ya nos hubiéramos largado de aquí, si no tuviéramos que esperar á los compañeros, que han ido á Málaga.

—Bueno será esperarlos; pero será mejor que vengan cuanto ántes y tomar soleta, porque aquí no estamos bien, pues lo mismo los tunantes de esa Partida, que la Guardia civil, andan por esos campos buscando á la gente buena, como quien busca lumbre.

—Pues mañana verá el tuerto los espárragos, y entónces resolverémos lo que se ha de hacer con ese hombre y todo lo demás que convenga.

Y el *Maruso* apartóse de sus camaradas bramando de ira y maldiciendo su mala suerte; pero sin demostrar á su gente la inmensa pena y la indecible rábia que le consumia.

Entre tanto, los bandidos refirieron á los recien llegados todo lo que les habia acaecido en Benamejí, así como tambien el tenaz silencio que guardaba Lechuga, y la extraña é hipócrita peticion que le habia hecho al *Maruso*, respecto á que le trajese un confesor, en el caso de que intentase darle muerte.

Aquellas revelaciones produjeron en los recien llegados la más viva indignacion por una parte, y por otra, las más sarcásticas burlas, con respecto al sastre, que siendo un verdadero demonio, tenía la pretension de morir en apariencias de santo.

CAPÍTULO XXXVII.

LA TRAVESURA DEL BISOJO.

Miéntras que los bandidos se hallaban harto inquietos y mortificados por la obstinacion de Lechuga, por el peligro que corrian, y por las desagradables noticias que habian recibido, el honrado labrador don Manuel Rubio se veia en el colmo de la dicha humana, despues de abrazar á su amado hijo Enrique, á quien sus guardianes habian soltado, como ya sabe el lector, en las cercanías de la Puebla.

El jóven secuestrado, ahora libre, daba gracias á Dios por su buena fortuna, y en la madrugada del dia 10 de Agosto, más allá de la Puebla, encontró una pareja de la Guardia civil, la cual le condujo hasta el inmediato pueblo de Urbaneja, en donde se verificaba la entrevista con la guardia del Arahal, la que á su vez acompañó al jóven Enrique hasta su pueblo y casa, recibiendo el padre y toda su familia el inefable contento, que fácilmente se concibe.

Encarnacion, la hija mayor del señor Rubio, la cual en cierto modo habia servido de madre á todos sus hermanos menores, experimentó un júbilo in-

decible al ver en libertad á su pobre y querido hermano, que despues de tan largo cautiverio y de tan crueles privaciones, estaba quemado del sol y por extremo enflaquecido; pero todas estas amarguras y penalidades quedaron borradas por el incomparable gozo de verse todos los hermanos reunidos en su hogar y en presencia de su anciano padre, que lloraba de alegría por tan fausto é inesperado acontecimiento.

Cundióse en seguida la venturosa nueva por el pueblo, y el jóven Rubio y toda su familia fueron objeto de las más sinceras y calurosas felicitaciones.

Llegó tambien la noticia á la desventurada esposa del *Maruso*, que muy de véras alegróse en su corazon de aquel suceso, imaginándose que acáso por este motivo no tardaría en ver tambien en su casa y estrechar contra su seno á su querido hijo; pues áun cuando élla, en un principio no creia que el secuestro de su niño tuviese relacion con el del jóven Enrique, llegó por último á creerlo así, en vista de lo que de público se decia, y tambien en virtud de las sospechas é indicaciones de su mismo esposo.

Debo, sin embargo, advertir que los encubiertos secuestradores del niño Carrascoso procedieron en aquel caso con extraordinaria discrecion, supuesto que continuaron teniendo cautivo al hijo del *Maruso*, á fin de apartar de la familia de Rubio toda sospecha, que más adelante pudiera perjudicarle bajo cualquier concepto.

Así, pues, en este sentido, las próximas esperan-

zas que abrigára la esposa del *Maruso* de ver á su hijo, quedaron completamente defraudadas.

La madre del niño Carrascoso hubiera querido entónces hablar con su marido, del cual nada sabía despues de la noche que logró escaparse de la Guardia civil, á fin de celebrar y agradecerle su buena obra en soltar al jóven cautivo, llamando tambien su atencion respecto á las alternativas y cambios de fortuna, que la Providencia dispone en el seno de las familias; pues que ahora la de Rubio se hallaba en el apogéo de su felicidad, miéntras que la suya estaba sumergida en el abismo de la desolacion y de la tristeza.

¡Cuán ajena se hallaba la infeliz esposa del *Maruso* de que la soltura del cautivo, que á élla tanto le regocijaba, habia de ser para su marido causa y orígen de la más negra desesperacion y de la más frenética rábia!

En efecto; al dia siguiente de haber llegado á las ruinas del castillo el emisario que fué á Córdoba y los dos guardianes de Enrique, llegaron tambien los dos bandidos que habian marchado á Málaga para recibir el dinero de manos de Rodrigo.

—¡Cuánto me alegro que hayais venido hoy! exclamó el *Maruso*. Porque ya no podemos aguantar aquí más tiempo sin gran peligro.

—¡Pues ya estamos todos reunidos, y vengan penas y trabajos! exclamaron á la vez los dos recien llegados.

—¿Vísteis á ese hombre? preguntó el *Maruso*.

—Lo vimos.

—¿Y qué ha pasado?

—¡Te digo que la primera corazonada es la que vale! exclamó el *Bisojo*, que era el de más edad de los dos compañeros.

—¡Esa es la mia! añadió el otro camarada.

—¿Y por qué decís éso?

—Porque es la pura verdad. Figúrate que nosotros salimos del rancho, y para no caminar á ciegas, convinimos en avizorar cuándo y cómo salía ese hombre del pueblo. Pues bien; lo vimos salir montado como se le dijo, y á la hora fija; y entónces, deseando reunirnos cuanto ántes contigo, tuvimos tentaciones de echarnos encima y que nos largára en seguida el *loben;* pero luégo recapacitamos que nos habias dicho con mucha formalidad, que fuéramos á Málaga y á la posada del Agujero, y que allí nos viésemos con ese hombre.

—Pero ¿á qué andas con tantos rodéos para contarme lo que ha pasado?

—Pues ahí verás; yo te lo contaré lo más pronto que pueda. Teniendo presente tu órden, dijimos: «Vamos á hacer la cosa tal y conforme Pepe nos lo ha mandado.» Y entónces decidimos ir en acecho de aquel mozo; pero con la intencion de no acercarnos á él hasta Málaga, en cumplimiento de tu *consina*. Así caminamos algunas horas; pero de pronto divisamos un peloton de tricornios entre el criado de Rubio y nosotros, lo cual nos puso más escamados que una sardina, y entónces tuvimos

que trotar de lo lindo, dejar los jácos y tomar el tren.

—Bueno, ¿y qué sucedió en Málaga?

—Pues sucedió, que fuimos á la posada del Agujero, y ese hombre no ha parecido.

—¿Luego no habeis tomado el dinero?

—Claro está. Lo esperamos, y hasta perdimos un tren por ver si se presentaba; pero no le pudimos echar la vista encima; y por no tardar más, decidimos el venir en busca tuya. Conque ya sabes lo que ha pasado.

Al oir este relato, la cólera y desesperacion del *Maruso* llegó á su colmo, y excusado parece decir que los demás bandidos participaron tambien de su ira y rábia, al ver defraudadas sus esperanzas de recibir el precio del rescate.

—¡Estamos dejados de la mano de Dios! exclamó al fin el *Maruso*. ¡Nada nos sale ya bien! Hemos ido á Benamejí para averiguar lo que más nos importaba, y ese hombre *maldecio* se cierra como una almeja y no dice esta boca es mia. Hemos soltado la presa de Rubio, y no hemos recibido el dinero. ¡Mil legiones de demonios están en contra nuestra! ¡Por vida de la casa santa de Jerusalen!

Y el *Maruso* giraba en su alrededor miradas terribles, y crispaba los puños y rechinaba los dientes de furor, miéntras que sus compañeros le contemplaban adustos y silenciosos.

Trascurridos los primeros momentos de aquella explosion tan feroz y violenta, el de los ojos azules se aventuró á decir:

—Vamos, hombre, sosiégate y pensemos en lo que tenemos que hacer de aquí para adelante, y no hablemos de lo de atrás, porque con agua pasada no muele molino.

—¡Es menester pegarle fuego al mundo!

—Está bien; arderá si tú lo quieres; pero lo que ya no tiene remedio, olvidarlo es lo mejor; y en fin, á lo hecho, pecho.

—Sí; pero yo tambien siento que vosotros hayais perdido el fruto del trabajo, que habeis dado en este secuestro...

—No te aflijas por éso, dijeron á una voz todos los bandidos; pues tambien tú has hecho los gastos.

—¡Maldita sea mi suerte!

—De manera es, replicó el alto, que todos los negocios no han de salir á pedir de boca.

—Pues, vamos á ver, ¿qué hacemos?

—Yo creo, dijo el chaval que habia ido á Córdoba, que todavía nos puede suceder alguna cosa peor, y que lo más acertado sería el aburrir cuanto ántes este nido.

Los recien llegados entónces supieron de boca de sus camaradas el peligro que allí corrian, la obcecacion del sastre y la singular demanda de confesion que al *Maruso* le habia hecho.

Al saber tales noticias, el *Bisojo*, encarándose con su jefe, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer con ese hombre?

—Reventarlo de una vez.

—¿Y le has prometido traerle un confesor?

—Para traer confesores aquí estamos. Yo no le he prometido nada con formalidad, porque ¿adónde vamos á buscar por aquí un cura, sin comprometernos?

—Pues cabalmente esa es mi opinion, respondió el *Bisojo;* pero se me ha ocurrido una diablura, que quizás puede servir para tu intento de *julnar* los secretos de ese tunante.

—¿Y qué es éllo? ¡Habla!

—Ya sabes que yo estudié latin y he sido monaguillo, y á mí me gustan mucho estas escenas; y si por este medio podemos averiguar algo, no se habrá perdido el salto. En fin, Pepe, si tú quieres, yo confesaré á ese tuno y veré lo que puedo sacarle.

No obstante la pena y rábia de que estaban poseidos los ladrones, todos prorumpieron en una estrepitosa carcajada, celebrando la ingeniosa travesura y singular ocurrencia del *Bisojo.*

El *Maruso* tambien pareció satisfecho de aquella extraña proposicion, imaginando que tal vez de élla podia sacarse algun partido para su fin principal y supremo, que consistia en averiguar por todos los medios posibles el paradero de su hijo.

Así, pues, dirigiéndose al *Bisojo* le preguntó:

—¿Conoces tú á Lechuga?

—Nada más que de oidas.

—¿Y él te conoce á tí?

—De seguro que no.

—¿Y los hábitos?

—¡Qué hábitos ni qué berengenas! replicó el *Bisojo.* ¿Quereis que venga un cura por estos cerros con las *sopalandas*?

—Eso es verdad; respondió el *Maruso.*

—Además, que lo tendréis con los ojos vendados.

—Claro está; pero es un tio marrajo, que lo primero que hará será echarte mano á la mollera, para asegurarse de que tráes corona.

—Pues ése es chico pleito, porque en cuanto á la cara, estoy raido como un fraile; y en cuanto á la corona, aquí traigo yo mi navaja de afeitar, y en seguida me la podeis abrir.

—Pues manos á la obra, porque me agrada tu plan; pero es menester que tú caviles la mejor manera de diñársela á ese tio zorro, para que te crea un cura de tomo y lomo, y para que le saques todo lo que tenga en el buche.

—Descuida, Pepe, que yo lo sabré hacer á la perfeccion, y no tengas duda que si él cree de buena fé en la santidad de este sacramento de la Santa Madre Iglesia, de fijo que me soltará á mí, lo que no haya querido confesarte.

—Pues, mira, *Bisojo*, se me figura que lo vás á hacer bien; respondió el *Maruso* con aire más jovial y dando tréguas á su indignacion y pena.

—Yo te respondo de que la operacion saldrá muy bien hecha, porque yo sé el *Confiteor Deo Omnipotenti*, *Beatæ Mariæ semper Virgini*, *Beato Michæli Archangelo*, y el *Ego te absolvo*, y todos los demás menestéres de la faena.

—Te digo, que me pareces un padre cura de verdad. Conque así, que te hagan la corona y aderézate lo mejor que puedas para el caso, porque yo ahora mismo voy á verme con ese pícaro, y como no corresponda á lo que debe, yo te juro que la confesion será de broma, pero su muerte será de véras. ¡Adios y hasta la vuelta!

En seguida, el *Maruso* dirigióse al subterráneo para celebrar con Lechuga una importante y decisiva conferencia.

CAPÍTULO XXXVIII.

MISTERIOS DE LA PROVIDENCIA.

El *Sastre Lechuga*, despues de su encierro en aquel subterráneo, habia tenido varias alternativas de furor y abatimiento, lamentando en su interior el verse reducido á tan triste situacion, precisamente en la época de su vida en que mayores precauciones habia adoptado para parecer ajeno á todo crímen; pero él no comprendia que la vida es un razonamiento práctico, cuyas conclusiones se hallan siempre en perfecta consonancia con las premisas.

Este pensamiento de que cuando se creia más seguro, veíase más acosado por la contraria suerte, le volvia loco de ira, desesperacion y tristeza.

¿Por qué le sobrevenian tales y tantas calamidades por un asunto, en que ninguna parte habia tomado? ¿Por qué se obstinaba el *Maruso* en considerarlo culpable y reservado, cuando realmente no era ni lo uno, ni lo otro? Esta série de consideraciones le mortificaba cruelmente, exaltando su iracunda índole hasta un punto extraordinario.

El sastre tenía la conciencia de su inculpabilidad

respecto al secuestro del niño Carrascoso; le decia lealmente á su indignado padre toda la verdad de cuanto sabía, y no acertaba á comprender la causa de la obstinacion del *Maruso*, exigiéndole que le revelase lo que absolutamente ignoraba.

La situacion, pues, era por demás crítica y dramática, supuesto que ámbos se acusaban recíprocamente de obstinados y tercos, el uno por sus exigencias, el otro por sus negativas.

Lechuga estaba muy léjos de creer, ni de pensar en los misterios insondables de la vida, ni en que muchas veces la Providencia se vale de las pasiones y errores de los hombres, como de otros tantos instrumentos de expiacion, de enseñanza ó castigo.

Así, pues, aun cuando el sordo se creyese un gran criminal, y al volver los ojos de su conciencia á su vida pasada, se reconociese como un malvado, que habia tenido la fortuna de burlar las pesquisas y accion de la justicia pública, todavía en la cuestion concreta de aquel misterioso secuestro, se juzgaba inocente, considerando al *Maruso* como á un infame tirano, que se complacia en acusarle injustamente y en martirizarlo de la manera más feroz, y que de seguro no se daria por satisfecho, sino saciando en su propia sangre la hidrópica sed de venganza que le devoraba.

En tal disposicion de ánimo hallábase Lechuga, cuando el *Maruso* presentóse en el subterráneo.

El *Maruso*, recordando con indecible amargura la triste suerte de su amado hijo, y lleno de fúria y

desesperacion por la obstinada reserva del sastre, acercóse á éste, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—Francisco, vengo á hablarte por última vez.

—Hablemos lo que tú quieras.

—Yo te brindo con la paz y tú no la quieres. Considéra cómo estaré, sabiendo que *Miguelito* me ha robado á mi hijo, y que ignoro su paradero. Tú puedes hacer un bien ante Dios y los hombres, y al mismo tiempo un favor muy grande á un amigo, que ningun daño te ha hecho, manifestando el sitio en dónde tienen á mi pobrecito Antonio. Díme en dónde está, y yo te juro que nadié sabrá que tú me lo has dicho, y que además te dejaré libre para que vuelvas seguro y tranquilo á tu casa. No dirás que no te hablo en razon. ¡Respóndeme!

—Siento en el alma que me llames obstinado, cuando yo creo que tú eres el terco. Yo no me he metido en ningun negocio desde que el *Niño* se fué de Benamejí, porque desde entónces todo mi afan ha sido vivir sosegado en mi casa y apartar de mi persona toda sospecha. En este tiempo vino ese hombre con esa carta de tu niño Antonio, y aunque yo al pronto le respondí que no queria meterme en líos, todavía hice esfuerzos por informarme del punto en que te encontrabas para que te hubieran llevado aquella carta. No fué culpa mia, si no pude conseguir mi deséo. Por lo demás, á tí mismo apelo. ¿Puedes tú decir con verdad que yo sabía en dónde te encontrabas?

—Estoy seguro de que no lo sabías, y reconozco que en éso tienes razon.

—Pues entónces, ¿por qué tienes contra mí tanto encono?

—Porque yo sé que te dijeron en dónde estaba mi hijo, y tú no me lo has querido manifestar.

—Te digo que éso es falso. A mí no me hablaron más que de remitirte la carta.

—¿Y por qué no te encargaste de éllo?

—Ya hice lo que pude.

—Un verdadero amigo hubiera tomado más interés del que tú te tomaste.

—Aunque éso fuera cierto, debes considerar que la persecucion del Gobernador arrécia; que Benamejí no está como en otro tiempo; que yo no podia valerme de los amigos que ántes; que yo estoy espiado, y que de todos modos, era muy comprometido el que yo me encargase de remitirte la carta de tu hijo.

—¡Pobrecito! ¡Sabe Dios si estará vivo! Tú has tenido la culpa de que se hayan perdido tantos dias.

—Yo no pude remediarlo; pero de cualquier manera, ¿es ése motivo para que así te ensañes contra mi persona?

—Sí lo es; pero además tengo otras razones para estar quejoso de tí.

—Dí cuáles son.

—En primer lugar, tú has solicitado pertenecer á la partida de Seguridad pública para vender á tus amigos.

—Es cierto que he solicitado entrar en esa Partida para guarecerme contra la tormenta; pero no con el fin que dices. ¡Yo te juro que no he delatado á nadie!

—En segundo lugar, fuiste la causa de que prendiesen en Benamejí al *Moreno*, que te llevó la carta.

—Eso es completamente mentira, porque yo sé que salió de Benamejí. Esto no quita que yo le hubiese cosido á puñaladas, si hubiera podido hacerlo sin compromiso, por las injúrias que me dirigió; pero delatarlo, éso nunca. Ahora bien; si quieres que te diga la verdad, yo escuché á aquel hombre con muchísima prevencion, porque tengo gran experiencia, y aunque la carta sea realmente de tu hijo, á mí me dió en la nariz un olor de polizonte... En fin, yo te aseguro que en estas cosas no me engaño, y que aquel hombre no era lobo de nuestra camada.

—La carta es realmente de mi pobre Antonio; respondió el *Maruso* con aire muy pensativo, revolviendo en su imaginacion las mil y mil ideas, que las palabras de Lechuga le habian sugerido.

—¿Y quién te llevó á tí la carta? pregunto el sastre.

—El *Chato*.

—Le conozco; pero te prevengo que es un pillastre, un espía del Gobernador de Córdoba.

Es imposible describir la turbacion, las dudas, las sospechas y los recelos que esta última revelacion produjo en el ánimo del *Maruso*.

—¿Y cómo adquirió el *Chato* esa carta? insistió Lechuga.

El *Maruso,* fascinado por la extraordinaria lucidez del sastre, no vaciló en referirle minuciosamente la historia que el *Chato* le habia contado.

El astuto Lechuga prorumpió en una burlona carcajada.

Despues, con irónico acento, dijo:

—¡Ya que el decidor sea nécio, es menester que el oidor sea cuerdo! ¿Conque al *Moreno* lo prendieron, miéntras el otro entró en la taberna á leer la carta, eh? ¡Qué casualidad! ¿Y para qué le dió la carta? Además los que prendieron al uno ¿no lo habian visto hablar con el otro? ¿Por qué no le buscaron? ¿Y qué pudo tardar en leer una esquela de dos renglones? Te digo, Pepe, que mi nariz es muy fina, y que yo extraño muchísimo que tú te hayas tragado semejante bola.

Tanta seguridad de juicio, y aquella fuerza de crítica produjeron en el *Maruso* un efecto inexplicable, con tanto mayor motivo y eficácia, cuanto que él llegó á participar tambien por un momento de la misma opinion, en vista de las observaciones del astuto sastre.

Sin embargo, muy luégo desechó aquellos recelos y sospechas, rectificando su juicio de la manera siguiente:

—El *Chato* será un pillastre, estará de acuerdo con el Gobernador y será todo lo malo que tú quieras; pero es lo cierto, que á mí me ha prestado un

gran servicio, buscándome y entregándome la carta de mi pobre hijo, lo que tú no quisiste hacer. En ésto no cabe duda, ni engaño; de modo que todas tus marrullerías y malos pensamientos no rebajan la buena obra que él me hizo. El ser mal pensado, es propio de los que ván siempre con segunda y mala intencion.

—Cada uno es como Dios le ha criado, y si yo soy marrullero y caviloso, en cambio tú eres muy gordo de orejas; respondió colérico Lechuga.

—Yo seré todo lo torpe que tú quieras; pero no soy tan retrechero, ni tán mal intencionado como lo son otros.

—No me insultes, Pepe, y tengamos la fiesta en paz; respondió el sastre, cuyo carácter iracundo no podia sufrir en paciencia que el *Maruso* le contrariase y reconviniese.

—Yo te digo la verdad.

—Pues yo tambien te la digo, y no me dá la gana de aguantar que me llames, sin razon, marrullero y mal intencionado.

—Si yo te lo llamo, bien sabes que tengo motivos para éllo; y en cuanto á éso de que no te dá la gana de sufrirlo, á mí me dá la real gana de decírtelo y de que lo aguantes.

—Ó no lo aguantaré; respondió Lechuga, crispando los puños en el último paroxismo de la ira.

—Tú has tenido la culpa de que yo nada haya podido hacer en favor de mi pobre hijo.

—¡Mientes!

—Pero á tí, ¿qué te importa éso? Piensa el fraile que todos son de su aire.

—Eso mismo debia yo decirte.

—No te compáres conmigo nunca, porque yo no hubiera sido capaz de asesinar á mis hijas.

Estas palabras produjeron extraordinaria impresion en el *Sastre Lechuga*, el cual lanzó un rugido, que vino á espirar en una especie de lamento.

Luégo exclamó:

—¡Eres un valiente! Gózate en insultarme y humillarme, porque tú estás encima y yo estoy debajo. Si tuvieras *barlochí*, ya que te se ha metido en la cabeza que yo te oculto lo que nunca supe, me matarias de una vez; pero sin venir á insultarme, cuando sabes que no puedo defenderme. ¡Eres un compuesto y un asqueroso!

Y Lechuga escupió á un lado con el más soberano desprecio.

—Pues cabalmente pienso hacer lo mismo que tú dices. Yo sé que tú me quieres mortificar amarrando el mirlo; pero vás á ver que tengo *barlochí* para matarte, si no me lo confiesas todo.

—Cuando quieras, pues ya te he dicho todo cuanto yo tengo que decirte. Por lo demás, eres tan ruin, que ni siquiera me proporcionarás el consuelo que no se le niega á ningun réo, y que con tantas fatigas te he pedido.

—¿No dices que tienes la nariz tan fina?

—Y lo repito.

—Pues ahora has tenido muy mal olfato, cuan-

do no te ha dado en la nariz que te voy á dar gusto.

—¡Me traerás un confesor! exclamó gozoso Lechuga.

—Por lo ménos, he mandado á buscarlo, aun á riesgo de que tu capricho nos pueda comprometer á todos.

—¡Gracias! ¡Gracias! exclamó el sastre con una expresion de gratitud, que no dejó de sorprender y desorientar al *Maruso*.

—Yo no sé si vendrá ó no; pero de todas maneras, poco hemos de tardar en saberlo.

—¿Han ido ya á buscarlo?

—Sí, porque me figuraba que habias de ser tan testarudo, que me habias de poner en el caso de que te cumpliera mi amenaza: ó cantas y te suelto, ó callas y mueres.

—¡Está bien!

—Pero conviene que tú no te metas más que en confesar tus pecados, y que nada digas que nos pueda perjudicar, porque entónces sobre tu conciencia irá el que tengamos tambien que matar á ese cura, á quien sólo le habrán dicho que viene á confesar á un hombre enfermo.

—Descuida, Pepe, que no diré nada que pueda comprometeros; aunque si hay Dios en el mundo, tú las pagarás todas juntas, y muy pronto.

—No te mueras de cuidados ajenos. Por la última vez, Francisco, ¿no me quieres revelar lo que sabes?

—No sé nada de lo que deseas saber.

—Pues adios, y cúmplase tu suerte.

Lechuga lanzó un gemido, á la vez de ira y de pena, miéntras que el *Maruso*, resuelto á sacrificar sin compasion á su enemigo, alejóse del subterráneo.

CAPÍTULO XXXIX.

LA CONFESION DE LECHUGA.

Cuando el *Maruso* fué á reunirse con sus compañeros, ya el *Bisojo* estaba completamente dispuesto para desempeñar el papel de cura de almas, sin que le importase un ardite el sacrilegio de aquella repugnante farsa.

El *Bisojo*, teniendo en cuenta la circunstancia de la sordera de Lechuga, invitó á su jefe para que bajase á oir aquel odioso y repulsivo simulacro de la santa solemnidad de un Sacramento.

El *Maruso* manifestó desde luégo que tal era su intencion, recordando al *Bisojo* que con arte, maña y oportunidad promoviese la cuestion del secuestro de su hijo, á fin de ver si podia conseguirse que el obstinado Lechuga confesase á la postre el sitio, en que *Miguelito* guardaba al niño Antonio.

Los bandidos tambien, abundando en el espíritu maleante y travieso del *Bisojo*, manifestaron los más vivos deseos de asistir á tan sacrílega farsa, diciendo que, además de que éllos guardarian el más profundo silencio, facilitaba el cumplimiento

de aquel antojo, el que Lechuga era muy sordo, y la resolucion de que durante aquel acto permaneciese con los ojos vendados.

A estas favorables circunstancias, añadíase tambien la profunda oscuridad del subterráneo.

El *Maruso* no tuvo inconveniente en acceder á los deseos de sus camaradas, si bien exigióles promesa de que habian de limitarse á oir y callar.

Así, pues, el *Bisojo*, el *Maruso* y los demás bandidos, á excepcion de los vigías, bajaron al subterráneo, ansiosos de presenciar aquel singularísimo espectáculo.

Antes de proseguir, debo manifestar á mis lectores que he vacilado largo tiempo en poner ante sus ojos la escena presente; pero al fin, razones muy poderosas me han decidido á no suprimirla, y entre éllas, la razon suprema de no faltar á la más estricta exactitud histórica, supuesto que el suceso aconteció tal y conforme habré de referirlo.

Por otra parte, el ejemplo de nuestros más insignes autores, como el del ilustre don Antonio García Gutierrez en *El Rey Monje*, me autoriza á presentar la escena de la confesion en un libro, en cuya forma al fin y al cabo, el espectáculo tiene ménos realce y vitalidad que á la vista del público en un teatro.

Por último, aun cuando aquí sólo se trata de un simulacro de confesion, es lo cierto que el efecto moral que produjo en los bandidos, me suministra otra razon muy atendible para no haber omitido

este lance, cuya supresion dejaria imperfecto el desarrollo del carácter de Lechuga, y áun el del *Maruso* y el de los demás bandidos.

Dadas estas explicaciones, debo decir que el *Bisojo*, cubierto con una capa, dirigióse al cautivo, conduciéndole el *Maruso*, que en voz alta le dijo:

—Padre cura, aquí tiene usted al enfermo que debe confesar.

—¡Pobrecito! ¡Sea todo por el amor de Dios! exclamó el *Bisojo* con voz santurrona.

Y dirigiéndose al sastre, añadió:

—Santas y buenas noches tenga usted, hermano.

—Está muy sordo; gritó intencionadamente el *Maruso*.

El supuesto cura repitió entónces su salutacion con voz más alta.

—Buenas noches, padre cura, respondió el sastre.

—Pues aquí déjo á ustedes solos. Ya tienes lo que deseabas; añadió el *Maruso*, dándole una palmada en el hombro á Lechuga.

—¡Dios te lo pague!

En seguida, el *Maruso* le dijo al cura que en acabando avisára, y luégo retiróse á un ángulo del subterráneo, donde ya estaban agazapados sus demás compañeros.

Trascurridos algunos instantes, el *Bisojo* sentóse junto á Lechuga, y en voz alta le dijo:

—Hermano, ya estamos solos.

El astuto sastre extendió la mano, palpando al cura, reconociéndole especialmente la cabeza para cerciorarse de si tenía corona.

—Tenga usted confianza en mí, porque sólo la caridad cristiana es la que me ha obligado á venir con esos hombres y con los ojos vendados á este sitio. ¿Cómo se encuentra usted?

—Estoy bien.

—Me han dicho que estaba usted muy enfermo.

—Sí; pero, gracias á Dios, conservo mi razon para un acto como éste; respondió el sastre muy satisfecho de su reconocimiento y de las bondadosas palabras del cura.

—¿Hace mucho tiempo que cumplió usted con la Iglesia?

—Hace ya bastante tiempo.

—Está usted dispuesto á confesar sus pecados?

—Sí, señor.

—¿Ha hecho usted exámen de conciencia?

—Sí, señor; respondió el sastre, poniéndose de rodillas.

—Si su estado no le permite permanecer en esa postura, no es necesario.

—Sí puedo; pero si me canso...

—Está usted dispensado.

—Muchas gracias, padre.

—¿Sabe usted la doctrina cristiana?

—Sí, señor.

—Diga usted la confesion.

El *Sastre Lechuga*, cruzadas las manos, con voz

devota y fervoroso acento, dijo la confesion en castellano, miéntras el cura la recitaba en latin.

Terminado este acto, el cura añadió:

—¡Diga usted sus culpas!

Entónces el sastre pareció recogerse por algunos momentos, al cabo de los cuales, con voz en extremo compungida, comenzó á decir:

—Yo soy un pobre pecador que ha llevado una vida muy extraviada. He sido mal esposo y mal padre, adúltero, ladron, asesino, y por mi causa, muchas familias han quedado por puertas; pero siempre en el fondo de mi corazon, en medio de mil maldades, he creido en Dios y en su infinita misericordia. ¿Cree usted, padre mio, que la misericordia de Dios podrá llegar hasta un pecador tan grande como yo?

Este relato y aquella pregunta impresionaron tan vivamente á los ocultos bandidos como al fingido sacerdote, el cual, muy ajeno de que aquella burla se trocase en tan desagradables véras, se hallaba profundamente conmovido y turbado, sin saber qué contestar á la formidable pregunta de su penitente que insistió:

—¿Cree usted que Dios, en su infinita misericordia, se apiadará de mis pecados?

—Sí lo creo, con tal que tenga un verdadero arrepentimiento y el firme propósito de la enmienda.

—Y diga usted, padre, cuando yo esté completamente arrepentido y me proponga enmendar mi

vida, ¿podré borrar ante Dios el recuerdo de mis crímenes?

—Así debemos esperarlo.

—¿Y podré esperar tambien que éllas no se me aparezcan y turben mi sueño?

—¿Quiénes son éllas?

—Cármen, Pepa y Rosario.

—¿Quiénes son esas personas?

—Cármen era la mujer más hermosa de toda Andalucía; yo la amaba, no podia vivir sin élla, ni apartarme un instante de su lado. Entónces era muy jóven; ahora soy ya viejo y todavía recuerdo su hermosura, su amor y mi felicidad, como si hubiera muerto ayer. Ella creyó mis palabras, me dió su mano de esposa y yo la maté, la maté, la maté.

—¿Y por qué y cómo le dió muerte?

—Mil veces felices élla y yo, si hubiese acabado con su vida por medio de un veneno, de un puñal ó de un escopetazo. Yo la maté de una manera más cruel, á desazones y malos tratamientos. Fuí adúltero, y su corazon recibia heridas por derecha y por izquierda, por su marido, que la ofendia y por su hermana, que era el objeto de mi nuevo amor. De esta hermana tuve un hijo, y el pobre inocente fué arrojado por mí al Asilo de la Misericordia. ¡Qué horror¡ ¡Qué horror! Me he quedado completamente sordo; pero nunca, nunca ha dejado de resonar en mis oidos el llanto de aquella infeliz criatura.

—¡Gran pecado! exclamó el fingido sacerdote, con más seriedad de la que él mismo al principio hubiera podido imaginarse.

—¡Pobre Cármen! Si yo hubiera sabido que iba á morir... ¿Por qué miéntras vivió, no tuve de élla compasion y misericordia? Entónces era el tiempo de la enmienda y del remedio; pero despues, cuando se quedó fria como el mármol, desfigurada por la muerte y los sufrimientos, insensible á mis lágrimas y á mis caricias... ¡Ay padre! ¡Qué pena, qué pena tan inconsolable sufrí en aquella hora!

—La verdadera contricion borra todos los pecados; ¿mas quiénes son las otras?

—Una de éllas es mi hija Pepa....

—¿Era hija de Cármen?

—No, señor. Uno de los martirios de Cármen fué no tener ningun hijo, especialmente cuando supo que yo habia tenido un niño de su hermana. Mis pecados son muchos y grandes. Antes de conocer á Cármen habia tenido amores en mi pueblo con una, que se llama Dolores Ruiz, á la cual abandoné, despues de haberla seducido. Cármen, sin embargo de mis malos tratamiéntos, fué siempre buena para mí, hasta despues de muerta, pues parecia que élla misma me aconsejaba que fuese á mi pueblo para pagarle la deuda de su honor, que debia á la pobre Dolores. Fuí allá, me la llevé conmigo, tuve cuatro hijos, y al fin me casé con élla para legitimarlos.

—¡Bien hecho! exclamó el confesor, cuyo sentido

moral parecia rectificarse y engrandecerse en aquel acto.

Lechuga continuó:

—Esta Dolores es hoy mi mujer, y con élla he vivido con algunos disgustos, porque mi mala suerte hizo que otra vez contrajese relaciones con la hermana de mi primera mujer, que tiene por nombre Ángela, y á la cual abandoné cuando murió la pobrecita Cármen. ¡Qué malo he sido, padre, qué malo he sido!

—Pero vamos á ver: ¿qué sucedió con Pepa?

—Sucedió que una noche volví más tarde que de costumbre de casa de Ángela; y mi mujer me reconvino ásperamente por estos amoríos y por los gastos que me ocasionaba; y entónces tomó parte en la reyerta mi hija Pepa; mas yo, que he tenido la desgracia de ser muy colérico, cegué de ira y no ví; tomando entónces un cuchillo, hiriendo á mi hija y cortándole una artéria, de cuyas resultas se desangró la infeliz y amaneció muerta. Desde entónces parece que me quitaron la cabeza y me pusieron otra, ó por mejor decir, un espíritu malo entró en mi alma y ya no pensaba más que en robar y ser rico y en cometer toda clase de crímenes, para olvidar la muerte de mi pobre hija, porque yo creo que desde entónces me sucedió ésto, á causa de que ya desconfiaba de que Dios me perdonase.

—La misericordia de Dios es infinita; pero ¿quién es la otra?

—La otra es mi desdichada hija Rosario, á la

cual en un arrebato de cólera arrojé por la escalera de mi casa, de cuyas resultas murió; pero al espirar, me echó una mirada tan dulce y tan triste, una mirada de perdon y de cariño, una mirada que siempre estoy viendo delante de mis ojos, y que me causa una pena y desesperacion, que no me puedo aguantar á mí mismo.

—Verdaderamente esos pecados son atroces.

—Sí, señor, son horrorosos y por éso desconfío de la misericordia divina. Porque yo digo: aunque Dios me perdone, ¿me perdonarán mis hijos? ¿Y podrá Dios perdonar, sin que éllos perdonen? El pobre niño abandonado, murió sin conocer á sus padres; y mis hijas Pepa y Rosario murieron por mi propia mano... Ay padre! ¡Yo estoy condenado, condenado sin remision al fuego eterno!

Y el *Sastre Lechuga* se llevaba las manos al pecho, se retorcia sin compasion sus carnes y lanzaba hondos y prolongados suspiros.

En aquel momento, si el sastre no hubiera sido tan completamente sordo, habria podido oir que sus gemidos repercutian en los muros del subterráneo, de los cuales pareció surgir un suspiro colectivo, lanzado por los ocultos bandidos, que así como el supuesto confesor, se hallaban en aquel instante llenos de angústia, de contricion y de un sentimiento de horror indefinible.

En efecto, aquellos hombres de mala conciencia experimentaban ahora una emocion espantosa, tal vez purificante, pero no por éso ménos llena de

inconmensurable terror, de un terror semejante al de hombres, que se sintiesen caer y derrumbarse desde la superficie de la tierra á un abismo sin fondo.

Aquellos hombres estaban lívidos de pavor, porque al asomarse á los escarpados y tenebrosos ámbitos de la conciencia del *Sastre Lechuga*, veian tambien las profundidades de su conciencia propia, como á la cárdena luz de esa tempestad sin nombre, de la tempestad moral que se habia desencadenado en los espacios sin límites de su alma pecadora y aterrada.

—Sí, prosiguió el conturbado sastre; yo creo que la Providencia me castiga por estos crímenes, aun mucho despues de haberlos cometido. Hoy me véo á las puertas de la muerte por cosas, en que yo no he tenido la más mínima culpa.

El confesor entónces, recordando el encargo del *Maruso* y el objeto principal de aquella farsa, apresuróse á preguntar:

—¿Y qué cosas son ésas, en que no ha tenido culpa?

—Es que pasan cosas en el mundo... En fin, yo he hecho juramento de no hablar de ciertas cosas.

—En la confesion no se debe ocultar nada, si se quiere conseguir el perdon, y por otra parte, usted, que me ha dicho que sabe la doctrina cristiana, debe tener presente, que no hay obligacion de cumplir juramento de cosa mala.

—Es verdad..... Pues bien, yo me encuentro en

un gran peligro, porque se han empeñado en creer que yo guardo reserva respecto á un asunto, que absolutamente ignoro.

—¡Es posible!

—Tan cierto como lo digo, padre mio.

—Tal vez yo pueda servirle en algo, si me habla con franqueza, como debe en este momento. Cuénteme el caso.

—Nada, padre, se trata de un niño secuestrado, y suponen que yo sé dónde está.

—Pues debe contribuir en cuanto pueda á la salvacion de esa infeliz criatura, y esta buena obra le servirá de justo descargo de sus pecados.

—Sí; pero yo digo cuanto sé y no se me cree, porque yo verdaderamente ignoro su paradero.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Yo lo confieso ante Dios, como aquel que sabe que no le queda más remedio que morir.

En aquel instante, oyóse en el subterráneo un rugido que espiró en un sollozo.

Era el *Maruso* que atentísimo escuchaba las últimas palabras del penitente.

—Creo firmemente, continuó el sastre, que soy castigado con injusticia por este motivo; pero tambien estoy convencido de que por otros crímenes, merezco los más atroces tormentos y la muerte más cruel.

—Dios en su infinita sabiduría dispone siempre las cosas en beneficio de sus criaturas y de su salvacion eterna

—¡La ira! ¡El pecado mortal de la ira ha sido la causa de mi perdicion! Cuando álguien me contradice, cuando el enojo me perturba, cuando la cólera me arrebata, cuando la soberbia me incita, yo no sé lo que me pasa, padre, porque una venda de sangre se me pone delante de los ojos, pierdo el juicio y hago lo que luégo despues me pesa en el alma y lloro sin cesar dia y noche. ¡Pobres hijas mias! Sin esta fatal pasion de la ira, ni vosotras hubiérais muerto, ni yo hubiera cometido tantos crímenes, ni tampoco me habria condenado. ¿Por qué, Dios del cielo y de la tierra, por qué me habeis infundido esta ira funesta, que parece una fuerza, y es sin embargo mi debilidad?

—Contra los siete pecados, hay siete virtudes, y contra la ira, no hay mejor remedio que la paciencia.

—Sí, padre; éso se dice muy bien; pero aunque yo lo sé, luégo, cuando llega el caso, me ciego, pierdo el sentido y no puedo contenerme.

—La penitencia puede borrar del alma todos los pecados, hermano mio; respondió el supuesto cura con un tono de conviccion tan profunda, como si las palabras que él dirigia al penitente, se las dirigiese á sí propio.

—Mucho me pesan y me duelen mis pecados, padre; pero por mucho arrepentimiento que yo tenga, ¿me perdonarán mis hijas? ¿Me perdonarán tantos como yo he perjudicado? ¿Me perdonará Dios, que es tan justo?

—No te perdonará el Dios justo; pero sí el Dios misericordioso, que ha venido á salvar á los pecadores, para que se conviertan y vivan.

—Esas palabras, padre mio, me llenan de consuelo.

—No tenga duda, hermano mio, en que la salvacion eterna se consigue con lágrimas de arrepentimiento. Si tiene el propósito firme de la enmienda, si llora de todas véras el haber ofendido á Dios con tan horrendos crímenes, si persevera en su buen deseo de no volver á ofenderle, perjudicando al prójimo, bien puede estar seguro de que Dios y la Santísima Vírgen se apiadarán de sus pecados, tendrán compasion de sus aflicciones y le guiarán por el camino derecho de la vida, para que al fin alcance la felicidad y la gloria de los bienaventurados.

Y el confesor, en aquel momento, hablaba con verdad, con uncion, con el más vivo entusiasmo, profundamente conmovido por el consolador pensamiento de la pequeñez repugnante del pecador y de la grandeza divina é inconmensurable del Dios de las misericordias.

Electrizado el sastre por aquellas palabras, que le prometian vida eterna, con un místico arrebato y llorando de gozo, exclamó:

—¡Padre mio! Yo quisiera morir en el instante mismo de recibir la absolucion de mis pecados, porque desconfio de mi flaqueza, porque temo que si Dios prolonga mi vida y no modifica y altera

mis pasiones, mi cuerpo y mi alma, yo podré de nuevo manchar mi conciencia, y volver á ser pecador y criminal, cuando ahora, si me encuentra usted digno de darme su absolucion, me considéro puro y limpio como en la edad de la infancia, cuando somos tan inocentes como los ángeles del cielo. ¡Dios mío, dignaos hacer que yo muera en vuestra gracia!

Y el *Sastre Lechuga*, cruzadas las manos, postrado de hinojos, vertiendo lágrimas de verdadera contricion, repetia sin cesar y con indecible fervor la precedente plegaria.

El pobre criminal temia, que el contacto del mundo, de la naturaleza, de las pasiones, de las exigencias groseras de la vida, de las contradicciones de los hombres, de las injusticias de la sociedad, y sobre todo, de sus torcidos y aviesos instintos, le pusiesen de nuevo en la senda tenebrosa del pecado y del crímen. Aquel deseo de muerte tan sincero, tan leal, tan desinteresado en aquellos momentos, en aquel subterráneo y en aquel acto solemne, era la expresion más sublime del alma pecadora, arrepentida y purificada en el Santo Jordan de la penitencia.

Aquel entusiasmo por renunciar á la vida, aquel desprecio del mundo y aquella febril ánsia de morir ántes que pecar, infundian en el sastre un no sé qué de maravilloso, extraordinario, sublime y divino, que realzaba y ennoblecia sobremanera su figura moral, comunicando al supuesto confesor y

á los ocultos bandidos el influjo sobrehumano de aquel estado singular, en que la conciencia del criminal penitente, transfigurada en el Tabor del arrepentimiento, se habia elevado por ese impulso de lo divino, que habita siempre en el interior del alma del hombre, hasta la purísima, pulcra é inmaculada conciencia del justo y del santo.

En aquellos instantes solemnes, merced á este poderoso y soberano influjo, el fingido sacerdote, perturbada su conciencia, dilatados los horizontes de su espíritu y engrandecida su alma y su mente, se hallaba de todo punto arrepentido de su ligereza, de su travesura y de haberse prestado á la ejecucion de aquella burlesca farsa que, contra todas sus previsiones, acababa de adquirir un carácter tan sério, trascendental y sublime y á la vez tan gigantescas, místicas y espirituales proporciones.

Este mismo linaje de sentimientos se reflejó, como en un espejo y á pesar suyo, en la conciencia de todos y cada uno de los bandidos, que presenciaban aquella imponente y conmovedora escena, supuesto que cada uno de éllos habia sentido en sí propio la formidable repercusion de la culpa y del arrepentimiento en la conciencia conturbada del penitente.

En este sentido, bien puede asegurarse que cada uno de aquellos criminales sintió los mismos terrores, idénticas angústias, iguales tormentos, semejantes esperanzas y parecidos própositos á los que habia experimentado el arrepentido sastre; en

una palabra, todos se habian confesado y reconocido su miseria y depravacion, á la par que el contrito penitente.

Así, pues, hondamente conmovido el supuesto confesor, dijo:

—Repita, hermano, conmigo el acto de contricion.

El *Sordo Lechuga*, en voz alta y reverente, con fervorosa devocion y religioso enternecimiento, comenzó á repetir esta bella oracion del pecador arrepentido, que se propone la enmienda, en que tan humildemente implora la gracia y misericordia divina, y que se llama el *Acto de contricion*.

El *Maruso* y sus compañeros, por un impulso espontáneo é irresistible, comenzaron tambien á repetir en voz muy baja la hermosa plegária, que en voz tonante recitaban el confesor y el penitente.

Aquel apartado antro en las entrañas de los montes, aquel subterráneo en que dominaban las más densas tinieblas, aquella madriguera de bandidos se habia trocado en aquel instante, por el milagroso influjo del arrepentimiento y de la fé religiosa, en el templo más sagrado y respetable de la oracion divina; pues que desde el fondo tenebroso de aquella oculta mansion, ascendia hasta el trono del Eterno el más preciado incienso, como lo es el perfume celestial de la oracion, que brota de las almas pecadoras, pero arrepentidas y ciegamente confiadas en la bondad del que creó el Espíritu y la Naturaleza.

Terminado el acto de contricion, el confesor diri-

giéndose al sastre, le amonestó discretamente para que persistiese en su buen propósito, reprendiendo su conducta, exhortándole á que reparase del mejor modo que pudiese los daños y perjuicios por él cometidos, y luégo añadió:

—Hermano, todos sus pecados provienen de la ira y de la avaricia: pues bien, la penitencia que le impongo, es que se humille delante de todo el mundo, aunque sea un niño, y que además, satisfechos los gastos de su familia, todo el resto lo invierta en limosnas á los pobres. Jamás olvide estas palabras: contra ira, paciencia; y contra avaricia, largueza.

—Pero, padre mio... ¿Y si no tengo tiempo, ni ocasion de cumplir lo que me manda?

—Entónces... Miéntras le dure la vida, procure elevar todos los dias su alma á Dios, por medio de la oracion, cuanto más tiempo le sea posible, y Dios le perdonará sus culpas.

—Yo prometo hacerlo así.

—*Ego absolvo peccata tua in nómine Patris, Filii et Spiritus Sancti.* ¡Confianza en Dios y que él *nos perdone á todos!*

—*Amén,* repitieron como un éco todos los bandidos, á los cuales parecian encaminarse las últimas palabras del fingido sacerdote.

En seguida, el *Bisojo* se despidió muy afectuosamente del sastre, que le besó la mano con muestras del más religioso respeto.

Luégo dió una voz, llamando para que le condu-

jesen; y pocos momentos despues acudió el *Maruso* diciendo en voz alta:

—Déme usted la mano, padre, y aguarde á que le vende los ojos.

Fingida esta operacion, el *Maruso* y el *Bisojo* salieron del subterráneo, siguiéndoles muy en breve los demás bandidos, que se deslizaron á lo largo del muro con gran silencio.

Cuando todos se reunieron arriba, tanto el *Maruso* como sus compañeros, estaban tan pálidos, desencajados y sombríos, que durante largo rato, ninguno se atrevió á proferir una palabra.

¡Tal y tan profundo habia sido el efecto, que en éllos produjo la formidable escena de la confesion de Lechuga!

CAPÍTULO XL.

DEL SINGULAR CONTRASTE QUE OFRECEN LOS BANDIDOS.

La conciencia del hombre manifestada á la conciencia de otros, constituye siempre una profunda impresion, una provechosa enseñanza.

De aquí, sin duda, procede esa importancia que el hombre suele dar á la opinion de sus semejantes. Las afirmaciones de la conciencia individual, se consolidan más y más con el asentimiento de los demás hombres.

Algo parecido á ésto se habia verificado en el *Maruso* y sus compañeros, á consecuencia de la confesion del *Sastre Lechuga*.

La conciencia de aquel criminal, puesta de manifiesto ante los demás bandidos, habia engendrado en éllos ideas y emociones de inexplicable terror y sincero arrepentimiento.

Las luchas y terrores del sastre, les habian recordado sus propias luchas y terrores.

Así, pues, léjos de pensar el *Maruso* en satisfacer su venganza en el sordo, estremecíase, por el contrario, á la sola idea de darle muerte.

En efecto; el robo, la calumnia y otras semejantes ofensas pueden tener fácil reparacion; pero la muerte violenta que bruscamente corta el hilo de la vida, es de todo punto irreparable; y lo que no puede repararse, produce en la conciencia un remordimiento, eternamente roedor é inextinguible.

¡Lo irremediable! No es posible comprender á primera vista el fondo de amargura y desesperacion sin límites, que esta palabra fatal encierra en su seno para una conciencia culpable. Lo que no tiene remedio ni reparacion asequible al poder y á la voluntad del hombre, es la desesperacion sin consuelo, el remordimiento sin esperanza, el infierno en el corazon y en el entendimiento, en el espíritu que siente y en el espíritu que piensa.

En este sentido, el *Maruso* retrocedia con cierta especie de horror ante el propósito de dar muerte á Lechuga, como al principio habia resuelto, porque recordaba con pavor indecible la confesion del mismo sastre, que no podia apartar de sus ojos, ni de dia ni de noche, las sombras fatídicas de sus inocentes y desventuradas hijas.

Esta nueva determinacion de su voluntad, ¿era un sentimiento de justicia, porque se habia convencido de que Lechuga, en efecto, no sabía más de lo que habia manifestado acerca del secuestro de su hijo? ¿Era un saludable escarmiento de la confesion que habia presenciado? Sin duda ambos móviles le impulsaban para proceder así; pero además se añadia un sentimiento de interés personal,

en que no dejaba de tener gran parte su amor paterno.

Efectivamente; por más que el *Maruso* se hallase muy convencido de que el *Sastre Lechuga* ignoraba el sitio en que *Miguelito* pudiera tener al niño Carrascoso, todavía, sin embargo, creia que el sordo pudiera prestarle algun servicio, mediando con el secuestrador de su hijo, del cual Lechuga era antiguo amigo.

Ahora bien; hallándose el *Maruso* bajo la impresion de este órden de ideas y sentimientos, rehusaba tenazmente el llevar á cima su primitivo propósito de dar muerte al sastre, despues de la confesion que éste habia hecho, la cual, por más que la hubiese verificado con un supuesto sacerdote, no por éso habia dejado de producir en él y en sus compañeros un efecto tan eficazmente moral, como si la ceremonia de aquel Sacramento se hubiera llenado de la manera más solemne con un verdadero cura de almas.

Excusado parece decir que los demás bandidos que habian presenciado la confesion, se hallaban tambien en una disposicion de ánimo séria, triste, benévola, compungida y semejante á la en que se hallaba su jefe.

Durante largo rato, como ya he insinuado, los bandidos permanecieron adustos y silenciosos, pensando, cada cual á su manera, en las consecuencias del crímen, y en los espantosos sacudimientos, que su perpetracion produce en los abismos de la conciencia humana.

Tambien por su parte el *Bisojo*, de ordinario tan decidor y alegre, permanecia mústio y meditabundo, á consecuencia de la solemne y sacrílega escena, en que habia desempeñado un papel tan repulsivo como importante.

La impresion aterradora de las inquietudes, angustias y tormentos del arrepentido Lechuga, habia sido en el *Bisojo* mucho más viva y profunda que en sus demás compañeros.

Así, pues, el vigía que estaba junto á la entrada del subterráneo, muy ajeno de lo que habia ocurrido, con aire risueño y burlon, dijo:

—Parece que os han dado cañazo. ¿Qué pasa?

—Nada; respondió el *Maruso*.

—Como os véo así tan callados y alicaidos...

—Es que pasan en el mundo cosas muy sérias.

—¿Y qué ha pasado?

—Ya lo sabrás.

El vigía, observando la displicencia de su jefe, guardó silencio; pero acosado por la curiosidad, dirigióse al *Bisojo*, preguntándole:

—Vamos á ver, padre cura; ¿qué ha dicho ese tunante?

—No me hables á mí de éso.

El vigía pareció tan sorprendido como contrariado por aquel laconismo y desvío, que no acertaba á explicarse.

El *Maruso* en seguida, porque ya habia trascurrido el tiempo necesario, mandó que se relevasen los vigías.

Cuando los relevados vinieron á incorporarse con sus camaradas, hallábanse muy ajenos de lo que habia ocurrido en el subterráneo, y por consiguiente, comenzaron á departir del asunto con tono zumbon y maligno, y como gente maleante, traviesa y burlona.

Muy pronto, sin embargo, advirtieron el aire adusto, triste y meditabundo de sus compañeros, y entónces, con insistencia y curiosidad, les preguntaron lo que habia acaecido, á cuya pregunta cada uno de los bandidos que habian presenciado la escena, respondió á su modo, refiriendo y áun exagerando de la manera más expresiva, los accidentes de la confesion y las extraordinarias y terroríficas emociones que aquel acto habia producido en éllos.

Los que habian estado de centinela no pudieron participar nunca de la impresion de sus compañeros, porque sabido es que las cosas vistas conmueven de muy diverso modo que las referidas, por lo cual, hablaban del suceso con una ligereza y jovialidad, que contrastaba muy singularmente con la seriedad y preocupacion de los demás bandidos.

Participaban unos de la opinion del *Maruso*, en cuanto á que Lechuga nada sabía del sitio en que tenian al niño Antonio; miéntras que los otros, es decir, los que no habian presenciado la confesion, se obstinaban, por el contrario, en sostener que el sastre era un hipócrita, espía, marrullero y trai-

dor, que sólo decia lo que le acomodaba, y que indudablemente habia sido causa de la prision del *Moreno* y de la persecucion de que éllos mismos habian sido víctimas y objeto, cuando la partida de Seguridad les acometió en las inmediaciones de Benamejí, pocos momentos despues de haberse apoderado del sordo.

Durante el coloquio que mantenian los bandidos, defendiendo cada cual su respectivo parecer, el *Maruso* permaneció silencioso y como abstraido en sus profundos pensamientos.

En efecto, el *Maruso* reflexionaba con inmenso dolor, que se le habia cerrado aquella puerta; que todas sus esperanzas resultaban fallidas; que habia perdido un tiempo precioso; que acáso en aquel instante su pobre hijo ya no existía; que era necesario apurar otros medios; y finalmente, que la resolucion más eficaz y acertada, sería buscar á *Chepilla* y á *Miguelito*, como el único medio de averiguar lo que hubiese de cierto, con relacion á la suerte de su amado hijo.

Tambien le preocupaba la idea de pasarse por el Arahal, á fin de avistarse con su mujer é inquirir de élla, si sabía algo del paradero de su niño, despues de haber soltado á Enrique Rubio, en lo cual habia complacido á su esposa, y de cuyo hecho esperaba él algun buen resultado, si en efecto la prision de su querido hijo tenía, de cerca ó de léjos, alguna relacion con el secuestro del hijo de don Manuel Rubio.

En medio de este confuso y abrumador torbellino de ideas, sentimientos y propósitos, el *Maruso* recordaba tambien, no sin esa amargura punzante y enojosa, que la indecisa y atormentadora duda vierte en todos los pensamiento humanos, las pérfidas, malévolas, suspicaces, y ofensivas insinuaciones que le habia hecho el sastre, respecto al carácter y conducta del *Chato*, negando la verdad de la prision del *Moreno* y dando á entender que aquél era un espía del Gobernador de Córdoba.

El *Maruso*, lleno de afliccion y perdido en un mar de confusiones, oscilaba entre las halagüeñas esperanzas de sus propios deseos y las mortificantes indicaciones de Lechuga, indicaciones que en su ánimo adquirian cierta especie de confirmacion, no sólo porque el *Chato* no le habia escrito, sino tambien por el mal recado que el chaval que envió á Córdoba, le habia traido.

Preocupado, pues, el *Maruso* con tales, tantos y tan inquietos pensamientos, vacilaba entre diversos proyectos, no acertando por dónde habia de dar comienzo á sus nuevas investigaciones, hasta que por último, ansioso de salir de aquella inaccion y de ganar tiempo, exclamó:

—¡A caballo, muchachos, subid á ese hombre, y conducidle como lo trajimos!

Los que habian asistido á la confesion, absortos en sus vários pensamientos que resonaban en su conciencia, como otras tantas voces misteriosas que les advertian los peligros y malos resultados de su

mala vida, permanecieron casi sordos á la voz de su jefe, miéntras que los que habian estado de vigías, con su acostumbrada solicitud, fueron á buscar inmediatamente los caballos, y despues de avisar á los que estaban á la sazon de atalaya, se apresuraron tambien á bajar por el *Sastre Lechuga*, á quien los otros ni siquiera querian ver, por no avivar en su mente los espantosos recuerdos que aún les perseguian.

Pocos momentos despues, toda la cuadrilla estaba á caballo y en tren de marcha, esperando sólo que su jefe la guiase.

En cuanto á Lechuga, lo subieron en un caballo, atándole los piés fuertemente por debajo de la barriga del animal, que encolleraron con otro jáco, en donde cabalgaba un bandido; miéntras que otros dos se colocaron á los flancos, departiendo entre sí acerca de la conveniencia de acabar con aquel mal bicho.

Es de advertir, que aquellos tres bandidos eran los que no habian asistido al acto de la confesion, y que por lo tanto, se habian burlado de la seriedad y aire compungido de sus compañeros.

Por lo demás, éllos se habian imaginado que el *Maruso*, con arreglo á sus manifestaciones anteriores, daría muerte al sastre, despues de haberlo confesado.

No obstante, al ver que así no lo hizo, atribuyeron esta determinacion al deseo de matar á Lechuga en otro punto distante del que les habia ser-

vido de guarida y refugio, durante aquellos dias.

De cualquier manera, es lo cierto, que los bandidos todos ignoraban la verdadera resolucion del *Maruso*, pues que éste, como el lector ha visto, permaneció abstraido en sus meditaciones, sin manifestar á nadie su voluntad ni su intento.

Puesto el *Maruso* á la cabeza de su cuadrilla, metió espuelas al caballo y todos le siguieron por entre aquellos matorrales, que á la sazon envolvian las tinieblas de la noche; pero no bien hubieron caminado un cuarto de legua, cuando entre unos árboles oyeron la voz de «¡alto!»

Los bandidos requirieron sus armas, espolearon sus caballos y salieron á escape; mas bien pronto hubieron de conocer por la diferente direccion de los disparos que recibian, que se hallaban cercados por todas partes.

Entónces fué grande la confusion y aturdimiento de los bandidos, á consecuencia de tan inesperado ataque, y si bien dispararon sus armas, manifestando conatos de ofender y defenderse, es lo cierto, que á la postre, confiaron más en la fuga que en la resistencia, sobre todo, cuando advirtieron que los acometian gentes de á caballo.

En tal caso, la dispersion fué completa, buscando cada cual el mejor medio de salvarse á favor de la oscuridad de la noche y de la aspereza del terreno.

CAPÍTULO XLI.

POR TRAIDOR Y ESPÍA.

Cuando despues de una veloz carrera en las tinieblas de la noche, salvando montes y precipicios, valles y bosques, el *Maruso* recobró la plena conciencia de sí mismo, encontróse completamente solo, sin ver ni oir en torno suyo á ninguno de sus compañeros.

Entónces, convencido de que ya ningun peligro le amenazaba, detúvose al subir una cuesta, no sólo para que su caballo tomase algun aliento, sino tambien para aplicar el oido con la esperanza de que alguno de sus camaradas pareciese.

Al ruido del galopar de los caballos, de los tiros, de las voces confusas de los bandidos y de los gritos furiosos de sus agresores, habia sucedido hondo silencio, que sólo interrumpia de vez en cuando el rumor del viento entre los árboles.

El *Maruso* comprendió que la dispersion de los suyos habia sido completa, y entónces vaciló entre dirigirse á los puntos donde pudiera encontrarlos, ó seguir el impulso de los pensamientos y

deseos que le dominaban al abandonar las ruinas del mencionado castillo.

Ya el lector sabe que á la sazon, únicamente le preocupaba el propósito de buscar á *Chepilla*, averiguar el paradero de *Miguelito* y pasarse por el Arahal para ver á su esposa.

Este pensamiento fijo readquirió toda su fuerza en el ánimo del *Maruso*, al verse tranquilo y solo en el campo; de suerte que persistió en llevarlo á cima, por más que le pesase la brusca é inevitable separacion de sus compañeros, y sobre todo de Lechuga, á quien habia pensado utilizar para con *Miguelito*.

No dejaba tampoco de ocurrírsele que acaso hubiese muerto en la refriega alguno de sus camaradas; pero al fin y al cabo, se tranquilizó pensando que su gente era dura y experta, que habria logrado salvarse, y que de todos modos guardarian á buen recaudo al *Sastre Lechuga*, hasta que él volviese á reunirse con éllos.

Así, pues, metió espuelas á su caballo y encaminóse hácia el Arahal, por los sitios que juzgó más seguros.

A la noche siguiente, no léjos del pueblo, encontró á *Chepilla*, que precisamente iba á buscarle; y éste le manifestó que *Miguelito* estaba preso, y que habia averiguado con toda seguridad que él no habia tenido participacion en el secuestro del niño Antonio.

Grande sorpresa causó esta noticia en el *Maruso*,

que tan aferrado estaba á la idea contraria; pero al fin hubo de ceder á las poderosas razones alegadas por *Chepilla*, el cual además le indicó, que léjos de haberle secuestrado á su hijo *Miguelito* y sus amigos, todos por el contrario, estaban muy pesarosos de aquella desgracia, añadiendo que la persecucion ahora era tan récia y tenaz que los pobretes que ya no estaban presos, tenian que andar á salto de mata.

—¿Y no has visto á mi mujer preguntó el *Maruso*.

—Claro está; como que iba á buscarte, he ido ántes á verla.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que andes con muchísimo cuidado, porque la cosa se vá poniendo muy mala.

—¿Y sabe élla que *Miguelito* no ha tenido parte en este negocio?

—Sí lo sabe; pero la cuestion de tu hijo es un enredo que Dios no lo averigua, y que tráe locos y mareados á todos los amigos.

—Pues ahora me afirmo yo más en que don Manuel Rubio es el causante de todo.

—Eso no hay nadie en el pueblo que lo crea, ni áun tu misma mujer.

—Ahora mismo voy á verla.

—¡Por Dios, Pepe, no seas loco, no vayas!

—Pero ya estando aquí.....

—No entres en el pueblo; mira que de fijo te prenden, y entónces, encomiéndate á Dios. Ade-

más, si te echan la zarpa, ¿quién buscará á tu hijo?

—¡Tienes razon, *Chepilla*! exclamó el *Maruso*, que desde luégo se dió por vencido, ante aquella consideracion suprema.

Luégo añadió:

—Pues bien, haré lo que tú me dices; pero es necesario que me hagas un favor.

—Lo que tú quieras, y yo pueda.

—Es menester que vuelvas al pueblo y le digas á mi mujer que estoy bueno, que sé todo lo que pasa, y que no pararé hasta averiguar noticias de nuestro pobre hijo.

—Voy en seguida.

—Espera un poco; dile además que se pase mañana por la huerta que ya sabe.

—Está muy bien. ¿Y dónde nos verémos?

—Ya estás andando; yo te buscaré.

Y *Chepilla* fué á hacer su encargo, miéntras que el *Maruso* resolvió recorrer los caseríos del contorno, entre los cuales tenía tantos amigos, tomar lenguas y descifrar por todos los medios posibles el enigma de la prision de su hijo.

En efecto, además de su amor paternal, le interesaba sobremanera aquel misterio, que parecia oscurecerse y aumentarse con el tiempo y con sus mismas averiguaciones.

El *Maruso* pensaba que ya Lechuga no le era tan necesario, supuesto que *Miguelito* no era el autor del secuestro de su niño; pero ¿de dónde habia sacado éste la idea de que *Miguelito* fuese el

que le tenía secuestrado? Esta consideracion le afligia y le torturaba, porque léjos de disipar sus dudas y confusiones, por el contrario, las oscurecia y aumentaba.

En esta triste disposicion de ánimo, encaminóse á un cortijo, donde pensaba pasar el resto de la noche, para proseguir al dia siguiente sus pesquisas.

Volviendo ahora á la cuadrilla de los bandidos, debo decir, que llenos de temor y sorpresa por el súbito ataque de la partida de Seguridad Pública, que yo habia creado en Córdoba, no se defendieron como en otras ocasiones.

Se ha dicho con razon, que en igualdad de circunstancias físicas, el predominio de la fuerza moral obtendrá siempre el triunfo en cualquier género de lucha; verdad incontestable, que en el caso presente pudo tener su aplicacion oportuna. La determinacion enérgica de la voluntad es la condicion primera para realizar todos los propósitos humanos.

Ahora bien; al emprender su marcha, los bandidos, á excepcion de los tres vigías, se hallaban harto preocupados por los terrores é inquietudes que les habia producido el espectáculo del criminal Lechuga, cuyos espantosos remordimientos habian resonado como un éco y una amenaza en la conciencia culpable de los que presenciaban aquella imponente y sacrílega escena.

Resultó de aquí, que en el momento de ser ata-

cados, la mayoría de los bandidos se hallaba ménos dispuesta que nunca para resistir á sus enemigos con fuerza y eficácia.

En efecto, el estado de su ánimo en aquel trance los llevaba á pensar sériamente en su vida pasada, en sus horrorosos crímenes, en el tristísimo fin que les aguardaba y que ya habian tenido muchos de sus compañeros.

Así es que cada uno, á su manera, segun su edad, inteligencia y temperamento, iba pensando á la sazon en el mejor medio de retirarse á buen vivir, cuando todavía era tiempo de que así lo verificase.

Y áun cuando sea por demás difícil penetrar en el interior de la conciencia de aquellos malhechores y sorprender las formas que en su mente y en su corazon afectáran sus ideas y sentimientos, despues de la escena aterradora de la confesion, es lo cierto, que en aquel instante se hallaban con mas disposiciones para meditar que para combatir, y con más deseo de tregua y sosiego en su vida criminal y agitada, que de prolongar sus aventuras y fechorías, que ya comenzaban á presentarse ante los ojos de su conciencia en toda la deformidad repugnante del vicio y del crímen.

En tal situacion, los bandidos se dispersaron fácilmente, huyendo cada cual por su lado, y quizás hasta gozosos de perder de vista al *Sastre Lechuga*, que se les aparecia como un objeto de terror y como la personificacion viviente y espantosa de sus propios remordimientos.

No sucedió así con los tres vigías, que ya he dicho habian permanecido risueños y burlones para con sus compañeros, por no haber presenciado la pavorosa escena del subterráneo, que tan honda impresion hubo de producir en los otros.

Así, pues, éstos conservaron su alma y temple de verdaderos bandidos en aquella ocasion, y por lo tanto, en la hora del peligro, mantuvieron su acostumbrada serenidad, defendiendo y custodiando al preso Lechuga, y sacándole á salvo por entre malezas, barrancos y despeñaderos.

Mas esta misma circunstancia fué causa de que los individuos de la partida de Seguridad Pública los persiguiesen con mayor tenacidad y encarnizamiento, pues que formando un grupo de cuatro hombres, atrajo más su atencion y sus dispáros, y fué además la causa de que por más largo tiempo los siguiesen.

En la confusion del ataque y de la fuga, los conductores del sastre se vieron obligados á tomar una direccion contraria á la que llevaban, y sólo consiguieron salvarse, merced á la superioridad de sus caballos y al haberse internado en la inmediata provincia de Jaen, despues de haber galopado de un tiron muchas leguas.

A la caida de la tarde del dia siguiente, en medio de un espeso olivar, se hallaban los tres bandidos hablando con grande animacion, y teniendo amarrado y á poca distancia al *Sastre Lechuga*, que á la sazon llevaba cubiertos los ojos con unas gafas de

ferro-carril, forradas por dentro con paño negro.

—¿Y qué hacemos con este pícaro? decia uno. Los caballos están poco ménos que reventados, y nosotros bien molidos, y si sobreviene un percance, bastante harémos con escapar, dejando atrás este posma.

—Sí, replicó el segundo; pero si lo dejamos atrás vivo, nos puede comprometer mucho.

—Pues entónces, añadió el tercero, lo mejor es dejarlo, pero muerto.

—Lo más derecho sería volverlo á llevar á nuestro terreno, y ver lo que Pepe mandaba.

—Tienes razon; pero ¿quién vuelve á pasar por esa tierra, donde le salen á uno de los piés tricornios, escopeteros y demonios del infierno?

—Eso es verdad, y yo no sé cómo hemos llegado aquí.

—Yo creo que en acabar con él, le damos gusto á Pepe, porque su intencion era ésa, despues de haberse confesado.

—Pues entónces hubiera sido mejor matarlo por el camino, como yo decia.

—Sí; pero entónces urgía más correr, y además, no sabíamos si Pepe vendria á juntarse con nosotros.

—Se conoce que en la tremolina aquella, cada uno tiró por donde pudo.

—La cosa estuvo apretada, y lo peor fué el repenton.

—Y bien; ¿qué hacemos?

—Ya está confesado, y no le falta más que morir.

—Además, él mismo ha pedido ya una porcion de veces que lo matemos. ¿Qué inconveniente hay en darle gusto?

—Por lo demás, bien lo merece. Matar á un tuno así, es hacer una justicia.

—Pues por mi parte, que lo ahorquen de un olivo.

—¡Se me ocurre una idea! Vamos á poner un rótulo en el tronco de ese olivo, diciendo la causa de su muerte.

—¿Traes tintero?

—Y papel, como siempre.

Esta ocurrencia mereció la aprobacion de los otros dos bandidos.

En seguida, el que habia hecho aquella terrible proposicion escribió en un papel estas siniestras palabras: HA MUERTO POR TRAIDOR Y POR ESPÍA.

Terminada su taréa, el bandido clavó con un puñal el fatídico rótulo en el tronco del olivo, á cuyo pié dormia profundamente el *Sastre Lechuga*.

—Ahora no falta más, dijo el tal bandido, que cumplir al pié de la letra lo que en el rótulo se dice.

—¿Lo matarémos durmiendo?

—Es claro; así despertará en la eternidad.

—¡Tienes razon! repuso el que habia tenido aquella cruel ocurrencia, el cual, apoyando el cañon de su retaco en la cabeza del sastre, disparó el tiro, dejándole muerto en el acto, durante el momento sagrado del sueño.

El malaventurado Lechuga confundió en un mismo acto el dormir y el pasar á otra vida.

Durante algunos momentos, los bandidos permanecieron pálidos, ceñudos y silenciosos.

Pocos minutos despues montaron á caballo y desaparecieron del olivar, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban á oscurecer el horizonte.

CAPÍTULO XLII.

EPÍLOGO.

Ya en este tiempo, el *Maruso* habia tenido ocasion de ver á su esposa en la huerta cercana al pueblo, del Arahal y de la que ya he hablado.

En vano se obstinaba el *Maruso* en pensar y creer que don Manuel Rubio habia sido el autor del secuestro de su hijo, para que éste le sirviese de rehenes ó garantía.

Pero el hecho de haber soltado á Enrique Rubio y de permanecer todavía el niño Antonio secuestrado, extraviaba todas sus conjeturas, obligándole á dar la razon á su mujer, que, como siempre, se obstinaba en creer que don Manuel Rubio ninguna participacion habia tenido en aquel suceso.

De aquí resultaba una consecuencia terrible y mortificadora para el *Maruso*, como lo era la circunstancia de que ni Rubio ni *Miguelito* habian sido los secuestradores de su amado hijo.

¿Quién habia sido, pues, el autor de aquel secuestro misterioso, que tan vivamente habia herido

la fibra del corazon paternal del *Maruso?* Esta era la idea fija, el pensamiento constante, y por decirlo así, la monomanía del afligido padre, que, una vez eliminadas estas dos suposiciones, no acertaba á comprender quién pudiese haber tenido interés en robarle á su hijo.

Bajo este aspecto, las confusiones del *Maruso* estaban plenamente justificadas, supuesto que pensando en razon, no encontraba á quién atribuir aquel acto, que si no era por el interés de que soltase á Rubio, no encontraba explicacion plausible en su pensamiento, pues que no podia imaginar que otros secuestradores se hubiesen apoderado del niño Antonio, con la mira de exigirle y sacarle dinero, cuando era notorio que él no lo tenía, y cuando, á mayor abundamiento, nadie tampoco se lo habia pedido.

Así, pues, el *Maruso*, lleno de dudas, no acertaba á comprender quiénes eran los secuestradores de su hijo, ni mucho ménos á sospechar que pudiese haber en el seno de la sociedad personas que desinteresadamente acometiesen semejantes empresas, sin otro móvil que el de contrariar á los criminales, reivindicando así la sancion moral que sobre todos los actos humanos debe recaer, ya como premio, ya como castigo.

En la imposibilidad de que al *Maruso* se le ocurriese este órden de ideas y de acontecimientos en la múltiple vida social, el desventurado padre perdia el tino y el juicio, resumiendo la dolorosa limi-

tacion de sus facultades intelectuales y afectivas en esta desconsoladora frase:

—«¡Yo no lo entiendo!»

Despues de haber anunciado á su esposa que él pensaba revolver Roma con Santiago, como suele decirse, para averiguar el paradero de su hijo, separáronse ámbos, prometiéndose recíprocamente verse siempre que fuese necesario y hubiese favorable coyuntura para éllo.

Sucedió, pues, que á los pocos dias de esta entrevista, llegaron á encontrarle vários de sus compañeros, y entre éllos, los que habian dado muerte al *Sastre Lechuga.*

El *Maruso* pareció muy contrariado por aquella noticia, y no dejó de lamentar en su corazon el error doloroso de sus amigos que, creyendo complacerle con aquel sanguinario acto, habian contrariado su propósito, que, á la sazon, era el de soltar á Lechuga y dejarlo tranquilo y libre en Benamejí, supuesto que ya no podia servirle de intermediario para con *Miguelito*, convencido, como lo estaba, de que éste ninguna parte habia tenido en el secuestro de su hijo.

En efecto, la disposicion de ánimo del *Maruso* era la de retirarse de su mala vida, considerándose muy dichoso, si encontraba á su hijo y mantener sus obligaciones por medio de su trabajo personal; aun cuando fuese de jornalero en un cortijo.

En tal situacion de espíritu, la noticia que le dieron sus compañeros le fué por extremo penosa,

lamentando para sí ese hecho funestamente horroroso de que todos sus malos pensamientos fuesen cumplidos y secundados por sus camaradas, miéntras que cuando abrigaba propósitos generosos y buenos, una ciega fatalidad parecia complacerse en contrariarlos y en hacer que el mal predominase.

¿Hasta qué punto era él culpable de la muerte cruel y alevosa que habia recibido Lechuga? Sus amigos se obstinaban en demostrarle que éllos habian realizado sus aspiraciones y deseos, por más que él se hallase íntimamente convencido del error, en que aquéllos estaban.

—¡Qué mala estrella es la mia! dijo para sí dolorosamente el *Maruso*. Todo lo malo que pienso y digo, en seguida lo ejecutan; pero cuando tengo un pensamiento bueno, los demonios del infierno hacen que no se cumpla. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia!

Por lo demás, el *Maruso*, teniendo en cuenta los pensamientos interiores que le agitaban, así como tambien la tenaz persecucion que las autoridades y la Guardia civil desplegaban contra los malhechores, aconsejó eficazmente lo mismo á los matadores del sastre que á sus demás compañeros, que se retirasen de su mala vida y que á todo trance procurasen evitar los peligros que á todas horas y por todas partes, á la sazon, les amenazaban.

Los bandidos se apartaron del *Maruso*, miéntras que éste prosiguió solo investigando por todos los medios imaginables el paradero de su hijo.

Así pasó muchos dias, hasta que una noche recibió avisó de su mujer para que concurriese á la huerta de su amigo.

Ya muy tarde, y con las precauciones de costumbre, acercóse á la mencionada huerta, y entró en la casa muy ajeno de la incomparable sorpresa que le aguardaba.

El *Maruso* vió en aquella estancia una mujer y un niño. ¡La mujer era su esposa, y el niño era su hijo!

La alegría, el júbilo y la felicidad del bandido llegaron á su colmo.

—¡Hijo de mis entrañas! exclamo el *Maruso*, abrazando al niño y besándole con expansion y ternura indecibles.

—¡Padre mio! ¡Cuántas ganas tenía de verte!

—Nunca tendrias tantos deseos como yo.

Y el *Maruso*, por un movimiento irresistible, abrazó tambien á su esposa, exclamando:

—¡Bendito sea Dios, que nos ha dado este con-consuelo!

—¡Bendita sea la Vírgen Santísima, que te hace hablar así! exclamó la esposa. ¿Vés como al fin y al cabo Dios ha tenido misericordia de nosotros?

—Sí, Cármen mia; Dios es bueno hasta para con los malos.

Y dirigiéndose á su hijo, añadió:

—¿Y cuándo te han dejado libre?

—Ayer, papá mio; respondió el niño, haciéndole á su padre mil caricias.

—¿Te han tratado muy mal?

—No; que me han dado muy bien de comer, y he tenido muy buena cama.

—¿Por qué me escribiste que *Miguelito* era el que te habia preso?

—Porque como yo sabía que habíais reñido, creí que era él quien me tenía para vengarse.

—Pero yo sé que *Miguelito* no ha sido.

—Pues entónces, yo no sé.

—¿No has podido averiguar nada?

—Allí habia uno que me decia que era amigo tuyo, que se ha portado muy bien, y me daba regalitos.

—Pero el caso es que no sabemos quiénes son los que te han tenido.

—Si no ha sido *Miguelito*, yo no lo sé; pero te digo que no me han tratado mal.

—¡Dios se lo pague! Pero ¿no he de saber yo quién ha sido?

—No te molestes, Pepe, en averiguar lo que ahora parece imposible; dijo la esposa.

—Mi deseo es muy natural, Cármen.

— Tienes razon; pero algun dia lo sabrémos. Ahora gocemos del bien que Dios nos envia.

— ¡ Cuántas penas hemos pasado! ¡Hoy sí que vamos á cenar contentos!

Y Cármen Martin se levantó, y sacando una cesta puso la mesa y sirvió á su esposo, á su hijo y al hortelano una buena cena, que habia llevado del pueblo.

Todos comieron con la mayor alegría, entregándose á la satisfaccion inmensa de verse todos juntos.

El *Maruso*, lleno de gozo por aquel inesperado y feliz encuentro, habló de su propósito inquebrantable de retirarse á buen vivir, mereciendo la más sincera aprobacion de su esposa, del hortelano y del niño, el cual le dijo:

—Me gustará mucho, papita, que seas hombre de bien, porque así los niños en la escuela no me dirán... las cosas que ahora me dicen.

El *Maruso*, al oir estas palabras de su inocente hijo, volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que se desprendieron de sus ojos, y no tuvo el valor de preguntar al niño lo que sus compañeros le decian en la escuela.

Sin duda, se estremeció á la idea de oir por boca de su hijo las ingénuas y terribles reconvenciones de la inocencia. ¡Tal es el corazon humano! Por malvado y criminal que sea un padre, jamás consiente gustoso en aparecer como tal á los ojos de su hijo, sobre todo, cuando éste aún se encuentra en la edad de la infancia.

Despues de la cena, todos se recogieron tranquilos y dichosos; pero el *Maruso* ántes de amanecer ausentóse de la huerta; pues demasiado bien se le alcanzaba que sus buenos propósitos no habian de valerle ni salvarle, si caia en manos de la Guardia civil ó de las autoridades.

Mas no por ésto dejaba de ser la idea predominante de su ánimo la de solicitar y obtener su in-

dulto, por más que á la sazon vacilase en cuanto á la eleccion de persona ó padrino, que hubiera de servirle para satisfacer su vehemente deseo.

Por lo demás, el *Maruso* alejóse aquella mañana de la huerta con una conciencia pura, tranquila y llena del más grande fervor religioso, proponiéndose de todas véras el no hacerle daño á nadie de allí en adelante, y vivir honradamente como en justa correspondencia y débito al infinito beneficio que la Providencia le habia dispensado, al devolverle su querido hijo.

Todavía el *Maruso* disfrutó la satisfaccion y ventura de ver algunas veces á su esposa y á su hijo en la citada huerta y en algunas otras partes; pero al fin y al cabo, el rigor de la fatalidad ó de la suerte vino á impedirle para siempre aquellas entrevistas tan gratas para su corazon, como en extremo peligrosas, atendida la eficácia, con que á la sazon eran perseguidos los malhechores.

El *Maruso*, así como Lechuga, se vió acosado por las contrariedades de la fortuna, precisamente cuando, en la intimidad de su conciencia, se habia propuesto hacer buena vida.

Pero ni uno ni otro comprendian que la muerte es consecuencia necesaria de la vida, y que entre una y otra existe una ecuacion perfecta, una consonancia providencial, una respectividad ineludible y una proporcionalidad misteriosa, que no se puede medir ni determinar por los juicios vulgares y limitados de la mísera inteligencia humana.

Así, pues, los antecedentes de la vida del *Maruso* produjeron su obligada consecuencia, que fué una muerte infeliz y desastrosa.

En efecto, hallándose el dia 15 de Noviembre en el rancho de la Rábita, situado en el término de Pruna y propiedad de don Juan Ramos Calderon, fué muerto cuando ménos lo esperaba y conducido su cadáver por la Guardia civil al Arahal, en donde fué expuesto al público espectáculo y escarmiento.

Con la muerte del *Maruso* desapareció tambien su cuadrilla, cuyos individuos fueron cayendo sucesivamente en manos de la autoridad, pagando sus delitos, de suerte que toda la comarca quedó tranquila y libre de aquel azote.

Relatado ya el desenlace de los tres secuestros referentes al jóven Enrique Rubio, al niño Carrascoso y al *Sastre Lechuga*, debo llamar la atencion sobre el hecho singularísimo y extraordinario del misterioso cautiverio del hijo del *Maruso*.

¿Quiénes fueron los autores de aquel secuestro? Nadie lo sabe todavía; pero convengamos en que existen en las entrañas de la sociedad fuerzas y aptitudes insospechables y no bien conocidas ni estudiadas, que en determinados casos, se mueven y obran con la más completa espontaneidad y por móviles exclusivamente morales y desinteresados.

Este hecho y otros análogos ó similares deben ser objeto muy preferente del estudio y meditacion del estadista, del legislador y del gobernante.

APÉNDICE 1.°

En confirmacion de la exactitud de mi relato, insértase aquí la carta que me dirige el secuestrado Enrique Rubio, manifestándome el triste estado de su padre, el fallecimiento de su hermana Encarnacion y el de Rodrigo, en los términos que siguen:

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti y Saenz.*

»Arahal 10 de Marzo de 1880.

»Muy señor mio: El que suscribe le dá á usted las gracias por la exacta relacion que hace del secuestro de mi persona; pues que cuenta lo que nos pasó á cada uno, tal y conforme sucedió, sin las mentiras que por entónces se contaron, diciendo con falsedad que mi familia habia tomado parte en la desaparicion del hijo de Carrascoso.

»No firma esta carta mi pobre padre, porque se lo impide un gran ataque de perlesía que lo tiene paralítico; pero me encarga le dé á usted las gracias por la verdad con que lo cuenta todo.

»Tampoco firman mi buena hermana Encarna-

cion ni Rodrigo, el portador del dinero, porque desgraciadamente ámbos han muerto.

»Mi pobre hermana no levantó cabeza desde mi desgracia, y ya sabe usted que las penas y las desazones acortan mucho la vida; y de seguro, á aquellos sustos y sufrimientos se debe tambien el triste estado de mi pobre padre.

»Por esta razon no suscribe ésta más que yo solo; mas para que conste que es la verdad pura lo que usted dice en su libro, lo declaro y firmo así en el Arahal.

»Su siempre seguro servidor,

»ENRIQUE RUBIO.»

APÉNDICE 2.º

A continuacion se inserta la carta que, con motivo de la NARRACION del secuestro de Enrique Rubio, ha tenido la bondad de dirigirme el celoso é ilustrado Gobernador que fué de Sevilla, mi distinguido amigo el señor don Antonio Machado, que tomó una parte tan activa en la extirpacion del bandolerismo en aquella provincia, y muy especialmente en la persecucion de la partida del *Maruso*, durante la época del prolongado y doloroso cautiverio del referido jóven Enrique Rubio. El señor Machado, con la benevolencia propia del amigo cariñoso, no se limita exclusivamente á atestiguar la exactitud incontrovertible de mi relato, respecto á dicho secuestro, sino que además emite el juicio más favorable y lisonjero para mí, que le ha merecido la lectura de mi obra; juicio que, por provenir de una persona tan inteligente, de un catedrático tan distinguido y de un Gobernador tan perito y autorizado en la materia, tengo en muy alta estima y le agradezco de todo corazon.

Hé aquí ahora la carta á que me refiero:

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti y Saenz.*

»Sevilla 23 de Marzo de 1880.

»Mi distinguido amigo y compañero: ¡Con cuánto placer estoy leyendo sus libros de NARRACIONES SOBRE EL BANDOLERISMO! En éllos no sé qué admirar más, si su estilo natural y sencillo, al par que elocuente, ó lo verídico, concienzudo y exacto de las descripciones, en que se pintan y retratan los héroes de esa série dolorosa de sangrientos dramas.

»El *Tio Martin* es la verdadera efigie del bandido español, con su escapulario de la Vírgen del Cármen; es un modelo acabado del natural, cuya realidad era para mí incomprensible, hasta que una triste experiencia me obligó á estudiarlo detenidamente; este tipo de maldad y de refinada hipocresía me ha quitado el sueño durante muchas noches; y cuando el distinguido jefe de la benemérita Guardia civil de esta provincia, señor don Manuel Villacampa, me pedia autorizacion para detener á la digna consorte de aquel viejo contumáz, jamás podia figurarme fuesen tantos los crímenes de aquella infame pareja.

»Y como coincidiera el secuestro del jóven Rubio, del Arahal, con semejantes sucesos, y las cartas del *Maruso* lleváran mi indignacion hasta el extremo que puede alcanzar en un corazon honrado, crímenes tan inconcebibles, crea usted sincera-

mente, amigo mio, que sólo un compromiso de honor para con el Gobierno, me obligó á continuar en mi puesto, estimulado además por el entrañable cariño que profeso á mi pátria y á la humanidad, escarnecidas por los que en su ignorancia y viciosa educacion las deshonran.

»¿Y qué hacen las autoridades para no ser envueltas en las asechanzas de los que por sus circunstancias y posicion, só capa de adulacion y de hipocresía, pretenden mistificarlas?

»Tienen que resolverse á hacer lo que usted con tanta energía hizo: lo que yo sin dotes tan privilegiados emprendí, y en esa corta, pero fecunda batalla que libramos contra los malhechores, se logró arrancar, si no de raíz, á lo ménos por algun tiempo ese cáncer crónico, que nos envilece ante los pueblos cultos, y para cuyo exterminio se necesitan leyes enérgicas, cumplidas con puntualidad, y una administracion de justicia, que atenta sólo á su sagrado ministerio, tenga la independencia necesaria para oponerse al avasallador influjo de esos caciques y hombres poderosos, que todo lo sacrifican al triunfo de las ideas políticas, con las que encubren, en más de una ocasion, egoismos y ambiciones.

»La obra de usted, acogida con avidez, aparte de su gran mérito en la exposicion, servirá de norma en adelante á los legisladores y estadistas para mejorar las condiciones morales de un pueblo, cuyas aptitudes no se conocen bastante, ni se procu-

ran aprovechar, corrigiéndolas por medio de una educacion conveniente, para los nobles fines á que debieran dedicarse.

»El jóven Rubio consiguió al fin verse libre de la violencia y de la iniquidad, sin exaccion alguna, gracias á la enérgica cooperacion de las autoridades, á los generosos esfuerzos de la Guardia civil, y gracias tambien á la poderosa é inteligente iniciativa de un hombre, á quien sus compatriotas han conocido poco y á quien la historia fiel del *Bandolerismo*, por usted publicada, colocará entre los estadistas más eminentes de nuestra época.

»No acabaria esta carta, si hubiera de expresar todas las reflexiones que se me ocurren, en vista de los hechos tan fielmente narrados por usted, hechos de algunos de los cuales, ha sido por desgracia testigo, quien de nuevo le ofrece las consideraciones de su admiracion y afectuoso cariño, como su más sincero amigo y atento servidor Q. B. S. M.,

»ANTONIO MACHADO Y NUÑEZ.»

FIN DE LA QUINTA Y ÚLTIMA DE LAS NARRACIONES.

ÍNDICE.

Historia de tres secuestros.